

ESCRITORES DE CHILE VIII

JUAN EMAR UMBRAL

PRIMER PILAR
EL GLOBO DE CRISTAL

Nota preliminar

Pedro Lastra

Biografía para una obra

Pablo Brodsky

La Torcaza,
Marzo de 1942

Guni querida:

Aquí estoy nuevamente en el fundo. ¿Y usted? Usted viaja, lejos. He recibido sus palabras desde Osorno y Valdivia. Hoy me vienen desde Temuco. Yo he salido a su encuentro en Chillán. Se acerca. Luego hablaremos en nuestro pequeño restaurante. ¡Qué de cosas tenemos que decirnos! ¿No sería bueno empezar ahora mismo? Pero me ocurre algo parecido a lo que me ocurrió al dar comienzo a esta carta para usted. Junto con tomar la pluma, hace un año, tuve que escribirle primeramente:

“¿Cómo empezar a contarle todo? Es una montaña de notas, observaciones, narraciones y qué sé yo. Cuando quiero echar mano a ellas, se escabullen...”.

Algo así me pasa esta vez. Tratemos de poner un poco de orden.

Guni, hemos terminado nuestro primer volumen. Guni, ¡ya hemos hecho alguna cosa! Es sólo un comienzo pero —como le decía en el “Amanecer”— es la marcha que ha comenzado y un conjuro más a las fuerzas que pudiesen aún tender una celada al trabajo. Por otro lado, ¡qué magnífica cosa es poner un punto final! Aunque no sea el que cierra un todo, aunque sólo sea el de una parte. ¡Es magnífico!

Luego de terminado nuestro volumen, estas casas se llenaron de gentes. Bulla, juegos, paseos, cantos... Yo respiraba la ausencia de usted, su lejanía. Y sentía que algo planeaba junto a mí y con pleno significado suyo. ¿Qué era? La solución no venía. Esperaba.

Usted sabe cómo he aprendido a esperar, gracias a las palabras que Florencio Naltagua le dijo a Rosendo cuando éste luchaba contra el opio. Como Naltagua, Naltagua, llamo “Espina Dorsal” a esta actitud y proceso. Es sencillo. Ha sido difícil encontrarlo como difíciles son las cosas sencillas y eficaces. Oiga:

Algo planea y no se logra asir; algo hay que descifrar y no se halla la clave; algo se busca y no se encuentra... ¡Oh! En otros tiempos, ¡de qué violenta manera me afanaba por asir y encontrar! Hasta la exasperación, hasta el cansancio y la nada.

Ahora, no. Palpo vagamente el asunto y le digo:

—¡Anda! ¡Vete!

Siento entonces que “eso” abandona mi cerebro, que también abandona mi corazón —si es que algún lazo afectivo ha creado—, y va a establecerse a lo largo de la espina dorsal. Allí queda en estado de semi conciencia, en un medio sueño de espera. Es una espera pasiva, vegetativa. Por dentro hay germinación, hay muda existencia oculta. Tarde o temprano fructifica. Rompe su capullo o su brote —como quiera usted llamarlo— y se explica,

inunda el cerebro. Clave, hallazgo...: aquí están. Es todo: paciencia, dejar que las fuerzas de madurez obren sin presión.

Pues bien, Guni, algo planeaba en medio del bullicio de tanta gente. Esto fue hasta ayer. ¡Tanta gente! Y de repente desapareció todo el mundo. Fue como en las viejas películas de prestidigitadores que, con una varita mágica, hacían volatilizarse cuanto tocaban. Quedaron estas casas, ya por la noche, llenas de ecos retumbantes que nadie producía. Tuve una rara sensación de soledad poblada. Luego sentí que había habido un desprendimiento, un desprendimiento mío de la gente en sí, de la bulla en sí; que era yo, sin moverme de estos corredores oscuros, el que me alejaba de los demás que... en esos momentos corrían en sus coches por la carretera hacia Santiago. Por fin sentí que me abandonaba, que me lanzaba... Un abismo, un vértigo, una embriagadora respiración dificultosa. Y supe que sus brazos me irían a recibir. Así me dormí.

No recuerdo haber soñado. Cuando desperté con el sol de la mañana, vi su carta de Temuco y la escuché. Entonces, desde la espina dorsal, comprendí que me llamaban.

Una hora más tarde entraba en el salón.

Guni, una vez más vamos a hablar de este salón. Lo que voy a tratar, ya se lo he contado pero déjeme ahora escribírselo. Quiero hacerlo por tres motivos: Primeramente –motivo insignificante, si usted quiere– porque en las últimas páginas del tomo que acabamos de terminar, así se lo prometí al mencionarle un disco de Bach; luego –motivo, a mi parecer, de importancia– porque no sé qué lejana voz me anuncia que este momento del salón lleva en sí algo que puede florecer en el *Tercer Pilar* o, al menos, dentro de cierto aspecto de él; y por fin porque otra voz, no menos lejana, parece decirme que hay en él algo como clave de cuanto ya se ha puesto en marcha en esta carta.

Pues bien, Guni, entraba yo en el salón.
(He de advertirle que cuanto le voy a contar es vago, es como una serie de toques a un asunto, como intentos para que salga la luz. No se olvide que, allá en el comienzo del año pasado, empecé por decirle que yo “no soluciono nada ni debo tratar de solucionar”, que “debo esbozar, dejar –diría– enunciaciones de problemas”. Tomémoslo todo así: ¡enunciaciones! Y esperemos en el tiempo).

Bueno, niñita, por tercera vez déjeme repetirle:

Entraba yo en el salón.

Luego ponía el disco de que le he hablado.

Un rato después me sentaba ante la máquina de escribir:

Guni querida:

Tengo que contarle algo y, para que mi cuento sea lo más completo posible, siento la necesidad de contárselo tres veces, mejor dicho, en tres tonos diferentes. Vamos a ello:

Tono 1: Acabo de oír en el salón de aquí, La Torcaza, un disco maravilloso: *A ti llamo, Jesús*, de Juan Sebastián Bach, interpretado por la orquesta de Stokowski. Es agradable oír música. La música nos mece, no pasea por mundos, aunque inalcanzables, llenos de realidad. Los nervios y la cabeza descansan. Después de tales momentos se siente uno incitado a volver a sus faenas y a avanzar en ellas. Debo agregar que el decorado era apropiado a lo que oía, al menos así me pareció: el salón grande, sus altos muros blancos, sus maderas aromáticas, sus objetos ya casi clasificables de antiguos, su media luz mientras afuera el sol brilla, su tem-

peratura fresca mientras afuera quema el calor. En resumen, un magnífico momento.

Tono 2: Oyendo A ti llamo, Jesús, Bach-Stokowski. Salón de La Torcaza, cuatro retratos al óleo de mis cuatro abuelos: don Manuel Antonio, doña Josefa, don Giovanni, doña Flora. Estufa negra con largo tubo sobre el muro blanco. Lámpara central de una pátina de oro viejo con tres brazos. Un florero de greda con agudas ramas secas de espino. La reja de hierro de la ventana delineada contra el verde ardiente de fuera. Sillones de felpa color pardo. Una antigua máscara africana. Un piano mudo. Una flor granate, solitaria. Silencio para que bien pasen las notas. Es un recogimiento interior cubierto, guardado, comprimido por el cielo demasiado azul, por el aire demasiado vivo, por la presión de los pájaros inmensos y negros que arriba se balancean. Oigo, oigo.

De pronto veo.

Es una visión. Soy por ella cogido, poseído.

Es una alegría del fondo del alma, esa alegría, serena y vibrante a la vez, de haber visto un punto más. Luego viene su consecuencia ineludible: querer verterla. Se ha visto un punto más: querer *dar* un paso más.

Mas luego golpea, despiadado, un desaliento.

Verter... ¿Para qué?

“¿Para qué?” —es aquí la contraparte que se insinúa, crece y se yerge frente a uno. Y uno cede. Es la derrota. En verdad, ¿para qué? No, no vale la pena dar un paso más.

Pero vamos, Guni, por orden:

Los óleos, la estufa, la lámpara, el florero, la reja, los sillones, la máscara, el piano, aun para este caso la rama y la flor, son cosas. Todo ello es estático, todo está. Los unos por mayor tiempo, los otros por menor tiempo..., sea. Pero mientras dura ese tiempo allí están estáticos, inmóviles, fijos. En este preciso momento he vuelto al salón: todo allí estaba igual. Salvo la música. La música no estaba. Ésta es la cuestión.

Óigame un poco:

La música es movimiento, fluye, tiene un comienzo, un desarrollo y un fin. Nace, vive, muere. No está, como tal, ni aquí ni en ninguna parte. De pronto está y lo llena todo. Después deja de estar —no es que se haya ido como el caso sería de alguien que me hubiese acompañado durante la audición y se hubiese ya marchado al volver yo al salón—, deja de estar, es desaparición. Ni siquiera es transformación como cuando algo se quema. Y a cada momento puede volver igual y nacida de la nada. Vuelve, fluye, llena, desaparece. ¿Qué mayor movimiento? No veo expresión ni esencia de movimiento más acabadas.

De súbito viene la visión de que le he hablado. Viene repentinamente mientras el salón se está llenando de acordes:

De súbito es ¡lo inverso!

De súbito la música se hace estática, permanente, es una inmensa columna hierática, de eternidad anterior a su autor y al primer hombre, de eternidad más allá del último hombre. Y es la comprensión, en nuestra intimidad, de que considerarla movimiento es una limitación de uno, un modo incompleto de acercarse a ella, un roce tan sólo con su verdad.

Naturalmente esto no puede generalizarse a cuanto sea música. Bien comprenderá usted que únicamente alguna de ella es capaz de realizar esta visión o milagro. La restante haga acaso justamente lo contrario: inmovilizar aún más lo que es inmóvil y ella entonces serpentear como un loco reptil. Pero no adelantemos nada y sigamos conversando lentamente sobre mi momento del salón.

Guni, la música es estable. Parecerá paradójica o simple despropósito lo que voy a decir: la música es un sólido. Me atrevo a agregar ante tal visión: la música es la más perfecta expresión y hasta es en sí el sólido único. Y cuanto hay a su alrededor, cuanto creíamos símbolo y material de lo estable, tórnase escurridizo, líquido o gas, es movimiento, es vida –en el sentido de nacer, *expresar* y pasar– con relación a lo eterno.

He subrayado la palabra “expresar” para poder explicarle con mayor claridad el momento de la audición. Pues si es cierto que, al lado de la eternidad de aquella música, las cosas todas se hicieron transitorias, más cierto es aún que, junto con producirse este cambio de estado, cuanto perdieron de estabilidad lo ganaron en vivencia, en *expresión*. Me hizo el efecto de que cada una de ellas guardaba celosamente una vida propia –como la de cualquier animal o cualquier hombre–, una vida que escondían por algún pudor ante nuestro mirar grosero, y que ahora, al contacto y bajo el cuidado de ese trozo de absoluto, dejaban manifestarse libremente.

Pero pongamos en mí mismo el centro del relato de este “tono 2”:

Yo me sentí asido o cobijado o dentro, si usted quiere, de esa columna hierática y con el privilegio de poder mirar en torno con amplia perspectiva. Las cuatro figuras de los cuatro retratos al óleo clavan sus ojos en mí, esbozan una pequeñísima sonrisa y me hablan de sus vidas pasadas en un idioma tan extraño que me hace entender que ese pasado sigue allí presente en ellos. Me explican cuánto a su vez sufrieron por la misma causa que hoy puede hacernos sufrir a nosotros: confundir lo estable con lo transitorio, como, por ejemplo, no fijarnos que allí están vivos y creerlos idos para siempre en un cementerio. Los cuatro marcos dorados confirman. Sus adornos adquieren un movimiento de vida ciega, de voluntad indomable. Los tres brazos de la lámpara son tres brazos de dolor que se estiran, que encuentran injusta su prisión. El florero se recoge y cuenta cuentos de gnomos. La máscara africana... ¡No, Guni, no! Me explico mal. No es que cuenten cuentos. Es que hacen vívido y con uno lo conectan, algo de siempre, siempre y que siempre está, y que por necesidad de expresarlo y por limitación de lenguaje, los hombres han vertido en cuentos, sea de gnomos o lo que sea. Los barrotes de la ventana se alargan hacia arriba y sé entonces qué cosa una vez se quiso decir con las ojivas góticas. El tubo de la estufa es un anhelo inexplicable y sin fin que crece, crece a distancias planetarias mas sin por ello necesitar ni siquiera alcanzar el aire vivo de fuera ni los pájaros ni menos el cielo..., que este modo de considerar crecimiento y distancias es únicamente nuestro cuando estamos lejos, ajenos a toda columna hierática. Y así con todo. Todo se ha puesto en marcha, todo gira y expresa alrededor de lo inmutable que canta sin avanzar ni retroceder, que canta, nada más.

Tal es la visión.

Tal fascinante sortilegio se despliega ante mis ojos mantenidos por mis oídos.

Se ha visto algo más. ¡Tengo algo más! Surge el anhelo: Dar un paso más.

Y es entonces lo que le he dicho: el desaliento, el “¿para qué?”, aun cuando la música siga estando y todas las cosas expresando.

Todo se ha tornado en tarea, en pobre afán. Uno se recoge, rechaza. Y esta actitud negativa sólo puedo hacérsela notoria repitiéndole aquí lo que uno se grita:

—¿Hasta cuándo ver y oír y pensar? Cabeza y sensibilidad abyectas que no dejáis ni un momento en paz, ¡dejadme ahora!

Y la inutilidad de toda cosa aplasta entonces.

Porque murió la razón de ser, porque los objetivos se han volado, porque, Guni:

No existe fuerza capaz de inducir a la obra, a la divina transmutación, si sólo hay tarea, afán, deber..., abstracción sola, nubes solas y no carne que redimir.

¡Vamos fuera del salón!

Tono 3: ¡Guni! Acabo de oír un disco maravilloso: *A ti llamo, Jesús*, de Bach, tocado por la orquesta de Stokowski. ¿Cuántas veces lo había oído? Muchas, sin duda alguna. Lo había oído y pasaba. Recuerdo que en varias oportunidades preguntaba qué disco era. Me lo decían y, a la próxima audición, volvía a preguntar. Soy poco sensible a la música. Siempre me he dicho que mientras tenga cuadros que ver, no debo afanarme por músicas que oír. Pero hoy me ha pasado algo muy curioso: Usted me tomó de la mano y me llevó al salón, a ese salón en que, cierta noche, no fue usted más que una mancha de color para mis ojos, y en que, otra vez, me incorporé en su propio cuerpo y tuve miedo al sentir su sangre circulando en la mía.

Así es que entré con usted, llevando en mis oídos sus palabras de Temuco, es decir, sintiendo hondamente que usted vivía y vibraba, lejos, independiente, siendo otro mundo que yo, siendo, por lo tanto, un misterio que descifrar, panoramas que descubrir, sentidos nuevos que aprehender, siendo usted aumento de vitalidad en mí. ¡Oh, sí, mi Guni! Siéndolo de este modo con tal que esa independencia, esa, diré, autopropiedad suya yo supiese mantenerla. Así entré con usted. Mas, al mismo tiempo y puesto que sus palabras allí estaban en mis oídos, entré sintiendo que un lazo irrompible nos ataba y cuya misión era dar y dar, recibir y recibir, era ser ininterrumpido intercambio.

¿Dirá usted que entré, pues, sintiendo dos aspectos simultáneamente y que ellos eran, hasta cierto punto, diferentes? No. Puedo asegurarle que no. Era un solo aspecto, un solo hecho interior. Pero me veo obligado, para explicarlo, de hacerle esta división en dos. Acaso por poca capacidad mía de expresión, acaso porque así sea la manera que tenga de transformarse en palabras. No lo sé a ciencia fija. De todos modos voy a seguir hablándole de esto; usted sabe cuánto me gusta hablar con usted.

Entramos juntos y lejos cada uno del otro. Al decir “juntos”, no crea que es en el sentido corriente de tal expresión, es decir, un modo más alegórico de decir “pensando en usted, recordándola”. No. Déjeme expresarme por la sensación, únicamente por la sensación:

Yo, aquí; usted, allá.

Yo y usted coincidimos, superpuestos.

Luego siento, dentro, en el último fondo:

Yo estoy donde no estoy; soy donde no soy.

Usted, igual. Usted, al estar donde no está, está aquí, en mí. Está y es.

Yo, por lo tanto, me desparramo y llego allá. Usted, igual. Y no sé por qué siento que esto tiene algo de sabor a sangre, a sangre que se filtra hacia fuera y en alguna parte toca la sangre del otro. Esto tiene algo, tiene mucho –aún no puedo precisar cómo ni dónde–, tiene mucho de la fecundación, el embarazo, la vida dentro de las entrañas. La madre..., el hijo dentro: tengo, soy dos en uno; el hijo..., la madre en todo el rededor, interponiéndose entre él y el resto de la creación... pero siendo la creación.

Bueno, Guni, así entré en el salón con usted.

Suena el disco y empieza el aire a llenarse.

La música se hizo sólida, fuerte, de granito eterno asentado en el comienzo del mundo y elevando su capitel más allá del tiempo de la más lejana nebulosa. Se inmobilizó. Entonces fue aquello un milagro que atónito contemplé. Atónitos contemplamos. Fue un milagro pues todo lo que hasta ahora había sido inerte, empezó a desdoblarse y miró.

Guni, ¡todo *nos* miró!

Y este mirar le dio un sentido a la vida.

Ahora repita aquí lo que le dije de las cuatro figuras en sus marcos, de la lámpara y sus brazos, del florero, de la máscara, los gnomos, los barrotes, la estufa, en fin, de todo ese mundo moviente, rápido y expresivo. Siga por la vía lógica que en el “tono 2” le conté, y pronto se irá a encontrar con el desaliento, pronto todo ello, de visión maravillosa y milagrosa, se irá a transformar en tarea y pobre afán al querer dar el paso, pues dar un paso..., ¿para qué? Así van las cosas precipitándose. Pero, no olvide, ahora estamos en el “tono 3”: Guni está conmigo.

Ahora me digo asido a mi columna:

–¿Para qué? Para verterlo en esas dos sangres que son una; para contribuir con algo en el prodigio de ese estar donde no se está, de ese ser donde no se es!

Y luego:

–¡Qué hermoso es ver, oír y pensar! Cabeza y sensibilidad benditas que pensáis y sentís para dar y dar, ¡pensad y sentid siempre!

Respiré hondamente en el salón. Eran los últimos acordes. Todo, entonces, me hizo el efecto de un enorme, muy enorme puzzle de mil piezas revueltas que, de pronto y como movido por mano mágica, empezaran a ajustarse, a encajarse, formando un cuadro lleno de sentido y finalidad.

No olvide que tan admirable momento llegó hasta el umbral de la derrota. Vea ahora que el prodigio se mantuvo y venció. Porque hubo amor, porque hubo fecundación, vivificación desde muy lejos a través del aire, desde muy cerca porque superpuestos estaban nuestros seres.

Bueno, Guni, ésta es mi carta de hoy. ¿Cuál de los tres tonos será el justo? ¿El de los hechos tal cual ellos son; o el de la inteligencia y sensibilidad despiertas pero sin objetivo vital; o el del significado de la vida porque una mujer está allí iluminando?

Para mí no hay dudas. Así es que desde aquí la saludo y la beso.

Onofre

Voy por los corredores, llego a los viejos árboles del parque, entro en mi biblioteca, salgo, allá vuelan los pájaros inmóviles. Flores, cielo, perfumes amplios de soledad.

Voy, voy, vuelvo, voy. Pasan ahora días enteros. Algo planea. Usted llama, usted vierte. Aprieto entre mis manos su última carta. Algo sé, algo se forma. Hay una gran paz en las casas.

Guni, sigamos escribiendo.

32

Iba yo por los corredores de La Cántera, llegaba a los viejos árboles del parque, entraba en la Bóveda, salía, allá volaban los pájaros inmóviles. Flores, cielo, perfumes amplios de soledad. Pasó una hora. Algo me inquietaba. Lorenzo Angol aparece bajo un maitén. Me llama. Hago el gesto de apretar algo entre las manos.

Este gesto lo había olvidado. Lo había olvidado porque fue un gesto, en aquel momento, sin significado alguno. Ahora, aquí, lo he recordado al repetirlo involuntariamente porque entre mis manos estaba su carta.

He pensado que en aquella época debí haber tenido una carta que apretar. El gesto quedó en el aire y aislado durante diez y seis años.

Marzo de 1926. La Cántera. Lorenzo me llama. Juntos bajamos a la Bóveda. Hay luz de acuario.

Pero nosotros, Guni, volviendo algunas páginas atrás, habíamos quedado en el asunto del burrito que, salvado de la alcachofa de Viterbo Papudo gracias al sombrero de Desiderio Longotoma, lograba escaparse hacia la vida con su diminuto jinete encima.

Pues bien, Guni, así ocurrieron las cosas hace diez y seis años. ¿Exactamente así? Es decir, entendámonos:

Hace diez y seis años, tal cual el diminuto Lorenzo junto a la concha del apuntador, así *quedaba* nuestro amigo Lorenzo en su Bóveda; y tal cual el diminuto Rosendo cabalgando su asno, así *se iba* nuestro amigo Rosendo del fundo La Cántera.

Me ha preguntado usted por qué he de hablar yo siempre en alegorías, “indirectamente y no de *fréntón*” –fueron sus propias palabras–; por qué, si Rosendo se marchó en un coche de tres caballos hasta la estación vecina, por qué, yo que fui testigo de la cosa, he de decir que lo hizo sobre un burrito y por un camino de humo solidificado... Vamos por partes:

Ya sé, mi Guni, que usted descubrió que era yo el autor de esa desgraciada pieza de teatro en dos actos y un epílogo. Digo “desgraciada” porque al fin y al cabo la opinión pública –que es algo de tanto valer– logró derribar de tres burritos, dos. Pero, en fin, con que uno de ellos se haya salvado... no deja de ser, sobre todo en estos tiempos. ¿No le parece? Quedo, pues, confeso de mi delito literario y espero que también perdonado.

Pues bien, recurrí a esa imagen, en vez de hablar de coche y caballos, porque ha de saber usted que los más antiguos de los hombres, los que vinieron exactamente a continuación de Adán y Eva, usaron siempre del lomo de un borrico al ir tras aventuras de valor, y el peso de esta tradición mil veces milenaria vino a caer a mi pluma y a imponérseme sin objeción posible.

En segundo lugar, recurrí a esa imagen por aquello que, durante nuestras largas conversaciones, hemos llamado “transmutación”.

No podrá usted negarme que todas las cosas, por el solo hecho de llegar a nuestra conciencia, son transmutadas. Lo que vemos, lo que oímos, lo que palpamos es ya transmutado, es ya transmutación de una realidad que en sí no conocemos. Y esto es hablando de una manera general.

Hablemos, mejor, de un caso más particular, por ende más concreto y claro: la vida en la casa y la vida en las tablas. Aquí tendrá usted un ejemplo de permanente transmutación, positiva en un sentido, negativa en el sentido contrario –al menos según mi parecer.

Hace ya tiempo, justo un año antes de encontrarla a usted en mi vida, fui con nuestro común amigo, Rubén de Loa, a almorzar a casa de Ascanio Viluco. Esta casa acababa de ser construida –estilo llamado “moderno”, se entiende –y acababa de ser amueblada– para qué repetir la palabra “moderno”.

Comimos muy bien, no puedo negarlo, y el recibimiento y la atención fueron altamente exquisitos pues pasa a ser de franca notoriedad que es Viluco un hombre de corrección irreprochable, y la señora de Viluco, una de las más finas damas de nuestro mundo.

Luego de retirarnos le pregunté a de Loa qué pensaba sobre la mansión y su decorado. Me respondió:

–¡Pero si eso no es una casa! ¡¡Es un ballet Jozz!!

Guni, ¡qué sabias palabras! Todo allí dentro estaba medido, calculado, pesado, dirigido, estudiado, deducido, inducido... ¡matematizado! Y sepa usted que la matemática es el polo opuesto de la vida. La vida no es matemática, es la antimatemática. En esto hay una clave que todo el mundo debería tener presente. En fin, creo que en el curso de mi carta ya hablaremos algo más sobre este asunto. Por ahora recuerde que esa casa estaba matemáticamente concebida y realizada y que, como casa, era para dar curso a la vida...

Pues bien, considere luego el teatro, mejor dicho, un escenario con sus personajes en movimiento. Usted que ha visto a los Jozz, puede en ellos encontrar un buen punto de referencia.

El escenario y sus personajes en movimiento transmutan la vida y transmutar es verter una cosa, hasta donde sea posible, en su polo opuesto.

En los Jozz, por ejemplo, todo está prolijamente medido, exactamente calculado. Cuando un personaje hace un determinado movimiento debe encontrarse en tal y cual relación con el decorado, y en el mismo momento otro personaje debe hacer tal otro movimiento o gesto, de modo que nada quede entregado al imprevisto ni al azar; en otros términos, que todo esté férreamente prefijado. Prolongue esto de la danza al drama o a la ópera o lo que sea: la ley es la misma: la suspensión del azar y el sometimiento a lo prefijado.

Ahora bien, ¿por qué es vida y movimiento ante nuestros ojos esto que carece justamente de lo que es la vida misma y el movimiento en ella, es decir de la permanente presencia del azar y de la permanente presencia de la imposibilidad de prefijar? Creo, Guni, que es simplemente por una cuestión de condensación. Guni, hay escasez de tiempo. ¿Le extraña lo que digo? Óigame: en una función, en el espacio de pocas horas, hay que desplegar vidas enteras. Fuerza es, entonces, seleccionar los puntos característicos, expresivos, y condensarlos, echando por la borda todo el resto del suceder. Esta selección de puntos todos ellos culminantes es la que da la sensación de vida intensa y movimiento precipitado.

No es argumento contrario la clásica unidad de tiempo pues allí –con recitaciones, evocaciones y demás– pueden pasar dentro de ella hasta centurias, si se quiere.

En buenos términos –y considerando la cosa bajo otro ángulo–, deben suprimirse todas las *posibilidades* de que las cosas puedan ocurrir de otro modo, o de varios otros modos, dejando la posibilidad de ocurrir a una sola posibilidad y un solo modo.

Cada momento es un comienzo de mil caminos posibles..., en la vida. En las tablas hay que hacer caso omiso de novecientos noventa y nueve caminos y desplegar uno solo. Por eso le decía que hay que condensar, apretar en una sola línea, en la línea de la posibilidad única, la línea que hace, de lo que va a suceder, algo sucedido. Sí, Guni, pues cualquier pieza cientos de veces representada, tendrá siempre el mismo comienzo, el mismo desarrollo y el mismo fin cada noche que se la lleve a escena. Está, pues, sucedida por anticipación. El imprevisto infinito ha quedado reducido a un solo suceder. Y del arte podemos decir entonces que es un modo de matemática.

Creo haberle hablado de cómo siento yo el pasado y el futuro. Trazo una línea única; en uno de sus extremos trazo muchas otras abriéndose en abanico. La primera es el pasado; las otras son *los futuros*. El teatro –como todas las artes– ha de tratar la vida, lo vivo, mejor dicho; no lo ya acaecido, no lo muerto; lo vivo que es posibilidades infinitas; no lo muerto que fue la mutación a una sola posibilidad, la matemática, sin azar. En el pasado no hay azar puesto que ya pasó y como fue así fue. Podemos decir que teatro y artes han de tratar lo futuro como ya pasado. Y ya que hablábamos de él, puedo asegurarle que de esta manera trata y hace el ballet Jozz.

Llevando y sintiendo todo esto dentro de usted, pues bien, métase ahora a ese petrificado escenario que es la vivienda del señor Ascanio Viluco y de su distinguida esposa... ¡Horror! Es meter al público a la escena. ¿Qué hacer, qué hacer uno que cree ir a un almuerzo que forma parte de la vida y siente por todos lados lo prefijado? ¿Qué haría usted si de pronto la arrancasen de su butaca y la transportasen al medio de bastidores y bambalinas y entre seres de movimientos determinados hasta en sus más ínfimos detalles? Guni, no le quedaría más que: a) empezar a palos con cuanto la rodeara; b) petrificarse, anquilosarse..., a no ser que un sabio director tuviese a bien improvisarle un papel... de una noche para hacerlo tras las candilejas; de toda una vida para hacerlo en las casas. ¿No es verdad? Fue por esto último por lo que optamos mi amigo y yo, petrificarnos, desechando de plano la idea de empezar a palos con muebles y objetos porque, como le dije, es la señora de Viluco una de las más finas damas de nuestro mundo.

Pues bien, mi Guni, yo quería contarle a usted esa parte de mi relato en forma de una pieza de teatro. Quería solidificar, matematizar todo aquello para que usted lo recibiera con la consistencia y claridad con que puede recibir un objeto que le ofrendan. Quería, para usted, algo nítido de todo lo que, entonces, al suceder, fue fluido, casi fantasmal y que siempre a mí, mientras sucedía, me dejaba la angustiada sensación de que bien podía –y hasta debía– ocurrir de cualquier otro modo. Así es que al pensar que iba yo a contarle a usted que Rosendo partía en su coche de tres caballos, me sentía caer en un mundo de humos y sombras y ese coche acampado y sus jameigos se me diluían en muecas fantasmagóricas. ¡Y yo quería lo contrario para usted, mi niña!

Transmuté. Recurrí al burrito por aquello de los hombres antiguos. Solidifiqué el camino de humo por terror a lo inconsistente de todo destino, de todo devenir. Multipliqué el todo por tres al pensar en lo duro de estos tiempos. Hice teatro... ¡Perdóneme!

Bueno, Guni, sea en un coche o en un burrito, el hecho es que Rosendo Paine partió de La Cantera y llegó a Santiago.

Entró en su casa –Marcoleta 91– y allí, al ver un cuaderno en blanco, lo abrió y, en la última línea de la última página, puso un gran punto final con tinta verde. Pensó que así ponía término al libro que nunca se escribiría pues no era él ni había sido ni sería jamás un escritor. Él era el hombre para la vida, el hombre para afrontar los mil azares, y no el hombre para petrificar los futuros en un pasado desplegado con tinta verde sobre hojas de papel blanco. Tal tarea... ¡para otros! Y estos otros... ¡allá ellos!

Cerró su cuaderno. Apagó la luz. (Ya la noche había caído). Respiró el aire saturado de flores de su pequeño jardín. Bajó su persiana. Lanzó una última mirada a su mesa iluminada por reflejos apagados de origen casi misterioso. Y salió por las calles en busca de la medianoche.

Su marcha era ligera, sin ruido y sin cansancio. Le parecía ir no sólo por esas calles sino además, además por..., por... Estaba a punto de precisarlo mas la cosa se le escapaba. De pronto se dijo:

“Voy sin ruido y sin cansancio por el Segundo inmóvil de Baldomero Lonquimay”.

Llegó al pie de un árbol. Trepó a él con asombrosa facilidad. Nada sonaba. Había silencio y soledad.

De pronto sintió que el Segundo había terminado. Juntamente oyó el eco del cañonazo que, disparado desde el cerro Santa Lucía, anunciaba el fin de un año y el comienzo del siguiente. Estaba cogido con su brazo izquierdo a una rama. Con su mano derecha se quitó el sombrero y saludó el advenimiento de 1926.

Ahora las calles y avenidas se iban llenando de gentes que se abrazaban. Trató de ver si, entre ellas, pasaba algún amigo, por ejemplo, el hombre Martín Quilpué. Nadie. Bajó y siguió su marcha.

Súbitamente sintió un vago malestar, sintió que las cosas iban mal, que estaban al revés. Pues hacía un momento, en La Cantera, estaba en marzo... Y ahora era año nuevo, sea 1º de enero. ¿Cómo había podido retroceder por el tiempo? La cosa iba mal.

Se echó sobre un banco. Meditó.

“¡No, no! –se dijo luego–. ¡Todo está bien! El Segundo de Baldomero Lonquimay, según afirman los sabios de los sabios, puede caer cuando se quiera y, mejor dicho, cae permanentemente sobre todos los sitios de la Tierra. Pero... ¿el cañonazo?”.

De pronto comprendió. ¡Vana ilusión del tiempo! El Segundo tenía el don de hacerlo reversible. Y quien con él se sintonizaba, volvía a existir en el momento más propicio para el buen cumplimiento de los fines que perseguía..., si estos fines eran grandes, se entiende. Los suyos lo eran. Y era conveniente que empezara en el primer momento de un año nuevo, el año de la vida, del vivir, no al azar ni en el peligro, sino con la seguridad de aquel que por las espaldas está protegido, de aquel cuyos actos irán a ser divinamente transmutados.

Siguió su marcha.

Se cruzó con Rubén de Loa quien, con voz festiva, le dijo:

–¡Felicidades! Y... ¡adiós!

–Adiós..., ¿por qué?

–Porque mañana me marchó. ¿Qué más hacer en este bendito Santiago de Chile?

Aquí no pinto ni hago nada. Mañana regreso a San Agustín de Tango. Allá tengo taller, tengo amigos y tabernas. ¿Por qué no me haces una visita? ¿Unos quince o veinte días? ¿O todo un año? No te arrepentirás.

—Espera —respondió Rosendo—, espera un rato.

Esperaron, en efecto, un rato. Luego éste prosiguió:

—Sí. Tengo que ir a San Agustín de Tango...; yo u otro, que, en este caso, es igual. ¿Este año? Tal vez. U otro año cualquiera. También, en este caso, es igual. En fin, ¡felicidades! ¡Adiós!

Pasos más lejos se encontró con Ascanio Viluco, el hombre de la casa Jozz. Después de los votos de felicidad, le dijo:

—Espera, espera un rato. Algo, sé, tengo que pedirte.

Pasado el rato:

—Este año u otro año iré o alguien irá a San Agustín de Tango. ¿Serías tú tan amable de hacer compañía?

—¿Yo? Tal vez.

Y se separaron.

Siguió hacia su casa. Había algo que le daba vueltas en la cabeza. No precisaba.

Todo en él era vago. Sentía que su personalidad se diluía. Sentía como si, además de sí mismo, otro ser se hubiese incorporado en su persona.

“¿Acaso Lorenzo?” —pensó.

Tal vez. Pero de esto habría que defenderse, desprenderse. ¿Cómo ir fructuosamente a la vida si otro va dentro de uno? Porque —ahora no lo dudaba— era Lorenzo quien un día iría a San Agustín de Tango y era Lorenzo quien pediría a Viluco que tuviese a bien hacerle compañía.

Siguió su marcha.

Al doblar hacia su calle se encontró con Florencio Naltagua. Traía en sus brazos a su sobrina Lola, de tres años de edad.

Iguales saludos y espaldarazos. Igual desconcierto.

Naltagua es un hombre que, en un comienzo, vivió despreocupado y sólo pensando en llenar las horas de cualquier manera. Mas un buen día —sin que a nadie haya comunicado la causa— cayó de pleno, con toda la pasión de un corazón desbordante y que sus amigos creían de hielo, en un misticismo transcendente, desparramando de súbito un amor sin límites sobre cuantos seres le rodeaban, seres que, hasta entonces, habían sido gratificados únicamente con una dulce indiferencia.

La pequeña Lola era ahora para él objeto de vehemente cariño. Pero siempre, al referir cuánto se podía llegar a querer a una criatura, advertía, algo velados sus ojos bondadosos, que todo ser amado no era más que una expresión limitada de un amor mayor que abarcaba a la humanidad entera y a sus profundos y misteriosos designios.

—Espera —le dijo Rosendo—, espera un momento.

Y allí quedaron en silencio. La chica dormía.

—¿Y bien? —preguntó Naltagua—. ¿Qué debo esperar?

—Nada, nada —respondió súbitamente Rosendo—. ¡Felicidades! ¡Adiós!

Siguió a su casa.

De pronto vio:

Era el segundo de detención entre ambos años el que iba produciéndole ese desconcierto. De él nacía la sensación extraña ante sus amigos. En él ya el destino empujaba a

alguien hacia San Agustín de Tango. En él figuraban de Loa y Viluco. Todo ello, en la realidad que comenzaba a explayarse, lo adivinaba en una especie de embriaguez, lo adivinaba en contornos esfumados como fantasmas vagando en torno suyo.

“Fantasmas...” –se vio obligado a repetir.

También hay algo de fantasmas en ese Segundo. Durante ese año vendrían seguramente a frecuentarle. Pero no lograba recordar en qué forma se realizaría ese comercio.

Ahora apresuraba el paso, ansioso de entrar pronto a su casa y esconderse, de guarecerse. ¿Guarecerse de qué? Ahora comenzaba a saberlo: guarecerse de la muerte.

No de la suya. Él viviría, sin lugar a dudas, viviría hasta más allá del próximo Segundo inmóvil. Pero ella habría de pasar muy cerca. Una vez, acaso más. ¿Podía saberlo, mejor dicho, podía recordarlo? ¡Pobre Naltagua! Hizo bien en decirle: “Nada, nada”. Ahí en la esquina de su calle oscura había visto desperezarse y salir de sus recuerdos a la muerte e inclinarse sobre la chica dormida.

“Bien –se dijo–. Veremos a Naltagua ante su amor por la humanidad, ante los designios que la guían más allá del dolor, cuando un ser, uno solo, inocente, muera. Bien. Marcha el hombre por los senderos del misticismo. ‘La muerte no existe’, repite. Ahora la irá a ver. Senderos del misticismo... Justo es que la encuentre cara a cara. Pero yo... Yo camino por otras carreteras. Sin embargo estoy cierto de que en aquel momento del Segundo, varios, sí, varios cadáveres jalonaban mi marcha”.

Ya las ventanas de su casa aparecían alumbradas por un farol mortecino.

“Mi marcha... ¡No! Yo marchó sin tener marcha. ¡La tuya, Florencio Naltagua! ¡La tuya, Lorenzo Angol! Las vuestras, hombres elevados, hombres de las grandes transmutaciones. No la mía. Yo soy el hombre de la vida, ¡del vivir!”.

Llegó a su puerta. Mientras introducía la llave en la cerradura, el ruido seco de unos pasos lo hizo volverse y mirar a la acera vecina: iluminado por el farol mortecino pasaba un hombre de bigotillos, tocado con sombrero calañés gris claro con cinta oscura, vestido con traje vestón azul marino, calzado con zapatos negros de cuero de potro, y sin anteojos ni bastón.

Rosendo lo miró alejarse. Luego pensó que ese hombre debería ser, sin duda, el hombre Martín Quilpué.

Y entró en su casa.

34

Julio de 1942.

Guni:

Después de larga ausencia le escribo nuevamente desde La Torcaza.

Salí de viaje a San Agustín de Tango con la intención de llegar a Antofagasta pero supe que usted había partido a Iquique. Y una noche me comunicaron que, si yo iba a Iquique, usted partiría acto continuo a Arica. También me aseguraron que cualquier intento mío por alcanzarla a usted, sería acompañado por un paso suyo, adelantándose, de modo que así seguiríamos girando por la Tierra, de polo a polo, usted allí, yo tan sólo aquí...

Cruzaríamos, uno en pos del otro, las cordilleras peruanas; pasaríamos por el alto Amazonas; caeríamos al mar de las Antillas; atravesaríamos las aguas de peligro evitando los submarinos; tropezaríamos con el Labrador y Groenlandia; aparecerían los témpanos del polo Norte; nosotros ya empezaríamos a sentir las fatigas de trepar por el meridiano 70: luego yo, cogiéndome con ambas manos la cabeza, la vería a usted precipitarse rodando hacia abajo por el meridiano 120; haría un esfuerzo con mi bastón y mis zapatos de clavos para alcanzar la cumbre; y, cerrando los ojos, me lanzaría, a mi vez, Ártico abajo; en los momentos en que usted, Guni adorada, recostada en blanca barca de nieve, cubriéndose con sombrilla rosa del Sol verde de los polos, hendería, cantando una canción de nostalgia y olvido, las aguas y los esturiones del río Lena; “¡oh, milagro!”, exclamaría yo al ver, desde mi hielo flotante, que las corrientes tormentosas de ese río proceden con usted –por su belleza y su voz– a la inversa que con nosotros los mortales sujetos a las leyes de la física: las corrientes que braman hacia el último de los océanos, chupan, en vez de expulsarla, su barquichuela blanca hasta las profundidades de Siberia; yo, a nado, jadeante, creyendo a cada instante morir, braceo y braceo tras de usted, como galopa y galopa el perro tras de su amo en su corcel; y vienen montañas, mongoles y pekines, formosas y filipinas; atravesamos las mil popas de Australia; allá va usted abordando las primeras nieves del polo Sur; los pingüinos se asustan y escapan ante su prestancia de Reina; yo apenas navego por las primeras aguas del océano Antártico; ya empieza usted a trepar, ansiosa de volver a ver sus caras tierras; mientras yo, de pie sobre la cumbre de nuestro polo, saludo, cabeza abajo y absorbido hacia arriba por la fuerza de los fuegos infernales del núcleo del planeta, saludo, con un solo ademán y ya sin ningún sombrero, lo que ignoro totalmente que ha de haber en cielo tan extraño, tan insólito; y cógese usted ahora de la punta de nuestro país y trepa por su escala de islas e islotes; yo empiezo a divisar un monstruo gris sobre el agua helada y vacilo si ha de ser el Cabo de Hornos, o el *Caleuche* que pasa, o el ansia mía por poseerla entre mis brazos a usted; ya está usted en Puerto Montt; yo apenas en el primer peldaño; pero llego también adonde ha llegado usted; usted se instala en Chillán; hacia allá me precipito; usted, gloriosamente, atraviesa la capital; es mi capital también y a ella voy; pregunto: “¿Y Guni?”; me responden: “Partió a San Agustín de Tango”; y cuando llego a San Agustín de Tango, usted está en Antofagasta; y Antofagasta es Iquique; e Iquique es Arica; y Arica..., Arica..., Arica... ¡Guni mía! ¡por piedad! ¡¡perdón!!

Aquí sólo en grandes rasgos le trazo nuestra peregrinación circular. Pero piense lo que ella es en realidad, piense en los miles y miles de sitios que cruzamos, en los millones y millones de panoramas que contemplamos, piense así... que yo, mientras tanto, pensaré que, en cada sitio y ante cada panorama, puedo ser acometido por el deseo, por la imposición de escribir un largo libro para justificar mi existencia y para tentarla a usted...

Y quiero huir de la literatura como usted huye de mí. Mas, con o sin literatura, será otra vez Antofagasta y otra vez Iquique y otra vez Arica, eterna, eternamente, sin reposo jamás.

Un buen día yo he de morir. ¿En dónde? Pocas probabilidades hay de que sea en nuestra tierra; es mucho más probable que sucumba con los fríos de los polos o con los calores de los trópicos o con las tempestades de los mares. Algunos esquimales enternecidos o algunos jíbaros piadosos o algunos marineros soñadores me darán sepultura bajo las nieves calladas o bajo las raíces de la mandioca o bajo las espumas de las olas. Allí quedaré. Y una vez por año, durante los cien años que usted va a vivir más que yo, la sentiré pasar por sobre mi tumba y no podré retenerla ni llamarla ni ¡nada! Una vez por año

durante cien años..., que un año dura la vuelta a nuestro círculo, y que, mientras viva, tendrá usted que seguir girando y girando, sin reposo, jamás.

Y este nuestro libro tan querido no se hará. El olvido, sólo el olvido sobre mí... Sólo el golpe de sus pies o de su quilla, una vez al año, por cien años, vendrá a recordar que una vez un hombre existió y amó y persiguió hasta sucumbir.

¡No, no y no! ¡No la perseguiré, mi Guni! Por el contrario: me echaré fieramente hacia atrás y, corriendo de espaldas, desharé el camino andado del círculo fatídico.

Usted se sentirá entonces atraída y retrocederá a su vez. Mas yo no seguiré eternamente girando a la inversa del sentido que la razón y el amor indican. ¡Ah, no! De pronto podré detenerme chocando mis pulmones en contra de un tronco o de un peñasco o de una habitación cualquiera de un cualquier humano. Y usted, resbalando sin poder parar, vendrá también con sus pulmones a chocar contra mi pecho, hundiéndolo, quebrándolo y haciendo saltar mi sangre en un inmenso ramillete.

Así me vengaré de usted, mi Guni tan querida.

Te has ido, te has ido de Santiago, te has ido de San Agustín de Tango, te has ido de todas partes. Te has ido del frío, del calor y de las aguas...

¿Te has ido de verdad? A veces se me figura que todo esto no es más que un delirio absurdo.

Delirio o realidad, ¿para qué te vas? Perseguirte es el círculo fatigante y sin fin, es la ruina de ambos y la muerte de nuestro hijo sin haber crecido; si me echo de espaldas es tu crimen salpicándote con sangre; si me detengo muerto, una vez al año, durante cien años, pasarás sobre mí.

Desde aquí veo cómo vas a llorar, a arrepentirte, a sufrir. Pasarás sobre mí y seguirás. Poco a poco tu mal se irá calmando hasta que te encuentres en el antípoda de mi tumba. Justo en ese momento tendrás un olvido total y serás feliz... por algunos minutos solamente, acaso por algunos segundos, y únicamente una vez al año. Empezarás luego, empujada por la fatalidad, a acercarte de nuevo a mí. Tu mal irá reapareciendo, creciendo, ahogándote. Y otra vez has de llorar, has de arrepentirte y has de sufrir. Guni, ¡durante cien años!

¿Y si me detengo en vida, sin correr de espaldas? ¿Si me detengo para verte pasar, ahí en Santiago, o allá en Antofagasta o Iquique, o más lejos, en el Amazonas o el Lena o donde sea? ¿Ganarás mucho, ganarás algo? ¡No, mi Guni, no! No ganarás nada. Escucha bien:

Cuando estés en mi antípoda será como en el caso de mi muerte: algunos instantes de felicidad; haré que ellos te sucedan en Antofagasta pues bien sé que los habitantes de esa ciudad son altamente refinados y capaces, por lo tanto, de apreciar tus dones y tu donaire. Pero, apenas recomiences tu peregrinación, irá tomando cuerpo en tu corazón una como muy leve esperanza, esa esperanza atormentadora de encontrar algunas vez el amor. Crecerá, crecerá, ora llena de fe, ora llena de terrible desaliento. Crecerá así durante medio año. Y entonces, por algunos minutos solamente, acaso por algunos segundos, me verás y creerás en el amor..., al pasar... Pero pasarás, habrás pasado. Y viene ahora otro medio año de lenta descomposición de toda esperanza, por mínima que sea. Hasta el olvido, es cierto, hasta tus triunfos fugaces en medio de los antofagastinos arrobados por tu donaire y tus dones. ¡Pero otra vez y otra vez y otra vez más, durante cien años, volverás a girar!

¡Vaya una vida la que te espera! Y mientras tanto, ¿qué haré yo en los antípodas de Antofagasta? ¿Qué haré yo inmovilizado por tu destino y tu voluntad allá en el norte de

Indochina? No creo que tales parajes sean propicios para evocar debidamente el recuerdo de Nicole ni el de Nastia Poltava ni menos aún el de la silenciosa y plácida Lumba Corintia.

En fin, realidad o delirio, es el hecho de que allá en San Agustín de Tango, tú habías desaparecido cuando yo llegué.

35

Solo en esa ciudad, quedé mucho rato sin saber qué hacer. Por último salí sin rumbo. A las pocas cuerdas de marcha me encontré con Lorenzo. Saludos y demás, ya lo imaginaré. Torcaza. Me invitó a su casa. Charlamos.

Sus primeras preguntas fueron sobre la marcha de mi trabajo: “¿Cómo iba? ¿había avanzado mucho? ¿lo seguía con el mismo entusiasmo de antes? Etc.”. Le respondí:

—Poco ha avanzado y el entusiasmo ha decaído visiblemente. Es que voy con un paralelo, ¡con ese paralelo! Voy con ambos brazos abiertos en cruz y llevando en cada mano un trozo de vida diferente al otro, diferente en sentimientos, en actividades y en el tiempo. Es difícil avanzar de este modo. Por un lado desarrollo esos recuerdos que nos son comunes, a ti, a mí, a nuestro amigo Rosendo y a tantos más, todo aquello que ocurrió hace unos catorce años atrás; por otro lado va cayendo a mis páginas el *hoy*, sin vosotros, sin nada de entonces, únicamente con Guni y las constelaciones que ella pone en movimiento al andar por estos días de hoy. Estas dos cintas se enlazan y tal vez se influyen. Se dificulta la labor, claro está. Mas no puedo proceder de otro modo. ¡Qué quieres! No concibo la carencia de polarización entre el biógrafo y el que es biografiado. Tiene que existir siempre tal polarización, quiérase o no. Por lo mismo, puesto que existe y yo lo sé, no puedo dejar de hacerla notoria, no puedo dejar de darle libre curso, facilidades, diría. El *entonces* y el *hoy*, a pesar mío, se me funden, irresistiblemente; vuestras andanzas y las mías se entrelazan hasta no saber qué ni cuál fue vuestro, qué ni cuál es mío. Hay algo que me dice, que me repite y me persigue, hay algo que me asegura que esos cuatro elementos, esos, déjame llamarlos así: esos cuatro “existentes” —a) entonces, b) hoy, c) tú y tus gentes, d) yo y las mías—, estos cuatro no son más que uno. ¿En dónde lo son? ¿Aquí en tu casa o allá en mi fundo? No, por cierto, ni para qué suponerlo; aquí y allá son aislados y hasta dispares, si se quiere. En otro punto lo son. ¡Ah, viejo amigo! No puedes imaginar cómo busco ese punto, esa región de unidad; cuántas noches me desvelo tratando de sorprender el comienzo de la senda que me ha de llevar hasta ella; cuántos instantes de gozo me toman al creer que por fin he hallado; cuántos sinsabores al verificar que todo se bifurca, se parte y cada cosa pasa a ocupar *otro* sitio... Es algo abrumador.

“Oye: a tal extremo pienso así que, cuando voy hablando de tus hechos pasados y de los hechos de los demás, me asalta a menudo la casi certeza de que todos ellos —los hechos, ¿comprendes?; y ¡acaso vosotros mismos, hombres o personajes!— sucedieron, fueron condicionados por este otro hecho de que catorce años más tarde, hoy *yo iba a escribir*. Y viceversa, mi vida ahora, el existir de Guni, todo esto, está condicionado y es lo que es porque entonces y junto a vosotros *vivieron ellas*, Lumba Corintia, Nastia Poltava, Nicole..., ¡tantas!”.

“Lorenzo, no puedo asegurarte que, al pasar tú a mis páginas, seas un personaje mío; bien pudiese ser que, al pasar, sea yo un personaje tuyo.

“Ponte en mi sitio. Agrega ahora que Guni se ha marchado; agrega el hecho de que puede girar en torno a la Tierra mientras yo viva y aun cien años más después de mi muerte. Lorenzo, ha habido una virada de esos humanos o personajes que se llaman Guni y Onofre Borneo. Han virado extrañamente entre humanos y personajes... y fantasmas. Y –¡fíjate!– como ello ya entonces estaba condicionado y como yo entonces lo ignoraba totalmente –a pesar de creer que al dedillo me conocía cuanto vosotros ejecutasteis en aquella época–, como lo ignoraba o, mejor dicho, no calculaba qué acto de entonces sería, devendría esta virada de hoy, las páginas de mi *Umbral* se han turbado y yo me encuentro en pleno desconcierto. Justo es, pues, que viren también esas páginas y se coloquen a la par de todo existir. Si ellas no van retratando y tratando de descifrar lo que respirabas y proyectabas tú y Rosendo y los demás, lo que respiramos y proyectamos nosotros en este momento; y si ellas no son la retorta de fusión de la época que llamaré “lorenciana” con la actual época que llamaré “guniana” y con las próximas épocas de las mil X misteriosas; no sé qué finalidad podrían tener, qué finalidad tu biografía, qué finalidad ese *Umbral*. Sabes que yo nunca he escrito una novela prefijada y que jamás he tratado de hacerlo por encontrarme incapaz de tal empresa; sabes que *Umbral* es para mí un elemento vivo que, como todo lo vivo, goza, sufre, se robustece, se debilita, espera, desespere, canta o gime, y enfrenta, como cualquier ser, lo que el porvenir ofrezca.

“Pues bien, hoy día, más que en cualquier día desde el día de su nacimiento –el 2 de marzo del año pasado, como has de recordar–, nuestro libro se halla frente a un porvenir turbio y raro: justo es que se haya inmovilizado como me he inmovilizado yo. Pero justo es también que lo turbio y lo raro de él, sea una razón mayor para seguirlo paso a paso y para guiarlo hasta donde ello sea posible... ¡Que todos vosotros, desde vuestra época, desde ese antaño añorado, vendréis conmigo a prestarme ayuda, siguiendo, guiando..., a ver si algo modelamos con nuestros esfuerzos y nuestra paciencia en el devenir ¡qué ya está encima, Lorenzo!”.

Días más tarde mi amigo partió de viaje. Luego hice yo otro tanto: partí a Santiago y, de allí, me vine al fondo. ¿Qué más iba a hacer solo en esa ciudad de los recuerdos sin fin y donde había esperado reunirme con Guni para mostrarle en plaza, punto por punto y sin omitir detalle, los sitios en que cada hecho del *Tercer Pilar* había sucedido? Regresé porque cada muro, cada rincón me asaltaba, me hacía sentir una soledad con vida, me retumbaba confirmándome que todos aquellos que llamé “existentes” no son más que *uno*, y dándome, con esa confirmación, una impresión penosa hasta lo increíble. Regresé.

Santiago... Torcarza...

Aquí estoy. Se me figura que había yo llegado a un momento que, como todos ellos sin excepción, llevaba frente a él un porvenir múltiple; y que ahora ese momento hasta donde mi vida había alcanzado, hubiese quedado solo, allá adelante, suspendido en un futuro que abandoné; se me figura que he retrocedido, que algo me ha retrocedido, a un punto ya pasado, para tener que revivir, por un sendero añejo, lo que lógicamente debería estar clavado en lo que fue y no en lo que será. Es algo muy raro. No sé caminar así.

Pero, en fin, entremos a la catedral vacía.

¡Ahí está el Lagarto Anaranjado, ese gran lagarto que ella una vez me regaló! Sobre el muro blanco trepa, trepa y trepa siempre sin poder alcanzar punto alguno más allá de sí mismo.

Quedémonos aquí en la catedral y vamos revisando los papeles algo cadavéricos del que fue nuestro querido *Umbral*.

¿Qué había que hacer? Había proyectos, muchos proyectos y líneas trazadas. Lo recuerdo. Mas no recuerdo cuál era, cómo era la corriente que los hacía vivos.

Allí al frente hay un globo terrestre con pedestal exactamente igual al del globo de cristal de mi tío José Pedro; su tamaño es también exactamente igual. Por él, de abajo hacia arriba –pues son las Américas las que están frente a mí–, Guni gira y gira veloz, gira hasta la obsesión. Hay un zumbido de abejorro. Me marea a tal punto que no puedo quitar los ojos del globo y del puntito blanco y femenino que, a instantes regulares, pasa, pasa, pasa, de abajo hacia arriba, rasgando la costa chilena, perforando la cordillera peruana, salpicando los altos Amazonas y las olas del Antillas, huyendo por el Labrador, desapareciendo por Groenlandia...

El zumbido ahora disminuye, apenas lo oigo. ¡Ah...! Es el antípoda de mis ojos: Java, tal vez. Vuelve a crecer. ¡Ahí viene! Sí, es ella, Guni. Chirrea, pasa y se pierde.

No sufro.

Lo único que deseo es, siquiera por un minuto, desprender los ojos del globo; es cuestión de mirar, de verificar si todos mis libros están como los dejé. Pierdo totalmente el sentido de la hora.

Hasta que un silbido agudo, exactamente igual al de un avión en picada, me hace, por fin, desprender la vista del objeto único de la catedral. Sigo ese silbido que es Guni que vuela y revolotea por todos los ámbitos reducidos de mi reducida estancia... Pero como Guni es ahora tan chica, tan chiquita, tan diminuta a pesar de ser tan blanca y femenina, sus vuelos y revuelos son inmensos, dignos de ella, dignos de sus constelaciones movidas al andar por mis propios días de hoy.

Hay silencio.

¡Callar, callar!

Guni está ahí.

Pero titila ligeramente.

Le pregunto:

–¿Eres tú, niña? Niñita, dime, ¿eres tú? ¿Serás tú?

“¿Eres tú...

...eres tú...

serás tú...?”

Estas palabra son nuestras. Debiera Guni acordarse de ellas. Hasta voy a precisarles fecha, hora, sitio, ambiente y comida...

¡Si voy yo acaso a olvidarme de algo!

Es el 22 de diciembre de 1940.

Tres días antes, el 19, usted, acosada desde abajo por mil fieras de las planicies, del pasto pegajoso, de las aguas lentas y espesas que lamen y no corren, usted huía desesperadamente, como sólo se huye del terror de no vivir, usted huía colina arriba, al aire, a la luz, a la cumbre, aunque, al alcanzarla, fuese a caer sin salvación del otro lado.

Tres días antes, el 19, yo, despavorido, corría colina abajo como se corre cuando se huye de un águila de luz y de cristal y que lleva en sus garras y su pico el designio inexorable de despedazarle a uno nervio por nervio, fibra tras fibra; corría aunque fuese a empantarme en los pastos y las aguas de babosas.

Y usted, ciega hacia arriba; y yo, ciego hacia abajo..., en medio de la colina, chocamos. No chocamos, Guni –recuerde–, como hace poco, con los pulmones de usted sobre el pecho mío, inundándolo todo con ramilletes de sangre. Chocamos de frente, cara a cara, sin saber si regocijarnos o enfadarnos ante el accidente, dudando de pronto si era una suerte para usted que se le impidiese caer sin salvación del otro lado... pero entregándola a la voracidad de las fieras; dudando si era una suerte para mí librarme del fango espeso... pero perecer, en cambio, desgarrado a picotazos.

Entonces sonreímos.

Y nos besamos.

Tres días después: es el 22 de diciembre de 1940. Son las 9 y 49 de la noche. Es un pequeño restaurante que, después de dar acogida a nuestras dos primeras citas, desapareció para siempre, tragado por los adoquines de aquella callejuela, desapareció con propietario, cocinero, pinche, sartenes, cacerolas, cubiertos, provisiones, licores y frescas damiselas de servicio. Desapareció. En su sitio quedó un hoyo y de ese hoyo –¿recuerda?– nació, creció y floreció el primer abedul con acordes de bandurria que haya tremolado en las Américas.

¡Oh, qué linda es nuestra historia!

Nosotros reíamos. Reíamos al ver que nuestra primera comida era nuestro primer fracaso. ¡Qué nos importaba! Tres días antes nada nos había ocurrido; bien podíamos fracasar ahora. Porque fracasamos... Recuerde que pedimos “Congrio frito” y que, cuando la fresca damisela que nos servía se alejaba, yo advertí que también en la lista figuraba una “Corvina a la Meunière”. Preferimos esta última y así lo ordenamos. La damisela, minutos después, se presenta con el congrio.

–Hemos pedido corvina, señorita –le digo.

–La corvina vendrá enseguida –nos responde.

Y tuvimos que comer dos guisos de pescado...

¡Si voy yo acaso a olvidarme de algo!

Por eso reíamos. Luego la damisela se contagiaba con nuestro alborozo y reía también. ¡Pobre damisela! ¿Recuerda que era muy fresca y muy, muy bonita? Pues ha de saber usted que ella fue la primera en hundirse cuando ese pequeño restaurante desapareció tragado por los adoquines, y que su sangre y su sexo fueron el primer alimento que chuparon las raíces del abedul primero para convertirlo en trémolo de bandurrias ante las Américas maravilladas. Ése fue su destino: en vida, confundir los pedidos de sus clientes; después, confundir su sexo y su sangre en savia sonora.

¿Y el destino nuestro? Todavía no se precisaba. Por eso también reíamos. Da siempre risa jugar con el destino entre los dedos, sobre todo –como era nuestro caso– si en las paredes que encierran a los jugadores hay pintado, burdamente y a grandes brochazos, un gato verde con sombrero de copa y un laúd entre las uñas.

No precisábamos nada todavía pero algo presentíamos, algo tratábamos de respirar de nuestro aire. Porque es el hecho –¡ea! ¡si lo sabe usted tan hondamente como yo!–, es el hecho de que yo siempre, desde años antes de huir colina abajo, había soñado con un águila inmensa de alas de luz y cuerpo de cristal que cayera sobre mí; pero no para despedazarme entre torturas sin fin; sino para remontarme a la altura en que se ve cómo se desparrama la lluvia solar sobre la Tierra. Por eso, cada vez que en los cerros de estos campos veía planear, allá arriba, muy lejos, muy alto, un águila, desde abajo la interrogaba gritándole:

—¿Eres tú? ¿Serás tú?

Mas las águilas seguían atisbando los posibles cadáveres del fango y no paraban mientes en mi súplica.

Y es el hecho de que usted vivía como yo, desde muchos años antes de huir colina arriba, soñando con una fiera que entre sus dientes la sumergiera en esas aguas pegajosas, mas que tuviera el don de transformar sus profundidades en cuadros submarinos de nácar, de algas murmurantes y peces de mirar de perlas. Por eso más de una vez, mucho más de una vez, de sus labios casi inmóviles y ante una visión dudosa, había usted murmurado:

—¿Eres tú? ¿Serás tú?

Pero las visiones dudosas, monstruos o fieras, seguían su camino sin siquiera divisarla a usted, niñita.

Reíamos siempre.

Y de pronto nos miramos.

Eran las 9 y 59.

¡Si voy yo acaso a olvidarme de algo!

A un mismo instante y con una misma voz no preguntamos, los ojos en los ojos:

—¿Eres tú? ¿Serás tú?

... ..

Ningún cliente vio nada ni el patrón ni el cocinero ni el pinche ni la fresca damisela ni nadie.

¡Fue nuestro segundo beso!

Y al serlo, al realizarse, el gato verde de las paredes rompió con inmensa marcha en su laúd, dejó rodar por el suelo su sombrero de copa y de su sombrero cayó, desapareciendo por entre las ranuras del entablado, una semillita diminuta que perforó la tierra por muchos metros como un gusano que taladra.

Guni, esa semillita fue la que determinó, días más tarde, el hundimiento de ese local amable; la muerte de muchas buenas gentes, entre ellas la de la linda damisela; y el florecimiento de ese abedul milagroso que vino luego a cantarnos y cobijarnos.

En verdad, ¡qué emocionante es nuestra historia!

Y hoy te has ido, te has ido de Santiago, te has ido de San Agustín de Tango, te has ido de La Torcaza, te has ido de todas partes... Te has ido del frío, del calor y de las aguas...

Sin embargo, ahí te veo, ahí creo verte. Claro está que titilas, que vacilas. Eres una sombra, un humo... sonriente. En vano fijo los ojos, concentro mi mirada. Guni se desdobra causándome esa espantosa sensación de las borracheras. Guni se bifurca. Son dos rostros que quiero reconocer, que he visto en alguna parte, o que alguien ha visto en alguna parte. ¿Acaso Lorenzo? ¿O Rosendo? No lo sé. Pues no sé quién es autor ni quién es personaje. Son dos rostros, en todo caso llenos de un significado de luz, de cristales o de águilas que matan o de águilas que remontan o de águilas... No lo sé. Son dos rostros. No es el rostro de Guni. Porque Guni se ha ido de todas partes, Guni se ha ido del frío, del calor y de las aguas...

Son dos cuerpos.

Son dos mujeres.

Algo a mi derecha, cerca, está vestida de terciopelo negro con una banda granate; armoniza bien con su cabello azabache y sus ojos verdes oscuros; su mirada es dura; sus labios están firmemente marcados. Algo a mi izquierda, un paso más atrás, está vestida de oro brillante con una gran banda de plata; también esto armoniza con sus cabellos rubios y sus ojos celestes sin mirada alguna; su boca, apenas marcada, no tiene voz.

La primera me dice:

–Me llamo Bárbara.

Luego indica a la otra y agrega:

–Ella es Colomba.

Queda largo rato en silencio. Por fin habla de este modo:

–Tú me llamaste desde los corredores. Yo habría venido a tu llamado. ¿Por qué no? Tú llamabas para que dos manos muy diestras y veloces, te modelaran según un sueño indefinido que siempre sobrevolaba por tu existencia.

Sabías que tú solo jamás lograrías descifrar esos vuelos, ¡qué decir “darles cuerpo”! Pero intuías que, proyectados a mí, filtrados por mi ser, recaerían sobre ti y tú, entonces –despierto, dormido o sonámbulo–, te pondrías en marcha. Por eso me anhelabas con un ansia vecina a la locura, porque no podías seguir detenido viendo moverse todo a tu lado; porque querías moverte tú sobre un mundo inmóvil que dócil se prestara a tu observación, a todas las yemas de tus dedos devenidas puntas de un laboratorio que yo habría mantenido siempre tibio para tu meditación, siempre ardiente para tus pasiones, siempre glacial para tus conclusiones. ¡Haz memoria! Así querías y así llamabas.

¿Por qué no habría yo venido a tu llamado?

Si hay una voluptuosidad en el hombre al no ser sí mismo en lo que más él mismo es, la creación, ¡su creación!; la hay también en la mujer al coger, modelar, poseer a quien dices que ha nacido para poseer él, modelar él, coger él. Hay una voluptuosidad para el hombre al dejarse ir *bajo Ella*; la hay para la mujer al enterrar, como garras, su dominio y empujar *sobre Él*. ¿Y dudas de que sea yo mujer?

Tus ojos quieren desviarse ahora hacia los oros brillantes, las bandas de plata, la vista que no ve y la boca muda. Buscas a Colomba... Quieres rehabilitarte en tu orgullo de macho..., ¿sabes?, de macho ¡a medias!; estás alegando dentro de tu vanidad que el hombre manda y la mujer se agacha; dices que la naturaleza, ¡oh!, ¡la Naturaleza!, así lo ha ordenado. Y temes –¡cobarde!– ser contranaturaleza.

¡Busca, busca a Colomba!

No la encontrarás hasta que yo te ordene y te permita.

¿Y cuándo así será mi antojo?

Cuando reconozcas que la ley soy yo; que la ley es Ella planeando en lo alto, él marchando en lo bajo; cuando te sometas a Ella, a mí, sin vacilar. ¡Idiota! ¿Qué no ves que de este modo habría llegado yo a quedar atada a ti? Pero habría sido según la ley, es decir, sin dolor y recreando tu universo. Entonces, entonces tus ojos habrían podido ver a Colomba, palpando sus oros y su plata como un pincel.

Pudo todo ello haber sido muy hermoso...

Porque yo, enlazada en mis instintos primeros y puros, habría regresado a la naturaleza gestándose en su primera y pura ebullición. ¿Alcanzas a vislumbrar cuántos sueños,

cuántos anhelos y dudas y esperanzas se habrían enredado a mi cuerpo, muchas veces taladrándolo como mil gusanitos con significado de águilas, de luz y de cristales?... Pudo haber sido muy hermoso, sin mancha alguna.

Comprenderás que todo en mí habría sido confuso, extremadamente confuso, como es el total de las posibilidades bullendo en el seno de un universo que se propone.

Entonces yo habría proyectado a gran distancia, a la máxima distancia de la fuerza de mis brazos y mi espíritu. Ahí, ahí te habrías chocado tú con ellos y, ante su aspecto de toda posibilidad, fácilmente habrías podido ver esa que llamas águila transparente o encendida o sangrienta... No recuerdo bien; en fin, eso que, en tus largos paseos por los corredores, tomaba la forma de una súplica.

Habrías visto que, en resumen, era todo ello un enigma. Y como no era el tuyo, como era el mío, como te era ajeno, habrías podido, con serenidad tibia, meditarlo; con serenidad ardiente, adorarlo; con serenidad helada, descifrarlo.

Porque no era lo tuyo sino lo mío... Con lo propio, uno se perturba con facilidad.

¿No era lo tuyo?

No lo sé. Yo, aparte de saber que todo habría podido ser muy hermoso, no sé nada resueltamente. Pero supongo, me imagino que bien habría podido haber algo tuyo allí, mucho tuyo, inmensamente tuyo. ¿No lo crees? Te diré por qué así supongo a veces:

Es por aquello de esa fiera o monstruo con que yo soñaba, era por eso como intuición mía de que todo fondo de fango tiene además un aspecto de nácar, de algas murmurantes y peces de mirar de perlas. Pero mis ojos no eran capaces de despertar del lodo ese aspecto. Yo sentía que sola jamás lograría revestir nada de nácar—¡qué decir “darle cuerpo”!—. Pero intuía que, electrizado por la fuerza del monstruo de los grandes dones, ello se haría realidad. Habría habido allí inmensamente tuyo. Tuyos habrían sido el nácar y la electricidad.

Ahora bien, sabías que ni electricidad ni nácar pueden sostenerse y ser si no se apoyan. Y sabías, ¡sí!, que ese apoyo no lo poseías tú, como también sabías que en alguna parte estaba... puesto que por todas partes veías un poco de nácar y mucha electricidad. A esto lo llamabas “águila”. Cada cual llama las cosas como se le antoja.

Lo llamabas “águila de cristal y fuego” porque comprendías que todo ello habría sido muy hermoso.

Así habría sido y nada más: muy hermoso.

Créeme: así y nada más.

¿De qué dudas? ¿Qué temes?

¡Ah! ¡Ya lo veo!

Temes que todo este inmenso laboratorio de inmensas transmutaciones sólo hubiese sido, a la postre, el refugio del sombrío transcendente. Temes que hubiese sido demasiado enorme y que todo lo que hubiese formado el demasiado, se hubiese llenado de aire, ¡ni eso!, de vacío. Y entonces, ¡en qué ridículo habrías caído al reventar el vacío! Pues sé que una vez, no recuerdo cuándo ni por qué, te diste cuenta de que lo que más estrepitosamente revienta es justamente el vacío...

¡Qué poca fe tienes! ¡Qué miedo le tienes a la fe!

Por eso no caminas. Por eso ves errores. Por eso idea tan absurda puede echar raíces en ti: que yo, yo, esta pobre y buena Bárbara, hubiese podido o querido o tan sólo pretendido que las cosas nuestras pasasen en un laboratorio inmenso con transmutaciones inmensas... ¡Qué absurdo! Habría sido lo contrario.

Yo te habría hecho bajar de tono.

Yo te habría enseñado a cantar una canción de cuna.

Y habrías sido tú, precisamente tú, el que habría protestado alegando que el arte, el arte verdadero está en tono mayor y por encima de todas las posibles canciones de cuna.

Mil dudas te habrían asaltado sobre ese arte verdadero; ¡qué!, sobre tu actitud sobre ese arte verdadero; ¡qué!, sobre la actitud que todas las artes verdaderas deben tomar ante un hombre como tú. Y en medio de estas dudas y cavilaciones, me habría presentado yo, Bárbara, Bárbara que todo el mundo conoce por ahí por esas buenas calles de Dios... Y con aleteos de águila y con fuegos y con luces, ¿es así posible la buena Bárbara de las buenas calles de Dios? Veo desde aquí la altivez de ese gesto que no alcanzó a hacerse y oigo tu voz no pronunciada que estruendosa me grita:

—*¡Vade retro, Satana!*

Luego te habrías mofado preguntándote:

—*Satana?*

Y habrías corregido:

—*Vade retro..., ¡mocosuela!*

Muy bien, pero, a pesar de no ser yo más que una simple hija de tales calles, algo ese Dios que las gobierna me ha concedido; justamente por ser simple hija, justamente por si acaso alguna vez mi destino me llevaba a enfrentarme con el hombre inmenso de las artes verdaderas. ¿Sabes qué? ¿Sabes qué cosa Él habría hecho suceder? No puedes adivinarlo. Tendré que decírtelo yo:

Él, a mí, me habría enamorado perdidamente de ti.

Nada más.

Entonces en tu laboratorio de búsquedas de materiales esenciales para la electricidad y el nácar, se habría instalado un ser más: un amor. ¡Adiós para siempre rincón solitario de meditación pura! Hasta allí yo me habría filtrado, y como tú, demasiado ocupado en el arte máximo, ignoras el arte sutil de exorcizar a las simples mocosuelas callejeras, habrías tenido que aceptarme, alegando para tu vanidad ya inquieta, que una mocosuela más o menos en una vida, no tiene ni ha tenido nunca ninguna importancia.

Ahora yo habría gritado:

—*¡Triunfo!*

Es peligroso pensar que hay cosas que no tienen ninguna importancia.

Pensar así es presentarse completamente indefenso.

Es beneficioso, muchas veces, tener el valor de presentarse completamente indefenso.

Porque entonces, sin defensa alguna, todo puede abrirse cauce e inundar. Y si alguna buena estrella existe para vigilar —¡por qué no ha de existir!—, es muy probable que en el torrente se filtren también saludables cosas. ¡Habría podido ser nuestro caso!

Sé, sé que en mi torrente de amor habría ido una semillita minúscula, una semillita débil, moribunda, pero porfiada como... ¿como qué te diré?, como un gusanillo que taladra. Una semillita de un recuerdo primero, de un recuerdo lejano, tan lejano, que hoy no puede tomársele en consideración, y menos tú, hombre que ya estás en las artes verdaderas. Lo lejano es lo pasado; lo pasado es lo antiguo; antiguo es lo contrario de moderno. Esto, cualquier diccionario lo confirma y Perogrullo lo predica. ¿Aceptar tú que la semillita fructifique? ¿Aceptar tú que el gusanillo taladre? ¡Jamás!

Pero existen buenas estrellas que vigilan. Hay noches blancas casi sin variaciones, no-

ches lisas, noches que sólo alternan entre estos dos compases: impotencia-esplín, esplín-impotencia. ¡Triste cosa! ¿Valía la pena haber nacido?

Estas noches así son las que aprovechan las cosas minúsculas y humildes para presentar también su pequeña luz. Son las noches de las semillitas y de los gusanillos despreciados.

Porque viene otra noche blanca, y una tercera, y una cuarta, y otra. El ánimo para buscar y luchar se va agotando cada noche un poco más. De pronto te habrías dado cuenta de que habías dejado atrás esa época, entonces abrumadora y ahora añorada, en que el problema no iba más allá del “esplín-impotencia-esplín”. Ahora ya esto se convertía sencillamente en una desgracia. Porque si a esta presente sumamos las pasadas más las venideras, son mil, acaso dos mil, acaso tres mil y más noches blancas. Así ni tú ni nadie puede vivir. Porque esto es sencillamente una desgracia, sin más.

Entonces habrías deseado la felicidad, cualquier felicidad, de lo alto o del barro, poco te habría importado con tal que hubiese sido felicidad. Y loco te habrías lanzado a buscar la clave, una clave, cualquier clave.

Ahora la semillita habría murmurado:

–Triunfo... en el horizonte.

Yo, paciente, habría seguido esperando en tu laboratorio mi hora.

Claro está que eres lo bastante inteligente como para saber de tiempo atrás que no hay tal clave; diré, mejor, que eres inteligente precisamente porque aceptas este hecho como natural y hasta positivo. Pero, en fin, si no la clave, por lo menos algo, un poco de felicidad, porque esto sí existe y se encuentra o conquista. Esto nada tiene del otro mundo ni siquiera de exagerado. Y aquí te habrías dicho que el mejor método –ya que nada más aparecía– sería el de hacer alguna analogía con alguna época feliz.

Habrías hecho una analogía entre esta época y tu niñez.

Todo el mundo hace de este modo en casos similares. ¿Por qué no lo habrías hecho tú? Sí, lo habrías hecho porque, además y por mi intermedio, así te lo habría ordenado el Dios de las callejuelas anónimas.

¿Sé yo acaso cómo fue tu niñez? No lo sé ni me importa saberlo. Haya sido dichosa o desdichada, habrías recurrido a ella para tener un punto de comparación, una referencia para orientarte en la marcha hacia una posible bienandanza. Como recurre todo el mundo, como recurren los desheredados de niñez abominable.

–¿Cómo es la dicha? –se preguntan.

Y buscan respuesta en la niñez o, al menos, de ella la esperan. ¡Qué raro! Esto es un despropósito. Pero así se hace. Es la ley. El Dios mío, por mi intermedio, sólo habría hecho que en ti naciera la buena idea de hacer como todo el mundo. Lo que no quita que esto siga siendo demasiado raro: aunque aquello haya sido abominable, tomarlo como ejemplo y recuerdo de ventura.

En fin y como sea, habrías hecho así, así te habríamos hecho hacer aprovechando tu imposibilidad de mantenerte quieto ante la presencia de un despropósito. Así habríamos hecho, y tú habrías partido de viaje.

¡Oh! Aquí te habríamos encendido una pequeña luz que se apagaba. Te diré sin rodeos: las luces no se apagan nunca; decir que una luz *ya* se apagó, es una manera cómoda de expresarse y nada más. Lo que ocurre es que cuesta un mundo reanimar una luz. Entonces la gente, por pereza, dice que las luces pueden y suelen apagarse.

Aquí habríamos puesto en práctica –mi Dios de las callejuelas y yo, su obediente intér-

prete— algo que tú, atónito, habías ya observado y anotado y hasta desarrollado, confusamente, es cierto, pero, en fin, desarrollado. Me refiero a esos sucesos anónimos o acciones o palabras anónimas que un día se producen y pasan, se van, se apagan como la luz de una ampolleta... Ya sabes lo que pienso sobre las luces. En fin, pasan, caen al olvido para luego estallar años después, como estallan las granadas de tiempo. Tú llevabas tu pequeña granada de tiempo dentro de ti; pero no atinabas a hacer girar la espoleta hasta el punto debido. Tú la llevabas exactamente como tus amigos, o uno de ellos—¿Lorenzo o Rosendo? no recuerdo—, la llevaban sin sospecharlo, lanzada dentro de ellos por tu inefable e inolvidable tío José Pedro.

Así estabas, así vivías, digámoslo de una vez: así te arrastrabas mientras yo alargaba más y más mi mano hacia el tornillo diminuto que aceleraría el movimiento de la espoleta.

La niñez, la niñez... por un lado.

Esos días de hace doce a diez y seis años... por otro lado; esos días también empezarían a levantarse de su olvido, no para recordarlos en el sentido de narraciones y reflexiones—esto está nítido en ti—, sino en el sentido de significado especial que parecía guardar un extraño parentesco con tu niñez. ¡Qué raro! ¿No es verdad?

Examinemos cuidadosamente estos dos momentos para ver si desentrañamos el parentesco posible entre ellos.

En sí, nada tienen de común: un niño en brazos de su madre; un hombre que atisba el vivir de otros hombres. Sin embargo, hay para ti, para tu espíritu, una *resonancia* común en ambos: tu actitud frente a la vida cuando estuviste bajo su signo. Tanto en uno como en otro momento, tu vida estaba absorbida por algo, estaba al servicio, dependiendo de algo. Allá estaba *bajo* la inmensa superioridad de una madre sobre un hijo; luego estuve *bajo* un espectáculo de una vida que te sobrepasaba y que, por lo mismo, querías que te cogiese, que te llevase.

Bajo... Esta palabra revolotea incesantemente en tus anhelos. Eres un mostrenco en busca de techo; buscas un techo que concentre, junto con cuatro muros, tus sueños y posibilidades; que los concentre con tal presión que pueda surgir en ti la fe.

¿De qué? ¡Poco importa! ¡Un lugar, un rincón, uno solo, por mísero que sea, donde no se dude, donde la única palabra posible de ser pronunciada sea la afirmación! ¿De qué? ¡Poco importa! Éste es el total de tu biografía.

Y ahora, ¡experimentemos! ¿Quieres un pequeñito experimento de una granada de tiempo? ¿Quieres que con tu propia vida hagamos una demostración de que las luces no se apagan?

Pues bien, tú buscabas y buscabas mas no hallabas porque habías *olvidado*—no perdido— una visión que tuviste y que en ti implantó una fe. ¡Surja ahora! Ha llegado el momento:

Hace años, muchos años, supiste que hay por ahí, en misterioso sitio, todo un plano de vida dentro del cual —y a condición de no alejarse de él ni permitir que ninguno otro venga a mezclarse—, todo un plano en que una madre no puede equivocarse frente a su hijo. Supiste que los errores —que mil personas podrán mostrar para rebatirte— pueden caber únicamente en lo que se refiere a ambos, madre e hijo, en relación al destino ajeno que a todos se nos impone, mas que no son, no tienen cabida, respecto a la intuición directa y pura de ella hacia su niño. No hay error posible aquí; aquí está el reino de paz en donde circula únicamente lo certero. Y este sitio, todo este dominio, diré mejor, es el que luego se recuerda como momento intachablemente feliz. Esto es lo que evocan los de

niñez abominable. Lo abominable no logra empañar. Aparece fuera, o al lado, si tú quieres, cubriendo e interceptando aquel reino mas nunca haciéndolo desaparecer. ¿Qué es lo que te confunde? Déjame, a mi vez, hacer una pequeña analogía para que entiendas debidamente:

Imagínate a un sabio, un sabio genial, ni más ni menos. Está en su laboratorio. Esta palabra te es grata; también revolotea en tus anhelos; tanto mejor; así podrás imaginar con mayor facilidad. Un laboratorio espacioso, ¿no es cierto?; lejos de todo ruido; sin ventanas, sin una sola ventana, sin nada que dispare luces hacia fuera como son las ventanas aunque la gente proclame que ellas echan luz hacia el interior; tú sabes que esto es mentira, tú sabes que por las ventanas se escapan y se han escapado mil cosas que la humanidad ahora llora; la luz viene desde el techo por disimuladas claraboyas; viene de arriba hacia abajo para que aplaste con mayor presión y concentre así la mente de nuestro sabio, la pegue a sus instrumentos o papeles o lo que sea; allí están solos, laboratorio y sabio, solos y replegados como lo que se gesta dentro del huevo. ¿Solos no? ¿Encuentras demasiada soledad? Bien, te acepto: solos y un gato, un gato gris de pies de goma, de pelos largos y de seda y de ojos de mirar de nácar. Bien. ¿Y además quieres un moscardón que gire incesantemente huyendo de su propio zumbido? Aceptado. Así recordarás a los murciélagos que giran en los tubos de humo, así te aproximarás a tu amigo Lorenzo, así se despertarán en ti varias fibras sentimentales y así podrás imaginar en su propio mundo al laboratorio con su sabio dentro. Pues ya te he dicho que a este mundo se entra “a condición de no alejarse de él ni permitir que ninguno otro venga a mezclarse”.

Ahora, ¡venga la fe!

Tú lo sabes, yo lo sé, lo sabemos todos los que estamos en el secreto: la ciencia va a dar un paso más. Ese hombre y sus instrumentos han logrado la sintonización adecuada; y han creado a su alrededor un círculo mágico que el error no puede traspasar. No creas que te hablo aquí del “error” como de algo mitológico, especie de demonio o ente malvado, que por allí ronda con sus garras y colmillos. No hay tal. Nuestro error puedes ser tú como puedo ser yo o tu amigo Lorenzo o cualquiera de los miles de millones de humanos que pueblan la Tierra. Cualquiera de nosotros con tal que nos venga en idea la muy corriente de ir, inmiscuirnos y opinar. Error, pues, es *lo ajeno*. En este caso ha roto el círculo mágico, ha penetrado al laboratorio, ha asustado al gato y dado muerte al moscardón, se ha acercado al sabio dándole su opinión y su consejo. Y el nuevo paso que la ciencia iba a dar, no se da...

Dime ahora con tu mayor sinceridad: ¿has perdido la fe de que exista un sitio o un momento —me es igual como quieras llamarlo— en que el hombre en su vivir directo queda más allá de todo error? ¿La has perdido catalogándola en el mundo de las quimeras porque esta vez ha sido interrumpida y vejada por elementos ajenos? No. La fe no se pierde por tan poco. Y si no la has perdido tú, ¿la habrá perdido el sabio, él que *vivió* en los mundos de la verdad? Imposible. Ya muy anciano recordará que hubo un momento —por lo tanto que siempre lo puede haber— en que... En fin, ya me comprendes. Lamentará las circunstancias que a él lo rodearon, deseando que a otros no les ocurra lo mismo. Pero evocará una y mil veces su viejo laboratorio, su gato, el zumbido del moscón aquel, sus meditaciones avanzando por la paz, y de todo ello hará un apoyo para morir con fe.

Igual cosa los de niñez abominable. Para qué decir los de niñez dichosa. Igual cosa todos. Igual cosa tú.

Yo te habría hecho pensar así.

Yo te habría hecho pensar que si algo equivalente a ese momento de tu vida apareciera hoy en este momento tuyo, renacería en ti la fe de que hay un modo en donde el error no cabe.

“El arte...”, habrías pensado ya sin tanto desaliento. Porque yo te habría sugerido —una noche mientras durmieras para hallarlo al despertar— que para el arte también tenía que haber un plano de intuición directa sin error. ¿Plano? Un ser directamente de amor en cuya inocencia ante un arte que ve crecer junto a sí, no puede errar porque ama, sin más, porque ama sin cavilar, sin comparar, sin medir, sin ambicionar, sin saber. Y tú, entonces, habrías tenido que decirte que, ante un ser así, portador de la reaparición de esa niñez de fe, podrías, ¡por fin!, hacer tu obra sin cavilar ni comparar ni medir ni ambicionar ni saber.

¿Quién podía ser él?

Lo presentes..., ¿no es verdad?

Para eso llamabas desde los corredores, para eso me despertaste de mi lento tedio; no para otra cosa.

Después, como un recuerdo de fuego, te habría hecho surgir los lejanos años de las andanzas de tu Lorenzo y de tu Rosendo y de los demás. Habrías visto que tu significado ante ellos había sido el de un primer intento para flotar, salvarte y volar sin cavilar ni comparar ni medir ni ambicionar ni saber. Mas en aquel entonces tu mente caviló, comparó, midió, ambicionó y... ¡supo!; supo porque nada la absorbía para purificarla dejándola tal cual es, sin haber pecado.

Y habrías comprendido ahora lo que en aquella época te sucedió: que ante cualquier intento *tenías* que pasar *por mil puertas obligadas que forzaban* a cavilar si se quería cantar, a comparar con otros si quería ser único, a medir si se quería salir del espacio, a ambicionar si se quería sobrepasar la vanidad, a saber y saber siempre más si se quería descargar y reposar la mente en una paz de luz.

¡Recuerda cómo tirabas tu lápiz ante este fantasma que no permitía ni una palabra si no se franqueaba cada umbral de cada puerta! ¡Aborrecible fantasma no hecho de garras y colmillos sino hecho del extracto de todos los humanos que pueblan la Tierra! Así exigía este fantasma porque así quería que se le diese su ración, así únicamente podía digerirla porque habitaba un cuerpo cubierto más de cerdas que de plumas.

No cabían para él ni imprecaciones ni exorcismos ni sahumeros. Sólo otro ser vivo podría arrojarlo lejos.

¿Yo?

No todavía.

Prueba es que me presenté a ti en más de una ocasión. Fui morena; diste media vuelta. Fui rubia; algo me observaste pero al fin diste también media vuelta. Pensé llegar con cabellos color castaño o bien con cabellos encendidos como una llama; luego comprendí que sería tiempo perdido. Irremediablemente en mí verías la mentalidad menguada de las callejuelas y nada más.

Dime: ¿quién te metió entre cejas que para vencer al formidable fantasma hacía falta una mujer no menos formidable? ¿Cómo, santo Dios, no veías que, si ambos eran formidables, ambos resultaban iguales? Y si el primero habitaba un cuerpo con más cerdas que plumas... Las plumas no deben ser formidables; las mejores son las de las aves nocturnas: porque no tienen ruido alguno. Pero cuesta ver el silencio. ¡Qué hacerle! Desde pequeñitos se nos enseña a ver lo que tiembla y cañonea.

¿Yo?

No todavía.

Prueba es que largos años más se amontonaron sobre tus hombros cubriéndote, ahogándote en “una montaña de notas, observaciones, narraciones y qué sé yo”.

(Óyeme: Guni afirma a quien quiere oírle que éstas fueron tus primeras palabras de tu primera carta a ella; que le confesabas que vivías aplastado por una montaña; que cuando querías echar mano a cualquier trozo de papel, éste y todos se te escabullían de entre los dedos. Así afirma Guni. Pero Guni se ha ido de todas partes, ¿no es cierto? Porque, no olvides, yo soy Bárbara; y ella es Colomba. Colomba... ¡Qué hermoso nombre! ¿Verdad?).

Largos años tuvieron que pasar todavía. Había que esperar que te rindieras bajo el peso de las montañas de papel.

Había que esperar que tú, fatigado ya de buscar la clave en la mujer formidable, ansioso ya de felicidad, de cualquier felicidad, fuese de lo alto o del barro, ansioso de que en cualquier forma apareciese ese amor que da fe y lleva al sitio de lo certero, permitieras primero que una mujer anónima se enamorara, aquilataras luego, considerándolo el hecho primordial, este hecho corriente de que una mujer anónima se enamore.

¡Qué poca fe tienes! ¡Qué miedo le tienes a la fe!

Hoy día, en este momento mismo, aún temes a las inmensas transmutaciones, sombrío refugio del trascendente sombrío; porque ya pesan en ti los años. En aquel entonces también temías mas de otro modo; algo son unos quince años menos.

Temías –fuese ella de cabellos de carbón, de cobre o de oro– que su dulce ignorancia y su sencillez, propias de callejuelas donde todavía no se piensa porque todavía hay en ellas que vivir, temías que se convirtiesen en un malvado conducto de muy malvadas cosas... ¡Haces reír, haces reír! Es imposible enfadarse seriamente contigo. Malvados y malvadas... ¡Haces reír! Porque, grave, algo pálido y desgredado, reflexionabas así:

“Bien; sus cabellos son magníficos y sus ojos lo son aún más; su cuerpo es de serpiente y justo ha de ser que una serpiente acompañe enlazada al hombre que ha de crear. Bien. Pero... ¿y su mente? Ella no sabe nada, todo lo ignora del mundo de la creación y de las artes; ningún arcano se ha abierto ante su mirada. Sin embargo –esto es fuerza superior, para ella como para toda mujer que ama–, procederá de lleno ante mi obra y mis intentos como si todo lo supiera, como si todos los arcanos de la vida y de la muerte a ella se hubiesen ofrendado. Es así y no de otro modo, sean de carbón o de cobre o de oro sus cabellos. Es así justamente porque su cuerpo es de serpiente. Y hablará y hablará, opinará y exigirá. Yo seré todo obediencia porque tal es la ley. Y los amigos, condolidos, pensarán que una vez más un hombre de talento se dejó embaucar por las redes frívolas de una mocosuela callejera... ¡Horror! Y sé, sé perfectamente, cómo la malvada mujer se las arreglará para llevar a buen fin su designio. Lo sé ahora que no estoy enredado en sus cabellos. Pero después no sabré distinguir. Escucharé sus palabras y... ¿podré precisar cuándo vienen de su pura inspiración inocente y cuándo de un origen vulgar y ruinoso para el hombre de talento? Porque el caso es simplemente el siguiente: ella nada sabe y, sin embargo, opina y aconseja; durante mis ausencias, ¿no habrá ido por ahí y por allá a tomar voces literarias con personajes literarios?; ¿y no serán los conceptos y teorías de éstos los que luego me arrullará muellemente en los oídos?; y yo, pleno de amor y de fe, partiré a mis papeles creyendo llevar a ellos la sabia virgen de la naturaleza misma y verteré con mi pluma justamente aquello de lo que quería huir para siempre. Y otras veces, precavido y astuto, me resistiré a sus arrullos, otras veces en las que la linda mocosuela, espontáneamente y porque sí, decía cosas inéditas que ningún gran personaje habría columbrado

jamás... ¡Ah! Estas mocosuelas pueden muy bien ser inconscientes puentes entre añejas maneras de arte y vocaciones artísticas que despiertan. Prudencia indica dudar, prudencia indica alejarse”.

Así reflexionabas. ¡Qué poca fe tenías! ¡Qué miedo le tenías a la fe! Y mientras tanto observabas con microscopio, acumulando montañas de notas, las idas y venidas de Lorenzo Angol y Lumba Corintia, de Rosendo Paine y Nicole, de Florencio Naltagua y Nastia Poltava. Y les solucionabas sus problemas junto con dejar que de tu corazón se escapase una niña dulce de cabellos de oro o de cobre o de carbón... Ésta era, una vez más, la eterna historia de ver la paja en el ojo ajeno y no ver la viga en el propio.

Alguien a quien obedecer, alguien a quien adorar, venerar, alguien a quien ofrendar, alguien, por lo tanto, que impulsara a construir una inmensa ofrenda... ¡Dichosos esos hombres! ¡Dichosos eran Lorenzo y Rosendo y Florencio! Ellos podrían hacerlo. ¡La fusión tan anhelada desde que la humanidad existe! Y una gran obra por añadidura...

Sobre todo Florencio Naltagua y Nastia Poltava te atraían en una época. ¿Recuerdas? Seguías sus reacciones y tratabas de adivinar sus móviles. Algo te hacía presentir que, junto con descifrarlos, descifrarías también la manera de llamar a la compañera total. Fracasaban Naltagua y esa mujercita tan codiciada por todos, por ti, por todos. Tenía, por su origen, la cantidad precisa de enigma para electrizar —sí, es la palabra que todos los amigos de ambos empleaban—, tenía cabellos ligeramente dorados con olor a trigo de estepas interminables —tú y los demás se lo decían a menudo—, tenía ojitos de agua, tenía ansias de salir para otras tierras que no fueran las tierras de siempre, o volver a éstas pero oyendo palabras que no fueran las de siempre. ¿Qué palabras? ¡No iba ella a formularlas! Si Nastia nada sabía, si nada le habían enseñado... Ella presentía la existencia de otras palabras que todos deseaban oír. Y no sospechaba, la pobrecita, que eran justamente las que ella, mejor que nadie, podía pronunciar si ocasión y cariño para ello le hubiesen dado. ¡Esas palabras que todos buscaban y nadie se atrevía a confesar que buscaba! ¿Por qué? ¡Qué iba a saberlo ella!

Tú lo sabes hoy; acaso entonces también lo sabías. Mas, como todos, temías confesarlo, temías, nada más. Sin embargo, recuerda bien, recuerda con valor, al hacer notas y observaciones, toda tu benevolencia iba hacia Naltagua y muy poca quedaba para ella. ¿Por qué? ¡Vaya una pregunta! Por una razón de peso, del mayor peso: él era un formidable comienzo de intelectual —tal era el título entonces en uso— y ella, aunque vecina del Volga y del Don —¡qué atracción melancólica, qué atracción intelectual estos nombres tienen!—, ella, pese a todas las atracciones, no podía dejar de ser más que una mocosuela callejera.

No, no creas que intento decir nada en desmedro de tu amigo Florencio Naltagua. Por el contrario, no sabes cuánta amistad, y hasta admiración, guardo por él. De todos los que formaban aquel grupo, es al que prefiero. Oye, así como te he dicho que yo te habría hecho bajar de tono, que yo te habría enseñado a cantar una canción de cuna, yo te habría hecho reanudar y cultivar tu vieja amistad con él para hacerte todo un hombre o, al menos, lo que yo, la pobre Bárbara, cree que debe ser todo un hombre. Florencio Naltagua cometió mil errores en aquellos tiempos. Pero todos ellos fueron debidamente expiados. Por eso se elevó. Por eso tanto lo estimo. Porque si es verdad que la abandonó de hecho, es también verdad que sigue y seguirá siempre tras ella aunque ella ya no sea de este mundo. Nastia murió.

Nastia, cierto día, en las calles de París, quedó sola, en una esquina, frente a un hotelito de barrio. Allí quedó inmóvil mientras él y tú pasaban, charlando y rememorando, de

Marsella a Valparaíso. Una vez en esta ciudad, cada cual se hizo un destino: Naltagua se fue tras de una meditación propicia; tú te dirigiste a Santiago a encerrar en un cajón las palabras de tu amigo durante las noches de navegación, tachándolas en lo que se referían a vida, subrayándolas en lo que podían proporcionar como letras; y Nastia, lentamente, paso a paso, emprendió marcha hacia sus estepas.

Marchó hasta que el aire que llegó a sus pulmones le pareció familiar. Allí quedó por años y más años sin lograr comprender por qué razón misteriosa él no estaba junto a ella. Años y más años hasta que, justamente en el sitio suyo, dos ejércitos –uno precipitándose de oriente a occidente, otro de occidente a oriente– allí chocaron. Entonces ella, aplastada por el pecho y los pulmones, se quebró haciendo saltar su sangre en un inmenso ramillete. Fue de este modo como Nastia Poltava murió.

¿No lo sabías? Ciertamente es que de esto hace apenas un año. ¿Qué es un año para la vida del hombre del arte que aprieta una eternidad en cada minuto? Un año... Las señas de los mundos suprafísicos, claro está, llegan a vosotros en apenas milésimos de segundo; pero las noticias terrenas, para salvaguardar los valores, está bien que tarden un año. Y después de todo, muere en estos momentos tanta gente. Es lógico que no pueda haber un telégrafo especial para cada cadáver. Desde luego, si así fuese, no habría quien manejase los cañones; y luego el teclear de los telegramas sería tan intenso que vosotros los creadores os sentiríais perturbados para poder crear a vuestro antojo.

Es rara, muy rara esta cuestión de “causa y efecto”. Es, a veces, hasta inquietante. Es inquietante que vanas, vulgares palabras de un buen señor como era tu buen tío José Pedro, determinen el destino de un hombre de la talla de Lorenzo Angol, o el destino de un hombre del interés de Rosendo Paine. Y esto, con años y años de intervalo. Es inquietante que todo cuanto ahora a ti te está ocurriendo –mi presencia aquí, la presencia de Colomba, la ausencia de Guni (porque Guni se ha ido de todas partes, no olvides), estas palabras que pronuncio sin mayor meditación y con certeza, las claridades que comienzas a ver, todo esto–, sea un efecto de lo que sentiste junto a tu madre, antes del despertar de tu conciencia, en los primeros días de tu vida que todos creían apagados como se apaga una luz... si las luces se apagaran. Es inquietante que la carencia de fe de Florencio Naltagua ante los dones que puede llevar lo que es humilde, y su fe absoluta en lo que es inmensamente trascendente, haya producido como efecto –años más tarde cuando ya él pensaba de modo inverso– que la sangre de una buena muchacha saltase en ramilletes al choque de los dos más poderosos ejércitos de la Tierra; y más inquietante es aún que así haya sido el destino de esa muchacha por haber cometido la falta de no ser intelectual...

Mas, ¿por qué palideces?

¡Ah! ¡Ya lo veo!

No te aflijas. Fue un pequeñito error tuyo, casi me atrevería a decir que fue un pequeñito error de tu lápiz: al releer tus notas sobre las palabras de Naltagua, esas palabras dichas mientras más y más lejos os hallabais de Nastia, tu lápiz, acaso por descuido, tachó lo que debió subrayar, subrayó lo que debió tachar.

¿Resuenan ahora esas palabras en ti? ¿Resuenan demasiado fuerte? ¿Te dañan los tímpanos? No comprendo por qué. Al fin y al cabo no eres tú, amigo mío, quien declaró esta guerra; y en cuanto a lo que a Nastia se refiere, piensa, amigo mío, que no fue amor tuyo, que jamás lo fue. Fue de Naltagua. Tú, en aquel tiempo, ya me amabas a mí... ¿No tanto? De acuerdo: tú, en aquel tiempo, ya flirteabas conmigo; yo sí te amaba; tú sólo te divertías –muy buenamente, lo confieso– al ver que mis cabellos eran ya de oro, ya de

carbón, ya de cobre. Y que Guni se haya ido del frío, del calor y de las aguas..., ¡bah! ¡Eso es otro asunto!

Resuena en tus oídos la voz de Naltagua:

Me atormentan las dudas sobre cualquier posible amor con otra mujer: la sombra del dolor de Nastia me aleja de todas ellas.

Antes de embarcarnos, pensaba en las conversaciones que iríamos a tener aquí sobre cubierta. Íbamos a abordar muchos temas, íbamos a hacer como un repaso de nuestros años en Europa, como una provechosa puntualización de cuanto hemos visto, observado, sentido. No puedo hacerlo ni siquiera intentarlo... ¡La sombra del dolor de Nastia!

Me atormenta la idea de que pueda yo ser un simple canalla. Hice sufrir a Nastia. Si lo hubiese hecho conscientemente, por maldad, créeme que me importaría poco. Habría tenido aquello algún rescate. Lo que me atormenta es que lo hice inconscientemente. Esto no es una paradoja, aunque puedas tú pensar lo contrario. Lo que uno hace inconscientemente, es lo que uno es de verdad. Y es por eso que me asusto. Lo que uno hace conscientemente es un ensayo, una tentativa. Que vaya hacia el bien o hacia el mal, es otro capítulo. He hecho en mi vida tentativas conscientes hacia el bien; no me han resultado. Las he hecho en igual forma hacia el mal; tampoco me han resultado. Porque tanto las unas como las otras, al hacerlas conscientes, devenían artificiales, ensayos, juegos del espíritu, diletantismo. No he hecho ahora ninguna tentativa, he vivido junto a ella sin preocuparme de ella, ni de mí, ni de la vida, ni de nada. Y de ello ha resultado –hoy lo veo– bajeza tras bajeza. Debo ser así..., muy bajo.

Ahora bien, no sé hasta qué punto esto haya sido *totalmente* inconsciente. Lo que hay de seguro es que no era voluntariamente por maldad. Por lo tanto no había tentativa, no había búsqueda de experiencia. De esto, nada había. Pero totalmente inconsciente..., ¡no!

Creo que había algo de esto: mi felicidad futura estaba colocada en... ¿Qué decirte? Estaba colocada en mi vida futura, como quien dice en mi felicidad futura. Una felicidad aplazada. Mientras llegara el momento de entrar a ella, soñar en la espera. Soñar, construir... No había otra cosa que hacer puesto que el momento de su llegada, no era yo quien podía indicarlo; era cuestión del tiempo, del tiempo gobernado por los dioses.

Veo que vivía yo en mi elemento: la pereza. Por cierto que una protesta interior se alzaba en mí por tal vida. Y en esta vida de protesta, Nastia.

Ella es su símbolo. Es decir, yo la hago, sin que ella esté para nada, el símbolo. Un paso más..., y ella es la culpa. Entonces, para darme esperanzas y fuerzas, para cerciorarme de que este estado mío es transitorio y de que yo soy formidable, se lo hago sentir a ella, se lo reprocho casi, quiero que sienta, ¡que escarmiente!, que así como me ve vivir, no soy yo.

Para hacérmelo creer a mí mismo, lo hago rebotar en ella.

Ahora lo veo claro. En la gran libertad que da el centro del océano, ¿qué puede dejar de verse claro? En la vida de París, no veía de este modo. Pero lo sentía, había algo que sentía sucio. Lo acallaba entonces. ¿Cómo? Con lo de siempre: “realizar una vida, la obra; esto es transitorio, esto de mi vida en París; es lo

justo, lo recto, saberlo y vivir en conformidad con lo que se sabe; Nastia *debe* saberlo; está la obra futura; Nastia... etc., etc., etc.". Y todo esto, más que sucio lo encuentro estúpido. Son cosas que ya hoy no deberían suceder, cosas de largo tiempo atrás agotadas. Estos pequeños juegos infantiles –te hablo en el sentido de “infantilismo”– de la subconsciencia... es mediocre, es tonto; sólo han dado un resultado: Nastia sufrió sin haber tomado arte ni parte en tan primarios reflejos subconscientes.

La privé de todo goce, de todos esos pequeños goces que a ella le bastaban para no sentirse tan desamparada en la vida. ¡Pobrecita cuando quedó sola en el muelle de Marsella! Y esto para hacerme creer yo mismo que soy un tipo formidable. ¡Ni eso! Que lo voy a ser... ¡Oh! ¿Hasta cuándo esta comedia necia? ¿Hasta cuándo partir de hemisferio a hemisferio, cada vez pregonando que ahora sí, sí, la cosa ha de venir? ¿Hasta cuándo partir mientras otro ser llega hasta el muelle, llega hasta el borde del agua y ahí tiene que quedar?

Que la vida que venga sea ésta o aquélla, me es igual. Con tal de no seguir en la quimera del aplazamiento infinito... Hacer cualquier cosa hoy y mañana y siempre con tal que con ella entre en mí la convicción de que es esa cosa, y no otra, lo que yo soy. No lo que haré luego cuando... cuando...

Y sea ello lo que sea, ¿a qué conduce? ¡Ya lo sé! ¡Ya los conozco los mil alegatos formidables! Con ninguno de ellos se podrá borrar la sombra del dolor de Nastia.

Sigo con el recuerdo del dolor de Nastia. ¿Qué podré hacer por ella? ¡Nada, nada! No hay caso posible, me parece. ¡Cuánto ha sufrido como un corderito dócil! Y en el fondo, ¡cómo se aferraba a mí, aterrada ante el abandono, ante la soledad absoluta, ese abandono en medio de París, que hace caer y caer siempre hasta el barro allá en el fondo! Su terror era el terror al barro; su pena, la expectativa de pasar la vida sin sentir ternura a su lado, sin un pequeño apoyo tierno, una sonrisa, una palabra dulce. Ni en París, ni en el pueblo de sus estepas. Por eso miró hacia donde nosotros vamos. Pero las Américas le están prohibidas. Ni una palabra dulce. Esto le habría bastado a la pobre Nastia.

Anoche me paseé con ella sobre cubierta. Pero las Américas le están prohibidas; así es que cambié el rumbo del barco. Y por igual razón, me paseé solo, pensando en ella, en una víspera feliz. Regresaba yo de Chile; vestía yo de negro. ¡Cuántas muertes! Maté a casi todos los seres queridos. Nastia me aguardaba en el muelle de Marsella. Lloramos juntos. Nunca más nos separaríamos.

Y hoy siento que hay una fatalidad en todo esto, que si volviera a repetirse, volvería yo a proceder en igual forma. Ni mi razón ni mis sentimientos ni mi experiencia, nada pueden frente a lo que dirige, a lo que precipita mi vida en tal o cual sentido.

Mas, por encima de todo, siento que el dolor ante mi comportamiento con ella, nada podrá borraréme.

Llevo dentro de mí una frase que yo mismo me dije aquí a bordo al día siguiente de partir; removiendo mis injusticias para con ella, exclamé:

“¡Qué culpa tiene la pobrecita de no ser intelectual!”.

¡Qué vergüenza, qué degradación que me haya sucedido tal cosa en la vida!

Reconocer un gran corazón, toda un alma pura y sensible, y castigar por... “no ser intelectual”.

En fin, cesaron las palabras de Naltagua –para tus oídos, se entiende; él, él sigue y seguirá siempre tras ella repitiéndoselas, aunque ella ya no sea de este mundo. Cesaron las palabras de Naltagua junto con aparecer en el horizonte los cerros de Valparaíso.

“¡Benditas palabras!”, te decías entonces. Te eran benditas porque llevaban dentro la posibilidad de transformarse en notas, y luego las notas en curiosos rasgos psicológicos para un curioso personaje que ya nacería.

Y partiste tras alguien a quien obedecer, a quien adorar y venerar, a quien ofrendar, alguien, por lo tanto, que impulsara a construir una inmensa ofrenda...

Muy extrañado quedabas al ver que ese alguien, Ella, no se mostraba; todas ellas eran peligrosas mocuoselas de cabellos cambiantes. ¡Desesperante cosa!

Oye:

Yo te habría hecho ver un pequeñito punto que siempre se te escapa. Oye:

Tú no buscabas alguien *a quien*; tú buscabas alguien *que*...

Repitamos ahora tu súplica en su verdadero idioma:

“Alguien que me obedezca, que me adore y venere, alguien que no conciba nada mayor que una ofrenda mía”.

Tales eran tus pasos de búsquedas.

¡Otra vez la eterna historia de la paja en el ojo ajeno y la viga en el propio!

¿Por qué? Sigue oyendo:

Porque, recordando tus viajes, sentiste un odio casi encarnizado por nueve viajeros de cada diez. De cada diez, tú podías incluirte en el uno que merecía tu respeto por buen turista, porque buen turista tú mismo te considerabas. Mas no osabas decirte que, en la vida y el amor –si igual división se hiciera–, tú tendrías que entrar en los nueve aborrecidos y por ningún motivo junto al uno estimado. Veías la paja en los ojos de los viajeros y no atinabas a percibir la viga en el ojo del amante... ¡porque el amante eras tú!

Creo que esto es un caso primario de ese psicoanálisis que a veces te tienta: ante un mal que uno lleva dentro, maldecirlo cada vez que se le encuentra fuera, en otro.

¡Qué horror, pero qué horror, inconcebible horror esos señores que acerbamente critican todo o mucho de cuanto han encontrado en sus peregrinaciones mundiales! ¡Horror estos señores que a todas partes llegan con una imagen anticipada y del tamaño de ellos, y que hacen consistir un viaje en verificar que tal imagen no ajusta con lo que encuentran... felizmente para lo que encuentran! –agregabas.

En el otro platillo de tu balanza colocabas a esos otros señorcitos –de misterioso secreto interno– que con tan sólo un viajecito a una pequeña isla perdida, o a una comarca sin nombre, o al tronco de un árbol, o a una simple cajuela con insectos, volvían, arrobados, atónitos, contando cosas fantasmagóricas. Y sin necesidad de alejarnos tanto, recuerda que evocaste a un amigo que no hizo más que ir, cierta vez, de Santiago a Carelmapu y regresó para inmovilizar grandes auditorios con historias que en vano trataban de igualar otros muchos que regresaban de París, o de Florencia, o de Atenas... ¡Suceden cosas muy extrañas sobre este planeta! Hay, de verdad, misteriosos secretos internos en ciertos hombres.

¡No tanto, no tanto, no exageremos nada! Tú lo supiste entonces y hoy casi lo has vuelto a saber: aquellos iban a sus diferentes destinos con una idea en medio de la frente, sí, allí entre los ojos, sí, allí encima de la nariz, sí, sí, en ese punto que ahora justamente

te molesta; éstos iban sin ningún punto, iban sólo con amor y humildad ante lo que iban a encontrar, fuese un continente o una simple cajuela con insectos. Iban y van siempre acompañados sólo del convencimiento de que con ese amor y esa humildad, cualquier comarca, cualquier cosa pueden dar tanto y más de lo que uno puede recibir.

Adivino ahora tu pensamiento. Sí, pálpate allí en medio de la frente. ¿Verdad que ya no hay molestia alguna? Por eso sonrías. Piensas:

“Que todo se haya ido, que todos se hayan ido..., ¿qué puede ahora importarme? Tú misma, Bárbara, tú, mitad mujer y mitad actriz de mi propia conciencia, puedes irte también. Ya falta no me haces. Te has traicionado: por hablar tanto y tan pomposamente, te embriagaste y dejaste escapar el secreto, la clave. Ya sé, ya sé cómo hay que hacer, cómo hay que acercarse al mundo en que el hombre, en su vivir directo, queda más allá del error; ya sé a qué analogías he de recurrir y qué evocaciones despertar –¡santos momentos de mi infancia!– para ser poseedor de mi “Sésamo, ábrete”; ya descifraste ese bajar de tono; ya me revelaste lo que es una canción de cuna; ya sé qué subrayar y qué tachar. Todo, sin querer, me lo has dicho. Ya has cumplido tu misión. ¡Vete! De tus labios se escapó lo que nunca debiste dejar que se escapase. Sobras en mi vida. Bórrate. Mis ojos quieren ver a Colomba. Es su turno ahora. Gracias, Bárbara. No te inquietes por ella, nuestra Colomba, que ya sabré yo llamar, hacer venir y obedecer a quien no tiene voz para defenderse, a quien sólo tiene ojos para ser admirados y para iniciar el éxtasis, a quien es plata, a quien es oro; a quien es, bajo la plata y el oro, sólo un cuerpito vibrante de placer. ¡Adiós y gracias, Bárbara!”.

No hay tal, grande y querido amigo, no hay tal. Ni una palabra que pueda ser tu provecho se ha escapado de mis labios. Sigues tan ignorante como en el primer momento; sigues y seguirás debatiéndote entre fantasmas que prometen y se escurren. Sabrás toda la teoría mas no te dejo entre manos la pequeñita herramienta para hacer de ella una vivencia. Te he dado la letra muerta pero me llevaré el espíritu. Te dejo frases, te dejo ideas –si quieres–, te dejo inmensos andamiajes. Te dejo el motor, el gran motor que lo mueve todo. Pero me llevo la electricidad que a él lo mueve.

Santos momentos de tu infancia... ¿Vas a volver a ella? ¿Querrás decirme de qué divinas o diabólicas artes te vas a valer? ¿Te vas a hacer chiquitín, chiquitín? ¡Haces reír! Y la mamá, ¿quién va a ser? Y la mamá, ¿dónde está?

¡Aaah! Ya veo: el sabio en el laboratorio con el gato y el moscón. ¡Qué interesante! Anda. Pero no te olvides, por favor, de un punto: que previamente, que antes y por encima de los potentes sesos del sabio, que antes de las mil perfecciones que han abocado tras siglos en el laboratorio, que antes de la posible concepción de un felino, que antes de poder dotar a cada moscón de un zumbido –no te olvides de que, previamente, para que todo lo anterior pueda existir, es indispensable un factor: la inclinación indomable del hombre que allá va, su tenacidad aguda y templada como la punta de una lanza, esa cosa irrevocable que le levanta de la cama y le hace partir a grandes zancadas al trabajo, sin ver ni oír nada a su alrededor, con sus ropas risibles, con un gato en el hombro y un moscardón en el sombrero, con una coraza por todas partes ante las burlas de los demás hombres que le ven pasar. Todo esto no te lo voy a dejar. Todo esto me lo llevo yo. La vivencia, la electricidad... Llámalo la fe, si te place, o más simplemente, el entusiasmo; o mejor aún: el don de hacer crecer tanto este entusiasmo de modo que llene todos los huecos de tu vida sin dejar ni siquiera una rendija por donde otras posibilidades de vida pudiesen filtrarse. Todo esto, sin mí, no lo volverás a hallar.

¡Qué! ¿Reemplazarme a mí por el público anónimo y total? ¿Por los que seguramente por allí se encuentran y que han de despertar al son de tus frases? ¿Tú fabricándote, como paliativo, una opinión pública de la bellas letras? ¿Y tú con la fuerza suficiente para creer en tu propia fabricación? ¡No me hagas reír! Gastarías todas tus energías en esto para, al final, no creer palabra, ni media palabra...

¡Qué! ¿Reemplazarme a mí por tus amigos y amigas de antaño y por sus andanzas sin fin? ¿Pero que no ves que el único objeto de amigos y amigas y andanzas, el único objeto para ti era trasmutarlo todo, de un golpe de varita mágica, en algo grato y querido para escucharlo yo?

Podrás sembrar altares por miles; podrás abrir una carretera sin fin y, a sus costados, cada diez metros, plantar un altar donde ofrendar; podrás imaginarte que bajan raíces hasta el fuego central y que su cruz alcanza a las estrellas; podrás pasearte de extremo a extremo, de arriba a bajo; y podrás y tendrás que preguntarte cada diez minutos:

“¿Para qué serán todos estos altares?”.

La vivencia eléctrica no circulará por ellos. Me la habré llevado yo.

Es curioso lo que nos sucede: en un principio te dije que “tuyos habrían sido el nácar y la electricidad”; ¿recuerdas? Ahora son míos puesto que los doy o me los llevo. Y queda para ti “lo confuso, extremadamente confuso, como son las posibilidades bullendo en el seno de un universo que se propone”. ¡Para mí el nácar y para ti las materias del fango!

¿Ves cómo entre nosotros todo habría podido ser interminable intercambio?

¡Qué hermoso habría podido ser!

Pero no te confundas ahora. Ten calma. No trates de averiguar más allá de cierto límite. Cúidate, que la locura no está muy lejos. Cuando los valores y los seres se intercambian, cuando se desvanecen los contornos, cuando una delimitación vacila, es que la locura no está muy lejos. Ya lo has experimentado un tanto; no repitas la experiencia.

“Lorenzo, no puedo asegurarte que, al pasar tú a mis páginas, seas un personaje mío; bien pudiese ser que, al pasar, sea yo un personaje tuyo”.

Así resumías, frente a tu amigo, un aspecto de esta peligrosa fusión. Y hablabas de cuatro que no son más que uno... ¡Cúidate de hablar de dos que no sean más que uno! Tú y yo; yo y tú; en permanente intercambio; uno solo; y en los momentos en que Guni no está; y en los momentos en que las páginas de tu *Umbral* se tornan cadavéricas. Ante Lorenzo, todavía la cosa era posible. Pero desdichado de ti si es a mí a quien un día digas:

“¡Ah, vieja amiga! No puedes imaginar cómo busco ese punto, esa región de unidad; cuántas noches me desvelo tratando de sorprender el comienzo de la senda que me ha de llevar hasta ella; cuántos instantes de gozo me toman al creer que por fin he hallado; cuántos sinsabores al verificar que todo se bifurca, se parte y cada cosa pasa a ocupar otro sitio...”.

Después de dirigirme esas palabras no sabrás cuáles son los límites de tu espíritu, ni, lo que es peor, cuáles los límites de tu cuerpo. Entonces te encerrarán en un manicomio.

¡Ea! ¡Basta! Vamos todos a terminar encerrados en un manicomio. Volvamos a “lo que podría haber sido y no fue”. Dejemos también de lado aquellas vueltas obsesionantes y sin fin de polo a polo; y gente muerta bajo las nieves o bajo las olas o junto a las raíces de la mandioca: que ello es simplemente otra manera de ir a la locura. ¡Y nada de locuras! Lo mío iba a ser algo tan cuerdo, algo, escúchame, tan corriente:

Un día, un buen día, o una noche, si prefieres, habríamos ido juntos a un pequeño bar. Los hay en todas partes. Si esas vueltas alrededor del globo se hubiesen realizado, al

pasar frente a cada ciudad o aldea, habríamos visto perderse tras de nosotros un pequeño bar. Te olvidaste de consignar este detalle. Bien. Imaginemos ahora que, después de algunas copas, la sangre en ti hubiese tomado un poco más de presión, la suficiente presión como para creer que bien podrías sacar de tu bolsillo un rollo de papel y leerme tus cuentos, tus ideas, tus amores. Yo, con sangre ya no menos bullente que la tuya, habría encontrado que, en efecto, nada podía haber de más hermoso que oír tu voz.

Habrías leído, habrías leído. Yo, arrullada, habría escuchado casi en éxtasis. ¿Habría yo comprendido? ¡Bah! ¿Comprende –en nuestro helado sentido humano– la hembra de un pajarito cuando este buen pajarito le canta? No. Ella sólo sabe que le están diciendo lo mejor de cuanto es posible decir; y esto le basta. Yo, igual cosa. Yo, como Nastia, la linda muchacha de las callejuelas de las estepas, habría sabido que existen palabras divinas que todos quieren oír; y contrariamente a ella –¡pobrecita!– que nunca nada oyó, yo, en ese feliz momento del pequeño bar, habría respirado lentamente ¡oyendo!

Tú, escritor, sentirías mi emoción y, como escritor que eres, la habrías atribuido a mi aguda comprensión de tus múltiples problemas.

Hinchado pecho y garganta cantarías de tal modo que hasta el camarero alargaría un oído hacia nuestra mesa.

Yo, mujercita de cambiantes cabellos –oro, cobre, carbón–, como mujercita que soy, te habría adivinado. Entonces, con una sonrisa muy leve para que tu vanidad no se hiriera, te habría interrumpido exclamando:

–¡Qué interesante!

Para luego, en vista de tanto interés, pedirte:

–¡Explicame eso! Palabra por palabra, que llegue a lo más hondo de mi ser.

Tú, bien apoyado en tu vanidad y en las orejas de todos los camareros del mundo que verías cual críticos profundos, habrías empezado entonces a explicar. Y yo, con un arte finísimo, mucho más fino que el tuyo en tus mejores páginas, me habría ingeniado de tal modo que, ante cada concepto o evocación o alegoría de tu pluma, te habría hecho recomenzar, cuantas veces fuera necesario, hasta que alcanzaras la más diáfana explicación, la más precisa puntualización.

Y para ello te habría obligado a empezar diciendo cada vez:

–Bárbara mía, lo que allí yo he querido decir es...

¡Repentino milagro! En un momento dado yo habría exclamado con sinceridad absoluta:

–¡Bravo! ¡He comprendido!

Lindo momento habría sido. Habríamos merecido beber una copa más, yo por mi astucia para conducirte a la luz, tú por tu simpática ingenuidad que te habría impedido sospechar que tu bien amada mujer nada cogía de tus palabras *escritas*.

Entonces, mi querido, mi queridísimo amigo, con más ingenuidad que la tuya, con una inocencia verdaderamente deliciosa, te habría formulado esta pregunta:

–¿Por qué no lo escribiste entonces como me lo has contado...?

¿Ves el cuadro? Yo, como un manso corderito, interrogando con mis ojos vagos a tus ojos atónitos, casi desorbitados, y... una copa de licor suspendida y detenida en medio del espacio junto a tu mano temblante.

“¿Por qué? ¿Por qué?”.

Ahora es una hora más tarde. Ve el cuadro. Vas solo por las calles. Lo quieras o no, es medianoche. Sea cual se la estación reinante, llueve. Vas como nuestro sabio, acorazado

contra todo y contra todos y con risible ropa empapada. Vas con un terremoto dentro de ti. Pero ni un gato ni un moscón te acompañan.

¿No es verdad, mi gran amigo, que habría tenido que llegar una noche así, una noche de tempestad?

Es ahora lo que has perdido.

Yo soy Bárbara, nada más que la pobre Bárbara.

38

(Gris)

Todo esto es lo malo: que usted, Guni, se vaya o no se vaya; que, al irse, lo haga por Antofagasta o Puerto Montt; que, al no irse, quede en su casa o alcance hasta mi catedral; o me sorprenda en casa de un amigo; o venga hasta acá donde ahora estoy. ¿No sabe usted dónde estoy? ¡Ah, ah! Tengo yo también mi pequeño sitio de misterio. Aquí me siento guarecido de mandiocas, nieves y mujeres. Guni, he arrendado un pequeño departamento en la calle Carlomagno 106. No le diré más por ahora. Por ahora me contento con escribir directamente –tratándolo de “usted”– a un ser que ya no es, inexistente. Esto me sumerge en el mundo literario y me saca del mundo epistolar, ese mundo *con carne, huesos, sangre* y muchas cosas más en su final, allá donde es el final del camino del cartero. Así me vengaré si esto continúa: no más con salpicaduras de rojo en pulmones reventados, no: me vengaré haciendo un poema sobre el final del camino de un viejo cartero, cartero santiaguino por añadidura. Sí, señora mía, volvamos al mundo literario, volvamos a nuestros personajes y sus andanzas. Fuera de ellos... ¡no es mi oficio, Señora! ¡No lo es! Por olvidarlo ante visiones femeninas me han caído tantas calamidades.

Piense, querida amiga... ¡Alto! No sigo escribiéndole a usted. Usted se ha ido. Piénsese –eso es–, piénsese. Bien. Piénsese en lo que mi catedral está convertida. Juro –como se jura ante el Altar de la Verdad– que cuantos han traspuesto su umbral –masculinos o femeninos, jóvenes o viejos, nacionales o extranjeros– han coincidido en un gesto o grito de admiración, de franco reconocimiento ante las cualidades de sosiego, de armonía y de belleza que allí dentro habitaban sin agrietarse, sin posibilidad de grieta ninguna. Y hoy... piénsese.

Bárbara está allí, enseñoreada, ama avasalladora, omnipotente y con Colomba tras ella. ¡Adiós mi buena catedral, la del sosiego y los vidrios multicolores! Todo esto es lo malo: tengo que abandonar mi catedral. Quede ahí. No puedo olvidar mi compromiso con Lorenzo, Rosendo y Cía. Tengo que escribir sus andanzas. ¿Por qué? Esto no se pregunta porque nadie lo sabe, ni Dios ni Satán. Tengo... y basta. En mi catedral no puedo hacerlo: Bárbara se pondría a hablar y, lo que es peor, a hacerme hablar; y Colomba, ¡vaya yo siquiera a sospecharlo! ¿Qué me tendrá reservado la inmensamente hermosa y enigmática Colomba con su boquita que no se ve? Nadie puede escribir vidas ajenas –ni la propia, aunque esto no sea del caso– en tal ambiente. Me voy, me voy. Aquí estoy: Carlomagno 106. Claro está que de cuando en cuando volveré a sentarme en mi sillón, a someterme a la luz azul, roja y gris de mis cristales; es cuestión de ver que tal las cosas van allí dentro. Pero hacer de allí dentro mi trono con mi cetro de tinta, no. Bárbara y Colomba se han adueñado de todo eso, es decir, de mí. Esto es *lo malo*: que todavía mujeres puedan adue-

ñarse de mí. Y esto ha sucedido: porque yo amaba a Guni puesto que al ausentarse hacia Antofagasta he sufrido como sufre un can. Ahora han aparecido, a falta de la una que desapareció, dos: Bárbara y Colomba. ¡Maldición! Así no se puede escribir. Por cierto que cartas pueden surgir por miles. Pero no andanzas de personajes ajenos, internacionales. Me dirán:

–Sus andanzas eran justamente una carta.

–Sí, eran todas ellas una carta. ¿Y qué?

–¡Cómo “¿y qué?”!

Quiere decir entonces que todo estaba mal por el hecho de haber sido una carta. Tal vez. No lo sé. Me voy de aquí. Me fui de allí. Y vine a parar aquí: Carlomagno 106.

Lo primero que debo aquí hacer es arreglar mi departamento. Está ya más o menos arreglado. Podría estarlo mejor, podría darle aún muchos toquencillos dignos de un buen “acabado”. Mas no me atrevo. Temo que cualquier insistencia en este sentido, y al mejorar un punto determinado, haga derrumbarse otro punto. Es todo esto tan frágil. Se me figura a veces que es de cristal; otras, de papel. Tiene que ser muy frágil como lo es toda cosa delicada. Y esto tiene que ser muy delicado, ¿cómo dudarlo? Aquella mujer ingrata huyó rumbo a Antofagasta a mediados del año 1942. Acto continuo –es decir días o semanas después– aquellas otras dos, las intrusas, me inundaron con catedral y todo. Luego, horas después de oír esas palabras:

“... Es ahora lo que has perdido; yo soy Bárbara, nada más que la pobre Bárbara...”, eché en una maleta todos los documentos referentes a las vidas de Lorenzo, Rosendo y Cía.; eché en otra mis útiles personales y un par de novelas policíacas; y en un coche que me recordó al de Rosendo me llevó el cochero a la estación de Comepumas donde, junto con poner yo los pies en el andén, se desató una tempestad abisal. A causa de este contratiempo perdí algunos de los documentos citados. ¡Qué hacerle! Aumentarán un tanto las lagunas de mi relato ya que mano no puedo echar a mi memoria que día a día se debilita más. En cambio presencié ese desencadenamiento de los enfurecidos elementos y dicen quienes saben que siempre es grande y digno que los elementos se desencadenen y un hombre los contemple.

Subí transido al tren. Dos horas después, otro andén pero éste cubierto, espacioso con trenes y gentes por todos lados. La Metrópoli. Aquí chispeaba monótona, interminablemente y luces de cien colores titilaban por entre las gotas tremolantes; aquí era como ha de ser en las metrópolis. ¡Adiós pequenísima estación de Comepumas quedada en el crepúsculo del mismo nombre! Me vine a mi departamento. Era en él la ruina, la desolación, era casi como si hubiese habido un bombardeo. Me senté en medio de más cosas –destartaladas las unas, relucientes las otras– que las necesarias para diez departamentos como el mío. Las cosas se multiplican en el desorden, el desorden las deja acoplarse y por eso se multiplican. Hay que poner orden. Esperé. Haciendo una labor de hormiga esperé. Esperando fortifiqué. Aquí no deberían entrar mujeres ni sombras de mujeres. Aquí, la labor literaria, el deber y las amistades con su trajín de calles. Pensando así y fortificando vi de pronto la hora:

Era mayo de 1944.

¡Más de dos años habían transcurrido desde aquello de Antofagasta y la mandioca hasta que las cosas destartaladas o relucientes cupiesen justas y armónicas entre estos muros! Si más de dos años se han necesitado para tener debidamente un mueble aquí y otro ahí, para colocar la luz y darle vida al fonógrafo, para que instalen el teléfono y marche la

calefacción, para que haya tarros de conserva en la cocina y sábanas en la cama, para que enceren el piso y suene la campanilla... es porque todo esto ha de ser, tiene que ser muy delicado, delicadísimo, indudablemente de cristal y de papel.

Aquí estoy hoy 7 de agosto de 1944. Hace pocas líneas era mayo. ¡Esto sí es pasar el tiempo! Agosto y aquí. Lluve, llueve, llueve. Agosto y aquí. No, señores. No estoy aquí. Estoy en casa de mi gran amigo Viterbo Papudo, Loreto 214, aquella casa —¿recordáis?— que compartí con él hace tiempo, que luego abandoné y que él aún conserva; aquella casa... debo decir esta casa, puesto que en ella estoy, entre cuyas paredes de viejo adobe Viterbo se aburría matando moscas y mirando patio y patio, naranjo y naranjo; bajo cuyos techos estuvo Damita X y un pavo asado con apio y puré; sobre cuyos entablados enfermé y casi morí pero salvé gracias a la ciencia y al arte médicos del doctor Hualañé. Aquí estoy y veréis, señores, por qué razón.

¿Señores? ¿Qué señores? ¿Otra vez se me insinúa la carta, ¡la carta!? Guni, Bárbara, Guni, Colomba, Guni... ¡Conozco ya vuestras astucias y añagazas! Nada de “señores” ni “señoras”. Seré libre, seré literato, tal cual suena: li-te-ra-to.

Aquí estoy y llueve. Viterbo me ha cedido una habitación para que trabaje porque en Carlomagno 106 llegó un momento en que no pude trabajar. Fui ahuyentado de allí como de mi adorada catedral. No por mujeres ni sombras de mujeres sino por las fortalezas que contra ellas levanté: los trajines callejeros que cada amigo, cada amiga, cada conocido o conocida, casi cada transeúnte trajo en sus talones hasta mi rincón. Tuve que dejar mi rincón para ellos y su bullicio. Si me resistía ante cosa tan ruin era inmediatamente amenazado con ser expulsado del mundo social. Se han instalado allí como las Bárbaras y Colombas allá. He tenido que volver a hacer mi maleta con los documentos. ¡Gracias, Viterbo Papudo! Tú me has recogido. Aquí puedo en paz trabajar. ¡Qué silencio! Bajo la lluvia llora un naranjo; bajo la lluvia se moja un pavo. Siempre hay un pavo aquí. Aquí sí, Lorenzo, Rosendo y Cía., ¡podremos colaborar!

A mi departamento voy a dormir. En mi departamento me desayuno, almuerzo a veces y recibo a mis amistades que, indefectiblemente, me felicitan con calor. Nunca he podido saber por qué. Acaso porque mi departamento es más de ellas que mío. ¿Serán tan viles? Prefiero el pavo.

Hay demasiado pavo. El naranjo es demasiado igual. El silencio es siempre el mismo. Hay falta de imaginación en este silencio. Deseo bulla, juerga si es posible. Amistades, no abandonéis mi departamento. No, no estoy enfadado porque de mi mesa de trabajo surgen bailes y cantos; porque de mi máquina de escribir creció una alcohólica botella inagotable. No os preocupéis. He organizado mi vivir. ¡Al fin lo he conseguido! Y yo que, para conseguirlo, creía necesario, indispensable recurrir a las metafísicas y tener talento. No hay tal. Muchas veces lo que buscamos está a un paso y no lo vemos por ese maldito afán de proyectar siempre los ojos hacia lejanías borrosas y geniales. La organización sensata y fecunda de mi vida estaba a un paso. Era todo cuestión de tres lápices, nada más: uno azul, otro rojo y el tercero gris. Azul, rojo y gris.

Aquí en casa de Viterbo escribo con el lápiz azul. ¡rayos y centellas si algún día cojo aquí el rojo o el gris! En Carlomagno, con lápiz gris. ¡Rayos y centellas como en el caso anterior! Para mi catedral reservo el lápiz rojo. ¡Rayos y ... como en los dos casos anteriores! Para mi catedral y para cuando a ella vuelva. Desde 1942 no he vuelto. En fin, el lápiz rojo. Y todo está arreglado, equilibrado, armónico, musical, con aceite, sobre rieles y con ruedas.

El solo hecho de coger el lápiz azul hace desaparecer a mis recónditos amores y a los bullicios callejeros. Es algo milagroso pero es así. El azul es un aislador de todo cuanto no sea Lorenzo, Rosendo y Cía. Si un punto ajeno a ellos logra acercarse, bien, lo saludo, le sonrío, hasta lo anoto, y el punto no insiste, se retira retrocediendo y haciendo una venia cortés.

El lápiz gris es lo mismo. Entre discos de bailables, botellas, libros pornográficos y flores inocentes he logrado disimular un cuaderno para él. Es como un homenaje a mis amistades. Lorenzo, Rosendo y Cía. no se acercan a ese humilde cuaderno. Guni y sus gentes lo ignoran y si lo sorprendieran lo despreciarían. Se trata del gris suceder cotidiano...

Lo mismo, espero, ha de ser con el lápiz rojo. Claro está que aquí algo temo. No es igual llevar un diario o mezclarse con personajes que viven sus vidas que habérselas con damas y sombras de damas. Pero, en fin, tengo fe.

Es ya el crepúsculo. Es casi ya la noche a pesar de seguir siendo 7 de agosto del mismo año. El pavo se ha marchado a sus habitaciones particulares. El naranjo se amodorra. Por hoy no quiero más silencio. Mañana sí vendría bien otro poco de silencio. Ahora puedo decir como líneas atrás: estoy en mi departamento de Carlomagno. Hay un cuaderno humilde y un lápiz gris. Mas pronto han de llegar los invitados a cenar y felicitar me calurosamente. Mejor sería que ya existiera mañana y no hoy. Hoy insiste en existir todavía. Bastaría un campanillazo.

Sonó la campanilla. Mis invitados.

39 (Azul)

Rosendo entró en su jardín.

Porque hay frente a su casa –Marcoleta 91– un pequeño jardín. Crecen en él las petunias, las rosas y claveles. Y también una que otra mandrigala negra, una sola lirófora celeste y muchas blancas ensordecedoras que trepan hasta sus ventanas. Es decir las flores que hace tiempo atravesó sin ver, allá en un prado lejano, el hombre Martín Quilpué. Ahora, tal vez, acababa de pasar este hombre por la acera de enfrente atraído acaso por los aromas florales.

Entró Rosendo en el jardín. Quedó un rato en contemplación de un clavel nocturno que iría a deshojarse con el primer rayo matutino. Luego miró las piedras triangulares que pavimentan las angostas veredas que van por entre las flores. Una de ellas había sido casi arrancada. Sin duda algo inusitado se escondía debajo. Sin duda allí, agazapado, estaba el desaparecido Martín Quilpué. Cogió la piedra y la arrancó. Nada. En el triángulo, ahora de tierra húmeda, sólo cuatro o cinco pequeñas cucarachas que huyeron ante la falta de techo.

Su primer impulso fue matarlas. ¿Para qué? Para eso, para matarlas. Pero luego se detuvo dejándolas huir. Pues ¿hasta qué punto no era él mismo esas cucarachas? ¿Qué le aseguraba que terminase él allí en su piel? Acaso se prolongaba hasta las cucarachas, hasta todos los bichos, hasta las petunias, las mandrigalas y los astros.

Entró en su casa sintiendo que, al entrar, lo que realmente hacía era revolcarse en mayor espacio de sí mismo.

Subió. Su cama, contrariamente a otras noches, guardaba un silencio que le atemorizó.

Su escritorio estaba allí, sin más. Sobre la mesa, un cuaderno en blanco que llevaba en su última página un punto verde brillante como una esmeralda. Rosendo murmuró:

—Son los cuadernos puesto que el tiempo...

Luego exclamó:

—Lorenzo, ¡déjame en paz!

Lo cogió con sumo cuidado para que no cayera el punto, lo ató con una cinta verde también y bajó con él al jardín. En el triángulo de tierra húmeda lo depositó. Las cucarachas que empezaban a acomodarse a una vida sin más techo que las estrellas, tuvieron que huir nuevamente. Volvió a colocar la piedra. Se posó sobre ella y zapateó largo rato girando. Volvió a quitarla: el cuaderno no estaba ni la cinta ni la esmeralda. Las cucarachas no habían vuelto, por lo tanto no se podía aducir que allí se hubiese efectuado un festín. Además las cucarachas no comen cuadernos ni cintas ni esmeraldas. La tierra lo había tragado todo. Ahora la Tierra lo digería. Muy bien hecho ya que lo que en esas páginas cierta vez se pensó escribir iba a ser sobre la vida, muy bien hecho que se hubiesen marchado digeridas. Muy bien hecho porque así la vida se radicaría en él, Rosendo. Era esta radicación, ya lo sabemos, lo que se deseaba y buscaba. ¡A las entrañas del fuego! ¡A arder!

Otra vez subió. Seguía el silencio de su cama. Su mesa fue más asequible. Apagó todas las luces. Abrió la ventana. Se precipitó por su hueco un denso aroma de flores y sabandijas. Lo respiró y lo detuvo en sus pulmones varios segundos antes de devolverlo a la circulación llevando características suyas personales. Luego quiso meditar con tranquilidad sobre las pequeñas cucarachas que huyen sea del cielo sea de los cuadernos y que eran él mismo mas sin conciencia allí en ellas. Bien. Como era sin conciencia en el aire expelido y en sus propios pulmones. Para tener conciencia de éstos, tendrían que dolerle. Bien. Las cucarachitas podían morderlo, por ejemplo en un dedo. Tomaría conciencia de su dedo y de la cucaracha también. ¿Y si esas cucarachas no mordían, en todo caso si no mordían al ser humano? Podían, de todos modos correr por su espina dorsal si él se pusiera acostado de boca en el suelo. Entonces le harían cosquilla. Pero luego recordó:

“¡A mí la vida! ¡A otros las transmutaciones!”.

Un reloj vecino dio la una.

Así fue su primera hora de ese año. No meditó más. Se acostó.

Antes de dormirse se preguntó si habría salido ganancioso en este pacto con Lorenzo o si sería éste, el muy badulaque, el ganancioso. Porque “la vida, vivir, vivir la vida, la vida viviéndose” son palabras que fácilmente se dicen. A lo mejor la cosa estaba en lo que Lorenzo se había dejado para él.

No alcanzó a recibir respuesta a su pregunta pues se durmió. Pero en cambio soñó lo que sigue:

Oyó un grito en el vacío. Era el grito de un hombre que en su grito gritaba:

—¡Todos los humanos son unos imbéciles! ¡Apenas una que otra excepción! ¡Imbéciles, mil veces imbéciles!

Se encontraba Rosendo en un vasto salón de paja. Se produjo una ventana. Por ella asomó Rubén de Loa.

(Un momento: Quisiera yo, Onofre Borneo, hacer una semblanza de este caballero

pero más importante es que diga la semblanza que en el sueño tenía para el soñador, recordando, eso sí, que es de Loa un inmejorable pintor. Para convencerse de ello consúltese el libro *Ayer*, de Juan Emar, o consúltese a cualquier tucán, en la selva o en el zoo, o golpéese a la puerta de la casa de cualquier anciana que posea un tucán. Ahora bien, de Loa era para el soñador más que un inmejorable pintor individual; era un arquetipo de pintores inmejorables, una esencial representación en sí).

Rubén de Loa está sin sombrero. Grita:

—¡Todos los humanos son unos imbéciles! ¡Apenas una que otra excepción! ¡Imbéciles, mil veces imbéciles!

Luego cita las excepciones a esta triste imbecilidad.

Se produce una segunda ventana, luego una tercera, una cuarta, en fin, en los sueños es difícil llevar cuentas, en fin, muchas ventanas y en cada una asoma un Rubén de Loa, todos iguales, diferenciándose únicamente en lo que llevan sobre la cabeza: el primero —dije—, nada; el segundo, gorra; el tercero, sombrero de copa; el cuarto, boina; el quinto, casco; el sexto, bonete; etc. Cada cual repite el grito, igual, idéntico. Cada cual cita las dos o tres excepciones del caso. Pero hete ahí que estas excepciones son, como los sombreros, diferentes de ventana a ventana. En vista de esto los diez o cien inmejorables pintores se retiran y Rosendo comprende que tras el muro de paja se pelean, se golpean, se cocean.

Un rayo de iluminación recordativa perfora entonces la mente de nuestro héroe. Rosendo recuerda su primera comunión y su cuna:

La partera, al cambiarle su primer pañal, había suplicado:

—Con tal que este niño no sea tan imbécil como todos.

El cura, al colocarle la ostia santa sobre la lengua, le había murmurado:

—Pide, hijo mío, a Dios por los imbéciles de esta Tierra.

Entonces, de rodillas, había clamado a Dios para que enviase a los imbéciles alguna luz de inteligencia. Un compañero de comunión, al oír su ruego, lo había mirado con desprecio para luego lanzarle:

—¡Imbécil!

Ahora algo se desprende de él: el suelo es, sí, es el suelo mientras la paja del salón se hace aire, oxígeno —dice Rosendo que ya está desprendido de todo contacto terrenal y flota. Bajo él el suelo resbala y se va rápidamente, trayendo a su vista nuevos aspectos de... ¿de qué?

De un puerto, un populoso puerto, un puerto activísimo donde atruenan las sirenas hasta hacer daño a los oídos y pasan y pasan y anclan los barcos hasta embelesar los ojos. Y gente, más gente. ¡Qué enorme cantidad de gente! Es ese puerto tan colmado de barcos que un barco, hasta ahora invisible, se forma de sus pies, se alarga, se modela y toca también su sirena. Rosendo, apoyado en la barandilla de estribor, admira el panorama. Siempre ha amado los viajes y en ellos lo que más ha amado ha sido siempre la llegada a los puertos. Alguien le toca al brazo.

—¡Hola! ¿Qué tal?

Es Javier de Licantén, el poeta.

(Aquí convendría —yo hablo, Onofre Borneo— una semblanza como en el caso de Rubén de Loa; pero contentémonos, como en dicho caso, con aquello del arquetipo y demás ahora puesto en la poesía).

De Licantén hace con su diestra un inmenso gesto arcoirisante, gesto de poeta, y dícele a nuestro héroe al oído con voz suave, con un murmullo, con un susurro, voz de poeta:

–Todos esos humanos que allí ves son imbéciles.

¿Todos? Sí. Salvo cinco. ¡Imagínate mi dolor! Salvo cinco en este puerto de más de un millón de almas. Esos cinco son...

Se apaga el susurro. Se ha presentado otro Javier de Licantén y ahora ambos se dan de bastonazos.

Sigue el suelo rodando. Es la Tierra que rueda. Se va el barco de Rosendo y, en su lugar, una colina, una colina verde, amable, con sol, con rocío, con florecillas y tan, tan admirablemente calculada que su cima toca justo a la base de los pies del personaje, una colina así ha llegado y se detiene. Luego sus faldas se alargan hacia todos los puntos cardinales fermentando valles, bosquécitos y aldeas que a su vez, después de unos instantes de fermentación, se establecen, se inmovilizan y viven.

Viven... Es decir, tienen gente que vive, que va y viene, que labora, que canta, goza y a veces sufre.

–Hermoso espectáculo –dice Rosendo.

–Hermoso, es verdad –le responde Ascanio Viluco–. Lástima sólo de que todos esos seres sean unos imbéciles. Todos, todos salvo... Contemos: uno, dos, tres, cua...

(Colóquese aquí la semblanza arquetipo recordando que Viluco –el esposo de una de las más destacadas damas de nuestra sociedad y propietario de aquel palacete inmovilizado donde de buena gana bailarían Jozz– es un docto crítico sumergido en academias, crítico de arte, filosofía y letras).

Apenas se enuncia la sílaba “cua”, Rosendo ve al docto Viluco rodar colina abajo a trompadas y mordiscos con otro Viluco igual. Los ve alejarse con colina, valles y bosquécitos y aldeas. Todo se aleja porque suelo y Tierra han de girar.

Ahora, allá en el horizonte, asoma una torre, aguda y labrada torre medioeval que avanza majestuosa acarreamo toda una iglesia, tal vez una catedral, que acarrea una ciudad, una metrópoli sin duda. ¡Grandioso espectáculo! Sólo que, al parecer, la torre es más alta que la colina. No va a tener la delicadeza de ésta para llegar justo bajo las plantas de los pies de Rosendo. La torre le va a dar con su mitad un golpazo. Rosendo se hace gimnasta y salta en el momento oportuno. Se agarra con ambas manos de mil filigranas de piedra fría. Entonces la torre se detiene y con ella la catedral y la metrópoli entera. Y aquello, en su totalidad, comienza a bullir en activísima vida.

–¡Arriba, arriba! ¡Hasta que alcancemos la cruz! –le grita una voz conocida.

Rosendo vuelve la cabeza y ve, a la altura de sus pies, otra cabeza: Florencio Naltagua. Ambos siguen trepando hasta la cruz. Ahora, sentado cada uno en uno de los brazos, extienden la vista sobre techos infinitos e infinitas arterias no de sangre sino de coches y humanos. Naltagua deja rodar una lágrima y solloza:

–Miseria la nuestra al ser humanos. ¿Por qué no haber sido piedra místicamente labrada? Porque has de saber, amigo, que todos esos que borbotan allá abajo, todos son, sin excepción, unos imbéciles.

(Y una semblanza convendría. Pero yo –Onofre Borneo– no puedo hacerla pues ello redundaría en una injusticia hacia de Loa, de Licantén y Viluco. Naltagua, baste con esto, después de años de indiferencia, ama, ama y ama. También se eleva por los ámbitos del éxtasis. Y... el arquetipo, etc.).

Naltagua llora, llora a lágrima caudalosa. ¡Qué miseria!

–El único consuelo –dice entre lamentos– es que hay unos pocos que escapan a tan implacable ley y ellos son...

¡Cataplún!

La torre ha estallado. Rosendo se siente lanzado por las piedras hacia la atmósfera. Divisa allá lejos, volando como él, a dos o tres Naltagua que, sin parar mientes en su crítica situación de hombres volantes, se tiran de palos y escupitajos.

Rosendo hace piruetas por los aires y ahora corre, corre el desdichado, corre desesperadamente, locamente, paranoicamente, esquizofrénicamente. Pues siente tras sus talones toda una voraz jauría que le persigue. Crea el infeliz entonces un ojo en su nuca y ve que en pos vienen decenas de miles de esos arquetipos a darle alcance y, lo que es peor, cada uno trayendo de mano a mano un hilito largo, fino, blanco.

Rosendo se pregunta:

“¿Serán esos hilitos para estrangularme rasgándome el cuello?”.

No, no son para eso. Son, muy por el contrario, para encarrilarlo por el sendero del Bien y la Verdad. ¿Cómo? ¿Cómo puede ser tal cosa? Así:

—Cálmate, Rosendo —le dice Rubén de Loa—. Acomódate con comodidad. Coloca debidamente tu almohada y cúbrete con tus sábanas que el tiempo es frío. No apagues la vela. Ahora escúchame:

“Este hilito nace de mi cerebro o de mi corazón. Si quieres, de mi garganta. Transijamos: de mis ojos puesto que soy pintor. Y hay que ser pintor. Aquellos que no lo son son todos unos imbéciles. Excepción de... Nada temas, Rosendo. Hay mucha, muchísima gente conmigo para que pueda producirse un altercado. Piénsalo: están conmigo todos los pintores del mundo y no sólo los de hoy sino los que hasta hoy han existido desde nuestro padre Adán. Pues hubo un pintor contemporáneo de nuestro padre Adán. Todos. Lo comprenderás cuando te explique los misterios de este hilito. Por el momento ten presente lo que acabo de afirmarte: todos aquellos que no son pintores son unos imbéciles, por lo tanto todos los que son pintores no son imbéciles, están con nosotros. Ahora bien y por cierto que, visto bajo otro ángulo, todos los pintores son unos imbéciles salvo... —nada temas, estamos en tu habitación bien encerrados— los poquísimos que viven, como las florecillas de una ramita determinada o las minúsculas bestezuelas de una determinada pata de una mesa determinada, los que viven, digo, a lo largo de este hilito. ¿Entiendes? Bien.

“Este hilito nace de mis ojos. Precisemos y mejoremos: Viene a terminar en mis ojos, en mis ojos es su punto final. De mis ojos retrocede por las épocas saltando y saltando montañas, ríos, años y siglos; recto, estirado a veces; enrosándose otras; pero jamás interrumpiéndose. Es, pues, una tradición, la tradición, la, La, LA, ¿Cuál? La que partió del punto exacto y vero; yendo por el camino exacto y vero, donde estoy yo y ellos, esos pocos que han sido y los pocos que serán; ¡poco importa esto último! Lo esencial es que estoy yo. Todo lo restante es el falso profeta. El error sin más. Prueba de ello: yo no estoy en lo restante. Yo estoy aquí en este hilito que perfora los siglos siempre con un centinela alerta vigilando, paleta en mano, el advenimiento de este momento en que aparezco yo. ¿Oyes, Rosendo? Yo. ¿Dudas? ¡Infeliz! Tengo a los perforados siglos como testigos. Soy el hombre filtrado por los siglos, YO”.

Rubén de Loa empieza a esfumarse en halos de gris violeta, en acordes de violeta gris, en sabores de nácar, en tactos acuáticos de ópalo de opalinos reflejos... ¡Cuántas fuerzas de color! Llueve, llueve, llueve. Casi un pavo trina desde la copa de un naranjo casi. Es que Rosendo casi logra recordar, en medio de su sueño, que yo, Onofre Borneo, soy su amigo y siempre lo recuerdo para poder escribir su vida. Sobre todo en el solar de Viterbo Papu-

do cuando hay pavos y naranjos y una luna por los patios cuando el pavo duerme. Pero recordar todo esto es despertar y dejar trunco este sueño. Dejar trunco este sueño es cortar de un tijeretazo la narración que aquí hago mirando el naranjo. Es interrumpirlo todo. Lluve. Felizmente no es agua lo que llueve. Rosendo puede seguir soñando y yo escribiendo porque llueven hilitos, mil hilitos; cientos de miles de hilitos largos, finos, blancos. ¡Cuánta fineza de color al escurrirse por los violáceos humos del desapareciente Rubén de Loa! Y cada hilito es un señor, sí, un señor, un caballero, como usted, como yo, como cualquiera; con traje, con cara, con cuello, con cuerpo, con todo. Un caballero como en las calles o en las avenidas o en sus propios domicilios a pesar de estar Rosendo soñando y yo escribiendo, a pesar de todo. Un caballero, un caballero por cada hilito y hay mil, cien mil, quinientos mil hilitos que terminan en su respectivo caballero, sea quinientos mil caballeros que desprenden un hilito cada uno, hilito que retrocede hasta nuestro padre Adán, perforando montañas y siglos, lanzando a regulares trechos regulares centinelas, paleta, pluma, cincel, corchea, sotana, nebulosa, microbio, corbata en mano, y todos firmes, hieráticos, todos imponentes y todos, entre ellos, afinados en la, en la nota la, es decir, la, La, LA... La tradición, señor Rosendo Paine, la única, la vera, la exacta; que lo restante, los quinientos miles de hilitos con caballeros restantes, es lo falso, el mal profeta, la imposura. Os lo podemos demostrar científicamente o artísticamente o, si preferís, dialécticamente o místicamente, a vuestro antojo, señor Rosendo Paine, todo os lo podemos demostrar, es sólo cuestión de creerme a mí, a mí, a mí, a mí... ¡Despierta, Rosendo! Rosendo despierta bajo mil hilitos de sol que entran por su ventana. El gato lo ha despertado al saltar sobre su cama. Es hora de preparar el desayuno. Rosendo toma ahora una taza de café puro. Luego piensa que para despabilarse entre tal red de hilitos casi eternos, que para llegar a hacer con todos ellos un suelo firme donde pisar, haría falta no menos de otra eternidad hacia adelante y como él tiene un número reducido de años por vivir y pocos deseos de recibir golpes, bastonazos o escupitajos por cuestiones tan demasiado eternas, piensa en resumen que es mejor que su noble amigo Lorenzo Angol se encargue de ello. Y a su duda sobre si el muy noble a la vez acaso que badulaque amigo se hubiese dejado para sí la mejor parte del pacto, puso un punto final, otro punto verde de pura esmeralda en medio de un papel blanco que, acto continuo, arrojó por la ventana para regocijo y gloria de todas las cucarachas del jardín.

¡A él la vida! ¡A otros las trasmutaciones!

40

(Azul)

La Cantera. Medianoche. El mayordomo hace estallar un cohete, el capataz pone en su fonógrafo el Himno Nacional, el vaquero mueve y remueve una matraca, el sota sopla en una corneta, el hortelano lanza un grito. Una hora más tarde Desiderio Longotoma entrebrea la puerta de la Bóveda y dice a Lorenzo:

—¡Feliz año nuevo!

Lorenzo, inclinado sobre su mesa de trabajo, nada oye como no oyó, una hora antes, ni el cohete, ni el fonógrafo, ni la matraca, ni la corneta, ni el grito. Desiderio Longotoma

queda sonriente, guiñando un ojo, medio cuerpo fuera de los misterios subterráneos y medio cuerpo dentro. Lorenzo sigue inmóvil como todo hombre verdadero que se inclina por la noche sobre una mesa de trabajo. Desiderio Longotoma repite:

—¡Feliz año nuevo!

Nada.

Avanza entonces un paso. El batiente se cierra y el visitante, con ambas mitades dentro del cuarto del misterio, una vez más repite con voz suave y haciendo una reverencia ante las espaldas y la nuca de su anfitrión:

—Le digo a usted, caro amigo, que le deseo un muy feliz año nuevo.

Lorenzo se levanta, se vuelve, estira su diestra y responde:

—Igualmente, igualmente.

El huésped agrega:

—Caro amigo, no sólo de palabras se alimenta el hombre. Por eso yo siempre traigo un obsequio al caro amigo que va a oír las mías. Ellas acaban de ser oídas, como usted lo sabe, y eran la expresión sincera de mis deseos de felicidad para usted en el año que comienza. Ahora, éste es mi obsequio.

Saca de su bolsillo y alarga hacia Lorenzo un ratoncillo minúsculo. Lorenzo, a guisa de agradecimiento, dice:

—Es justamente, amigo, lo que me hacía falta para poner término a mi labor de esta noche.

Y ambos se abrazan.

Ahora pasemos a la labor nocturna de Lorenzo.

Empecemos por colocar dentro de nuestra imaginación una mesa. Debe ser una mesa grande, no menos de 2 metros de lado a lado y algo más de uno —pongamos 1,13— de fondo. Una mesa de madera de pino, gruesa madera, gruesas patas, cuadradas, rectas hasta el suelo. Como ha sido pintada —tono siena natural— podemos llamarla “la mesa de pintado pino”. Ahora, ya bien establecida la mesa, rodeémosla, atmosféricémosla. Hagámoslo. Y puesto que ya tenemos atmósfera, poblemos. Suelo, muros, techo, objetos, varios objetos, muchos mas no los precisemos pues no van a tomar parte en lo que va a seguir. Una estompa o la yema del pulgar derecho puede fundirlos en la atmósfera por el momento negra, apenas con una gota de rojo oscuro, apenas, tan apenas que sólo un ojo ejercitado y fruncido de pintor de aire libre puede precizarla, ni siquiera, apenas percibirla. Ahora iluminemos. Lo mejor es una lámpara de parafina. Da una luz amarillenta y abundante al menos para nuestro objeto que es la superficie de la mesa. El negro con gota de rojo oscuro es ahora un grisáceo tono piel de murciélago. Se diría que flota en él mucho polvo. Esto no es verdad; el aire es allí puro, ligeramente húmedo, lo necesario para darle algo de perfume a secular y muy vivido por largas generaciones de humanos amantes del sosiego y del saber. Esto toma el cariz de polvo suspendido en el aire únicamente para hacer resaltar —ya que el polvo en el aire es de un valor frío— el siena natural de la mesa que, por cierto, es un valor cálido y más cálido aún con la luz amarillenta que cae sobre él. Súmese ahora rápidamente a esto último lo frío anterior, y la mesa con la lámpara y los objetos sobre la mesa —de los que pronto hablaremos— forman como un ascua de cobre viejo. Recortándola medio a medio y en oscuro está la silueta de espaldas de Lorenzo. Pero esto fue al entrar Desiderio Longotoma. Luego, como hemos visto, Lorenzo se ha levantado para saludar a su amigo y ambos charlan y ahora que yo escribo ambos están inclinados sobre la mesa y laboran, colaboran amarillentamente iluminados. Lorenzo está con el

ceño apretado y la mente concentrada; Desiderio Longotoma parece divertirse una enormidad, tanto que entre dientes recita:

*Sobre una mesa de pintado pino
Melancólica luz lanza un quinqué.*

Lorenzo lo detiene con un solo rayo de una sola mirada de un solo ojo. Desiderio Longotoma se excusa con un gesto mudo. Y la labor continúa.

El golpe de vista del rincón es interesante sobre todo de coloración. En vez de tener que describirlo yo con este lápiz de mina negra desteñida, me hubiese gustado ver una descripción de él por Brueghel o Teniers o mejor aún por Bosch. Estos hombres sabían a punto fijo lo que rueda en rincones así por entre lo invisible de polvo gris y ascuas cálidas. Sabían evocar. Y aquí hay, ¡ya lo creo!, qué evocar. Hay ese perfume con generaciones de humanos tras él. Que esta Bóveda no tenga por su edad capacidad para albergar las sombras de muchos linajes desaparecidos, no es razón suficiente para negar que allí ahora están rondando, cuchicheando, magnetizando. Sus espíritus errantes han descubierto nuestro rincón y en él han sentado plaza. Bien han hecho. Allí todo los acoge. Allí el alma se recoge. Allí los recuerdos toman formas en relieve y se agigantan, traspasan las horas, llegan al presente y se instalan serenos y ciertos en un futuro que ninguna carrera humana logra alcanzar. Ellos, los errantes espíritus, hacen este milagro y lo hacen porque —repito— se encuentran en nuestra Bóveda a sus anchas. Así es que aquello está poblado, archipoblado de recuerdos actuantes que reciben al visitante como lo recibe cualquiera de los muebles.

Puede usted, señor mío —me dirijo a cualquier oyente de mis palabras—, haber visitado veinte veces un sitio X, haber tenido en él durante sus visitas violentas emociones; vuelve usted una vez más, la vigésima primera vez; recuerda, claro está; vuelve a emocionarse, ¡no faltaría más que no se emocionara!; pero bien puede quedar todo esto en mero recuerdo, más o menos interesante para usted, pero mero recuerdo. En cambio, puedo asegurárselo a usted, bastaría una sola visita a la Bóveda, un asomo a ella y sin emoción alguna, para que ahora al volver por segunda vez, se sintiese usted atónito y temblante al enfrentarse como con un ser material con ese instante de usted que parecía pertenecer para siempre a lo que ya no es. Es que los sitios, como los palmípedos, independientemente de nuestra memoria y de nuestros intereses, tienen ellos, ellos de por sí, mayor o menor potencia de actualización, como los líquenes. Éste y en este momento la tiene en altísimo grado. Es un sitio que desafía victorioso la lógica del suceder.

Yo entro en él lleno de posibilidades de milagro. Tengo recuerdos en él. Tengo cosas ya idas que siguen allí vivas y sin irse jamás.

No se me pregunte nada. Ciérrense los ojos y láncese la mente allá al techo, a aquel rincón, a una monstruosa araña que siempre está mirándonos aunque nosotros no la veamos. Anhélese frenéticamente que la armonía reine en las páginas escritas.

Pero dejemos esta evocación o cualquier otra que haría de este relato algo demasiado fastidioso. Los recuerdos están vivos; no hace, pues, falta hablarlos. Lleguemos por fin a la labor de Lorenzo o sea a los objetos sobre la mesa.

Hay sobre la mesa quince conos de unos 15 centímetros de alto y de una base de unos 10 centímetros de diámetro. Estos conos son huecos. Tienen una pequeñita puerta. Por estas puertas no podría entrar una rata mas un ratonzuelo sí. Por su parte exterior son todos iguales y feos y fétidos. Son de barro sin emparejar. Este barro ha sido recogido por

nuestro héroe durante el día y proviene de unos corrales cercanos. Creo que con esto basta para comprender sus características repulsivas. Por dentro la cosa cambia. Vamos por partes: Bajo el barro hay cartón, cartón corriente que viene a ser lo intermedio pues, por su cara interna, este cartón está recubierto, hermosa y fragantemente recubierto, a tal punto que estar dentro es un ideal, es un ansia de que jamás nos echen fuera. Así como por el exterior son todos iguales, por el interior son todos diferentes. Vamos a numerar sus interiores según la distancia a que se encuentren los conos de la mano derecha de Lorenzo:

El 1º está revestido de estambres de petunias; el 2º de plumas de picaflor; el 3º; de ámbar; el 4º, de pistilos de liróforas; el 5º, de jugo de limón; el 6º, de polvo de ópalo; el 7º, de electricidad; el 8º, de polen de ensordecedoras; el 9º, de radium; el 10º, de espuma marítima; el 11º, de humo de fogata de eucaliptos; el 12º, de magnetismo; el 13º, de rocío; el 14º, de vino; el 15º, de miel.

Es algo magnífico.

Los quince están rodeados por una pequeña palizada lo suficientemente alta como para que una rata sí mas un ratonzuelo no, no pueda saltarla.

Desiderio Longotoma admira incondicionalmente. Felicita a Lorenzo. Hasta el número de los conos le subyuga.

—¡Formidable, amigo! —exclama—. El número quince es lo exacto. Piense usted: uno menos, es catorce, horrendo número pues huele a doblemente esotérico pues es dos veces siete, número pedante que huele... en fin, a pedantería, a mala, muy mala cosa, amigo; y uno más es diez y seis, el número tan odioso como el anteriormente citado, ese catorce del esoterismo pedante y nebuloso olor a cátedra de ancianas demasiado vírgenes; el diez y seis, el número que no puede escribirse con letras como es lo propio del intelectual, usar letras y no números, no se puede porque hay quienes escriben “diez y seis” y otros “dieciséis” y los fonéticos proclaman “dieziséis”. Y es, el miserable, el número guardián que nos ataja ante la cultura de Francia la magnánime e inmortal. Figúrese usted, amigo, que allá por los años de mi escuela y después de haber hecho filigranas en mi examen de francés, el profesor me partió, me rajó, sin más, porque me hizo contar y yo, de lengua cervantina al fin y al cabo, conté: “...treize, quatorze, quinze, dixsix, dixsept...”. “¡Alto! —me grita el profesor—; ¡a sentarse!”. Quince es lo justo, quince...

Pero Lorenzo fulmina ahora al charlatán de Desiderio Longotoma con dos rayos de dos miradas de sus dos ojos.

—Perdón —dice quedamente el interrumpido.

—Perdonado.

—Entonces, amigo, ¿querría usted explicarme qué son estos admirables conos?

Lorenzo responde hosco, torvo:

—Conos de imbecilidad.

Desiderio Longotoma lanza un agudo: “Uuuuuuhh”, símbolo de su admiración y de los gratos momentos que espera pasar en la misteriosa Bóveda.

Lorenzo toma luego quince agujas de fonógrafo y las va clavando en la cima de cada cono de modo que las puntas queden con vista a las bellezas interiores, y sus bases queden con vista a los barro y —digámoslo— a los estiércoles de fuera. Entonces dice a su compañero:

—Cada aguja es un superhombre. ¿Me entiende usted?

—¡Por cierto! —clama el compañero—. Entendido. Ahora que... no vendría mal una ligera explicación.

—Muy justo —asienta Lorenzo.

Y explica así:

—Cada aguja es el símbolo de un superhombre y cada cono correspondiente es el extenderse, por el tiempo y por esta Tierra, de sus máximas posibilidades, el extenderse en plena fructificación. No mire usted las paredes que a nuestros ojos se ofrecen; ya las miraremos a su debido tiempo; siendo usted un ser dotado de imaginación, sumérgase en los interiores. No me negará usted que es ello la gloria.

Desiderio Longotoma aprueba:

—¡Gloria!

Lorenzo entonces:

—Cada aguja, pues, con su respectivo cono es un mundo de por sí, que por sí se basta y fructifica. Escúcheme usted bien: es una manera única que pudo haber tenido el mundo, desde el principio hasta el fin, una manera completa sin necesidad de “curiosidades” fuera de ella. Es algo, amigo, que, dentro de él, curiosidad vendría a ser distracción, pérdida de tiempo. Es la estructura de usted, Desiderio Longotoma, su estructura viviendo sin roce, sin posibilidad de roce proveniente de su imaginación o de sus necesidades. Es la total inexistencia de un apremio de usted por devenir crisantemo o barraca o adobe. Desiderio Longotoma: SER. Cada interior de un cono ES y cada humano que dentro y por él viva ES. Desiderio Longotoma: cada humano así, si mira su propia vida hacia atrás, la ve llena, justificando cada instante al instante que ha seguido; y si mira hacia adelante, sabe qué hay que hacer, sabe adónde va el barco y con qué fin va. Así, por ejemplo, este cono —en su interior se entiende; no lo olvide usted— es el 3º, el de ámbar. Él es *el* ámbar, la realización total por medio del ámbar, encauzada por el ámbar. Es la desaparición por distracción e inutilidad de todo lo que no sea ámbar. Ámbar, amigo, es el carro que puede llevarlo todo, llevar a todo. Ámbar es...

—O vino, allí, 14º, caro amigo —insinúa Desiderio Longotoma apuntando con su índice. Un silencio largo. Lorenzo al fin le responde hosco, torvo:

—Si usted quiere.

Pero ha caído una gota de hielo al fuego incipiente de Lorenzo en su faz de filósofo. No al fuego necesario para llevar a bien la tarea nocturna sino para seguir explicaciones y latas traducciones de hechos a palabras. Lo importante son los hechos y quienquiera que a ellos mire ha de entender..., si ha de entender. Si no ha..., será no. ¿Para qué insistir vertiendo, vertiendo y vertiendo? “Aburridísima labor por su inutilidad”, piensa Lorenzo allá en la Bóveda. Yo pienso aquí que es algo muy a propósito que tal piense Lorenzo allá pues para mí es también aburridísimo explicar lo que es en verdad un cono en su interior. Ya lo hemos dicho: aquello ES y es hermoso como todo lo que es.

Mas no se vaya a creer que Desiderio Longotoma esté quedando al margen de cuanto ocurre en la Bóveda. No. Desiderio Longotoma, estoy cierto, sabe y comprende mucho más de lo que aparenta. Sabe, sabe. Yo creo más bien que, al nombrar el cono 14º, lo que hizo nuestro magnífico personaje fue dar curso a *su* manera de expresar su absoluta y hasta profunda comprensión sobre cuanto allí sucedía o iba a suceder. La duda que ahora me acomete es si Lorenzo sea hombre del suficiente espíritu como para haberse percatado de qué buen compañero de labor tenía en el otro. Creo que sí. No puedo creer lo contrario porque allí está ese sublime momento —que espero a ningún lector le haya pasado inadvertido— cuando el uno de esos dos hombres entregó al otro de esos dos mismos hombres, y sin que hubiese ni del uno ni del otro de los dos hombres ni sorpresa ni aspavientos ni

gritos al milagro o a la comprensión máxima ni a la intuición soberana, entregó, digo, un mínimo ratonzuelo. Lorenzo ha entendido, lo ha entendido todo. Por fin, si así no fuese ¿valdría la pena este trabajo que me estoy dando al llevar a letras lo que fue vida? Dirán algunos, y muchos, que no vale la pena... ¡Bien! No quiero hoy ni nunca polémicas. Yo —que después de todo soy el biógrafo y pido con pleno derecho que se me escuche y crea—, yo digo que Lorenzo ha entendido y que allí en la Bóveda todo está pasando a pedir de un confite. La gotita de hielo citada no ha caído pues; y si ha caído tendríamos que corregir ciertas ideillas que desde pequeños nos han inculcado como la de que el hielo al caer enfría; o bien que si enfría, el frío es motivo, es hacedor de incompreensión, de separatividad, etc. ¿Por qué? ¿De cuándo acá el frío desune? ¿Por qué no el calor? Desiderio Longotoma sonrío, guiña su ojo izquierdo, mueve la punta de su zapato derecho y piensa y hasta susurra:

—Ha caído una gota de vino... Eso es todo.

Hay un gran silencio ahora asentado sobre todo el fundo de La Cantera. No se olvide de que es plena noche. Pero insisto en el silencio abrupto e imponente, de grandes piedras que nadie mueve ni osa trepar. Y puede aún ser mayor aunque ello parezca rayar en la inverosimilitud. Hagámoslo. Hagamos estriar por toda su longitud un ruido, uno solo, corto, que aparezca, cruce, pase, subraye y se vaya. Un gallo canta. Nada más. Y el gallo, por haber cantado, cae de su palo desplomado y abatido por el silencio reinante. Cae envuelto en sus plumas sobre tierra que se ablanda. No ha sonado su caída. Sólo su canto ha sonado para que pudiésemos todos afianzar y tocar el silencio. Ha llegado, pues, el momento del experimento, el instante de actuar.

Allá en Santiago de Chile mucha gente baila frenéticamente por ser Año Nuevo; otra mucha no hace nada a pesar de ser Año Nuevo; nada de esto nos interesa a nosotros. A nosotros nos interesa que allá en Santiago de Chile un hombre, un hombre llamado Rosendo Paine, después de haber hecho desaparecer un cuaderno, una cinta y una esmeralda de tinta; después de haber meditado sobre las cucarachas; de haber oído la una de la madrugada en un reloj vecino; después de haberse preguntado quién estaría en mejor situación, su amigo íntimo o él mismo; después de todo ello, a nosotros nos interesa que un hombre se haya acostado, se haya dormido y haya soñado. Pero más nos interesa lo que ocurre aquí y no allá.

Aquí Lorenzo Angol y Desiderio Longotoma echan mano al ratonzuelo y lo sueltan dentro de la palizada que circunda a los quince conos. El ratonzuelo vacila apenas un segundo y luego da una menuda carrera sin premeditación ni finalidad, es decir, sin talento. Vuelve a detenerse, husmea, huele. Se ve claramente que las paredes de inmundicias de esas extrañas construcciones le han herido sus naricitas ansiosas de recibir fragantes aromas de fragantes quesos y otras golosinas. Se ve que aquello le es insoportable y que llega a añorar el bolsillo del vestón de Desiderio Longotoma donde hizo incómodo el trayecto desde su guarida, en los alrededores de Santiago, hasta La Cantera. De pronto percibe un agujero, un agujerito por donde su madre no cabría. Pero él sí. Se precipita, entra. Ha desaparecido para los ojos de sus dos observadores. Es el cono número 1, el revestido interiormente de estambres de petunias.

Nuevo silencio tan solemne como el ya descrito aunque ningún gallo haya cantado. (Digo “nuevo” porque las patitas de nuestro bichito lo interrumpieron un tanto junto con la respiración llena de espera y curiosidad de los dos hombres). Se ve ahora, se siente, se respira —¿cómo explicarlo?—, se intuye o está en el aire —como queráis— todo cuanto ocurre:

- a) Este nuevo silencio, si no se toman medidas, va a durar la eternidad;
- b) La causa de su duración es que el ratonzuelo –como es natural y todos lo esperábamos– se ha hallado súbitamente tan maravillado y a sus anchas que no piensa hacer ni un movimiento más en su existencia;
- c) Las medidas indicadas en “a” deben hacerse efectivas y tendientes a desembriagar al sujeto para que vuelva a la palestra de las realidades.

Es esto último lo que hacen ambos experimentadores: Lorenzo golpea en un pequeño gong junto al cono 1º; Desiderio Longotoma hace ruidosamente: “¡Brrrr!” y zapatea sonoro y menudo.

Presa del pánico reaparece el ratonzuelo. Mira hacia todos lados, demuestra la repugnancia que todos esos puntiagudos muros le causan, vacila un instante y se precipita al cono 2º, el de plumas de picaflor.

Aquí debe repetirse todo el proceso anterior, debe repetirse quince veces. Este proceso, sacado de su materialidad ostensible –que es el acto de correr de cono a cono por el cuadrúpedo– y vertido a su manifestación psicológica, podríamos referirlo así:

Quince veces, aquella noche, un ser viviente encontró la razón, la dulzura y el objetivo del hecho de vivir para luego quince otras veces verificar que no hay tal en este hecho de vivir, que todo en él es mugre, destemplanza y huele mal.

Intelectualmente podría decirse que quince veces un ser viviente alcanzó a vislumbrar que, dadas ciertas circunstancias y cierta potencia cerebro-interpretativa, la vida puede llevar dentro de sí misma todas las posibles justificaciones que en duda pudiese poner otro cerebro descontento, pusilánime o frágil pero que...

Moralmente tiene que haber en algún misterioso sitio inalcanzable (es, después de todo, un mísero ratonzuelo el que discurre y no es justo pedirle mayor penetración) seres malvados que con golpes de gong, resoplidos y zapatazos perturban y desquician la unidad y el reposo para sembrar la duda y el caos, para coger a todo aquel que haya encontrado un sentido y lanzarlo en busca de otro y otro y otro sentido más, y...

Suicidamente, que si esto va a seguir y a ser siempre así; si cada vez que encontremos se nos eche a otro encuentro; si el hecho de hallarnos bajo estambres de petunias encierra el hecho de tener que abandonarlos y respirar estiércol para hacernos creer que la cosa está bajo plumas de picaflor; y luego, ¡no!, estiércol y ámbar; estiércol y pistilos de liróforas; etc. y etc.; hasta estiércol y miel que es recomenzar con estiércol y estambres de petunias... ¡oh!...: suicidamente no vale la pena el haber nacido, y ya que se ha nacido sólo vale la pena morir, y ya que la muerte no viene sólo es posible el suicidio.

Pero volvamos al circuito físico que cansado estoy ya de sondear terrenos suprasensibles: aquellos dos hombres, sin el menor sentido de la compasión por nuestros semejantes, hicieron recorrer ocho veces el circuito completo de los quince conos al desdichado y noble mamífero.

Fea cosa fue. Dicen muchos que “el fin justifica los medios”. No lo sé. En todo caso no voy yo a averiguarlo esta vez. Insisto en creer que fue cosa fea y además monótona. ¡Ocho veces! ¡Qué atrocidad! En fin, vengamos a la monotonía:

Cada circuito fue igual al anterior. Las mismas alteraciones en la bestiecita, el mismo gong, los mismos “brrrr” y zapateos. Sin embargo, al efectuarse el primer circuito, pensé yo, Onofre Borneo, que bien podrían suscitarse amenas alternativas. Lo pensé cuando el ratonzuelo entró al cono 3º, el de ámbar, y más tarde al 14º, el de vino. Cuando entró al 3º noté una tal cara de satisfacción en Lorenzo, un tal regocijo reprimido, que dirigí mis ojos hacia Desiderio Longotoma viendo que éste se ponía ceñudo y hasta molesto. Luego,

cuando llegó el turno del 14º, vi que Lorenzo expresaba en su rostro –mudo, por cierto– algo como quien dice: “Todo esto es serio; creo falta de tino pensar de otro modo”. Cuanto al rostro del otro nada cambió; se limitó únicamente a lanzar un silbido agudo, en vez de sus acostumbradas manifestaciones anteriores, para hacer que la víctima abandonase el 14º en demanda del 15º. Se comprenderá que, ante lo que acabo de narrar, pudo florecer en mi mente una grata expectativa; por ejemplo: los dos hombres, mutuamente calentados y calentados *in crescendo*, podrían irse a las manos. Error. Todo, incluso el 8º circuito, fue igual. Sin duda eran esos dos hombres dos hombres superiores que sabían dominarse y no pasar más allá de lo que la cultura y la buena educación permiten.

Debo ahora hacer dos observaciones más antes de llegar al terrible momento final, una respecto al ratonzuelo, otra respecto a mí.

El ratonzuelo no salía de ningún cono tal cual había entrado; salía con un poquitín de cada uno. Es decir que, al final de su primer circuito, llevaba su fina piel un diminuto estambre de petunia, una plumilla de pluma de picaflor, un reflejo ambarino, el último extremo del último pistilo de una lirófora, un vago sabor a jugo de limón, un granillo opalino, un trémulo de electricidad, una insinuación a fecundar en vez de una ratonzuela una ensordecedora, un comienzo de desintegración al rádium, un susurro de espumas oleantes, una sombra envolvente de olor a eucalipto, un mínimo calofrío magnético, una gota de rocío, otra gota de vino y media gota de miel.

Al ver este hecho me pareció poético pensar que toda experiencia, que toda visión, que todo ensueño, deja su marca en nuestra alma y nos acompaña para siempre aunque la burda conciencia de ello no se percate; me pareció que este hecho fue el que una vez, allá en los lejanos siglos que nos sirven de telón de fondo y de esperanza, el que hizo exclamar al poeta:

Todo tiempo pasado fue mejor...

Pensar de este modo me pareció poético mas no pensé así. Seguí observando. ¡Pobre ratonzuelo! Cualquiera podrá imaginarse lo que ya era al emprender el 8º circuito: llevaba el infeliz más carga que varias veces su propio peso. En fin... La historia ya va a terminar con su instante terrible. Advertí que antes de llegar a él quería también decir una palabra sobre mí:

Se me preguntará cómo yo, Onofre Borneo, presencié todo aquello puesto que explícitamente dije que en la Bóveda sólo estaban Lorenzo Angol y Desiderio Longotoma.

¡Ah! Mejor tenga buena memoria y sobre todo haya tenido la laudable paciencia de leer las páginas anteriores, recordará que por allí en el número 25 se encontraba solo Lorenzo en la Bóveda sin más compañía que el globo de cristal de mi tío José Pedro. Sin embargo, yo también estaba allí, estaba suspendido en un rincón junto al techo y a cada momento me parecía ser algo así como una araña monstruosa. Y estaba porque, al ocurrir esa escena de Lorenzo, Desiderio Longotoma y el ratón, en otro sitio que no sé cuál habrá sido, yo anhelaba para todo y para todos un gran sentido de la armonía. Así es que como autor de este libro vi con estos mismos ojos, vi todo con estos y no otros ojos, estos ojos que ahora ven sobre un cuaderno resbalar un lápiz.

Esto es lo que respecto a mí quería decir agregando que si hubiese tomado parte activa en el experimento que describo habría dado muestras de regocijo o de parentesco con el cono 6º, el de polvo de ópalo.

Y ella, ¿cuál habría preferido? Ella se ha ido de todas partes y acaso jamás podré dar

respuesta a esa interrogación. Te has ido, Guni, sin que yo sepa cual es tu cono. Creo que el 11º: humo de fogata de eucalipto, humo denso a la par que transparente, humo de duelo y añoranzas, humo de ausencias, fogatas, aromas y siempre humo. ¡Alto! No es de Guni ni de sus malignas cómplices, Bárbara y Colomba, de quienes hay que hablar. ¡Que allá se pierdan y se hundan en la mandioca, en las olas y en la nieve!

Más interesante que esas mujeres es lo que ocurre aquí pues hemos llegado al final del 8º circuito. Atención:

El ratonzuelo se halla cobijado bajo la última esperanza de sentido en la existencia, y ella tiene sabor a miel. Vale la pena haber nacido. ¡Te doy las gracias, Omnipotente! Retumban en su memoria otros instantes en que comprendió que es el mundo miel. Resueñan posibilidades infinitas: de vino o de humo o de ópalo o de ámbar... O tanta más. Allá en lo alto clava su punta una aguja. Respeto, reverencia, veneración. Es el grande entre los grandes que marcó un sentido, un programa de miel para el existir. A él me entrego, él soy. ¡Soy! SER. Que si me dejo inundar por mis experiencias..., vino, humo, ópalo, ámbar y tantas más... podría también SER siempre que una sola fuese. ¿Y cuál? Ya estamos aquí. Salir es ver por fuera, es confundirse y huele mal. Aquí soy y aquí seré. Borro, borro enérgicamente cuanto no sea aquí. Aunque duela, ¡soy!

Humanos, comprended. Humanos, otra vez, otra:

“¡Gong, gong, gong...!

¡Brrrrr.....!

¡Taca taca taca tá....!”

¡Sálvese quien pueda!

El ratonzuelo, presa de pánico y con más carga que diez veces su propio peso, asoma su hociquito por el 15º agujerillo, hace un último esfuerzo y logra salir entero hasta la punta de su colita y...

Viene ahora el terrible instante:

Mil hilos solares se han colado por una ranura de las tejas, han caído sobre la mesa y sus conos y han deshecho el encanto. Humanos: un gato, que Dios sólo sabe por donde se deslizó, un gato salta sobre la mesa, coge entre sus garras a nuestro querido y débil héroe y ahora huye con él entre sus caninos para engullirlo en paz, saboreándolo y pensando que vale la pena haber venido al mundo cuando puede uno desayunarse con ratonzuelos tan exquisitamente condimentados con quince exquisitos condimentos.

Humanos:

La comedia e finita...

1º de enero y con lindo sol.

Vamos todos a tomar nuestros desayunos.

Rosendo Paine, allá en Marcoleta 91, hemos visto, toma café puro para celebrar el advenimiento de 1927 y despejarse de sus malos sueños. Yo, aquí en Carlomagno 106, tomo, hoy 24 de agosto de 1944, un gran vaso de leche que cae admirablemente después de las entusiastas copas de anoche por la liberación de París. Lorenzo Angol y Desiderio Longotoma toman en La Cantera, tanto para festejar a 1927 como para reponerse de la noche en vela que acaban de pasar, el primero, un par de huevos a la copa y, como Rosendo, una taza de café puro; el segundo, un sandwich de queso y, cual era de esperarlo, un trago de vino tinto. Ahora, en este momento, los tres fuman y revuelven en silencio muchas

cosas, muchas más de las que nosotros imaginamos. Yo, por no ser menos, hago en este momento lo mismo: enciendo un cigarrillo mas nada revuelvo. Voy a largos trancos a casa de Viterbo Papudo para seguir mi relato.

Sin embargo revuelvo. Sí, revuelvo. No debo echarme tierra a los ojos:

“¿Qué tomará Guni de desayuno? Antes, conmigo, ya lo sé: jamón y té. Mi pregunta se refiere a estos momentos de su ausencia: ¿qué tomará?”.

Tal vez nunca yo lo sepa.

Loreto 214. El patio, el naranjo, el pavo. Papel, lápiz, máquina de escribir. Sigamos.

Lorenzo Angol y Desiderio Longotoma toman su desayuno bajo un enorme sauce. Lorenzo tiene el aire contrito. El otro despide alegría y plenitud por todo su ser. ¡Qué carácter tan feliz, tan envidiable el de este grande hombre que es Desiderio Longotoma! Dice:

—Magnífica noche hemos pasado. Magnífica gracias a la psicología del ratonzuelo; gracias también a mi perspicacia pues supe escoger. Sepa usted que la ratona de allá de los suburbios santiaguinos tenía muchos hijos a primera vista idénticos. Yo percibí sus radicales diferencias y supe escoger el más dócil y tímido. Suponga, amigo, que hubiese traído a un ratonzuelo empecinado, suponga un ratonzuelo que por más ruidos que hubiese oído junto a su cono no se hubiese movido y dentro hubiese quedado por toda su propia eternidad. ¿Qué habría sido de nosotros? ¿Estaríamos tan satisfechos tomando aquí nuestro desayuno? Mucho temí que al penetrar la primera vez al 14º cono, allí hubiese terminado nuestro asunto; o al 3º; es igual. ¿Qué habría sido de nosotros?

—La ruina —responde Lorenzo, cejjunto—; todo mi empeño, toda posibilidad de vida para mí, desaparecidos.

—En fin, amigo, no nos inclinemos hacia el lado trágico pensando en lo que pudo haber pasado. No. Las cosas pasaron a las mil maravillas y es bastante.

¡Ah! Porque aquí debo decir dos palabras, yo, Onofre Borneo, el biógrafo y comentar; yo que —cada vez lo creo con mayor firmeza— voy llevando en esta orquesta el compás de pesadez, de intromisión, de ajeno. Confieso que a cada paso he de meter mi cuchara. Sé que debería alejarme, dejarlos a todos ellos actuar libremente y recluirme en mi íntimo papel de narrador. Pero no lo puedo. Confieso ahora que el buen dominio de este mi oficio de escritor —de “li-te-ra-to”, como anoté en Carlomagno— no lo domino suficientemente. He de meter mi cuchara. A veces creo que no es ello por la falta de dominio que acabo de anotar sino por... ¡la ausencia de ella, de mi Guni!

¡Alto! Nada de Guni aquí.

Aquí va mi cuchara:

Sea yo o no sea un literato, esto que escribo —y como todo lo escrito espero tenga su correspondiente destino: publicarse y convertirse así en libro, es decir, en obra— es una obra literaria aunque este título sólo le caiga bien por no poder encontrarle otro. Como tal está, quiéralo o no, regida si no por ciertas reglas —y menos leyes—, por ciertos rasgos inevitables. Dice Ortega y Gasset en *Espíritu de la Letra*:

Cada género literario posee un decálogo mínimo que es forzoso cumplir si se quiere acertar.

(Suprimo yo las cuatro últimas palabras pues no son aquí del caso y subrayo lo anterior).

Ahora bien, quien pudiera poner en duda el cumplimiento de por lo menos parte del citado decálogo en estas páginas, que se arme de un poco de paciencia y me acompañe nada más que en lo ya narrado de este N° 40-Azul.

Hay en él una serie de extrañísimas coincidencias, tan extrañas que no tendrían cabida ni crédito en ningún otro sitio de la humanidad ni del planeta fuera de ése que llamamos “obra literaria”. Veamos:

Rosendo termina las primeras horas de ese año de 1927, y en Santiago de Chile, asaltado por una desconfianza: “¿Será mi rol el mejor o será el que para sí se ha guardado el pícaro de Lorenzo?”. Muy natural que esto le haya asaltado; somos todos propensos a creer que no sólo el tiempo pasado fue mejor sino que el sitio lejano es mejor. Recordó Rosendo las suaves y cobijantes casas de La Cantera. Los recuerdos que de ellas tenía –recuerdos dispersos como gotitas de polvo a lo largo de muchos años– se le agolparon súbitamente atados a una sola lienza. Al producirse este hecho –tantas cosas en tan poca dilatación temporal– los recuerdos multiplicaron su intensidad:

“¡Oh! ¡En La Cantera sí se vive! ¡En La Cantera no hay espacios vacíos!”.

Imagen inevitable: Lorenzo se ha quedado allá. Y lo vio: calma, grandiosidad en torno suyo, alejados los ruidos y tarascadas de los hombres y solo consigo mismo. Un sigomismo, es indudable, tiene que obedecer y doblegarse mansamente al unomismo. Y los demás mortales, con sus respectivos y muy tenaces simismos, se han alejado con éstos acarreado lejos sus nefastos diseños. ¡Feliz Lorenzo! Sabe a qué atenerse, puede presentir primero, calcular luego y conocer al fin por donde va a ser atacado... si es que, en tan bello aislamiento, va a ser atacado. Además –¡qué diablos!– cuanta gente le rodea le sirve, se complace en servirle porque así es la cosa en un fundo, porque a nadie se le ocurriría pensar que pudiese ser de otro modo. En cambio él, todo lo contrario.

Muy natural, como he dicho, que la desconfianza lo asaltara. Muy natural también que Lorenzo supiese que de este modo iba su amigo a reaccionar. Ambas cosas pueden caber en varias clases de obras literarias. Pero sigamos un poco.

Ya no es tan natural que Lorenzo no sólo supiese, como hemos indicado, sino que supiese a ciencia cierta. ¡Ah! Ya aquí vamos rumbo a las letras. Porque Lorenzo lo *sabía*... ¿Prueba de ello? Ningún hombre, por una mera suposición, se da el trabajo harto fatigoso y complicado de construir los 15 conos que sabemos. Ellos mismos, su esqueleto, es decir la estructura de cartón, pase; aunque sólo un niño, creo yo, gastaría su tiempo en hacer tal cosa. Lorenzo, sabemos, no es un niño ni por su edad ni por sus afanes. Y ahora revestir cada uno de estiércol... ¡repelente tarea! Ir hasta los corrales, recoger, ensuciarse, combatir fétidos olores... ¡casi heroica tarea! Y qué decir de lo que nos queda por decir: los interiores. Desafío a cualquiera que intente y logre hacerlo. Cualquiera me confesará, si procede de buena fe, que para llevar tal empresa a buen fin hace falta una profunda ciencia, una profunda prolijidad, una profunda dedicación. Y bien sabemos que un hombre recurre a todos sus profundos cuando clara está en su mente su finalidad y siempre que ésta le sea punto menos que vital. Lorenzo echó mano a toda su prolijidad y dedicación y paladinamente la puso al servicio de su ciencia. Una ciencia no se adquiere de la noche a la mañana. Ha necesitado años de trabajo, ha necesitado un sabio maestro, ha necesitado que este maestro cuente con la seriedad y el talento de su discípulo, etc. A no ser que el maestro fuese un bobo. No es el caso. Desiderio Longotoma no es un bobo pues un bobo no posee conocimientos tan esmerados ni menos la facultad de transmitirlos. Y Desiderio Longotoma –esto no podría asegurarlo pero es como si lo asegurara porque si no... ¿qué? ¿dónde? ¿cómo? ¿cuándo?–, Desiderio Longotoma ha adquirido su ciencia, con otros tantos años de estudio y labor, nada menos que de Baldomero Lonquimay. Todo esto y todos éstos se ponen en un momento dado a actuar. No cabe duda: Lorenzo es certeza.

¿Y qué decir del obsequio? ¿Por qué un ratonzuelo y no una rata? Porque una rata no habría cabido por las puertitas de los conos. ¿Por qué un ratonzuelo y no una araña o un alacrán? Porque estos bichos no son tan sensibles a los ruidos de los hombres. ¿Por qué un ratonzuelo y no una flor? Porque las flores son inmóviles.

Podemos formular algunas preguntas más: ¿Por qué Lorenzo, ya que necesitaba imprescindiblemente una víctima para su experimento, no se había preocupado de atraparla? Porque sabía que a la hora oportuna vendría Desiderio Longotoma y que vendría con la víctima codiciada. ¿Cómo lo sabía? ¿Y cómo el otro sabía que a Lorenzo le hacía falta un ratonzuelo y que confiaba en que se lo llevarían hasta sus propias manos? ¿Cómo todo esto? ¡Oh, mundo literario! Pues puedo asegurar que ambos personajes bien hacía un trimestre que no se veían y cuando se vieron por última vez, Lorenzo no pensaba aún ni en conos ni en víctimas ni en forma precisa alguna que darle a sus deseos. ¡Oh, mundo literario!

Con todo, aun admito que no hayamos llegado de pleno a dicho maravilloso mundo. Entonces sigamos.

Encontramos la despampanante coincidencia de los momentos. Pues ha de saberse que los hechos, cronológicamente, ocurrieron con la siguiente matemática simultaneidad:

- | | |
|---|--|
| 1) Rosendo oye el campanazo de la 1 de la madrugada, de un reloj vecino; | 1) Desiderio Longotoma entreabre sus labios y dice por primera vez: "Feliz año nuevo"; |
| 2) Rosendo empieza a acostarse; | 2) Lorenzo ha oído al fin las palabras de su amigo y agradece diciendo: "Igualmente, igualmente". |
| 3) Rosendo, ya en cama, se formula la cuestión del ganancioso; | 3) Desiderio Longotoma hace entrega a Lorenzo del pequeño ratonzuelo; |
| 4) Rosendo se duerme; | 4) El ratonzuelo emprende el circuito 1º; |
| 5) Rosendo duerme profunda y rítmicamente sin que ningún ensueño venga a perturbarlo; | 5) El ratonzuelo cumple sus 8 circuitos, incluso el 15º cono del último pero sin salir todavía de él. (Yo, durante este Nº 5, veo la formación del "aglomerado" -del que pronto explicaré unas dos palabras-). Este "aglomerado" se encamina de la Bóveda a Santiago junto con el último golpe de gong de Lorenzo; |
| 6) Rosendo empieza a soñar lo relatado en páginas anteriores; | 6) El ratonzuelo saca del 15º cono (8º circuito) la punta de su hocico; |
| 7) Rosendo termina de soñar; | 7) El ratonzuelo termina de sacar su colita del mismo cono; |
| 8) Hilos de sol naciente despiertan a Rosendo; | 8) Hilos de sol naciente caen sobre la mesa de Lorenzo; |

- 9) Salta el gato de Rosendo sobre su cama;
- 10) Rosendo ha encontrado la solución a su problema y baja de la cama; su gato, reemplazándolo, se duerme;
- 11) Rosendo se desayuna;
- 9) Salta un gato canterino sobre la mesa de Lorenzo;
- 10) Lorenzo está cierto de haber logrado su objetivo; Desiderio Longotoma también; el gato canterino huye con el ratonzuelo entre dientes;
- 11) Lorenzo y Desiderio Longotoma se desayunan; el gato canterino se desayuna;
- 11 bis. Yo, a mi vez y con todos ellos, me desayuno diez y siete años después;
- 11 ter. Sólo el gato de Rosendo no se desayuna pero entre sueños ve un ratonzuelo exquisitamente condimentado.

Quede, pues, establecido que ésta es una obra literaria. Quien, partiendo del Segundo de Baldomero Lonquimay baje a las ideas y a los actos de Lorenzo Angol y Rosendo Paine—tan eficazmente secundados por Desiderio Longotoma— me apoyará con decisión en este sentido.

Una gota de desinterés cae ahora sobre estas largas páginas. Se me figura ver a un lector que haya tenido la benevolencia de leerme con agrado hasta aquí. Preferiría una lectora. Pero Guni se ha ido de todas partes. Mejor así; ya se verá por qué. Vuelvo a ese lector. Llega a las líneas que anteceden, se desinteresa, cierra el libro y, luego de meditar un rato, lo echa al fuego junto con todos los volúmenes que a éste y al anterior van a seguir. Tiene razón el buen lector, la tiene... a primera vista, nada más. La tiene porque ¿hasta cuándo, santo Dios, vamos a tragar literatura? ¿Hasta cuándo vamos a interesarnos, regalando nuestro tiempo, por lo que a un literato A, o un literato B o C, se le ocurra fantasear en sus noches de insomnio o en sus prolongados días de esplín? ¿Pero que no podemos todos fantasear? ¿Hay necesidad de que un tercero venga a hacerlo por nosotros?

Fantasear... Con un poco de imaginación imaginemos a un señor que imagina que había una vez un elefante que se volvió copa con horchata bebida luego por un melocotón...; mientras otro imagina que la Tierra, hastiada ya de que su nombre los literatos lo escriban con minúscula y la hagan girar alrededor de otro infeliz cuyo nombre también esos literatos escriben con minúscula junto con prodigar mayúsculas a todos sus acompañantes planetarios y aun huéspedes lejanísimos, hastiada, digo, y herida en su amor propio, resuelva ir a girar por la eternidad alrededor de Sirio, el luminoso y hermoso Sirio, cuya mayúscula de serpiente todos los literatos acatan, y, al ir en viaje hacia su nueva destinación, ve pasar de regreso por el éter a un señor de diminutas barbas, con levita y sombrero de pelo y llevando a una niña de la mano.

Tales cosas vendrían a la mente del buen lector. Meditaría un rato mirando alternativamente su chimenea ardiendo y los volúmenes, ahí en su estantería, que yo voy a escribir si la salud lo permite. Luego levantaría los hombros para bien poder preguntarse:

“¿Y quién me dice que este autor no va a describir en las páginas que siguen una fantasía más sobre uno de sus personajes? Por ejemplo, digo yo, Desiderio Longotoma

atrapa una molestísima enfermedad que consiste, como síntoma mayor, en no poder más, nunca más asentar sus pies sobre el suelo, nunca más pisar: desde ahora en adelante el hombre andará elevado, sí, elevado como un globito de niño, pues es algo entrado en carnes, elevado a lo largo de una oscilación fluctuante entre un metro y medio metro por encima de cualquier terreno... Esto va a venir ahora en capítulos y más capítulos... ¡Horror! Yo quiero vida, realidades, pasiones que me hayan acometido o puedan acometerme. Quiero mujeres aquí en este mundo, amando frenéticamente, con matrimonio, luna de miel, desavenencias, separación de bienes, divorcio y disparos o vitriolos si es posible. Eso quiero. ¿Qué puede importarme a mí que el tal Desiderio Longotoma flote ridículamente como un globito? Si yo que soy un hombre, más aún, que soy un lector, jamás seré víctima de esa enfermedad de elevación sobre los suelos que pisamos.

Este lector tiene toda la razón. La tiene toda... a primera vista. Porque, hay un “porqué”. Veamos.

Todo esto es literatura. Conforme. Pero ¿de dónde viene la literatura? ¿De dónde se saca y, por ende, de dónde la saco yo? Respuesta única: de la vida. Si no hubiera vida, ¡santo Dios!, ¿cree alguien que habría no obstante grandes bibliotecas? Si yo me muriera ahora, ya, ¿cree alguien que los volúmenes de esta mi obra que van a venir, no obstante se harían? Y si yo no hubiese nacido ¿habría habido siquiera remota posibilidad de la existencia de... una Guni, por ejemplo? No, no. Pensar de modo contrario es ya... No sé qué es. No es, sin más. Y basta.

Fácil es ahora ver claro: la literatura es parte integrante de la vida, es vida, es la vida; como es una botella, como es la botella, la botella que aquí al frente miro. No será toda la botella, el rótulo se muestra de mitad, el interior no lo veo, sus reflejos visibles no son todos los reflejos de su enorme potencialidad. Bien. Pero es la botella y sólo un demente podría objetarlo. Luego: ese buen lector cae en error si quema. (Me refiero a mis volúmenes y a su chimenea). Si mis volúmenes no le interesan, es otro punto; quiere decir que las vidas por mí relatadas no le interesan. Y de esto es él muy dueño.

Quede, pues, establecido que, aun siendo estas páginas una obra literaria –y por lo mismo que lo son–, todo sucedió tal cual hasta ahora lo he descrito.

Resta un último asuntillo que acaba de llegar a mi conocimiento: el lector en cuestión, poniendo en duda la autenticidad de su lectura y sintiéndose inclinado a parangonarla con la enfermedad y vuelo de Desiderio Longotoma, recurrió a aquellos lejanos capítulos de mi I volumen donde a la que una vez se apodó Guni le explicaba yo la formación mental de un personaje. Volvió a leer y se dijo: “Asunto concluido”. Su última duda emprendió el vuelo y se alejó por sobre los tejados de la metrópoli.

–Cae usted nuevamente en error, amigo –le dije o más bien le mandé decir.

(Yo, Onofre Borneo no conozco a un lector que ante mi libro haya estado ante estos altercados interno-literarios; esto pasó por intermedio del agudo señor Palemón de Costamota. Se recordará que este sujeto se entromete apenas atisba deliberaciones o problemas pertinentes a las letras; se recordará que, allá en La Torcaza, se me presentó de súbito en mi Catedral y a través de los cristales de la galería a conversarme sobre literarios personajes. Ahora se ha entrometido desde lo alto del naranjo manteniendo todo el tiempo de nuestro intercambio al pavo de Viterbo en su índice izquierdo como si fuera un loro).

–Amigo Palemón –grité al visitante desde mi mesa– tenga usted a bien comunicar a su intelectual que ya es cosa de dominio popular que todo personaje es creado de la vida, por la vida y es la vida. Es éste el primer punto y... ¡punto! Ahora que me escuche, mejor dicho, que le escuche a usted: Ese primer punto es un semicírculo. Nadie se da el trabajo

de completar el círculo con el semi que falta, nadie o muy pocos, en todo caso no su compañero letrado. ¡Como si pudiese haber círculos incompletos! Si el primero es: “la vida se hace literatura, los hombres reales se hacen personajes literarios”, el segundo, fácil es colegirlo, ha de ser: “la literatura se hace vida, los personajes literarios se hacen hombres reales”. ¿Hasta cuándo voy a repetirlo? Dígame usted al individuo aquel que empecé este libro con intenciones de escritor, casi de poeta, y soy ahora un simple cronista. ¿Que no lo va a creer? Recuérdele usted sin más el caso de Viterbo Papudo, el amigo en cuya casa estamos, señor de Costamota, a no ser que dude usted de la existencia de esta casa. ¿No? Tanto mejor. Cuénteles usted que, pocos días después de crearlo, supe que se hallaba enfermo, y de bastante cuidado, en la clínica Santa María. Allá me precipité en un taxi. Felizmente mi amigo estaba en perfecto estado de salud. Luego vine hasta acá a congratularlo y a contarle que el hecho se había producido por error, un simple alcance de nombres o algo así pues el hospitalizado era un tal Venancio Papudo a quien Viterbo ni yo conocíamos. No olvide, amigo, no olvide contarle esta pequeña anécdota. Si su individuo la pone en duda, dígame que tengo testigos por miles.

Resumamos que ya es tarde: Todo esto es vida y así las cosas pasaron porque todo esto es literatura. Sí, ésta es una obra literaria.

Esto es el resumen.

Como obra literaria tiene su decálogo literario. Muy ajustados a él iremos hasta ahora pero no olvidemos que es un decálogo “mínimo”. No es él tan amplio y perfecto como para que dos hombres –¡y qué hombres!– pasen en vela una noche entera sin objetivo alguno, para hacer de esa noche una nada, para hacer de ella una noche-literatura. ¡Y qué noche!

¿No podía Lorenzo Angol haberla pasado, justamente por ser año nuevo, en meditación del Segundo de Baldomero Lonquimay, concentrando sus sentidos en los astros? ¿Duda alguien de que a Desiderio Longotoma le hubiesen faltado esa noche mil sitios hartos más alegres y picantes donde refocilarse a sus anchas? No es tan amplio y perfecto nuestro decálogo, digo, como para que esos dos hombres la hayan pasado sin objetivo alguno, sea literariamente. No es él tan estricto como para que se hayan construido 15 difícilísimos conos y se haya martirizado a una pobre bestezuela para nada, sea, repito, literariamente. No. Aquí había también finalidad, había intereses. Todo esto era *para algo*. No era únicamente literatura. Y me permito agregar –pese a las protestas de Viterbo que se pasea nervioso de patio a patio y de pavo a pavo– que al describir yo ahora dicha noche no hago tampoco únicamente literatura: 1º) porque el tema que escribo tenía finalidad e intereses; 2º) porque estas páginas también las tenían (iban a sacar del hastío santiaguino a una niña que bien merecía salir de él); 3º) si es verdad que la niña se ha marchado a las antípodas, no es menos verdad que, siendo la Tierra una y redonda, pueda de pronto reaparecer; 4º) si, por fin, es verdad que también puede no reaparecer jamás, no es menos verdad que ella no es la única niña santiaguina sumergida en el hastío. Y basta sobre este particular.

- Toda aquella noche fue de un trabajo feroz. Como alcanzó plenamente la finalidad apetecida, fue doblemente feroz.

Lorenzo es un hombre inteligente. Acaso, por estar siempre sumido en problemas profundos, algo se haya debilitado su perspicacia. Es posible. Mas para algo se tienen amigos como Desiderio Longotoma. No creo que pueda haber sutileza alguna que pase inadvertida a sus ojillos agudos. Y al hombre le gusta hacer ver lo que él ve, insinuar lo que

sospecha. Lorenzo, pues, sea gracias a su propia inteligencia, sea gracias al eco de Desiderio Longotoma, sea —y es lo más seguro— gracias a ambos, calculó con todo acierto que el otro, Rosendo, allá en la ciudad, no podía estar pleno de certeza y de fe. Era casi imposible que las dudas, a veces; el desaliento, otras; hubiesen dejado de acometerle. Había que darle certeza y fe, darle más, no abandonarlo. ¿Cómo? Pues como la lógica aconseja hacer siempre en similitud de casos. Si yo o cualquiera quiere que un Fulano parta de viaje, por ejemplo, debemos empezar por pintarle las maravillas del sitio de su destino, y si esto no es suficiente, no está mal mostrarle los inconvenientes crecientes del sitio en que ahora nos hallamos.

Lorenzo no teme ante el primer punto: Rosendo está seguro —es su temperamento— de que la buena vida está en las andanzas sin fin. Pero es hombre con mayor curiosidad de la que se cree y es algo desconfiado aunque no lo parezca. Además su misma sed de andanzas puede inclinarlo hacia las que otorgan la meditación y el sosiego. Rosendo sabe que hay también aventuras, altas y bajas, y emociones en el silencio de nuestra mente. Éste es el segundo punto, el que hay que hacerle sentir: que tales aventuras son “puros inconvenientes crecientes”. Hay que hacerle sentir que pueden matarse dos pájaros de un tiro: llegar al libre tránsito por calles y avenidas y llegar a él *después de haber abandonado para siempre “la cárcel”*.

Es necesario que Rosendo se desoriente, que encuentre que todo ese mundo de intelectualizaciones y transmutaciones es pura y complicada lucubración, que nada estable hay en él, que lo único estable que pudiera haber son los golpes, coces y escupitajos; que todo ello es juego bizantino.

Es necesario acrecentarle su fe en que la vida es únicamente vivir y que vivir es lanzarse a *chocar* con las cosas, así cual suena: COSAS. ¡Y son tantas las cosas! ¡Qué riqueza! Son hechos, cuerpos, son cataclismos o gloriosos momentos, son amores, son vibraciones, sí, vibraciones son las cosas.

Es necesario que Rosendo se confunda, que quede fuera, únicamente en el umbral del otro mundo, el de Lorenzo, para que las dudas y sinrazones le sobrecojan, para que entonces le venga el deseo exclusivo en tales casos, los casos del umbral: querer *descifrar* para luego *resolver*. Dará media vuelta y se marchará. ¡Si son mundos que no han de descifrarse porque no tienen solución! Por lo tanto, que frente a ellos se hastíe y vea sólo los palos y escupitajos. Que no coja el nervio, que no se sintonice, que no coja el hilito, ¡el hilito!, que todo hilito séale siempre símbolo de posible estrangulación por máximo confucionismo. Que nunca se halle ante la plástica como Rubén de Loa se halla, o ante la palabra como Javier de Licantén, o ante la sonrisa y el ojo guiñado como Desiderio Longotoma. Que se halle siempre ante los mundos que Lorenzo se ha reservado como yo, Onofre Borneo, me hallo ante este universo que con indomable fuerza se me antoja vacío y sin sentido. Que entonces véngale el deseo de volverles la espalda con gesto galano y lento, gesto que disimule la premura de escapar como un condenado de tales miasmas. Que no esté como de Licantén y de Loa con ¡esa certeza dentro! Ni como el otro sonriente... tampoco, ni para qué decirlo. Pues ese Javier y ese Rubén no tienen dudas por extraño que ello a primera vista parezca. No las tienen en sus artes, no porque hayan sido ya descifradas y resueltas sino porque sus artes hay que *hacerlas*. No hay que buscarles cabida en el vasto universo; hay primeramente que hacerlas para que luego aquello de la cabida pueda presentarse y plantearse con lógica y visos de razón.

¡Ah, grande y noble Rosendo! Debes confundirte tanto que eches todo fuera. Es pre-

ciso que no quieras afirmar. Es preciso que quieras ser, que esto de ser haya que hacerlo. ¡No descifrarlo ni resolverlo para luego clasificarlo y poder finalmente afirmarlo! Hacerlo. Como pinta de Loa, como de Licantén escribe. Cómo pintar, cómo escribir... Bien. Allí amontónense las dudas y los quebraderos de cabeza. ¡Tanto mejor! Si justamente eso es hacer. Cómo vivir y cómo estrellarse con las cosas... Justamente eso es vivir. Para eso las mujeres son hermosas y hay acordes agitando en todos los sitios y a todas las horas. ¿No es cierto, grande y noble Rosendo?

¡Ah, grande y noble Lorenzo! Ahora el grande y noble Lorenzo, de sobremesa bajo el sauce, oye, ya más sereno, la voz de su amigo que, como dejé anotado, terminaba diciendo:

—No, no. Las cosas pasaron a las mil maravillas y es bastante.

—¿Está usted seguro?

—¿Pero que no lo hemos visto juntos? El ratonzuelo estuvo soberbio. Jamás ratonzuelo igual nacerá de vientre de ratona. Y su concentración mental de usted, amigo, ¡más que soberbia! Puedo asegurárselo. Yo *también* vi el aglomerado, lo vi formarse y partir en la dirección requerida: al sur-oeste, Santiago de Chile. ¿Qué más?

Un largo silencio. Lorenzo recapacita. El otro ríe con risita menuda y se frota las manos. Yo aprovecho el silencio para confesar que esa palabra “también” (y por eso la subrayé) en boca de Desiderio Longotoma y en aquella fecha, me dejó lelo, boquiabierto. Porque el muy pillo se refirió a mí, exclusivamente a mí. ¿Cómo sabía que yo también veía? ¡Oh, Dios mío, qué de cosas ocurren en el fundo de La Cantera! Acaso... ¡Alto! Callemos. Lorenzo va a hablar:

—¡Cuánto me alegro! Me quita usted un gran peso. Porque yo no necesito ni estrellarme ni hacer, necesito afirmar, ordenar, construir una síntesis. Algo así. Un orden. No es exacto aunque podría serlo. Una tranquilidad tal vez. No quince conos. Eso ha sido útil para el ratonzuelo y para lo que usted sabe, Desiderio Longotoma. Un cono. Eso es: ¡un cono! ¿Ve usted? Que buscando, siempre a la postre se encuentra. Uno solo. Ahora... algo temo. Por eso, triste cosa, hemos tenido que sacrificar a un pobre e inocente cuadrúpedo.

—¿Y teme usted?

—Necesito afirmar mas temo que mi afirmación sea una prisión construida por mí, una defensa, un aparato susceptible de ser desmontado por... por... ¿sabe usted por quién?

—Lo ignoro.

—*¡Por el doctor Hualañé, mi gran Longotoma, por el doctor Hualañé!*

Otro silencio. De pronto e inopinadamente Lorenzo ríe. Su compañero, tal vez por única vez en su vida y sólo por un décimo de segundo, pone cara de estupor.

—Bueno—agrega Lorenzo—, bien sé que nuestro facultativo no se dedica de preferencia al desmontaje de tal clase de productos. Pero ¿si un día se le antojara dirigir su ciencia y su intuición en tal sentido? Temo entonces que nuestro doctor...

(Un momento. Mi cuchara de marras. Mas debo decirlo: Todos los personajes de este relato que ya han aparecido o puedan todavía aparecer y sean ellos reales o imaginarios—lo cual es, ya sabemos, una mera redundancia que espero me perdonen los buenos estilistas— tienen y han tenido como médico jefe de cabecera únicamente al doctor Hualañé. Si otros esculapios se hubiesen presentado o se presentaren aquí, lo han hecho previa autorización de dicho jefe de cabecera. De ahí que Lorenzo pueda decir “nuestro doctor” en vez de “el doctor”. Este derecho al “nuestro”, repito, lo tenemos todos los que aquí figuramos, aun yo, Onofre Borneo; aunque si me apodasen Juan Emar; aun Guni, sí, señores lectores, aun Guni aunque Guni se haya ido de todas partes rumbo a las olas, la nieve y la mandioca).

Lorenzo dice:

–Temo entonces que nuestro doctor, con una psiquiátrica ganzúa, me lo desmonte entero. Y si es así... ¡ay de mí!

Desiderio Longotoma siempre afectivo:

–¡Ay de usted!

Lorenzo agradecido:

–Por eso falta me hacen como quien dice datos, una nutrición directa y fresca. Y ya lo sabe usted y lo saben todos: si voy por ella –¡despropósito casi!– me comen a mí. Justo es que me la envíe quien de ella no requiere y cosecha, quien puede llegar hasta su última hora sin un cono.

–¡Bravo! –exclama Desiderio Longotoma–. Muy bien pensado. Le felicito a usted por el éxito. Felicíteme usted ahora a mí por haber visto –y por lo tanto poder certificar y por lo tanto poder tranquilizar a usted– el aglomerado, al sur-oeste, Santiago de Chile.

–¿Aglomerado? Explíquese usted. Algo así ya he oído.

–Aglomerado, es decir, que aglomera, reúne, acopia, congloba. Concentración mental de usted. Un objetivo, su objetivo, su ansia, su existir. Pero vamos con mayor y mejor lentitud. Quedémonos en la concentración mental de usted. Nada ganaría nadie si su mental esfuerzo hubiese quedado en el sitio de origen; el poeta diría: “en el caro suelo que lo vio nacer”. Se precisaba que aquello se desprendiese del caro suelo; esto, como primer punto. Segundo punto: que lo desprendido no se alejase en demasía para bien esperar a sus congéneres, y los congéneres son treinta y uno, que treinta y uno fueron sus soberbios, inenarrables esfuerzos mentales de usted. Tercer punto: que allí en la Bóveda, bajo su cálido influjo, los treinta y uno se aglutinaran –prefiero decir se “aglomeraran”, de “aglomerar” que, fuera de “aglomeración” y aun “aglomeramiento”, puede darnos “aglomerado”. En cambio “aglutinar” nos daría “aglutinación” y “aglutinamiento” con lo cual nadie impedirle puede que a su vez nos dé “aglutinado”. Mas en este “aglutinado” está la sílaba “glu”, y en aquel “aglomerado”, solamente la sílaba “glo”; y digo “solamente” porque es de todos puntos claro que un “glo” es mucho menos (¿cómo decirle?), menos pegajoso y espermante que un “glu”, tanto más cuanto que el “glo” va unido sólo a un “me” y en cambio el “glu” a un “ti”. Claro está que aún nos queda “conglomerar” mas en este caso...

–¡Desiderio Longotoma! ¿Va a llegar usted alguna vez a su relato?

–Mil perdones. Soy siempre su seguro servidor y amigo, ¡Lorenzo Angol!

–Entonces, adelante.

–Prosigo. Eran 31 los congéneres: 15 interiorizaciones de nuestro colaborador ratón en los 15 conos; 14 salidas de cono a cono: total: 29. La 1ª pre-cono, sumada a lo anterior, nos da 30; la última post-cono, mientras el gato canterino pasaba del suelo de la Bóveda a la superficie de la mesa de pintado pino, nos da exactamente 31. Repito: 31. De acuerdo y exactos en el número, vamos ahora al hecho. Cada vez que nuestra víctima se hallaba cobijada y embriagada por los divinos encantos de un interior cónico, su placer era absorbido por su mente de usted y proyectado, bajo orden de previa espera, con rumbo conocido. Y de su testa de usted, carísimo amigo, con lento y armónico balanceo, se desprendía una aureola que ponía mis ojos en deleite, se separaba y subía hasta el rincón superior izquierdo, respecto a nosotros, y allí quedaba. Cada vez que nuestra víctima salía, espantada por nuestros ruidos, a enfrentarse con la atmósfera estiercolada, ocurría lo mismo: su horror lo recogía usted y lo proyectaba. Y yo veía otra aureola ejecutar igual recorrido, si aureola puede llamarse esa como masa informe que hería la larga educación que a mis

ojos les he dado. Treinta y una veces: quince aureolas verdaderas; diez y seis mofas de aureolas. Se junta el todo en el rincón citado. Se aglutina...; excúsememe, amigo: se aglomera. El gato salta y coge al ratón. En el mismo instante ese aglomerado atraviesa mampostería y adobes y, a través y a pesar de ellos, yo lo sigo viendo, lo veo cómo se aleja dirección sur-oeste, hacia Santiago de Chile, hacia... ¿Quiere usted más datos? Hacia una cama del dormitorio en el segundo piso del número 91 de la calle Marcoleta.

—¿Me lo asegura usted, Desiderio Longotoma?

—Se lo aseguro, Lorenzo Angol.

—¿Hasta con su propia firma de su propia mano?

—Hasta con ella.

Entonces Lorenzo extiende sobre la mesa, bajo el sauce, una gran hoja verde de nispero y en ella, con su estilográfica de oro, marca Parker, Desiderio Longotoma firma.

Desiderio Longotoma hizo bien. Pues vio la formación y marcha del aglomerado. Yo también.

¡Oh, Dios mío, qué de cosas ocurren en el fundo de La Cantera!

41 (Rojo)

Carlomagno 106.

Aquí —¡alabado sea el Altísimo!— no ocurren cosas porque ocurre una sola cosa, cosa que todo lo absorbe: Guni no está.

¿Por qué?

Concretemos la pregunta:

¿Por qué Guni se habrá escapado?

Es el problema que tengo que dilucidar si quiero: a) que la paz vuelva a mi corazón; b) que este *Umbral* siga escribiéndose.

Tras largas meditaciones he llegado a la conclusión...; un momento...; he llegado a una conclusión aunque... por más que atisbo y escudriño no veo otra alguna. Hela aquí:

Anteayer estuvo a visitarme Luciérnaga Nahuelhuapi. ¡Qué encantadora muchacha! Su gracia, su ligereza, hasta su beldad son apreciadas por cuantos la conocen. Vino por venir. Conversando, oyendo discos, riendo, preparando té chino —hoy tan escaso— y tostadas con mermelada, las horas fueron rápidas y extremadamente alegres. Y fueron extensas, por cierto, pues Luciérnaga Nahuelhuapi llegó a mi puerta a las 4 y 15 y salió por ella a las 7 y 20.

Ahora supongamos un punto. (Pero quisiera que todo el mundo conociera a Luciernaguita para que nítido sea este problema; pues de problema —¡ya lo creo!— se va a tratar. Soy tan lerdo para las descripciones, sobre todo psicológicas, que recurriré a otra clase de datos).

Todos y todas, creo, durante las mañanas santiaguinas, han recreado sus ojos y se han solazado por las calles céntricas de esta ciudad: Huérfanos, Estado, Ahumada, etc. ¡Qué lindas y finas muchachitas! Es un deleite, para los amantes de la gracia femenina, ir y venir por esas aceras. Un amigo, recién llegado a este su país y después de catorce años de ausencia, ha cumplido todos los requisitos peculiares a su caso: 1º) llegar y encerrarse en su guarida sin querer salir y apenas asomando la punta de las pestañas por entre los pos-

tigos, y cantar su neurosis del nefando *mal du pays* que es para él la muy bella ciudad de Oslo; 2º) resolverse a salir y –con toda razón (¡te felicito, gran amigo!)–, con toda, encontrar que cuanto hay en Chile es un absurdo y en venida a menos; y 3º) encastillarse en su pesimismo y negar por anticipado cualquier bonanza o esperanza que se le asegure existir por aquí o por allá.

Conociendo yo su entusiasmo, su delirio a la par que su severidad y sabiduría en materia de muchachas, le pedí –asunto, en el fondo, de reconciliarlo con su patria– que pasease una mañana, ojalá primaveral, por las calles mencionadas. ¡Nada! Primaba en él la neurastenia de las noruegas lejanías. Hasta que una vez, por cuestión de negocios, paseó. Aquella noche cenamos juntos. El hombre sonreía encandilado.

–¡Qué estupendo! –no se cansaba de repetir–. ¡Maravillosas mocositas! ¡Hombre! Si pasearse por el centro matinal es... ¡pasearse entre tetitas...!

Pues bien una de las tantas (mococitas, se entiende), y acaso de las mejores, es nada menos que Luciérnaga Nahuelhuapi. Puede, por lo tanto, ser vista cualquier mañana –siempre que no llueva– y quien la vea no se arrepentirá; lo he dicho: Huérfanos, Estado, Ahumada, etc. Más, darse prisa. Pronto Luciérnaga contraerá matrimonio y desaparecerá de esas calles. Desde su regreso de la luna de miel pasará, con mayor lentitud –hermosa siempre, por cierto–, con mayor compás, por la Alameda de las Delicias; hoy: Avenida Bernardo O'Higgins. Por allí pasean las gentes de lentitud y compás; y ellas, las lindas, ya cuando llevan anillo en el anular izquierdo, también. Insisto: Alameda de las Delicias; hoy: Avenida Bernardo O'Higgins.

¡Oh Bernardo! ¡Qué de crímenes se cometen en tu nombre!

En fin y no importa. Luciérnaga Nahuelhuapi no se ha casado aún y ahora está en Carlomagno 106, la casa de todas las personas de buena voluntad.

Luciérnaga habla, Luciérnaga ríe, Luciérnaga tararea siguiendo el fonógrafo, Luciérnaga bebe té, Luciérnaga mastica tostadas, Luciérnaga, con su encanto embriagador, despidе una luz fosforescente de color blanco verdoso.

Yo... La cosa cambia. Claro está que también bebo té y mastico tostadas pero yo..., sobre todo..., medito, interrogo en silencio:

–¿Por qué Guni se habrá marchado?

Una intuición vaporosa –que casi, a su vez, despidе una luz fosforescente mas sin que atine yo a precisar su verdadero color– me murmura que Luciérnaga puede dar respuesta.

–¡Oh Guni! ¿Por qué te has marchado?

Son ya las 7 y 21 minutos de la tarde. Luciérnaga es ahora quien se ha marchado. Y acaece el milagro. El color de la luz de mi intuición se revela: es gris amarillento. Y al verlo allí sobre el muro y frente a mis ojos culebreando en temibles espirales, yo, docto y filosófico, me digo:

–Supongamos que mi persona, arrebatada por los cascabeles de Luciérnaga, hubiese pensado –y con justa razón– que una mitad, o tal vez más; digamos los dos tercios de la mujer perfecta los realiza esta niña precisamente con sus ultrafemeninos cascabeleos. Es decir, tenemos ya los $\frac{2}{3}$ de LA mujer. Es mucho. Nadie lo niega. Falta sólo $\frac{1}{3}$ para la perfección. ¡A él!

“Suena el timbre. Luciérnaga vuelve aún más seductora. Viene a comunicarme algo que había olvidado y que era el objeto de su visita. Son, deben ser olvidadizas las mococitas luminosas. Si no, ¿dónde el ultrafeminismo que llena los $\frac{2}{3}$? Viene a decirme que es su décimo séptimo cumpleaños. Al decírmelo pasa por sus ojos una nube cargada de vida,

no, de electricidad –como en las nubes debe ser– y de una electricidad ya madura; ya lista a manifestarse; para pasar de latente a activa; para pasar de cuero de gallina en los muy sensibles transeúntes a quienes la nube el Sol les oculta, a relámpago, rayo, trueno que a esos mismos transeúntes les arranque de sus mezquinas preocupaciones cotidianas para recordarles que los cielos existen y, en los cielos, fenómenos que no porque los sabios los explican dejan de abrigo en ellos algo de infinito, mucho de temible y enorme de beldad.

“Pasa. Yo oigo rugir en mi silencio interior de la mente y en mi silencio exterior de las pequeñas estancias de Carlomagno, a los desencadenados elementos de los ojos de Luciérnaga.

“Uno de sus rayos golpea en mí. ¿En qué parte de mi ser? ¿En el cerebro? ¿En el corazón? No. ¿En el sexo entonces? Tampoco. ¡Ah, ya lo sé! ¿En el alma? Tampoco y no. Ha golpeado nada menos que en *mi suceder*: a su choque retrocedo por los años, yo solo, nada más –ni gentes otras ni hechos ni cosas– y sin que tampoco retrocedan mis conocimientos ni mi experiencia; y este retroceso se verifica ante el beneplácito mudo y blanco verdoso de Luciérnaga.. ¡cumpló yo mi querido, mi inolvidable vigésimo primer año!

“Luciérnaga, Luciérnaguita acaba de sentir algo extraño, algo que nunca había sentido, al ir por la calle alejándose de mi casa. Fue muy raro. Fue al pasar junto a ella un camión, cree que de color granate, ruidoso, con un vejete en su parte posterior que le hizo un gesto grosero, tanto más grosero cuanto que traducido por don Juan Tenorio habría querido decir:

‘¡Oh, sílfide! ¡Con que pasión te deseo!’;

y traducido por Gustavo A. Bécquer habría dado:

Llora, no te avergüences de confesar que me quisiste un poco...

“Sintió que había mucho, demasiado feo en el mundo y, junto con recordar sus recién arribados diez y siete años, recordó que en mi casa había estado rodeada por bellísimas cosas artísticas y ella –¡oh, chicuela de céntricas calles!– las había pasado por alto para apearse a los discos de frivolidad, a la mermelada y al té chino.

“En fin, resumamos que ardo por completar estos divinos minutos. Luciérnaga ha tenido un buen momento, un enderezamiento hacia el sendero del bien pues hay en mi casa muy lindas y, sobre todo, muy artísticas cosas. ¿Enumerarlas aquí? ¡Oh, no! Sólo dispongo de 1.300 páginas oficio que he de llenar con psicología –ojalá llegue a los lindes de la metafísica– para ir a llenarlas catalogando. Me limitaré a decir que no hay en Chile colección semejante a la mía en lo que a cerámica incaica se refiere; que no hay en la República ejemplares tan escogidos como los míos de tejidos y sedas marroquíes; que no sé de compatriota alguno que posea en sus paredes tantos dibujos de pintores de la avanzada de hoy; que desafío a todo el litoral a que ponga ante los ojos de un tercero un tan completo y variado conjunto de botellas, antiquísimas botellas, ultramodernísimas botellas, refulgente conjunto de chispeantes vidrios multicolores, increíble variedad de formas y volúmenes y quedando siempre y todos ellos en lo que es la botella y nada más.

“Es mi rinconcito estupendo. Y es tan pequeñito. ¿Cómo albergar dentro tanta cosa? Tengo huacos, tejidos, dibujos y sobre todo botellas por todos los muros y hasta con ellos he cubierto el techo dejando apenas el hueco necesario para que asomen las lámparas y proyecten sus luces sobre el esfuerzo, la paciencia y el buen ojo mío al reunir tanta curiosidad y belleza. Y me he acomodado tan admirablemente bien que aún queda sitio –a parte de mi cama, por cierto, cama ancha, blanda, comfortable– para que bailen cuanto quieran tres y hasta cuatro parejas –no más– y, lo que ya raya en prodigio, para que exista a sus

anchas mi viejo fonógrafo y rompa con rumbas, tangos, cuecas y congas sin que ni una gota de ofensa ni siquiera de disgusto se manifieste en ninguna de las maravillosas y artísticas obras que he mencionado. Bien, pero volvamos a la sílfide, origen de esta somera descripción hogareña.

“A las 4 y 15 de la tarde de hoy, al llegar y contemplar todo aquello, al sentirse así rodeada y no percibir aún el canto del fonógrafo ni el aroma del chino té, quedó un instante perpleja y luego exclamó:

“—¡Qué raro! Ésta es la casa de un loco...”

“Ahora, no. Ahora, al volver, ha inclinado su cerviz y ha murmurado:

“—Perdón.

“Luego, alzando el mismo y paseando sus pupilas por muros y techos, ha prorrumpido:

“—¡Qué bonito!

“Henos nuevamente sentados frente a frente.

“(Y resumamos que, repito, ardo).

“Luciérnaga, tocada por el dedo de arte del camión y del vejete, ha sentido aflorar en ella la curiosidad de otros mundos cuyas semillas, sin notarlo, mis maravillas en ella habían depositado. Resumamos: Luciérnaga quiere iniciarse.

“—Explíqueme todo esto, don Onofre (en su visita anterior no había usado el ‘don’). Estoy segura ahora de que todo esto no es locura, no, de que es interesantísimo.

Yo abro mis brazos en un gesto de agradecimiento al Infinito al ver que llega el $\frac{1}{3}$ apetecido y llega en la linda, mil veces linda niñita de las calles céntricas de esta metrópoli. Abro mis brazos pues columbro que es el instante de la cornucopia de la iniciación artística toda llena de acordes de cornamusas. Era el pleamar de la cosa...

“(¡Oh Dios! Ya vendría la bajamar. Pero no adelantemos nada).

“Abrí mis brazos y mi ciencia. Hablé. Hablé como nunca en mi existencia había hablado, como, sin duda, jamás volveré a hablar.

“Luciérnaga Nahuelhuapi colgaba de mis labios. Pues de mis labios brotaba un carrusel, ¡qué!, un tobogán. Sí, un tobogán ora horizontal, ora vertical, ora en plano inclinado pasando por todos los grados del 0 al 90. Aquello se aproximaba hasta deslumbrar, atropellar para luego alejarse a pérdida de toda vista, más allá de los telescopios; y era reemplazado por otro aquello igualmente deslumbrante y atropellante. Había muchos ‘aque-llos’, los había por cientos, por no decir miles. Cada acercamiento era una gloria, gloria del arte; cada alejamiento era un olvido, olvido del arte. Y cada gloria era la verdad, era la senda, lo que había que hacer, la iniciación, la inmensa puerta de los batientes de oro que paso abría al mundo de las bellezas ciertas.

“Los ojos de Luciérnaga eran dos pozos que tragaban y tragaban. Golpeaban en ellos los Buonarrotti y, al entregar la clave..., huían y golpeaban ahora los Picasso; y aparecían los negros africanos para huir tras una torre románica que el carrusel se llevaba; y el tobogán lanzaba un Rembrandt enredado a un Goya; que se esquivaban al llegar al Partenón; que Velázquez borrraba; que Delacroix marchitaba; que los Incas demolían; que el Gótico aniquilaba; que Van Gogh suplía; que Poussin trituraba; que Durero fulminaba; que Chagall escamoteaba; que Cézanne mataba; que Pirámides herían; que un Rascacielo tragaba; que un Chino absorbía; que un Hindú laceraba; que un Marroquí reventaba; que..., que..., ¡que yo, todo junto, para Luciérnaga cantaba!

“Mas la clave que echar en su saco para que ella abriera otros orificios de inauditas posibilidades, corría, saltaba, se escabullía, brincaba y siempre resbalaba por entre los largos dedos y las liláceas uñas de Luciérnaga.

“¡Liláceas uñas! —exclamé de pronto.

“Pues quedé, al percibirlas, abismado, pasmado de armonía con esos liláceos resbalando por el total resplandor blanco verdoso de mi Luciérnaga. Así exclamé pues yo, más que hablar exclamaba ahora y luego canté, grité, vociferé terminando todo cántico o vociferación por una apología delirante a la cornucopia de artes que se vaciaba en el $\frac{1}{3}$ de esa mujer ya perfecta.

“¿Cómo poder ser de otro modo? ¡Arte, arte sublime despertando a la bella entre las bellas de su modorra social para transformarla en la compañera, mi compañera de búsqueda y realización artística! ¿Cómo poder ser de otro modo, gran amigo admirador de Oslo y alrededores? ¿Cómo, amigo mío? Si era aquello revelar la historia entera de las Artes todas, revelarla... ¡entre tetitas!

“Luciérnaga Nahuelhuapi no estaba. Se había esfumado sin ruido, sin visión, como lógico es que lo haga la niña linda entre las lindas, ésa que se ve una sola vez, a lo más dos veces en la vida.

“Callé.

“Entonces, encorvado, con pelo blanqueando, afirmado en un bastón, no tuve más remedio que trepar a pasos lentos y resignados desde mis 21 años hasta los 51 de hoy día.

“Me senté ahí en ese sillón pardo, ahí entre el fonógrafo y la ventana que mira a la cordillera.

“Luciérnaga Nahuelhuapi empezó a hacerme meditar, a través de mis muros blancos y desnudos, de la manera siguiente:

Si yo le hubiese hablado a ella o a otra ella cualquiera... Quien hubiese sido esa ella habría hecho como ella hizo, *LN*; esfumarse sin ruido ni visión. ¡Oh, Guni!, como tú. Pues he aquí lo que acaba de acontecer:

LN (así insisto en escribirte de ahora en adelante), *LN* quiso iniciarse pues tenía un parecer, se había formado un juicio sobre el particular y, como todos los humanos en todas las edades y latitudes, *LN* partió tras la confirmación de su parecer creyendo que partía tras una iniciación... Y yo, ingenuo sacerdote iniciador, me dirigí, lleno de seriedad y de cánticos, a la iniciación sin percatarme de que sólo había un parecer anhelante de un “visto bueno”.

LN creía en un comienzo que esto del arte era cuestión de una clave, de un santo y seña, de un algo que *todos nosotros* sabíamos y nos íbamos pasando de mano a mano tras un conocimiento adquirido y un juramento solemne. ¡Todos nosotros! ¡Pobre y queridísima... Luciernaguita! (En este momento no puedo contentarme con tus secas iniciales pues la ternura hacia ti me colma) ¡Pobrecilla! Así creías. Conque *todos nosotros*... ¿eh? Ya veo: te imaginas una logia, eso es, Logia, Logia Grande que asienta sus pilares de sostén en la superficie entera del globo terráqueo y eleva su cúpula por todas partes al mismo tiempo y en ninguna especialmente. Logia... Templo. Dentro: “todos nosotros”, los que ya sabemos *la cosa*, unidos por esta singularidad que nos diferencia del resto de los hombres, y laborando cual hormigas, obreros afanosos de la orden primera, del primer mandato.

LN, en un principio, quería la Tabla de la Ley, seguida del capítulo de las Jerarquías.

Yo, pobre imbécil, en vez de pintarle una pirámide con un Emperador en la punta y con los legos de la Logia o Templo en la base, en vez de dibujarle en la pirámide un caminito en espiral ascendente donde ir colocando cuantos nombres por aquí y por allí encontráramos; yo, cretino, cantaba, sí, vociferaba de entusiasmo, sí; mas a cada súplica de precisión por parte de ella respondía con un: “Según...; Según...; Según...”.

Ella (ya no es Luciernaguita ni LN. ¿Quién, Dios mío, será? ¿Acaso todas? ¿Acaso nadie?); bueno, digo que ella languidecía y languidecía... ni siquiera; ella se aburría con esto que ya se le antojaba escamoteo. Entonces, con insistencia encomiástica, insistía, aco- metía:

—¿Cuál es el arte? ¿Qué es el arte? Pero... ¿qué? ¿cuál?

Y yo —¡qué tenor ni barítono!— lanzaba mis notas:

—Depende..., depende..., según..., según..., depende...

Ella se confunde, más aún, peor aún, ella se aburre.

—No, niña (¿Cómo te llamas? he olvidado tu nombre), no, todavía no, ya lo verás, espera, ten calma que no hay logia alguna ni templo ni secreto que nos una; niña: nos odiamos y no sabemos adonde vamos. Sólo hay tanteos, contradicciones y apenas hay estabilización hay que derrumbar ciegamente. Mas aunque se derrumbe todo... todo queda en pie; pero digo derrumbarse porque lo que está en pie, para estarlo... depende..., hay puntos de vista, hay corrientes, hay mareas y resacas y esto es según..., según... porque depende... En fin, niña, no sabemos a pesar de ser nosotros todos —no sé quienes somos todos ni quienes nosotros— los que más sabemos y amamos y veneramos nuestro oficio y finalidad; no sabemos nada pues todo depende..., es decir, según donde usted, niña, se coloque, según...

Esta niña ya no está. Se ha esfumado sin ruido ni visión. Esta niña murmura, a pesar de su ausencia, por entre mis muros blancos y desnudos:

—¡Qué horror! Eso es la nada, es la lucubración masturbadora... Me voy. ¡Adiós!

Ahora sé por qué te has marchado, Guni.

Porque no tengo ni Logia ni Templo.

Sin embargo... ¡Es que depende, Guni!

¿No entiendes?

Entiendo ahora. Claro está: es mejor ir, ir siempre, encontrarse con inmensos témpanos cuando aún en el paladar cosquillea el sabor de la mandioca. ¡Ir! ¡Girar! Aunque sea por cien años y más. Es mejor que quedar. ¡Y en Carlomagno por añadidura!

Es mejor ser Rosendo que Lorenzo.

Rosenda... debería llamarte.

Te envidio. Sucédate lo que te suceda. Es mejor tu destino. En el tuyo no cabe masturbación alguna. Porque es hasta cierto punto masturbar aquello del mísero ratonzuelo. Cada hoja de este cuaderno en que escribo toma la forma de un cono. Lamentable cosa.

Al menos aquellos dos deseaban que así fuera. Estaban de acuerdo. Había dudas, vacilaciones, resquemores y lo que se quiera pero había acuerdo y objetivo. Digamos la palabra: colaboración. En cambio aquí es lo contrario: yo quisiera a mi Guni aquí. Y ella, Guni, ¿irá fabricando fe? ¡Vaya uno a saberlo!

Tal vez sí. Lo digo por eliminación. Porque a mí, mal que mal, algo de fe me queda aún. Pues bien, si a mí, aquí, aun algo me queda, a ella ha de aumentarle al ir encontrándose con tantos elementos positivos. Pues ella viaja, ¡qué diablos! Magníficos panoramas se suceden ante sus ojos. Yo... Loreto 214, Carlomagno 106. Y de ahí no salgo. Hay agravantes además: Loreto era estupendo porque estupendo es escribir y realizar una obra siempre que esa realización sea para alguien como *era* mi realización. Siempre que esa realización sea para alguien. Hoy, ¡nada! Carlomagno era delicioso como complemento y alivio de las faenas de Loreto. Hoy...

Loreto carece de significado.

Carlomagno me sofoca.
Salgamos. ¿Adónde? Iguales calles, iguales trancos. Y con el zumbido permanente de su carrera por nieves, olas y mandiocas.
¡Qué desaliento atroz!

42
(Gris)

He salido y he vuelto a llegar. Pleonasma se llama esta figura: ¡como si pudiera yo, Onofre Borneo, residente de Santiago de Chile, no volver a llegar...!

Metrópolis se llama esta ciudad.

“Observaciones de un ciudadano”, se llama lo que viene a continuación:

Salí.

Ahora he vuelto con mi cosecha.

No se culpe a mis dos últimas y penosas experiencias del negro jaez de mis productos cosechados. Comprendo que cualquiera ha de pensar que después de las fugas de Guni y *LN*, el humor de un individuo –sobre todo si es escritor y enamorado por añadidura– no puede estar predispuesto a ver las cosas y los hechos coloreados de rosa, de armiño o de tulipas. Conforme. Mas no es así. Si veo negro afirmo que es porque es negro. Guni y *LN* taladran mi corazón mas no alcanzan a mis ojos. Y si alguien no lo cree... pues que me rebata y pruebe ante los cuatro puntos cardinales mi error. He dicho y ¡a la cosecha!

A) Sol. Alegría. Paz (a pesar de diciembre de 1944). Calor sofocante. Mañana, sin falta: ¡Navidad!

En cada esquina grupos de contritos personajes cantan acompañándose ora de una guitarra ora de un acordeón o de un violín:

*Noche de amor,
Noche de paz...*

Hace frío, hace hielo. Echo mi mano al cuello para subirme el mismo de mi gabán. No llevo gabán. Hace calor. ¡Ah, sí! Caigo en la cuenta: aquello de los grupos contritos y el frío fue, claro está que en Navidad, pero en Lausanne, diciembre de 1937. Pequeño error por lo demás muy natural en espíritus selecto-literarios como el mío. Pero volvamos a lo de hoy: Santiago, 1944, calor.

Navidad, mañana a más tardar. ¡Qué calor!

Todos los escaparates sin excepción (miento: salvo dos en todo Santiago: el de una relojería y el de una quesería; la primera, de un suizo; la segunda, de un holandés) se han llenado de copitos de nieve.

Galileo Galilei...

*¿Dónde estás, amigo mío,
que no te duele mi mal?*

Pues hay que oír a Galileo Galilei contándole sus recuerdos a Bertrand Russell:

Me divertía yo buscando ocasiones que pusiesen en ridículo a mis colegas. Éstos afirmaban, por ejemplo –basándose en la física de Aristóteles–, que una piedra que pesase diez libras caería de una altura determinada en una décima parte del tiempo que necesitaría un cuerpo que pesase una libra. Una mañana subí yo, Galileo Galilei, a lo alto de la torre inclinada de Pisa con dos pesos de una y diez libras, respectivamente, y en el momento en que los profesores se dirigían con grave dignidad a sus cátedras, en presencia de sus discípulos, llamé su atención y dejé caer los dos pesos a sus pies desde lo alto de la torre. Ambos pesos llegaron prácticamente al mismo tiempo. Los profesores, sin embargo, sostuvieron que sus ojos debían haberles engañado puesto que era imposible que Aristóteles se equivocase.

El experimento de la torre inclinada de Pisa corroboró mi primera investigación importante, o sea el establecimiento de la ley de los cuerpos que caen. Según dicha ley todos los cuerpos caen a la misma velocidad en el vacío, y al término de un tiempo determinado han adquirido una velocidad proporcional al tiempo durante el cual han estado cayendo y han recorrido un espacio proporcional al cuadrado de dicho tiempo. Aristóteles había sostenido otra cosa. Pero ni Aristóteles ni ninguno de sus sucesores, durante cerca de dos mil años, se han tomado la molestia de averiguar si lo que sostienen es verdad.

Es igual, es idéntico. Es lo que no veo concluir ni en asomos. Bueno; ¿y qué importa esto? Importa, sí, y no por ausencia en mi corazón de las *LN* y las *Gunis*. Importa por lógica y por estética.

Lógica: Sabed, señores extranjeros, que en este país, desde hace más o menos cinco años, no se habla otra cosa sino de un chileno-nacionalismo a ultranza, singular cosa que llaman “chilenidad”: debe haber un arte chileno o autóctono (gusta más esta palabra), una música autóctona, una cocina autóctona, un deporte autóctono, una física autóctona, una química autóctona, una matemática autóctona, una ¡nieve autóctona! ¡Oh, Guni, tú, que a regulares intervalos ves la autóctona nieve de este nuestro planeta, cuánto te compadecerías de mí al saber que me hallo sometido a la autóctona chilenedad de la nueva nieve! ¿Sabes cómo es? Detente. Escucha. Vale la pena estar informado del asunto: es algodonosa, tibia y estival. Galileo Galilei, ¿has visto nevar en diciembre en este país? Es que no se trata de este país. ¿Cuándo Cristo ha nacido en Chile? Nació en Belén, señores, y en Belén, señoras, cuando las campanas anuncian el XII mes de cada año, surgen los trineos de hombres con pieles, corren los lobos hambrientos tras los trineos, inicianse los campeonatos de esquí, patina la gente por las heladas aguas del Jordán y del Mar Muerto. Bien; la lógica se ha salvado gracias a Palestina. Pero no se me negará que subsiste la antilógica respecto a la autóctona chilenedad;

Estética: Por más que el algodón sea blanco y la nieve también, señoras y señores, nadie ve nieve en los escaparates y todos ven el algodón. Aquello lanza a través de los cristales un vaho de profilaxia. Llega a parecer que todos los vendedores, las cajeras y propietarios –salvo suizos y holandeses– de todo Santiago, Valparaíso y demás ciudades del país, estuviesen con gonorrea.

¡Qué horror! ¡Qué asco!

B) Me resolví a no mirar más escaparates aunque seguí atisbando si hubiese algunos de suecos, noruegos o siberianos. No los había. Seguí pues sin escaparates. Tal vez esto

aprovechó Perquenco Zapallo para abordarme. Un hombre sin refugio de escaparates es en la calle un indefenso. Venía del cine, el badulaque. Había visto *Mundos Individuales*. Venía trepidante de entusiasmo. Quería ir cuanto antes de visita a la Casa de Orates.

¿Qué tiene que ver, Dios mío, mi corazón lacerado con la estupidez de Zapallo? ¡Dejad a Guni en paz y a Luciernaguilla emanar su luz fosforescente blanca y verdosa!

—Mundos individuales, mundos individuales —repetía sin cesar—. ¡Qué interesante! Fantástica película.

Señores, no es por esas damas pero aquí —en ese film y por lo tanto en la testa de Zapallo— hay una trama, una tramita, una tramilla amorosa. ¿Una? No. Hay: LA. Eso es. Hay LA trama. Lo que es fantástico no es el film sino cómo todo es relativo. (Esto último se lo leeré a P. Zapallo, esto de que “todo es relativo”). Antes buscaba yo “el” y “la”: la mujer, la obra; el destino, el cielo. No una mujer o una obra; no un destino, un cielo; no. El, La. Porque “el” y “la” habíanme sido hasta hoy como flechas indicadoras de perfección. Ahora se invierte la flecha —porque ¡todo es relativo, Perquenco! Si en esa película hubiese habido una trama, una trama habría sido aún posible, “una” indicaría cierta variedad, cierta fantasía, al menos cierta diferenciación de otras tramas. Pero LA trama es la repetición, la majadería, la falta absoluta, el cero absoluto de la imaginación.

“Él la quería; ella, no. Ella lo quería; él, no. Él la quiere; ella, no. Ella lo quiere; él, no. Los dos se quieren; ninguno se quiere. Él la engaña; ella no. Ella lo engaña; él, no. Ninguno se engaña. Los dos se engañan. Se reconcilian ambos. Ambos no se reconcilian. El amante triunfa. La querida triunfa. El amante fracasa. Fracasa la querida. Él la quiere; ella, no. Ella lo quiere; él no. ...El autor quiere que lo quieran; el autor quiere que lo hubiesen querido cuando aún podía...; la autora quiere que la hubiesen querido cuando aún no menopausiaba...”.

De esa trama no se sale. ¡¡No pasarán!! ¿Cómo hacer tragar la pildorita? Alimento psicológico ERSATZ. ¿Cómo variarle el sabor?

Alíñesele con ambiente.

Él la quiere; ella, no:

En una pensión;
“ ” finca;
“ ” clínica;
“ ” mina;
“ ” tempestad;
“ ” huelga;
“ ” juerga;
“ ” semana.

Ella lo quiere; él, no:

En un barco;
“ ” latifundio;
“ ” hoyo;
“ ” árbol;
“ ” cataclismo;
“ ” circo;
“ ” entierro;
“ ” mes.

Y pasan páginas y páginas de papelcartón, y pasan metros y metros de celuloideacartonado y nada hay en ningún cartón ni de pensiones ni fincas ni clínicas ni minas ni tempestades ni huelgas ni juergas ni semanas ni barcos ni latifundios ni hoyos ni árboles ni cataclismos ni circos ni entierros ni meses. Pero hay en cambio: “Él menopausiaba; ella, no. Ella menopausiaba; él, no”. Entonces un tío X, Y o Z, temeroso de un peñascazo público ante tantos *menos* y tantos *pausios*, descubre –¡oh, ingenio!– que ahora va a ser la cosa en un..., en un..., en un *manicomio*. ¡Uh! ¿Qué hay de manicomio allí en los cartones? Se sigue la regla ya indicada: NADA. Prueba de ello: Perquenco Zapallo quiere ahora visitar un manicomio. ¡Ahí está el quid! Incita al público a interesarse por los locos, los mensuales, los enterradores, los circenses, los damnificados... (estoy haciendo la anterior lista de ambientes de abajo para arriba), etc., etc. ¿Al público? Ah, sí: Perquenco Zapallo. Perquenco Zapallo, oiga usted: el Manicomio Nacional está en la calle Olivos, del otro lado del Mapocho, por ahí entre Recoleta e Independencia; la oficina de Charles Boyer es la 2ª a mano derecha, y torciendo a la izquierda, seguramente, señor Zapallo, se encontrará usted con una enfermerita deliciosa que, temerosa de una prematura menopausia, pide riego inmediato y ojalá de un perquenco y ojalá nutritivo como jugo de zapallos. Vaya usted, puerta principal es en Olivos 831, teléfono 60602, y quedará satisfecho, mas ¡por favor, por piedad! no escriba ni filme su vaciado. Si no puede impedírselo busquemos, caballero PZ, un ambiente que a nadie se le haya ocurrido aún. ¿Quiere? Veamos:

Un..., un..., un tanque tremebundo.

¿Que no sabe usted nada de tanques ni guerras ni cómo esconder a una damisela dentro de un tanque de guerra? Eso no importa, recuerde la regla. Lo malo es que hoy, hablar de tanques es demasiado..., demasiado oportunista o podría parecer tal, sobre todo que usted, PZ, está aquí y no allá. Espere. Veamos otra cosa:

Una..., una..., una góndola veneciana.

¿Qué tal?

Demasiado romántico, demasiado clariluno, encuentra usted. Que jamás haya estado usted en Venecia...; sí, digo “Venecia”. ¿Qué es? Bueno, bueno, si no lo sabe usted, es cualquier cosa. Veamos entonces otro ambiente.

¿Qué le parecería a usted que su antimenopáusico idilio pasara en el pabellón de la oreja de un señor con bigotes o en la cuevita de unas laboriosas hormigas?

Imposible. No se lo aconsejo a usted. Pues Ascanio Viluco –nuestro crítico, el de la casa Jozz, el esposo de una de las más destacadas damas de nuestra sociedad– diría, en el primer caso, que hemos caído de lleno en el surrealismo; y, en el segundo, que era su obra de usted un cuento para niños. Imposible.

¿Qué ambiente que sea fino, hermoso y no tratado aún por ningún autor?

¡Eureka!

Encontré.

Perquenco Zapallo:

¡¡Una cama!!

Guni se ha marchado; LN se ha marchado; PZ se ha enfadado. Linda cosecha llevo hasta ahora.

Volvamos a casa aunque no sea más que mi pobre departamento de Carlomagno 106. No.

C) Ahí vienen. Me ven (no tengo escaparates). Me hacen señas. Soy débil. Entro con ellos a la fuente-soda. Asiento.

El crítico de marras: Ascanio Viluco; mi joven y dulce amigo, Teodoro Yumbel. “¿Qué se sirven, caballeros?”. Viluco propone horchata. “Tres horchatas, señorita”.

Y... *Aux armes, citoyens!*

(Maldito lo que yo entiendo de este asunto, así es que me limito a transcribir lo más breve y fielmente que pueda si es que mis fuerzas, en plena derrota, me lo permiten).

Apenas engullido el primer sorbo de horchata, Viluco se fue como una fiera sobre Yumbel. Viluco de fiera... No lo habría creído. ¿Y Jozz y su dama? Es que el arte y sus pasiones... Al fin y al cabo se explica.

Se fue como una fiera, digo, porque el otro, dulce y tímido, oye siempre con gusto a Chopin. Yo quedé lelo y pedí una coca-cola. ¿Qué mal habrá en oír con gusto a Chopin? Híceme todos ojos, oídos y demás sentidos...: Prokofiev, Bratislava, Chopin, Cotentin, Timoshenko, Ravel, Eisenhower, Bach, Stravinsky, Budapest... *C'était la guerre!*

Parece que tal cosa ya no era posible. Subrayaba Ascanio, con énfasis de cuádrimotor, el “ya”. YA no se podía, YA no se debía... Teodoro temblaba. Insinué saber el porqué. Entonces el erudito lanzóse en una de dialécticas teoréticas (ó tal se me antojaron acaso por ignorancia del asunto) que aun en plena forma periodística no atinaría yo jamás a reproducir. Pero noté que el sabio clasificaba, ordenaba y luego de caracoleantes deducciones e inducciones, marbeteaba, numeraba, encasillaba y... satisfecho, horchateaba. Yumbel se hundía.

Noté algo más: el hombre-pozo “principiaba”. Quiero decir –no que empezaba o comenzaba– que de todo cuanto hay o de cuanto imaginaba, el hombre-pozo *hacía principios*. En aquellos momentos era sobre música; mas por pequeños detalles, a propósito de la fuente-soda misma, de la necesidad para el cuerpo de los refrescos, de los sueldos que ganarían las muchachas de servicios, etc., puntos todos apenas rozados por él, noté –y por eso me atreví a escribirlo– que ese hombre-pozo fabricaba principios para cuanto hay o puede haber. Principios, sólidos andamiajes. Naturalmente que estos andamiajes, por sólidos que fueran, tenían una ductilidad asombrosa pues podían adquirir la forma que uno deseara sin perder su solidez y su imponente fachada. Por ejemplo noté que el andamiaje que nos obligaba a estar firmes y valientes con la música de hoy y sobre todo con la de mañana, moviéndole un tornillito, invisible para Yumbel y para mí pero visible para Viluco, servía con igual eficacia para estar igualmente firmes y valientes con la pintura de ayer y jamás con la de hoy ni menos con la de mañana a no ser que ésta renegara de la de hoy y se precipitara en los brazos de la de ayer.

Era espectáculo magnífico ver surgir tales construcciones (lo era para mí; para mi dulce amigo...). He dicho andamiajes porque en un comienzo tales me parecieron. Ahora ya eran castillos, alcázares, ígneas fortalezas. Y ahora lo que hacía el muy astuto era *ilustrar* con las artes sus edificios. ¡Ah, Viluco! Tú *usas* de las artes. Pintas, decoras, compones, esculpes con las artes. ¡Mala cosa, Ascanio! No llegarás a ser nunca artista. Hablarás siempre. En fin, no nos pongamos doctos... ¡Otra horchata! ¿Yo? Será otra coca-cola.

–¿Y tú, Yumbel? ¿Nada?

Yumbel no nos acompañó en el último vaso. Mientras el pozo seguía horchateando, Yumbel miraba el techo y, en el techo, supongo, las moscas pues era lo único que en él había. Mientras el otro seguía discurrendo, Yumbel –supongo también pues nada me dijo y tuve que limitarme a interpretar su fisonomía– seguía amando, gustando. Seguía por la vía directa: gustar. Ello es mejor: que guste algo. Así justamente como le gusta al pozo de Viluco la horchata (parece que en su palacete cuando no hay visitas, consume hasta cerca

de un decalitro). Empezar por ahí, fijar ahí el único punto posible de partida. ¿La calidad de lo que gusta? (Recuerdo esto de la calidad pues Viluco habló bastante de ella. Yo, modestamente, le haría observar que, en materia de calidades, la horchata y el coñac, por ejemplo... Pero se podría enfadar y para enfados ya basta, al menos por hoy, con Zapallo; además movería el tornillito aquel y entonces la horchata superaría al coñac; y para sacrilegios ya basta, por hoy también, con la nieve de algodón y la menopausia cantante). Pero algo tendré que decir de la calidad si he de escribir mi paseo y su cosecha. Aburrido es mas hay que hacerlo porque de calidad peroraba Viluco. Sólo que nada recuerdo sobre el particular. Gustar de Chopin –había algo así– no está del todo mal siempre que se retrocediese por los siglos de los siglos –algo así, con un “amén”–; pero se gusta de él porque sí, sin discernimiento, sin cultivo, sin...; en fin, como yo gusto de las naranjas, y tal como gusté de las naranjas pude haber gustado de los gusanos; o de las tonadas tamboreadas. ¿Entonces? Sí, “¿entonces?”– interrogaba el pozo Ascanio. Entonces es el azar lo que le rige, es lo fortuito, la lotería, el casino, Viña del Mar, el crupié... ¡oh! Y el arte es... Teodoro Yumbel miraba las moscas del techo.

Ahora yo estoy en el 106 y no sé donde encontrar al dulce amigo. Quisiera un minuto de conversación con él, no más; un telefonazo pero su número no responde. ¿Se habrá suicidado? No, por cierto. Un detective diría que faltan los motivos. ¿Faltarán? Oír teórica-dialectizada y sobre arte por añadidura, oírla con el peso del gran sermón en la quieta existencia catedralicia... oírla con tal peso y tal quietud en una fuente-soda con horchata y moscas... ¿Es, será motivo, señor detective? Quisiera un minuto, no más, aunque fuese por teléfono, para decirle que estoy con él, que él ha puesto un pie en la senda –no por Chopin; ya lo quisiera el Viluco para él al 1 por 1000–, porque entró por el amor directo. Aunque hubiese sido con gusanos en vez de naranjas; con tamboreos en vez de Chopin. ¡Te felicito, Teodoro! Gusanos y tamboreos –deleznable en sí– yo los vería como *ya* (ahora yo soy el cuádrimotor del “*ya*”) un primer balbuceo en el camino, el primer vajido que inaugura a la vida. ¡Bravo Yumbel!

NOTA.– He dicho, tal vez con excesiva temeridad, que el Viluco en cuestión, bien quisiera *ya* y para sí una gota de Chopin al 1 por 1000. Claro está que es temeridad de mi parte pues –como he confesado– maldito lo que entiendo yo de música. Sin embargo lo sostengo. Pues si así no fuese, si Viluco estuviese sobre Chopin, amigos y señores... ¡se sabría!

D) Salimos por fin de la fuente-soda. Yo, siempre débil –sobre todo hoy día– subí al coche de nuestro pozo y llegué al palacete Jozz. Mis desventuras no habían terminado. Yumbel se había despedido después de las horchatas y ahora, en un sillón inamovible, nos aguardaba, cual caricaturesco personaje de ballet, un pariente mío. Porque yo tengo parientes... ¡ay!

Allí estaba esperando a don Ascanio para hablar de ciertos negocios. En vista de lo cual tuve un pretexto para escapar de aquel escenario y de aquel pariente apenas hube ingerido el oporto que el anfitrión me había ofrecido al terminar yo mi última coca-cola. Pero mientras lo ingería, naturalmente se habló. ¿De qué? De Arte. De arte habló mi pariente. Debo dejar estampado aquí que ese ser es pariente mío por alianza pero jamás por sangre.

Señores, es mi pariente hombre tan exquisito, tan amante de la naturaleza que vuelca, desde sus 15 años –hace ya de esto mucho tiempo–, ese amor y esa exquisitez en las inmen-

sas amplitudes. Quiere lo amplio, amplísimo. Y para su sentido estético esto se traduce en “tener vista”. (¿Qué querrá ver este santo barón? Y digo “barón” porque tal es su apellido, con mayúscula naturalmente precedido del nombre de Hilarión).

Este santo barón administró una vez un fundo. Había al final del jardín un viejo muro que todos querían como a un ser viviente. Era de esos muros de grandes piedras, grises, rojizas y azuladas, que llaman pircas, según creo. ¡La vieja pirca que circundaba, limitaba, proporcionaba, decoraba y coloreaba al jardín! Bien la recuerdo, la vieja pirca. El santo barón, un día, la hizo derrumbar. Tapaba la vista.

Desde entonces fuimos todos al otro lado con velas, linternas, fósforos, a buscar lo que el derrumbador quería ver. Nada encontramos. Un potrerillo, malezas, tres o cuatro moribundas coliflores, una gallina, alambres enmohecidos. Nada más. Cierto es que una vez su novia y mi parienta, Frasquita, encontró en una acequia un gato muerto ya en estado de putrefacción. Pero nada más. Hasta hoy no se ha sabido qué demonios Barón (pongamos la mayúscula) quería ver.

Al fondo del potrerillo había unos álamos altos como torres. ¡Qué hermosos eran! Un día Barón los hizo cortar. Tapaban la vista. Fuimos del otro lado. Nada. Una tarde Frasquita encontró, bajo un zarzal, una deposición de perro. Nada más.

Barón se queja de nuestra situación geográfica. “¡El último rincón del mundo!” –dice siempre. Y para colmo, ¡esa cordillera! Es como un muro, el muro del rincón, el muro de una prisión. Esa cordillera tapa la vista. ¡Oh, si Barón pudiera...!

Ahora Frasquita es su esposa. Yo creo que este hombre, más que para hablar de negocios, visita a Viluco, por encargo de su mitad, para fijarse en la estética del palacete y luego copiarla en el suyo. Pues mi parientes tienen también un palacete. A este propósito entablóse entre ambos caballeros el siguiente diálogo:

V.– ¿Y qué me dices, amigo, de sus cuadros? Ya estarán adornando sus paredes de usted.

B.– Ayer Frasquita los hizo colgar artísticamente distribuidos en salón, living, salita y comedor.

V.– ¡Magnífico! Han hecho ustedes una estupenda adquisición. Tengo entendido que uno de ellos dicen que es un Corot y otro dicen que un Turner.

B.– Y el que puso mi mujer en el fondo del salón dicen que es de un primitivo flamenco.

V.– ¡Atiza! ¿Y es verdad que la cabeza del anciano, según dicen, es de Murillo?

B.– Así dicen. Como dicen que la pequeña naturaleza muerta es de Chardín.

V.– Pues vea usted, amigo: ese grupo que ve usted allí, me dicen que es nada menos que un Ziem.

B.– ¡Hombre! ¡Curioso! Es casi idéntico al grupo que Frasquita colgó en la salita. Y a nosotros nos dice mi primo Serafín –que entiende una enormidad en pintura– que se trata de un Hogarth.

V.– Es que dicen tantas cosas... Pero esté usted cierto de que si se parece al mío ha de ser un Ziem.

B.– O ese de usted es un Hogarth.

B.– Imposible. Mi mujer lo ha dicho y mi mujer... ¡uuuh! En todo caso sabe más que Serafín. ¡Y como sea! En todo caso, tanto el de usted como el mío, son de grandes maestros del pasado.

B.– Y en todo caso valen un dineral.

V.– Y en todo caso sus paredes de usted deben estar hermosas y decoradas cual ningunas.

B.- No.

V.- ¿Qué?

B.- Digo que no.

V.- ¿Cómo? ¿Pero que Frasquita no los hizo colgar?

B.- Sí.

V.- ¿Entonces?

B.- Eso fue ayer. Hoy por la mañana yo los hice descolgar.

V.- ¡Aaah...! ¿Y por qué?

B.- ¿Sabe usted, amigo...? Tapaban la vista.

Hui, hui, hui y... ¡hui!

E) Rodar por las calles, girando, creyendo deshacer las curvas y volviendo, impulsado por un dedo fatal, a rehacerlas. Hasta que, súbitamente, heme ahí frente a Madame Viluco en compañía de Frasquita –la de mi sangre– y otra dama y otra más, muchas damas, tantas damas que todo Chile no fue de pronto más que una dama. Y hay que hablar, hay que hablarles, siempre decirles algo. Es abrumador. Y yo no hallaba qué decirles. Entonces, nada menos que Madame Viluco:

–¿Qué está pensando?

–Nada. Mi cerebro está pensando solo pero nada me comunica todavía.

Casi me abofetean, casi me estrangulan esas damas.

F) Al primer río revuelto volví a huir. Ya iba por las calles a velocidad aerodinámica. Tanto, que no pude frenar a tiempo y caí en brazos de ¡Barón!

¿Y dónde?

Dos pasos más allá brillaba su palacete.

Como a un conejo tirado de una oreja, Barón me introdujo a su regia guarida.

Y hablé y hablé y hablamos.

¿Qué?

No recuerdo ni una palabra. Era aquello el humo, el gas.

Vine a recobrar los sentidos gracias a la voz de una empleada que habló con Barón de este modo:

–¿Señor?

–Sí.

–Las flores que tenía la señora en el bidé las puse en el jarrón de porcelana.

–Bueno.

Volví a huir por, tal vez, la centésima vez.

Carlomagno 106.

Aquí estoy.

¡Vaya una afirmación! Como si pudiera estar en otra parte si estoy aquí. Siempre, ineludiblemente tiene todo ser que estar donde está y ese sitio se llama “aquí”.

Y sin embargo –esto es lo risible–, aquí estoy.

¿Y Guni?

¿Dónde estará?

¿Por qué se habrá marchado?

Una duda me asalta. Tal vez no se marchó por las causas que hicieron marcharse a Luciérnaga Nahuelhuapi. Yo creo ahora que Guni se marchó sencillamente porque se dio la gana.

Todo esto se ha formalizado en mí como un deseo imperativo de ausentarme. He salido hoy con intenciones de informarme sobre un viaje a San Agustín de Tango. Hoy he amanecido con horror a mi departamento aunque nada tenga él que hacer con la idiotez que, minuto tras minuto, se ha ido desarrollando a lo largo —no, a lo caracol de Santiago. Pero este caracol ha fructificado aquí en el 106. Hoy los caracoles fructifican aquí y, me temo, en todas partes.

Antes de dirigirme al centro en busca de agencias turísticas, quise pasar al 214. Consideraba yo una falta de pudor dar comienzo a mis trámites de ausencia sin antes contemplar con pupilas de ausencia también, los patios y sus naranjos, las moscas ácidas —dignas hermanas de las acuosas moscas de Teodoro Yumbel—, y el pavo.

De pronto —luego de haber cruzado las turbulentas olas del Mapocho por el puente Pío Nono y de haber doblado a mi izquierda engolfándome por callejuelas que mi memoria no registra— apareció, a la vuelta de una esquina, un bullicioso y festivo cortejo de no menos sesenta personas. Todos eran hombres; no había mujeres. Reconocí entre los cortejantes a Rosendo Paine, a Desiderio Longotoma, al cínico de Valdepinos, a Palemón de Costamota, al capitán Angol y a varios más. Cerraba el grupo, solo a unos 20 ó 30 pasos, Baldomero Lonquimay. Una cuadra y media más atrás avanzaba Gay-Lussac, pero no sé si formaba parte de los anteriores o si, como yo, caminaba sólo por azar por esa misma vía. Me inclino a creer esto último. Por una ventana baja, baja como son bajas todas las construcciones de ese barrio, se asomaba el Viluco de marras mostrando en su rostro franca contrariedad. La ventana que ocupaba pertenecía a una casa de adobes pintada de granate. Casi al frente, por una ventana similar pero de casa pintada de azul terroso, se asomó unos instantes Florencio Naltagua sin expresar nada en su rostro. Ignoraba yo —y sigo ignorándolo— que dichos señores pudiesen asomarse por tales ventanas de tal barrio.

El objeto de este cortejo era llevar en andas a otro hombre. Este hombre era Artemio Yungay.

Creí, en un principio, que estaban todos locos. Al verme se detuvieron. Hice lo mismo. Palemón entonces —que era el más alto de los desfilantes— púsose frente al anda y de espaldas a ella; creo se empinó. Delante de él colocóse otro individuo; delante de éste, otro que se agachó un poco; más adelante, otro más agachado; más adelante, uno ya en cuclillas; más adelante, uno francamente encucillado; por último, sentado en el suelo, Desiderio Longotoma. Entonces Artemio Yungay bajó hasta los adoquines por la escalinata así formada por los hombros de siete hombres. Rosendo Paine salió en ese momento de entre la multitud, tomó del brazo al recién bajado, acercóse con él a mí y los tres hablamos de este modo:

—Onofre Borneo, permítame usted que le presente a don Artemio Yungay.

—Tanto gusto.

—A sus órdenes.

Se alejaron todos juntos pero con menos bullicio. Las dos ventanas que mencioné estaban ahora cerradas. Allá en una esquina, volviendo la espalda, Gay-Lussac miraba hacia el cerro San Cristóbal. Artemio y yo estábamos solos. Creo que por esta razón Artemio me dijo:

—Señor Borneo, necesito un amigo inteligente y un rincón de paz. Lo escojo a usted por amigo pues he leído sus obras anteriores. La actual no la he leído porque apenas la abro siento que todo mi cuerpo toma una calidad entre tinta y papel asaz desagradable. Cuanto al rincón de paz, me entrego, señor Borneo, a la sabia opinión de usted.

Propuse Loreto. Allá nos encaminamos. Saludamos con pupilas de encuentro-tras-largos-años a los patios, los naranjos, las moscas y el pavo y, previa higiene de flit, nos acomodamos en mi gabinete de trabajo. Viterbo Papudo no estaba en casa pues ya había partido de vacaciones a Curanipe. Encendimos sendos cigarrillos y junto con elevarse la primera pirueta de humo Yungay dijo:

—Señor Borneo, tengo en estos momentos una existencia epistolar. Permítame darle lectura de estas dos cartas. Nada necesito anticiparle. Al empaparse con su contenido sabrá usted cuanto se refiere a mi hosca situación. Luego escucharé su consejo, caballero.

—Gracias, señor Yungay. Soy todo oídos.

—Gracias, señor Borneo. Seré todo lectura.

Y Artemio Yungay leyó como sigue:

Santiago de Chile,
Octubre 13 de 1944

Señorita
Eustaquia Zepeda
Carrizal 2
Mulchén

Mi muy estimada Señorita:

La presente tiene por objeto dirigirme a la siempre reconocida magnanimidad de usted para implorarle un servicio que creo no ha de negar a este su servidor, Artemio Yungay. Debo anticiparle que mi salud, tanto física como psíquica, está en perfecto estado y que esto puedo afirmarlo bajo autorización del doctor Hualañé. Paso, entonces, inclinándome ante su benevolencia, a referirle la triste situación en que el destino ha querido colocarme, y a acercarme temeroso al servicio que en líneas anteriores mencioné.

Es el caso, mi distinguida señorita, que todo mi corazón como asimismo mi sangre y mis huesos desean un coloquio, aunque corto pero sí muy verdadero, con una dama que ha trastornado y sigue trastornando el poco entendimiento que me queda. Pensé primeramente dirigirme exclusivamente a usted, señorita Eustaquia, pero luego vino a mi memoria la penosa vía crucis que la Providencia le ha impuesto y que la obliga a gastar las doradas horas de su existir en derramar sobre otros seres las cuerdas de su inefable cítara para que ellos, los indignos, recojan las flores y los bienes que en justicia deberían llover sobre usted, carísima y respetada amiga.

Además recordé que mi maldita intemperancia y falta de educación me entorpecieron la mente a tal extremo que un día fatal llamé a su sorprendente clarividencia de usted "mentalidad de gallinácea", y una noche, que me llena de vergüenza, preferí públicamente su silencio a su armoniosa voz y a los profundos conceptos que siempre bullen en su intelecto.

Me temo, pues, que algún rencorcillo se albergue en su alma en contra de este incondicional servidor y reconozco que, si así es, tiene usted toda la razón para no echar sobre

sus fatigados hombros una tarea que le encomendara personaje tan ruin como el que firma estas líneas. Me limito, por lo tanto, a rogarle –como ruega el rocío a la flor, como ruega el limón a la ostra, como ruega el vagón a la humeante y humosa locomotora– que sólo me sirva de intermediaria ante una amiga de usted y que así sea esta amiga la que haga la dura labor que lleva en su final, en su punta, mi dicha o mi desdicha, mi vida o mi pronto fallecimiento y sepelio.

Señorita Eustaquia: Humildemente le pido que pase por alto aquello de la gallinácea y del silencio, y guíe su bondadoso corazón hacia el recuerdo del cariño que por usted experimento así como también del que me inspira su noble señora madre de usted, y de la nunca desmentida amistad que he profesado por su generoso hermano Benigno como a la vez por su cantante esposa, la dulce y sutil Marina. Perdone, pues, señorita Eustaquia, las malandanzas de este vil firmante de la presente y escuche su lamento que es doloroso como el del can azotado, como el del ave sin alas, como el del sombrero sin cabeza en qué posarse.

¡Ah, mi deliciosa amiga! ¡Ah, cuánto he sufrido! Oiga el relato de este pecho sangui-nolento:

Nací feliz pero muy feo. La felicidad que me rodeaba tenía la forma de dos alas inmensas que me envolvían y acariciaban con sus plumas blancas. Crecían de un andrógino vestido de oro y azul y que llamaban Arcángel. (Le adelantaré que luego fue ocurriendo un fenómeno singular: con el tiempo el Arcángel fue empequeñeciendo e inmovilizándose hasta quedar reducido al tamaño de una litografía cualquiera; entonces alguien lo pegó en cartón, le puso un marco y lo colgó en la pared).

Mi rostro tenía la apariencia de un macaco. Con el tiempo, mientras el Arcángel empequeñecía –¡oh, no vaya usted, distinguida amiga, a creer que echo aquí manos a un símbolo trivial queriendo expresar que era mi felicidad la que empequeñecía. No. Era el Arcángel, no más–. Bien; le decía a usted que, mientras aquel fenómeno acaecía, mi rostro mejoraba. Pasando por todas las etapas del simio en demanda de la belleza, mi rostro mejoraba. Trepando por ellas logré adquirir el rostro del orangután que es, como bien usted lo sabe, el que ostento tanto de día como de noche, esté lloviendo o brille el sol.

Quise viajar. Cuando vi en el atlas el caro suelo que nos miró nacer, lo vi tan angosto y apretado que sentí ahogarme. Quise entonces respirar, ampliar mis pulmones y, al quererlo, la garganta se me dilató. Y el pecho y las costillas ¡tanto, tanto! que mi piel, estirada como la de un tambor, sonoramente tembló y, al temblar, el esternón –hueso hasta ahora mudo– tremoló con una vibración interna que clavado me dejó de estupor.

A mis padres les pedí permiso y dinero. Me los dieron. Fueron siempre muy buenos. Sucedió esto en las auroras de nuestro siglo; eran buenas las gentes de esas auroras. Visité muchos países. Si parecía que la Tierra entera fuese puros países y más países. Pero, pero... Aquí se avecina la dificultad que me hace dirigirme a su nunca desmentida benevolencia, amiga mía, y que me hace enredarme como si esta lapicera con que escribo fuese de cordel y se me enroscara en los tobillos. Hagamos un esfuerzo, de todos modos.

Yo viajaba pero no viajaba, señorita Eustaquia. Porque podía estar en Lisboa o en Madrid o en Roma o en Boston... Era el caso de que siempre estaba en mí mismo, siempre encerrado por las costillas, la piel y el esternón. Yo quería –veamos si me hago entender– viajar para afuera, viajar; no, espere: hacer viajar todo, todo lo que hay adentro de las costillas, explayarlo, proyectarlo en todos los sentidos, en la multiplicación de los puntos

cardinales. Norte, Sur, Este, Oeste... era poco. Para arriba, para abajo también. Y vaya usted o yo a saber por qué razón “para abajo” me atraía más que “para arriba”.

Oso suplicarle su grata recordación de mi alejamiento del lado simbólico de estas líneas. Si digo “abajo” es tal vez porque soy de textura agachada. Al ser así miro con facilidad el camino que voy pisando y con dificultad el celeste azul que lo cubre. Y uno, señorita, empieza a encariñarse con lo que ve a menudo y sobre todo si lo pisa. ¡Es tan rico pisar, pisotear, señorita Eustaquia! Hay muchos a quienes esto no gusta. Es que hay gustos para todo. A mí, sí. Por eso me gustan las marchas y, en las señoritas que me han atado, me han gustado los pies y, por ese gusto, también los dos pilarcitos de seda que los sostienen y los mueven. ¡Si hasta los suyos de usted me han gustado! No pase por su esclarecido cerebro que puede esto del “hasta” encerrar un menosprecio ante sus múltiples cualidades de estatua. Pero como nunca ha habido tentación entre nosotros dos... creí bien exclamar con un “hasta” para hacerle a usted claro, claro como el agua cuando es clara, lo que esas extremidades femeninas llegan a clavar el lacerado corazón de este su servidor de usted.

Pero si esto no es nada todavía. Piense también que las patitas de las pingüinas me arrebatan. Y aunque parezca inverosímil, las de las frutas además. Amo las perfumadas patitas de las ciruelas; amo las sabrosas patitas de las chirimoyas. Y si amo las de las chirimoyas y ciruelas, ¡imagínese cuánto y con qué locura he de amar las embriagadoras, las subyugadoras patitas de las peras!

Igual cosa le puedo repetir ahora dejando de lado al reino animal y al vegetal y volviendo al reino humano que tan benévolo se ha mostrado al recibirnos en su seno. Si hasta las suyas de usted, señorita Eustaquia, me han gustado, ¡imagínese cuánto y con qué locura...! Pero mi profesor de escritura me dijo siempre que no había que alterar el orden del relato. Así es que tenga la bondad de aumentar aún un poquito su paciencia.

¿En qué íbamos? ¿Patitas? ¡Ah, sí! Era por el asunto de lo que se va pisando. Ya recuerdo.

Un día, un día cualquiera, era de noche. Yo marchaba pisoteando con un amigo también cualquiera que a su vez pisoteaba pues ni él ni yo habíamos descubierto la manera de marchar de otro modo. Mi amigo, indicando el suelo, me dijo de pronto:

–Allá abajo, al centro, está el fuego. Dicen que es el Infierno. (Se rió). Aquí, bajo nuestros zapatos, están cociendo a los pecadores y calentando al rojo a las pecadoras. (Se puso serio). Sería estupendo abrir un hoyito y mirar la gran cocina.

–Y mejor –le contesté– hacer un viajecito hasta ella.

Y nos reímos tanto que un momento después ingeríamos sendos piscos para ahogar nuestras risas.

¡Claro, pues, carísima amiga! ¡Ahí estaba la cosa! ¿Hasta cuándo resbalar por la superficie de la cosa y no penetrar *en* la cosa? Si por afuera, créamelo, es más o menos siempre la misma historia. ¡Adentro estaba la cosa! Prueba de ello: todos los piescitos –sean de señoritas, de pingüinas o de peras– están dirigidos hacia abajo.

Me puse a averiguar por mil partes las posibilidades de un viajecito a los Infiernos. Ya, más o menos orientado, hablé con papá. Él tenía el permiso necesario para dejarme partir y, sobre todo, tenía el dinero. Le dije:

–Papá, quiero viajar una vez más.

–¿Una vez más? –me preguntó tratando de llenarse de severidad; pero yo vi que en el fondo sonreía–. ¿París, nuevamente?

–No. Quiero ir al Infierno.

Quedó mudo de estupor.

—¿Estás loco?

—No. ¿Por qué?

—Nadie, que yo sepa...

—¿Y el Dante? Recuerda, papá, esos dos grandes libros que tú tenías, esos con ilustraciones de Doré. Allí quiero ir, a las del tomo 1.

—Veo que no estás en tus cabales, hijo

—Tú, papá, me regalaste un libro de Edgar Allan Poe. Poe también fue. Y Baudelaire también fue. ¿Por qué no he de ir yo? Y también fueron...

—Insisto en que no estás en tus cabales. La vida es otra cosa.

Calló largo rato. Al fin me dijo:

—Vuelve a tus cabales, hijo. ¡Toma!

Y me alargó un rollo de billetes y un pasaporte para París.

Queridísima amiga Eustaquia... París, ¡una vez más! ¡Oh! Aquello no es, por cierto, el inmenso, el inimaginable Infierno de mis sueños, esas torturas, esos huesos quebrándose y crujiendo por las eternidades, esos pecadores, ¡esas pecadoras!, retorciéndose en espasmos de dolor. Nada de eso. Pero, en fin, señorita Zepeda, ¡qué quiere usted! París es siempre París.

Llegué, pues. Una sola idea revoloteaba y zumbaba en mi cráneo; una sola sensación podía sentir. La sensación: ¡uuh! A cada rato me mordía por los talones, por la nuca, por todas partes. Veía mi soñada destinación en cada esquina. En los cabarés, por cierto, y a ellos iba casi noche a noche. Pero más curioso era que también en el Louvre, en muchas de sus telas que sería aburrido mencionar aquí. Y no sólo en las telas: en los rincones fríos de piedra. Oiga, distinguida amiga: en el olor de las piedras. ¡Qué olor tan sabroso! ¡A mí con perfumes! Yoiga más: ¿sabe dónde era —no, no exageremos—, casi era mi soñado viaje? Señorita: en Notre Dame. Sus vidrieras... A mí no me viene usted ni nadie a contar que eso es celestial. ¡Añagazas! ¡Si lo sabré yo!

Bueno, amiga Zepeda, basta por lo que a la sensación se refiere. Vamos a la idea:

Oiga: Fíjese, señorita, que cada país pone ciertas condiciones para dejar entrar a los forasteros y éstas cambian de país a país. Lo mismo es para los Infiernos. Allí, condición *sine qua non*, es que no entra nadie, pero nadie si no va acompañado y tiene que ir acompañado, y condición *sine qua non* también, con un ser del otro —usted perdonará la palabra— sexo. Usted, por ejemplo, tendría que ir con un masculino; yo, con una femenina. Creo que a cualquiera se le ocurrirá cual fue la idea que me revoloteaba allá en París: encontrar a la femenina.

Ahí estaba yo una noche en un cabaré tomando una fría *fine à l'eau*. De repente miré a mi lado y vi a una niña que me miró. Nos miramos entonces. Era rubia y con ojitos de agua. ¡Qué lindos y grandes dientes tenía! Ya le expliqué, amiga, mi gusto, eso de ciruelas y peras, ¿se acuerda? Un resbalón de la mirada, de los dientecitos al suelo. ¡Qué cosa maravillosa, señorita mía! Tanto, que le dije:

—*Bon soir, mademoiselle.*

—*Bon soir, monsieur.*

Cualquiera dirá que es ése un diálogo idiota. ¡No! Eso fue el comienzo, no más. Siguió la cosa... Yo no sé escribir de eso ni nadie sabe. Pero usted lo habrá sentido alguna vez así es que ¿para qué más palabrería?

Me dijo que se llamaba Lili. Le contesté que bueno. Y cuando yo le dije que me llama-

ba Temio (abreviación de Artemio, usted comprende) me contestó también que bueno. ¿Qué le parece? Lili-Temio, Temio-Lili, Lili-Temio... Se puede repetir hasta el infinito.

Y empezaron los preparativos para los Infiernos. ¡Qué contenta estaba ella! Y yo, ¡para qué decirle!

Una tarde, en mi departamento, me dijo poniendo unos ojitos llenos de malicia:

—Oye, Temio, es verdad que ya somos dos y de sexos diferentes y que tenemos pasaporte y dinero. Pero así como al ir a un país cuyo idioma se ignora conviene practicar un poco antes de partir, ¿no crees que en este caso es lo mismo?

—¡Ya lo creo! —exclamé.

Era mi Lili una mujercita con mucho sentido práctico.

—Entonces —añadió—, ¡a la obra!

Supiera usted lo que hizo... Disculpe, mi señorita, pues lo que se avecina no es muy cristiano que digamos y sé que usted profesa gran respeto por lo que manda nuestra Santa Madre la Iglesia. Señorita mía, mi Lili me desnudó. Y esto no es nada. En mi departamento había una especie de columna. Pues vea, señorita mía, en esa especie de columna me amarró. Y con un pañuelo me tapó la boca, asunto de que yo no gritara e incomodara a los vecinos. Y me dejó libres los ojos y los oídos. Entonces se acercó, bien cerca, lo más que se puede pero sin nada pecaminoso, se lo aseguro. La piel, no más. Piel con piel hasta que las dos pieles echaran electricidad y magnetismo. Entonces, señorita, retrocediendo lentamente y empujada en dos altos taconcitos que la transformaban en ágil gacela de montes y tiempos lúbricos, me silbó así:

—¡Temio! ¡Temio! Me voy, me voy. No me importa que tu piel esté pegada a la mía y tu garganta también. Te las arrancaré, piel, garganta, cejas, pestañas, uñas... ¿Te gusta? ¿No mucho todavía? ¡Ah, ya sé por qué no mucho todavía! Porque temes que yendo sola por esas calles alguien me asalte, me robe o me mate. ¡Qué tonto eres, Temio! ¿Cómo crees que no he tomado mis precauciones? ¡Mira! ¡Oye!

Se dio vuelta para el zaguán y, alegre como una pilluela, gritó:

—*Bon jour, mon chéri!*

Creerá usted, Eustaquita, una voz ronca le contestó tras la puerta:

—*Bon jour, ma chérie.*

Óigame: yo estoy seguro de que nadie había detrás. Si ella misma dijo que era algo como ensayo, algo así como para ver qué sucedía. Yo estoy seguro de que ella era de esas personas que hablan, ¿cómo se llaman?, ventrílocuos. Y hacía todo eso, así como le dije, para ver no más.

¿Y si fuera cierto? Piense que la distancia que nos separaba bien sería de unos cinco a seis metros. ¿Se da cuenta? Cinco o seis metros con la piel, la garganta, las cejas, las uñas, ¡las pestañas estiradas, tiradas y sin zafarse de mis pobres nervios!

Entonces se apoyó en la jamba de la puerta que unía la sala en que yo me hallaba atado y el zaguán. Se afirmó. Se inclinó hacia afuera. Iba desapareciendo de mi vista. Desapareció casi completamente. Digo “casi” porque quedó siempre ante mi vista su piesecito izquierdo. Tiene que haberse inclinado sobre el derecho pues aquel se levantó por el aire describiendo un medio círculo. Ahora lo veía de perfil, agudo, punzante, sosteniendo unas sedas tirantes que brillaban hasta cegar.

¿Qué hacía todo el resto de mi Lili tras el muro? Lo oí clara, nítidamente, señorita Zepeda: ¡besaba! Y de pronto desapareció todo. Silencio. Así le explico yo a usted, diciendo “silencio”. Claro que era silencio. Pero se oía en él, se oía cuanto humanos oídos pue-

den oír a pesar de que no había un solo ruido. Después de un rato sí hubo uno. Dos, mejor dicho. Uno más alto, otro más bajo; uno primero, el otro siguiéndolo. Se quejaban allá atrás.

Reapareció.

Sus ojitos estaban vagos; su respiración, jadeante; su melena, revuelta.

Me sacó la lengua.

Se acercó lentamente y me desató. Me ordenó que me vistiera. Me vestí.

Sonó el teléfono.

¡Oh, mi noble y siempre estimada amiga del alma! En aquel fatal momento nació mi horror por los teléfonos. En este momento y por ese horror ha llegado ahora otro momento, el momento de que me perdone usted por haber preferido sus labios cerrados a sus labios entreabiertos y emitiendo poderosas sentencias. Por ese horror también sepulte aquello de la gallinácea. Pues no hemos de olvidar que cada vez que yo le pedía una entrevista, usted respondía:

–Bueno. Entonces llámeme por teléfono...

¿Qué otra cosa pudo erguirse en mi concepto respecto a usted?

Pero sigamos con nuestra historia.

Cogí el auricular.

–Aló.

–¿El señor Artemio Yungay?

–Sí.

–No se retire. Chile llama.

¿Chile? ¿Chile llamando a París? ¿Ha visto cosa más extraña? Era Chile. Era una voz, al parecer, de un anciano. Luego, una voz de niño. Luego, otra de mujer. Luego, una imperativa. Luego, otra suplicante. En fin, amiga, todo Chile. Y todas las voces decían lo mismo:

–Es indispensable que regrese usted cuanto antes a la Patria. París no es tanto como se dice. En cambio aquí el clima es estupendo y se guisan unos porotos como en ninguna otra tierra del planeta. Regrese, regrese usted.

¡Pobre Lili! ¡Grande y magnífica mujer! Se lo anuncié. ¡Qué diablos! El clima tiene también su importancia; los porotos son tan, pero tan nutritivos. Además uno es débil, uno nació débil, uno no nació con fuerzas en las agallas. ¡Qué diablos! Y el clima cuenta en la vida de un sujeto. Y los porotos, ¡para qué decir!

Me embarqué en Marsella. Era un barco lento. Tardó treinta y cuatro días en llegar a Valparaíso. Lloré treinta y cuatro días, lloré treinta y cuatro noches. Supe después que igual tiempo lloró ella en los muelles de Marsella contemplando las chimeneas y los palos de los buques.

Llegué. Poco a poco me fui habituando con todo. Al fin aseguré a quien quiso oírme que el clima es lo primero y los porotos lo principal.

Ya seguro de mi nueva vida quise divertirme un poco. Fui a un baile de fantasía. No sé cómo pero fue el caso de que súbitamente yo bailaba con ella. Porque aquí aparece una nueva ella.

Me dijo que se llamaba Prascovia. ¡Mentira! No era rusa. Era chilena. Yo entonces le dije que bueno y la llamé Prascovia. Luego le aseguré que mi nombre era Perpiñán. Como no hizo objeción alguna seguimos bailando.

Yo tuve aquella noche la idea de disfrazarme de cocodrilo; ella, de alcachofa.

Un cocodrilo y una alcachofa tal vez no pegan muy bien. ¡Mentira! Fue admirable, estupendo. ¡Pobre Lilí! Prascovia tomó su sitio y... ¡a los preparativos!

Pero esta vez yo tenía cierta experiencia. No me ató. Yo la até. Y representamos la grandiosa, la sin igual, la formidable escena que abre la puerta de los Infiernos.

Querrá usted saber –y ello es muy justo– qué pasa tras un muro cuando hay una víctima atada a una columna. Yo pensaba simular porque estaba cierto de que la otra, allá en París, había simulado. Mas ¿puede uno estar cierto en semejante clase de experimentos? No, ¿no es verdad? Además yo no soy ventrílocuo. Entonces, por si acaso, rogué a una niña, antigua y benévola amiga mía. Se prestó graciosa a jugar su rol pues –como yo ya conocía los hábitos de este país– le regalé antes de proceder un disco de fonógrafo, y después de haber procedido, una caja de chocolates confitados.

Prascovia y Perpiñán partieron una gris mañana otoñal, por el tren de la estación Mapocho, en demanda de nuestro puerto principal para embarcar en el S. S. Chimpancé, al mando del Honorable Gran Capitán, Sir Archibald Plum-Pudding. ¿Rumbo? Ya lo sabe usted. Escalas: Iquique y Callao. Y... virar, virar... Y... ¡¡los Infiernos!!

Un pitazo y el tren partió. Gris, gris por todas parte. Estábamos tristes. Pero Satán nos oyó. En Tiltill brilló el sol.

Prascovia se puso dichosa. Yo también. Reíamos, nos abrazábamos.

–¡Nunca más volver! –exclamaba.

–¡Nunca más! –le aseguraba yo.

Pero fue el caso de que por Limache noté como una vaga sombra pasar por sus ojos. Nada le dije, ya calculará usted.

En Valparaíso vi que había temblado al ver al S.S. Chimpancé junto al muelle.

–¿Se podrá hundir? –me preguntó.

–Estás loca, Prascovia. Hoy día los barcos no se hunden.

–¿Y la neblina?

–Hoy día, niña, ya no hay neblinas.

Nos embarcamos.

Iquique.

Queridísima amiga: Prascovia se sintió muy mal. Montes y montes y más montes de arena, de arena, nada más que arena. Usted, queridísima amiga, que conoce nuestros fértiles campos de la zona central de cielo tan azul como verde y frondosa es su tierra, podrá sentir –tanto por la realidad como por afinidad femenina– lo que el corazón de mi Prascovia sintió al no encontrar más que arenas y arenas y arenas en montes y montes y más montes.

–Prascovia –le decía yo–, es tu Perpiñán quien te habla. ¿Qué te importa esto? El barco zarpará pronto y vendrán otros panoramas.

Sonreía con una indulgencia conmovedora. Decía:

–Sí, tal vez. Pero añoro ese encantador momento entre Tiltill y Limache. ¡Tiltill! ¡Limache! Perpiñán, ¿no volveremos a vivirlo?

–Sí, hija, sí. Ése y otros aún mejores. No te olvides de que, al final, están los Infiernos.

Respondía:

–Es verdad.

Callábamos.

Mas ya no era la misma. Ya el encanto se había esfumado. Con su claro entendimiento

de usted, amiga o señorita –que ya no sé cuál ha de ser su título exacto–, comprenderá que yo empecé a temer a ese puerto del Callao como a una verdadera maldición.

Callao.

Fuimos a tierra. Fuimos a Lima. Yo miraba por todos lados. No había rincón que no me ofrendara una belleza o un interés. Prascovia decaía, amiga mía, como decae la nieve de esta cordillera nuestra cuando la primavera se entromete, como decae cualquier ser que cae o simplemente decae o cae.

Suena una sirena.

–¡Vamos, Prascovia, embarquémonos!

Señorita Eustaquia: Prascovia cayó en mis brazos llorando a lágrima viva. Entre sus sollozos decía:

–¡No, no, no! Yo quiero aquel momento feliz cuando salió el sol, Perpiñán. ¿Recuerdas cuando salió el sol, Perpiñán? Era entre Tiltíl y Limache. Volvamos. Será entonces entre Limache y Tiltíl. Y podremos recomenzar: Tiltíl-Limache y Limache-Tiltíl y Til...

–Niña, Prascovia mía, ¿y si un día no sale el sol junto con llegar el tren a Limache o a Tiltíl?

–No sé, no sé. Pero allá están mi papacito y mi mamacita y mi tía y mi sobrinito. Ya aquí hasta pronuncian ya de otro modo. ¿Qué irá a ser más lejos?

–¡Los Infiernos, Prascovia!

–Quiero volverme.

Amiga Eustaquia, Prascovia se volvió. Y yo pensé que, bueno, no todo ha de salir a partir de un confite. Me senté en cubierta mirando como se alejaban las blancas casitas de La Punta y la isla de San Lorenzo.

El primer balanceo del S.S. Chimpancé me volvió a la realidad. El S.S. Chimpancé viraba, viraba, viraba, podría repetir mil veces “viraba” y viraba como sólo los barcos que van a los Infiernos viran.

¿Se da cuenta, Eustaquia, se da cuenta? Primera condición para desembarcar es ser dos. Yo era uno. Las olas se agigantaban. Imagínese que tenían todas ellas penachos blancos. En algunas llegué a ver penachos amarillos.

Me resolví a visitar al Honorable Plum-Pudding. Le expliqué mi caso. Contrariamente a lo que yo temía me explicó, con muchos términos náuticos que he olvidado, que a su destino podría llegar de cualquier manera y por cualquier ruta.

–Capitán –osé insinuar–, si en tan dilatado trayecto acaso el barco tocarse en..., en donde fuese pero, en fin, aquí en la superficie...

–Justamente –respondió–. Iremos primero a Brest. Necesito comprar allí un par de zapatillas de caucho.

–¡Alabado sea el Señor! –exclamé con toda la potencia de mis pulmones, olvidando que mi destinación primera había sido el Reino de Satanás.

Brest.

Es decir, una vez más París.

¡Lilí! ¡Lilí!

París... París...

Señorita Zepeda: estaba en Niza.

Para Niza me fui.

–Esta vez no, no, cientos de veces no; no nos separaremos. ¡A los Infiernos, mujer sublime, mujer mujer! Que el Honorable Plum-Pudding ya se haya marchado... ¡Nada!

Aparecerá un Honorable Corn-Flakes con su S.S. Gorila o Guanaco o lo que sea. ¡Tú, adorable y celestial criatura, tú la que en columnas amarras; tú, la de ojitos de agua; tú, divina querubina; tú, al fuego eterno llévame!

Ella lloraba, amiga mía.

Yo también.

Y empezamos los preparativos.

Otra vez Marsella. Pero esta vez no para separarnos sino para unirnos. Allí estaba el barco, inmenso. Era el S.S. Camaleón. Sobre el puente, el Honorable Corn-Flakes. Mi Lilí y yo de emoción llorábamos. ¡Jesús! ¡Cuántas veces hemos llorado mi Lilí y yo!

Un sirenazo ronco y aterciopelado. Un sirenazo largo.

Un momento, inefable amiga Eustaquia. Esto que viene es muy grave: el sirenazo, en su final, traía un estampido. Amiga Eustaquia: ¡Estampidó!

Voló nuestro barco.

Voló Marsella.

Voló medio mundo.

Reventó el Honorable Corn-Flakes.

—¿Qué pasa, Dios mío, qué pasa? —alcancé a preguntar. Alguien alcanzó a responderme:

—*C'est la guerre!!*

Volé yo también.

Por última vez en la vida la vi a ella, mi linda Lilí. Volaba. Pasaba veloz de una nube a otra nube. Llevaba unas patitas agudas y perforantes. Sobre ellas, hasta regiones de perdón total, de redención temblante, corrían sedas, sedas de carne, sedas de mar, sedas que desde los Cielos me dijeron “¡adiós!”

Y vino el desorden, el “¡sálvese quien pueda!”. Fui atropellado, pisoteado y ¡qué sé yo!

Yo que amaba tanto pisotear...

En ese instante vi que otro barco trataba de zarpar.

—¡Cógete a él! —me gritó una voz.

—¡Salva tu pellejo! —me gritó otra voz.

Señorita: No sé cómo un día me hallaba a bordo de un buque que se iba. Los cañonazos quedaban atrás. El océano se extendía hacia adelante. ¡Buena cosa! Allí se comía y bastante bien. Tenía una cama. Amiga Zepeda, no había de qué quejarse.

Hasta que pude centrarme en el propio equilibrio de mis facultades. Entonces, sobre mar terso y bajo un cielo límpido, una interrogación me acometió como acometen las aves de picada y los escorpiones voladores:

“¿Y adónde va este barco?”.

Hice de tripas corazón y, sabiendo que se trataba de un barco francés, me atreví a dirigirme al Comandante.

Era un hombre afable. Tenía bigotes. Después de varias frases sobre mil cosas, le pregunté:

—*Pardon, Commandant, et... où allons-nous?*

Me miró asombrado y jovial. Profirió casi riendo:

—*Mais... Au Chili!*

Era cierto. Otra vez al “Chili”.

Empecé a conocer gente. ¡Cuánta gente había ahora en nuestra ciudad! Me asegura-

ron que frisaba su población en el millón. No lo sé. Pero a juzgar por lo que cuesta aquí encontrarse —y qué decir reunirse— con la gente, yo creo que pasan de diez millones.

Empecé a conocer gente y la conocí a usted, distinguida señorita Eustaquia Zepeda. Usted tuvo a bien presentarme a su amiga Yoni. Bien lo sabe usted. Yoni. Agripins Romeral, según se llama. Pero todo el mundo le dice Yoni. ¿Por qué?

Yoni... ¡Qué dulce nombre! ¡Nombre con pétalos de azucenas floreciendo en arreboles crepusculares cuajados de pajarillos que trinan cánticos de alabanza a los ámberes y alabastros dispersos en las bondades de nuestra Tierra!

Yo-ni... ¡Atroz nombre chino! ¡Nombre arrancado de las páginas del *Jardín de los Suplicios*, de las cárceles y panópticos del planeta entero, nombre gemelo al nombre fatídico de Sing-Sing!

Ya lo verá usted. No adelantemos nada. Sólo sabemos por qué la gente prefiere el sobrenombre.

Perdóneme, Eustaquia, que le anticipe una oscuridad que ensombrece mi mente. Sé que son ustedes muy buenas amigas. Nunca he podido saber por qué. ¡Qué misterios tiene la amistad! Ella tan suave, tan queda, deslizándose siempre bajo los dinteles como una sombra se deslizaría; usted tan, tan dinámica, tan sonora, sin esperar jamás, para ir de una habitación a otra, que se presente la puerta pues los muros los atraviesa con derrumbes y estrépitos de terremoto. Ella tan amante de los fantásticos cuentos de todas las Miles de Noches románticas o surrealistas que haya habido desde que noches hay; usted tan refractaria a la tinta como el pez a los tejados, usted tan positiva en su vivir como positiva es la pica acerada que se hiende en el morrillo del toro enfurecido. Ella murmurando siempre: “Qué Dios lo guarde”; usted profiriendo siempre: “llámeme por teléfono”. Ella ignorando desde su primer día e ignorándolo hasta su último que ruedan por este mundo un metal que se llama oro y otro que se llama plata; usted tallada de piedra en la perfecta *femme d'affaires* que hace estremecerse a la Bolsa de Comercio con todos sus habitantes dentro. Ella agradeciendo con una leve sonrisa del corazón al acompañante nocturno que ha sabido cerrar las rejas de su morada sin perturbar el merecido sueño de sus deudos; usted admirando, como Göering admira a Hitler, al acompañante ruidoso que choca y rechoca sus rejas de usted despertando a los embravecidos canes de la comarca que a su vez despiertan a sus deudos que en calma y santamente dormían. ¡Oh, mi querida amiga! ¡Qué misterios tiene la amistad!

En fin, no me toca a mí entromerterme en sus amistades de usted ni tampoco en las de su queridísima amiga. Déjeme tan sólo decirle que le agradezco desde lo más profundo de mi ser la presentación que me hizo de tan adorable personita. Pasé varios meses escribiendo cuentos para ella, yo, señorita, que, después de un viejo fracaso amoroso-literario, creía haber dejado la pluma para siempre.

Y aquí, amiga Eustaquia, empieza una historia más. Perdón.

Yoni tiene un fundo.

El fundo de Yoni tiene tres características: a) su alumbrado es exclusivamente con velas; las hay de todos tamaños, formas y colores; las encienden todas simultáneamente; es algo fantástico; b) hay en él una avenida de membrillos, de membrillos grandes y frondosos como abedules; la avenida parece no tener fin, al menos así lo afirman allí, agregando que nadie ha osado recorrerla más allá de algunas cuadras; c) se llama el fundo Meli-chaquí; ningún lingüista ha logrado descrifrar su etimología; algunos prueban que “meli”

es en araucano “cuatro”; pero ante el chaqui vacilan; y ante la conjunción de ambos huyen como ratas, no sé por qué.

Yoni me invitó una vez a Melichaqui. Lindos fueron los cinco primeros días. Llevaba una serie de poemillas y uno que otro cuento para ella. Leíamos, reíamos, cantábamos, nos asomábamos a la avenida de los Membrillos y, sin atrevernos a penetrar por ella, hacíamos alegres conjeturas sobre los misterios que podría albergar. Mirábamos las estrellas. Olíamos la Luna. Jugábamos con el Sol. Escuchábamos el torvo ruido del río vecino revolcándose por entre piedras. Visitábamos a los amigos de fundos cercanos. Matábamos moscas. Matábamos zancudos. ¡Qué lindos días!

El sexto día la cosa cambió.

Llegaron visitas. No sé cuantas serían. A mí me parecieron más de mil. Presentaciones. ¡Jesús santo, conocer más gente todavía! Yo no quería conocer más. Hice lo que siempre hago en tales casos: saludar exagerando la venia de modo que mis ojos, al caer, no registren la imagen del presentado. Éste no se percata de nada.

—Don Fulano.

—Doña Zutana.

—Don Mengano.

—Doña Perengana.

¡Qué sé yo! Ni imágenes ni nombres, nada registré.

De pronto una mano se juntó con la mía. Una mano. ¡Una mano! ¡¡Una mano!!

Cambió mi destino por una mano. Eustaquita, amiga mía: cambió la Tierra, cambiaron los astros. Fue el viraje absoluto, definitivo. Del maicillo con hormigas en que automáticamente se clavaban en cada saludo, mis ojos se levantaron de un golpe, instantáneos. Y cayeron en otros ojos.

En ese momento preciso falleció, carísima Eustaquia, este su servidor de usted, Artemio Yungay. O vaya alguien a saber si acaso en ese momento preciso vino al mundo este su siempre servidor de usted del mismo nombre.

Oiga, amiga Zepeda:

Nuevamente, ahora que le escribo, se me presenta el dilema de su amistad de usted con Yoni. No lo descifro. Recuerdo que cada vez que quería usted ofenderme o simplemente mofarse de mí (siempre hemos estado con pullas más, pullas menos, lo que no es, por cierto, descrédito alguno a la amistad que nos une) recurría usted a su expresión guerrera y me la expelía sin piedad:

—¡Literato!

¡Qué contraste con Yoni! Yoni, cada vez que sentía cariño, que sentía apego y benevolencia por mi humilde persona, me susurraba:

—Cuánto me gusta que seas literato...

Vino esto a mi memoria porque creo tener pruebas fehacientes para demostrar que, si en verdad soy literato —puesto que escribo—, no se me puede tomar en el necio y hasta denigrante sentido que suele tener este vocablo. No voy a referirme a la ética de esta mi profesión. No quiero ni asomos a metafísicas de ninguna especie. Voy a referirme a mi actitud ante la vida, es decir, ante esos ojos que me clavaron haciéndome nacer o morir. Oiga bien:

Un literato, en el sentido despreciativo o sarcástico en que usted los toma, ¿ante qué ojos se habría sentido clavado? ¡Lo sabemos, lo sabemos!

Ojos negros, inmensos, profundos como cráteres abismales, ojos de desesperación, de noches desesperadas, ojos de carbones y ébanos y azabaches infinitos... ¿No es verdad?

Ojos azules y celestiales, ojos que abiertos dormís amalgamando y desintegrando todas las lunas de las innumerables constelaciones, ojos del azur del las nebulosas, ojos transparentes y sin fin y por eso terribles cual ningunos... ¿no es verdad?

Ojos verdes, acuáticos, ojos de algas, de peces y monstruosos crustáceos, ojos que en su mirar de Maelstrom tragáis hasta la eternidad las naves enamoradas que se arriesgan a cruzaros, ojos de hojas, ojos de pérfida sirena... ¿No es verdad?

Ojos blancos, ojos de sal, ojos de nieve, ojos de pureza y de lirios, ojos de sábanas, sábanas en los ojos, sábanas de mármol, de azúcar, de plumas de palomas... ¿No es verdad?

Yaquella mano que me hizo temblar y levantar los vulgares ojos míos, ¿no debió ser con dedos de marfil, palma de ópalo, dorso de madreperla, uñas de coral?

Buena y querida amiga, ¡nada de eso! Frente a mí, dos ojos como son todos los ojos, ni negros ni azules ni verdes ni blancos ni rojos. Ojos algo negros, algo azules, o algo marrones, si usted quiere, como los de la niña A, o de la niña B o C. Ojos nada más. Ni grandes como ballenas ni pequeños como microbios. Algo almendrados, ligeramente orientales. Es todo. ¿Puede usted clasificarme entre la fauna literatoida? No, amiga, no lo puede. ¿Yaquella mano? ¡Nada de marfiles ni ópalos ni madreperlas ni corales! Una mano pequeñita, suave, bien cuidada, como la de toda niña fina que el título de “fina niña” merezca. Pero nada más. Entonces, ¿yo literatón? No, amiga. Cuando quiera ruborizarme o zaherirme, lánzame otro epíteto más acertado.

Bueno; estábamos en que aquí estaba yo clavado. Quería desprenderme. Inútil era todo intento. Quería retroceder. Me sentía ligado, atado. ¿Hasta cuándo, santo Dios, he de atar o ser atado? ¡Verbo horrible ese verbo “atar”!

Y ahora no hacían falta columnas. No hacían falta ni cuerdas ni cadenas. Arrimado al aire del jardín, era yo atado por su mirada. Pegado a la atmósfera matinal era yo atado por mil serpientes invisibles que me ahogaban paralizándome, serpientes impalpables que por cientos acudían de sus ojos, esos ojos como los de cualquiera niña fina, niña que merezca tal título, llámese A o B o C.

De pronto miró hacia otro lado y yo me desprendí. Sentí entonces la sensación de un hombre que hubiese querido retroceder haciendo el máximo de su esfuerzo pero que un gran elástico lo hubiese tenido prisionero. Súbitamente el elástico se rompe y el hombre cae de espaldas lanzado hacia atrás por su propia fuerza.

Ella miró para otro lado y yo, yéndome a tropezones hacia atrás, vine a azotar en una mesa cubierta de golosinas y bebidas. Aquello sonó, por cierto, pues, además de pasteles y fiambres que rodaron, en lo ladrillos del corredor vinieron a quebrarse cuatro copas de cóctel. Aquello sonó. Los no sé cuántos invitados se volvieron. Rieron a grandes mandibulazos. Me creyeron borracho. ¡Oh, los miserables! ¡Si hubiesen siquiera sospechado la terrible verdad!

En fin, la cosa pasó.

Corrí entonces adonde Yoni, nuestra común amiga. Llegué. Fingiendo indiferencia e indicando con disimulo a la temible criatura, le pregunté:

—¿Quién es esa dama?

Me respondió:

—Tártara Tigre.

(Déme, amiga, un descanso. Déjeme tomar aire. Estoy temblante. Comprenda: si in-

finitas veces he pronunciado y he formulado ese nombre, ésta es la primera vez que lo escribo. Lo escribiré por segunda vez. Aquí va: Tártara Tigre. Por piedad, déjeme serenarme).

Ya me siento sereno. Sigamos.

Aperitivos. Copioso almuerzo. Algunas horas de quemante sol que ni yo ni nadie recuerda en qué se emplearon. Usted sabe: esas horas perezosas y con zumbidos de insectos de los campos en verano. Luego, tras los primeros contrafuertes andinos, empezó a asomarse la tarde.

La gente de Melichaqui se distribuyó y se dispersó en grupos. Unos salieron a caminar; otros organizaron una partida de bridge; otros se dirigieron a la cocina; otros empezaron a jugar a las bolitas o al trompo.

Tártara Tigre vino a mí. Me propuso:

—¿Acepta usted un paseo a caballo?

Respondí:

—Acepto.

—¿Por la avenida de los Membrillos?

—Acepto.

—¿Hasta el final?

—Acepto.

—¿Hasta donde nadie se ha atrevido a llegar?

—Acepto.

—¡En marcha, entonces! —exclamó.

—En marcha... —repetí como un eco.

Salimos.

Atrás quedó Melichaqui y el mundo entero.

Ella montaba un caballo mulato, el Despiporren; yo, una yegua alazana, la Repanocha.

Nos internamos por entre los gigantescos membrillos que perfumaban el aire con el perturbador aroma de la flor del abedul y que, al mecerse a impulsos de la brisa, lanzaban un lamento semejante al de mil bandurrias afinadas en la nota del misterio y del horror, del peligro y del amor.

Avanzábamos.

De cuando en cuando aquellos acordes forestales recibían su respuesta: relinchaba el Despiporren. Seguíamos y el concierto seguía. Entonces relinchaba la Repanocha.

Avanzábamos. Seguíamos.

Aquí, queridísima, inefable amiga, debo callar. Daré un solo toque más sobre el paisaje, y otro solo toque sobre los personajes. Luego pasaremos a mi fatal destino, a mi cruenta suerte.

¡Oh, esos membrillos con aromas de abedules, con acordes de bandurrias tajeados por relinchos de corceles! ¡Oh, floresta y orquesta e hipógrifos altaneros!

Imagínese, Eustaquita, que, a medida que sobre nuestras cabalgaduras avanzábamos, los árboles se iban cerrando tras nosotros, formando y elevando un alto e impenetrable muro de verdes y de notas. Verdes tupidos, notas apretadas nos iban aislando del resto de los humanos, dejándonos solos, con nuestras únicas fuerzas, para afrontar lo que Tierra y Soles quisieran fraguar, lo que Cielos e Infiernos concibieran en sus recónditos designios. Y por encima de nuestras cabezas, como el arco empenachado de una ola inmensa que

nunca nos alcanzara, avanzaba con nosotros, también enarcada, temblante y susurrante, otra ola de ramas, hojas y amarillos frutos.

Justo a la hora de marcha esta ola singular dejó escapar una enorme bandada de grullas multicolores que con un lento, lentísimo batir de alas, se posó por encima de nosotros, cubrió y tapó el cielo ya crepuscular, y acompañó el arrogante paso de nuestros viviente vehículos. ¡Asombrosa, maravillosa, portentosa cosa!

Ahora, al toque sobre los personajes, Tártara Tigre y este su mísero servidor de usted, Artemio Yungay.

Desmontamos tras otra hora de marcha. Dejamos a nuestras cabalgaduras en libertad. Empezaron ambas a nutrirse de esos amarillentos frutos. En un momento la Repanocha se comió una grulla; luego el Despiporren, una bandurria.

De pronto Tártara Tigre, de pie, altiva, alzó el brazo derecho recto hacia el cielo. Junto con alzarlo, su traje de amazona se rasgó a lo largo del brazo alzado, por el costado, de arriba a bajo, hasta el césped. Se rasgó y se abrió dejando, como entre dos cortinas negras, una raya, una senda de su piel desnuda, la piel de su brazo derecho, del costado derecho de su torso, de su cadera, de su pierna, de su pie.

Quedé mudo de embeleso contemplando.

Entonces vi, cual un rayo en la noche tempestuosa, correr, fina, aguda, de abajo hacia arriba, del pie a la mano en el aire, una línea escarlata. Y esta línea, a su vez, empezó a entreabrirse. Eran dos largos, altos labios, labios de su cuerpo total, rajados a la diestra de aquella insigne mujer.

Se entreabrían, sí, replegándose enroscados, volteándose al separarse. Aquella ranura viviente entonces me mostró la carne de mi Tártara Tigre, sus venas, sus finísimos nervios, su sangre, sus músculos, sus tejidos todos, todas sus membranas y ocultas mucosas, todo palpitando, latiendo y sin que ni una gota de nada, absolutamente de nada, se desprendiera y se profanara en la tierra que ella, ¡Ella! pisaba.

Mi embeleso no tuvo límites.

Tártara Tigre me ordenó:

–Ponte aquí, a mi lado y de frente, como yo.

Obedecí.

–Junta tu pie izquierdo con el derecho mío.

Obedecí.

–Alza tu brazo izquierdo hasta que tu mano se junte con la mía, allí en lo alto.

Obedecí.

Y sentí cómo mi traje, en el costado izquierdo; mi bota izquierda, en su costado exterior; toda mi ropa, frente a la sangre de Ella, se rasgaba desde la bocamanga hasta la suela.

Luego una aguda y veloz sensación, no sé si dolorosa o placentera, corrió de lo bajo a lo alto de mi cuerpo. Imaginé ser el arañazo de un bisturí de plata llevando en su punta una esquirla de vidrio y otra esquirla de cocaína.

Se abrió mi piel hacia ambos lados. Quedó una rasgadura de mi cuerpo vivo a la intemperie. En ella vibraron las bandurrias; en ella se reflejaron ramas, hojas y frutos; en ella golpearon los relinchos de ambos corceles; en ella vino a morir la brisa que las lentas plumas de las grullas provocaban, grullas ahora inmóviles aunque de alas batientes en el aire que nos cubría.

–¡Júntate, pégate a mí! –ordenó.

Obedecí.

Distinguidísima amiga, ya di el toque sobre ambos personajes. Debo callar. Esto no cabe en letras posibles. Después, y sólo como síntesis, como aproximación, pensé, al venir a mi memoria los habitantes de Melichaqui, de Santiago y del resto del globo terráqueo, pensé, digo:

–¡Infelices vivos! ¡Desgraciados! ¡Pobres de espíritu y de cuerpo! ¡Malaventurados seres que pasan por la vida convencidos de que es por el sexo, nada más que por el sexo, la realización total de las carnes vibrantes! ¡Desdichados y limitados personajes!

Déjame pasar un rato, amiga Eustaquia.

Ahora viene otra historia, lamentable historia que lleva en su extremo, como el bisturí de plata lleva sus esquiras, la desesperación de su lacerado servidor de usted.

Eustaquia Zepeda

¡Eustaquia Zepeda!

¡¡Eustaquia Zepeda!!

Pocos días después, o al día siguiente, o muchos días después –¿qué puedo precisar en medio del alboroto de mis pasiones?–, en fin, cierto día...

¡¡Tártara Tigre fue alevosamente asesinada!!

Silencio.

Llénese, amiga, de negros crespones.

Oremos de hinojos por el eterno descanso de su alma divina y sin par.

Fue un crimen asqueroso. Fue una mancha para la humanidad entera. Fue un escupitajo para nuestra calidad de hombres. Usted no lo va a creer. Usted va a rebelarse indignada. Porque ello no es posible, no es posible, no. Y sin embargo fue posible. Prueba de ello es que Ella ya no es.

Fue el crimen –ya se lo dije– alevoso, calculado, medido, frío, helado, glacial, el del cero absoluto, cuando cesa toda vibración, cuando hasta el último electrón, el último ion son también asesinados en aras del inmortal recuerdo de Ella la única, Ella la excepción que, como tal, confirma la regla de armonía cósmica, Ella por ser excepción, Ella confirmación del Cosmos, Ella, mi Tártara Tigre!

–¡Exagerado! –grita usted–. ¡Literato!

No, amiguita mía, no. Si usted no conoce aún los pormenores. Conózcalos primero. Luego se formará una opinión serena y certera. Luego me encontrará razón y derramará piedad sobre mí.

Amiga mía

¡amiga mía!

¡¡amiga mía!!

¡¡Tártara Tigre fue asesinada por Yoni!!

Es horrible, es espantoso, es abominable, es execrable. ¡Si lo sabré yo!

Amiga Zepeda..., no hay nada que hacer. Se lo dice su servidor y amigo. Nada que hacer. No hay caso.

Todo lo hicieron, lo premeditaron, lo pesaron tan bien, Yoni y su cómplice, que nada, nada, nada... ¿Hasta cuándo, Dios mío, quiere usted que escriba esa maldita palabra de “nada”? En fin..., que nada hay que hacer. No hay caso.

Porque Yoni tuvo una cómplice. Creo que se nombraba Cornelia o Carlota o Corina o Consuelo o Crisanta o Carpeta o Camelia o Corola o Cuncuna o..., no recuerdo, y se apellidaba Rupanco o Renaico o Ruinoso o Rizoto o Ruibarbo..., En fin, no se trata de ella. Así es que sigamos.

Usted, mi venerable amiga, podrá alegarme que, puesto que sé que de crimen –y alevoso y asqueroso, por añadidura– se trató, cómo no me he presentado ante la Justicia a pedir que el fiel de su inexorable balanza se incline en contra de las dos amigacidas del acto aborrecible.

Le otorgo ese alegato. Hay jueces en este mundo. Lo sé. Pero no olvide lo que a continuación paso a explicarle:

Usted, señorita Zepeda, habrá oído decir mil veces que el libro tal o el artículo cual no hay que leerlos en líneas, que hay que leerlos *entrelíneas*. Un significado diferente, un significado más profundo, el significado verdadero que encerraba el libro o el artículo se va entonces revelando. Igual ante los jueces pero... con una pequeñita diferencia: hay jueces mas, por desventura mía, no hay intersticios entre ellos que permitan la existencia de *entrejueces*. Es ésta mi maldición.

Los jueces, señorita, se apoyan en los códigos. Los códigos regentan y dictaminan sobre *hechos*. Tienen los jueces toda la razón al proceder así, apoyados sobre los códigos. Si no, ¿sobre qué se apoyarían? Y en la vida hay que estar apoyado, respaldado como yo lo estuve por una columna cuando Lili me ató, como lo estuvo Prascovia, también por una columna, cuando yo la até, como volví a estarlo cuando atado fui por Tártara Tigre al oxígeno y nitrógeno del jardín de Melichaqui.

¿Quisiera usted que se apoyaran sobre la Justicia en sí, la Justicia así con mayúscula? Nadie sobre Ella –repito: con mayúscula– se ha atrevido a hablar desde que el mundo es mundo. ¿Por qué exigírselo a los jueces? En justicia, no sería justo pedir tal cosa para que Justicia administrasen. Y en este planeta debe todo el mundo tratar de ser justo, aunque no exento de peligro se esté de caer por el declive de lo justo, en un justiciero, que es, justamente, lo que yo, su servidor de usted, Artemio Yungay, jamás haría ni en el Palacio de Justicia ni fuera de él.

Bien; me presentaría ante los jueces a denunciar. ¿A denunciar qué? Ya se lo he dicho: todos los *hechos* fueron tan admirablemente combinados, por Yoni y la tal Carpeta o Corola Rizoto, que ni Sherlock Holmes ni Philo Vance ni el Padre Brown ni Hércules Poirot ni todos juntos podrían desmontarlos. Ellas entonces, Yoni y la Cuncuna Ruibarbo, podrían acusarme de calumnia. ¡Porque no hay entrejueces, amiga mía, no los hay!

No hay, sobre esta Tierra, ese jurado que ve más allá de las espléndidas combinaciones que los hechos escuetos permiten. No hay ese jurado que, más que tomar el pulso al hecho, lo toma, lo tomaría a las silenciosas y tremendas procesiones que nos corren por dentro. No lo hay. Y yo, ya sufro bastante, créamelo, con todo este drama para que a él se le agregue el verme arrastrado por dos gendarmes a los tribunales primero, a la cárcel después, por la despreciable culpa de calumnia.

Y sería calumnia en contra de dos damas... No. No lo resisto ahora ni lo resistiré jamás. Me callo.

Resignado estoy a seguir meditando, conjeturando qué pudo inducir a la otra para ser cómplice y a Yoni ejecutora de acto tan nauseabundo. ¿Qué?

¿Acaso sospecharon aquello de la avenida de los Membrillos? Tal sospecha, ¿determinó en ellas un rencor ancestral? ¿O simplemente hizo primar en sus deleznales sesos el

reconocimiento de una educación cargada de prejuicios y cortapisas? Tal vez. Tal vez lo uno, tal vez lo otro. Tal vez ambas cosas. No lo sé. Pero de ahí a matar, a asesinar... ¡Qué infamia! ¡Qué suceso que aún ningún idioma ha encontrado palabra para designar y castigar!

Es que no hay, amiga, sobre la Tierra entrejueces...

La mataron. La asesinaron.

Tártara Tigre partió de este mundo.

Tártara Tigre ya no es de este mundo.

Tártara Tigre yace sepultada en nuestro primer camposanto.

Pasó bajo su inmenso dintel.

Los sepultureros, arrastrándola, pisotearon con sus suelas embarradas su grandioso umbral...

Un sacerdote desconocido, sin atreverse a acompañarla hasta el fin, desde fuera le rezó:

*Ancha es la puerta, pasajera ¡avanza!
Y ante el misterio de la tumba advierte
Cómo guardan el sueño de la muerte
La fe, la caridad y la esperanza...*

Risible, irónica bufonada, irónica hasta hacernos exclamar a los que aún quedamos trotando por las calles:

—¡Ya no sabemos si reír o llorar!

TÁRTARA TIGRE

R.I.P.

Desde entonces, lentamente, amiga mía, he ido día a día al cementerio. Allí duermen tantos amigos. Allí están mis padres.

Llego al sepulcro de ellos. Quedo inmóvil. A mi derecha está él, mi padre. A mi izquierda, ella, mi madre. Rodeándolos, otros seres, ángeles acaso que nadie ha sabido para qué nacieron si tan pronto los mataron. En algunos rincones, algunos nichos vacíos. Uno de ellos será el mío. Después de decírmelo, de verificarlo una vez más, lentamente también, me alejo, me voy.

Llego entonces a la tumba de Tártara Tigre. Miro. No entiendo a las gentes ni al polvo en que pisan.

Con igual lentitud tomo un jazmín que he llevado conmigo. Lo dejo caer sobre su losa. Dura allí apenas unos segundos. Luego empieza a desintegrarse, a evaporarse. Desaparece. No es más.

Por eso nunca, nunca habrá una flor sobre la tumba de la malograda Tártara Tigre.

Amiga mía:

Cierto día todo cambió. ¡Otro cambio! ¿Hasta cuándo? Cambió.

Rehíce en el cementerio mi triste peregrinación. Ya la conoce usted. Cayó el jazmín. Era un jazmín más blanco que todas las nieves que han caído sobre nuestra cordillera.

Allí quedó sobre la losa. Uno de sus pétalos se desprendió y se inclinó.

Amiga mía:

Ese jazmín, el de ese día, no se volatilizó. Quedó. Quedó como cualquier flor que usted arroje sobre cualquier sitio. Y no sólo quedó sino que empezó a teñirse.

Algo de color de rosa, sí. Ahora el rosa subía, predominaba. Era rojo. Rojo de sangre. Rojo de labios largos, largos, entreabriéndose. Rojo de carne de Ella. Rojo de carne mía. Desapareció entonces como los demás. Mas no desintegrándose.

Tártara Tigre, desde su ataúd, lo chupó.

Escapé como un loco. Había que escapar hasta encontrar a mi vez la muerte. Porque escapar era encontrar otra vez la vida, la vida inmensa de los membrillos, las aves, los acordes, el bisturí de plata.

¡Ella había muerto!

¡¡Pues con los muertos entonces!!

Lo supe:

Ella,

Tártara Tigre,

... me aguardaba en su ataúd, no para descansar en paz sino para recomenzar nuestro viaje eterno, nuestro viaje inefable, más allá del prejuicio de ser vivo o muerto. Que cuando las pieles y las venas y los nervios se han mezclado... ¡húndase lo que aún vosotros, seres terrenos e inmundos, gusanos, larvas mediocres, seguís lucubrando temerosos sobre si viven aún los hombres que veis, si esos hombres que veis estarán vivos aún o habrán muerto ya!

Corrí, corrí.

Llegué a mi escritorio.

Acabo de llegar.

Tengo que escribirle a usted para pedirle un servicio.

La inmensidad de esta ciudad de más de diez millones me ha impedido encontrar alguien que vaya a su tierra de usted y fuese mi portavoz. Por eso le dije que tanta población era también causa de mi infortunio.

Permítame que le escriba.

Permítamelo... ¡¡por piedad!!

Santiago de Chile,
Octubre 13 de 1944

Señorita
Eustaquia Zepeda
Carrizal 2
Mulchén

Mi muy estimada señorita:

La presente tiene por objeto dirigirme a la siempre reconocida magnanimidad de usted para implorarle un servicio que creo no ha de negar a este su servidor, Artemio Yungay.

Conocida ya por su clara mente mi triste historia, me atrevo a acercarme de rodillas a sus hermosos y diminutos pies para pedirle, con toda la suavidad del cordero que sacrifican, que tenga usted a bien llegar hasta donde nuestra apreciada y común amiga Yoni, a fin de rogarle en mi nombre que interceda frente a las calamidades que me asaltan.

Dígale usted que se digne dar su beneplácito para poder hacer yo con mi vida cuanto mi vida me pide hacer conmigo.

Dígale que todas las reglas de urbanidad las acataré sin reserva si el permiso que demandando se me otorga. Dígale que, manso, me someteré a las máximas de la temperancia, por estrictas que ellas sean. Dígale asimismo que seré el fiel practicante de los veredictos del ahorro que el buen sentido aconseja. Dígale que, como los esclavos de antaño pasando bajo el yugo de sus vencedores, pasaré yo bajo todos los yugos que el estado civil y las leyes de la República me impongan.

Dígale que si antes de permitir quiere probar, iré a la prueba sin temblar ni siquiera vacilar.

Dígale que jamás testa alguna de hombre se ha inclinado con más noble respeto ante dama, ante regina existente.

Dígale que jamás los Cielos han escuchado súplica más vehemente, más desgarradora que ésta que osa lanzarle a ella, Yoni, este hambriento y sediento de vida o muerte, ¡que es lo mismo!

Y bajo, muy bajo, quedamente agréguele que no me causa pavor la necrópolis que a Tártara Tigre encierra; que no me arredra su ataúd.

Por el contrario. Alzando de más en más su melodiosa garganta de usted, distinguidísima Zepeda, cuénteles mi extraño sino. Cuénteles que hoy día mi lengua, antes tan rica en giros y vocablos, ha perdido todos sus giros y sólo conserva un vocablo.

¡Alce aquí sus notas, amiga mía!

¡Grítele mi vocablo único!

—¡Necrofilia!!

Y ahora, con voz más suave pero siempre persuasiva, convéncala, o al menos trate de convencerla, de que hay en mí una certeza imperativa. Convéncala de que sé.

¿Qué?

Sé que levantando la losa y rompiendo las tablas y plomos de Tártara Tigre; que alargándome a su lado derecho; que juntando a él mi costado izquierdo; sé que el milagro de la avenida de los Membrillos volverá a realizarse.

¡Sé, amiga, que será la Resurrección!

Porque mi sangre hará revivir la suya yerta y mis nervios comunicarán su vibración a los suyos dormidos. Y al despertar la inmensa mujer de su sueño, despertaré yo a mi vez de entre todos los achaques, despertaremos ambos por encima de todas las vigiliass.

Así sé, Eustaquia, así sé.

Claro que mi sapiencia no basta para inculcar la fe en usted.

—¿Y si no es como él cree? —usted preguntará.

Bien; por benevolencia, mas no por convicción, voy a acceder a su duda.

Si así no fuese, amiga mía, así como yo sé, moriría yo allí en su tumba, en su sarcófago.

Moriría yo en el único sitio posible para que mis males y faltas quedasen por los siglos redimidos.

Eustaquia Zepeda: Sería bastante...

Por último, comprendo la interrogación que puede presentarse en su esclarecido cerebro de usted:

—¿Y qué tengo yo que hacer con todo esto y qué Yoni que fue, a la postre, la asesina?

Muy justa la interrogación.

Responderé:

Señorita Zepeda:

1º) Usted lo que tiene que hacer –¡si bien le place, por supuesto!; ¿osaría yo jamás acercarme siquiera a los deslindes de una orden?– es servir de intermediaria entre Yoni y yo, justamente porque ella es la asesina y, compéndalo, no sé qué reacción pueda ante su presencia experimentar este mi corazón de enamorado;

2º) Se trata de un permiso, de una autorización. Usted, como persona de no desmentida cordura, podría extenderla y firmarla. Pero, ya se lo dije en las primeras líneas de esta carta, conozco el derramar de su cítara y conozco cuánto tiempo consume todo derrame, sobre todo cuando proviene de una cítara, y cítara inefable por añadidura. Esto, respecto a sus labores. Respecto a mi prudencia, recuerde lo de la intemperancia mía, la gallinácea y demás;

3º) Quiero recurrir a Yoni. No sé si es propiamente querer. Algo, una fuerza implacable, fuerza de cavernas milenarias, me impulsa a recurrir a Yoni. Poca y ligera fue nuestra mutua relación. Sí. Pero fue, no olvide, con cuentos, historietas, misivas, es decir, fue *con letras*. Y yo, quiéralo o no, quiéralo usted o no, soy un hombre *de letras*. El apego que con Yoni se creó fue mayor que el por mí sospechado;

4º) Fue esa fiera de Sing-Sing la asesina. Es verdad. ¡Oh, dulce amiga, qué de recónditos designios existen! Fue asesina, fue, por lo tanto, manchada en y regada por *sangre*. ¿Y qué sangre? La de ella, Ella, Tártara Tigre, la única. Las demás sangres sirven para hacer vivir. La de Ella es viva. Es vida. La única. Yoni empapó sus manos en esa sangre, hundió su cerebro y sus instintos en esa sangre. Amiga, recuerde ahora aquello del final de la avenida de los Membrillos. Trace la analogía. Entre Yoni y yo hay un lazo oscuro y hondo que la sangre y las fibras de Tártara Tigre sólo pueden descifrar y culminar.

¡Así se tejen los destinos y las alianzas humanas!

–La cómplice... –acaso piense usted.

No. Una cómplice, como un cómplice, es cómplice y nada más. Es la persona que aparentemente se allega como segura servidora pero que tiene sus líneas trazadas hacia otros fines, fines muy diferentes a los fines que lleva el acto en que ella es cómplice. Si así no fuese, cometería ella misma el crimen. Se apoya en él, se hace acompañar de sus ventajas. Pero bien se guarda de mojar sus manos en sangre alguna. Ayuda a arreglar las circunstancias, estudia con olfato minucioso las coartadas, enreda a la policía, embrolla a los detectives, amanceba desamancebando, hurta retribuyendo. En fin, decora, corre y descorre cortinajes, levanta y baja telones, charla con el consueta, distrae al que está en la táquilla, embriaga al barítono, embelesa a la soprano, sorprende al director de orquesta, los despista a todos, a nadie deja sin su correspondiente felonía.

Mas a mí nada de eso me interesa ni me sirve. Yo quiero a los verdaderos actores, los que ya llevan, sellados en sus labios hasta la eternidad, el sabor a sangre, y sangre de Ella mi adorada, mi radiante, mi grandiosa, mi excelsa y sublime Tártara Tigre.

Yoni ya lleva sellados, hasta la eternidad, sus labios con la sangre única de Tártara Tigre.

Por el recuerdo de Yoni, amiga Eustaquia, por la estimación que sentí ante su ya manchada vida inocente de muchachita amante de los cuentos fantásticos, por su candor consumido, le pido, Zepeda amiga, que encienda, ante su retrato, dos grandes cirios y los

deje arder hasta su desaparición total. Que yo aquí haré otro tanto, haré más: encenderé siete cirios y lloraré frente a ellos hasta que el próximo sol asome tras los picachos andinos.

Quiero que Yoni me otorgue el permiso para entrar, de una vez y para siempre, en los Reinos Sagrados de la Sagrada Necrofilia.

Quiero extender ante ella el pasaporte completo de mi vida y que ella sobre él estampe su visado.

Quiero que ella, la niña aquella que con gozo y sin malicia oyó abismada como un nene los al parecer para ella tremendos relatos míos, quiero que ella, esa niña, me apruebe bien de fondo, en el último paso que he de dar, el paso hacia la muerte, para resucitar en la vida con mi Tártara Tigre, su víctima.

Quiero de ella, Yoni, la absolución de mis pecados y la bendición ante el gran paso.

Quiero ir sin miedos, sin titubeos, sin recuerdos, sin pasado.

Sé que sólo Yoni puede, con su mágica varilla de la que fue su virtud, borrar mis miedos, mis titubeos, mis recuerdos, mi pasado.

Sé que con su sonrisa asequible tendré la fuerza para decidir mi grande aunque temible destino.

Sé que si Yoni no me escucha o me niega, la tumba de Tártara Tigre me quedará para siempre cerrada y que yo entonces no tendré más finalidad que rodar y rodar, que buscar otra muerte, de cualquier modo y en cualquier muerte, hasta la muerte muerta prematuramente llamada.

Amiga mía, amiga Eustaquia Zepeda, ¡interceda, por piedad, interceda!

Usted puede hacerlo y espero que lo haga. No eche en olvido, a pesar de gallináceas e intemperancias mías, que siempre he mantenido una amistad honorable frente a usted, que siempre he conservado un respetuoso cariño por su noble señora madre, que siempre he guardado afecto sincero por su generoso hermano Ruperto, que siempre mis oídos han estado alertas ante los cantos de su cantante esposa, la dulce y sutil Marina.

En espera, pues, de tantas y tan anheladas cosas, permítale, señorita Zepeda, a este su fiel y seguro servidor, reiterar su incondicional amistad por usted y humildemente inclinarse ante su persona, rogando al Sumo Hacedor que vele por su salud y por su eterno bienestar.

Se descubre ante su gracia y su donaire,

Artemio Yungay

Apenas Artemio Yungay hubo terminado su lectura encendimos sendos cigarros. Mientras duró su consumo no cruzamos ninguna palabra. Teníamos demasiado que meditar y aunque de fondo eran nuestras meditaciones muy diferentes, se asemejaban en la exclusividad que cada una ocupaba en la mente respectiva. Yungay meditaba en alcanzar aquel ataúd sin más testigos que sus dos amigas, Yoni y Eustaquia, y yo; yo, más que meditar sobre el ataúd mismo, meditaba en los pro y los contra que tendría la publicación de la carta de mi compañero de tabaco. Calculando que su lectura por el hombre de la calle, primero; por el pueblo, después; por personas del Supremo Gobierno, al fin; podría traer reformas de nuestro código en lo que a tumbas y fallecidos se refiere, me decidí por el pro de dicha publicación y así lo anuncié junto con caer la última ceniza de mi cigarro.

Artemio Yungay recibió con júbilo mi idea. Me aseguró que se lanzaría de inmediato a hacer los trámites del caso y luego me pidió que, si por una u otra vía le llegaba el permiso

de Yoni, me encargara yo de la publicación pues se marcharía hacia Tártara Tigre sin perder ni un segundo. Acepté tal encargo y luego de un efusivo apretón de manos el distinguidísimo necrófilo se alejó en busca de un editor.

Al día siguiente de su visita no tuve noticias de Artemio. Al día subsiguiente, a las 3 pm., se presentó en Carlomagno después, según me dijo, de haber pasado por Loreto y no haber encontrado allí más que al pavo.

—Amigo Borneo —me dijo—, mi vida epistolar continúa. Imagínese usted que ya se ha sabido la publicación que hace apenas dos días acordamos usted y yo. Y se ha sabido lejos de aquí, se ha sabido en Chañaral, sea a unos 480 kilómetros al norte de nuestro acuerdo, es decir, a tantos kilómetros hacia arriba como kilómetros hay hacia abajo para llegar a Mulchén, sitio adonde fue mi carta primera cuya copia usted ha escuchado, cuyo original mi amiga Zepeda ha leído, cuyo fondo ¡ójala! Yoni comprenda y apruebe... Y de Chañaral, por avión, se me ha increpado, por papel. Son dos palabras, no más. Puede increparse a un hombre con sólo dos palabras. Oiga usted.

Sacó de su bolsillo un sobre y de éste un papel arrugado. Miró papel y sobre largo rato. Al fin repitió:

—Oiga usted.

Yo respondí:

—Oiré.

Chañaral,
Octubre 14 de 1944

Sr. Artemio Yungay
Plutarco 1001
Santiago

Artemio:

Se ha sabido aquí que vas a publicar una tu carta a una dama que yo no conozco. Yo he sabido que allí se ventilan cosas íntimas de tu vida. Sé que no se trata de mí. Sé que no se podría tratar de mí porque, parece, me has olvidado. Yo también. Ojo por ojo. Pero hay un compromiso intelectual entre nosotros que yo no he olvidado. Tú, sí. Yo era..., dices tú; yo soy..., digo yo, tu inspiradora y consultora. Tú lo echas en olvido. Yo, no. Te prohíbo, pues, que publiques sin mi consentimiento. Si lo haces, quiere decir que eres un villano doblado de un belitre.

Nunca tuya,

Rufina Mardones

—¿Quién es esa persona? —pregunté.

—Recuerda aquel párrafo de mi carta: "... yo, señorita, que, después de un viejo fracaso amoroso-literario...". Ella es.

—Puedo asegurarle, amigo Yungay, que yo no he hablado ni una palabra sobre el particular.

—Ni yo tampoco. Con el editor sólo he tenido una conversación telefónica, exclusiva-

mente para fijar una entrevista: mañana a las 6. Onofre amigo, es que estamos en el siglo de los fluidos.

—¿Qué ha hecho o qué piensa usted hacer?

—Anoche medité la carta de Rufina. Hoy por la mañana le he contestado con carta explicativa y contundente. Acabo de enviarla, también por avión. Si usted lo permite, traigo aquí la copia...

—Encantado. Pero antes: si estamos en el siglo de los fluidos, y como tengo entendido que son ellos más veloces que cualquier avión, ¿por qué...?

—Veo adonde quiere usted ir. Los fluidos—según me ha explicado don Irineo Pidínco, a quien creo conoce usted, por los menos de nombre, con motivo del misterioso viaje de un globo de cristal a un fundo La Cantera— los fluidos, dice don Irineo, sólo pueden cargar las síntesis de las cosas, no los detalles ni pormenores. Son en el mundo hipersensible como en éste material las camionetas; no los camiones. ¿Me entiende?

—Perfectamente. Amigo Artemio, soy todo oídos.

—Gracias. Amigo Onofre, seré todo lectura.

Y Artemio Yungay leyó de este modo:

Santiago de Chile
Octubre 15 de 1944.

Señorita
Rufina Mardones.
Diluvio 33.
Chañaral.

Querida Rufina:

Mediocre Rufina, no sé verdaderamente en qué mundos vives y qué suelo pisas. Satanás, el maligno, ha hecho de ti su presa. Te ha clavado en una nalga el yo, el super-yo, el ultra-yo confundiendo tu mente a tal extremo que ya no distingues la carne del espíritu. Perdona este comienzo que más que tal parece increpación y te ruego pases a escucharme pues paso yo a explicarme.

¡Rufina! Créeme: siempre que mis labios susurran tu melodioso sonido, mucha ternura de mi buen corazón, créeme, vuela hacia Chañaral. Pero justamente en esto está lo malo, lo errado, lo confundido.

Rufina, óyeme:

Yo soy artista, como tú bien lo sabes. Por lo tanto canto. Pero no va por aquí la cosa. Déjame explicarme por otra vía. Tú no eres artista —lo que no quita que seas muy, muy buena y que por eso mi corazón vuele al son armonioso de tu nombre como acabo de manifestártelo. Pero no eres artista y como yo lo soy, resulta que soy artista y tú no, es decir, que al serlo yo y no serlo tú, no nos entendemos o, mejor dicho, hablamos diferente idioma —esto del idioma, por cierto que en sentido figurado. En fin, no sé si me explico. Por esto mismo paso a explicarme pero dando una vueltecita, por camino indirecto, que es así más sencillo llegar a la claridad cuando, como en el caso nuestro, una de las partes no es artista y la otra sí. ¿Me entiendes? Si no, ruégote escuchar y no olvidar que uno de mis temas de grata recordación es, y espero sea siempre, Chañaral.

Voy a contarte, Rufina, una anécdota de mi pasado de artista, se entiende; no de mi pasado de amante.

Iba yo cierta vez paseando por los campos. La víspera había llovido a torrentes. Ahora era un día soleado en pleno invierno. Ahora, pues, luz, aire puro y transparente y pajaritos. En una vuelta del camino, una casa. Árboles, por todas partes árboles. Al fondo, cerros azul oscuro y más atrás, la cordillera nevada. No sé qué fecha o aniversario sería pero es el caso que el propietario de la casa que mencioné, sobre un mástil muy, muy alto había enarbolado nuestra bandera. Como corría viento, la bandera flameaba. Tú sabes que ella es de azul, blanco y rojo. El azul jugaba con el azul de esos cerros; el blanco, con las nieves lejanas y los muros de la casa; el rojo no jugaba, era solo, único y por eso vibraba. Y todo aquello se encuadraba en los verdes de tantos árboles y no menos yerbas. Era finísimo el total y arrebatador en él la nota ondulante de la bandera. Yo, como artista, me emocioné y, emocionado, canté. (Canté escribiendo, se entiende –tú sabes que no tengo voz–. Canté haciendo un poema a la bandera y demás y a la luz solar que a todo bañaba). Bien.

Por tanto cantar allí quedé largo rato y no alcancé hasta una quebrada que era mi objetivo primero. Al día siguiente rehíce mi caminata con la quebrada fija en mi mente. El día siguiente fue nublado, gris sucio amarillento. No había cordillera. No soplaba ni un metro de viento. Por la noche había llovido otra vez. Todo destilaba. Yo me embarraba. ¡Qué feo era todo! Sin embargo no retrocedí y, a grandes pasos y con Terranplanteur, mi perro, al lado, avancé.

Por la lógica de las cosas pasé junto al panorama que 24 horas antes había admirado y cantado. Era otro panorama. No merecía ni una gota de tinta. Apresuré el paso. Pero fui detenido. La bandera, sí, la bandera de la víspera, me llamó y me llamó vieras tú con qué desplante, diría con qué impertinencia:

–¡Eh! ¡Caballero! ¡Sí, usted, el del palo y el perro!

(Yo siempre voy por los campos con un palo en la mano. Tú lo sabes. ¿Recuerdas, oh Rufina...? Mas no recordemos ni campos ni palos que ahora debemos tratar de otros tópicos). Bien.

Te decía que la bandera me llamó:

–¡Eh! ¡Caballero! ¡Sí, usted, el del palo y el perro! ¡Pare, pare!

Paré. Terranplanteur ladró. La otra siguió:

–Lindo su poema, caballero. Le doy a usted mil gracias. Ahora saque su cuaderno y un lápiz y hágame otro poema. Me encantan los poemas. Siéntese allí, sobre esa piedra y ¡a la obra!

Quedé lelo. El mundo entero me dio vueltas. Si no es por mi palo me caigo. Terranplanteur aulló.

¿Qué podía cantar? Todo era un conglomerado de plomizos van y plomizos vienen, y la bandera –¡qué bandera ni qué nada!– un trapo mojado, descolorido, goteante, apegado como gusano al mástil, ese mástil ayer destacado y airoso.

Rufina querida, ¿sabes lo que ocurría de verdad? La bandera había creído –cosa muy comprensible si consideramos con mente no artística– que mi poema había sido a ella, esa fabricada el día tanto, el mes y año tantos, colocada luego en la tienda tal, comprada en la fecha cual por un determinado señor, izada en un determinado momento, etc. y etc., niña, que ya tú estarás columbrando su craso error. ¿Comprendes? Es decir que si el señor en cuestión hubiese comprado en la tienda la bandera colocada inmediatamente encima o inmediatamente debajo de la que ahora nos ocupa, yo no habría cantado al ver flamear

en tonos armónicos sino que habría ido a la tienda a arrodillarme frente a su escaparate y etc. y etc., niña. ¿Hase visto majadería igual?

Rufina mía, no vayas a creer –¡por Dios te lo pido!– que oso aquí desmedrarte diciéndote que en aquellos tiempos de nuestra corta aunque buena colaboración literaria tú eras como flameante bandera al sol y que hoy eres un trapo mojado pegado a un palo cual un gusano. No. Repito: ¡no! Quiero decir otra cosa y, al decirla, vamos a ir penetrando al tema mismo, al misterio, a la ley. Oye, Rufina, que si no oyes y no entiendes vas a seguir por los años de los años con tu mente en confusión.

Rufina, hay un fluido.

Rufina, hay un fluido que pasa.

Rufina, hay construcciones anímicas que vibran, tiritan, significan, cuando pasa por ellas, compenetrándolas, el fluido que pasa.

Rufina, es así y no de otro modo.

–¿Y qué? –preguntarás tú.

Muy justo.

Es que aún no te he explicado debidamente la ley de los fluidos que pasan –¡miento!–, que siempre están pasando, que nunca han dejado de pasar desde que esta Tierra es esta Tierra, que nunca dejarán de pasar mientras sea esta Tierra la que es, Rufina.

Rufina, pasan los fluidos. Esto no es mi teoría, esto es la ley. Pasan.

Ahora bien, y ya que están pasando, necesitamos tres elementos. Bien digo, tres. (No olvides que nada hay aquí de mi cosecha; repito: es la ley). Los tres elementos son: 1º) los fluidos que pasan; 2º) aquello por lo cual pasan; 3º) quien repercute al sintonizarse con aquello por donde pasan y vibra al percatarse de lo que pasa.

Si esto te parece asaz embrollado, volvamos a mi canto a la bandera y, para tu mejor entendimiento, enumeremos los tres puntos en orden inverso y acarreándolo un tanto a la vida cotidiana:

1º) El que ha repercutido, claro está, soy yo (prueba de ello, mi poema); 2º) aquello, la bandera que me detuvo para admirarla, que me cautivó, que fue revelación; 3º) esto es más difícil pues es el fluido: es el fluido aquí –hasta un cierto punto, no lo olvides, hasta un cierto punto, no más– el viento que hacía flamear; el brillar solar que coloreaba; el sitio en que la bandera se hallaba; el contraste que sus colores producían, al hallarse donde se hallaban y no en otra parte, con los cerros azules, la blanca cordillera y demás; el hecho de haber llovido y ya no llover; el conjunto, el momento, hasta la mentalidad del señor que izó y la mentalidad del señor que ideó los colores y formas de nuestro pabellón; el suceso existente de ir yo –tu ex trovador, Rufina– por esa ruta, a esa hora y en ese día y gustar de los cánticos a lo bello; en fin, todo lo que sucede, lo que galopa y se pierde cuando los humanos se distraen; lo que lleva un mensaje al pasar; lo que –¡fíjate bien, Rufina!–, lo que golpea para llamar la atención, lo que hace de cuanto encuentra una pantalla para objetivarse, para permanecer, para que, objetivizado y en permanencia, los hombres perciban, ¡vean!

El fluido pasa, Rufina, mas, Rufina, el fluido es invisible, insonoro, inodoro, impalpable, insípido, pero hace de cada objeto un instrumento que tiembla con vibraciones capaces de ser cogidas por nuestros sentidos. Nosotros los artistas sólo tenemos una finalidad: buscar, coger el fluido. Nosotros consideramos objetos, personas, paisajes, ruidos, sucesos, bestias, campanas, sólo como pantallas, como barreras que al fluido atajan para revelarlo.

Si por barreras, si por pantallas el fluido no pasa en un momento dado, *ese no pasar es la única muerte que nosotros reconocemos, sobre la única que firmamos una defunción.*

Todo lo demás es para nosotros vida. Si lo sabrá Tártara Tigre... ¡Disculpa, oh, Rufina! Escribí sin darme cuenta. Volvamos definitivamente a nuestra bandera.

Comprende, pues: todo en un momento dado puede ser bandera; todo en otro momento puede dejar de serlo. Todo puedo serlo para un sujeto *A* (asunto de la sintonización, ¿entiendes?), junto con dejar de serlo para un sujeto *B* (por igual asunto, ¿entiendes?). La cosa estaría entonces en los sujetos, dirás tú, llámense *A*, *B* o *C*; en ellos estaría ver siempre vida o siempre muerte; en ellos hacer vivir o matar; y esto, sean quienes sean, *A*, *B* o *C*—como las niñas de lindas manos... ¡Oh, Rufina! Un mosquito, como si fuese una carta, me zumba y me retrocede. No importa. Sigamos. No hay vida ni muerte entonces. Yo diría mejor que todo es vivo y muerto a la vez. Lo que no hay son *personas con derechos perpetuos*. Si no hay personas, Rufina mía, no las hay. Las personas son pantallas, son reflejos, reflectores al revés, que no dan sino reciben, almacenan y muestran luz. No hay personas, te repito. Y esto no es un menoscabo para ti puesto que, al no haberlas, tampoco soy yo. Ni nadie. No es menoscabo ni cosa que se le parezca. Yo no menoscabo a nadie. ¡Qué diferencia contigo que me apodas “villano” y “belitre” por añadidura! Cierto es que te dije “mediocre”. Pero esto se justifica ya que justificándolo estoy. ¿Dices que no? Rufina, por Dios, acuérdate de cuando en nuestros buenos tiempos, mientras yo escribía, tú fotografiabas. Recuerda más: aquella silueta a contraluz entre dos altas rocas; al fondo, embravecido, el mar. Ampliaste esa foto, obtuviste con ella un premio en un Salón. Más de dos mil fueron las personas que te congratularon. Asististe al agasajo general de los laureados. En ese agasajo lo que más se oía era: “¡Ah, esa figura a contraluz!”. Algunos, más explícitos, precisaban: “¡Ah, ese hombre a contraluz!”. Me quedo en esta precisión: “ese hombre”. Pues bien, cara Rufina, ¿puedes decirme quién era ese hombre? ¿Qué edad tenía, dónde vivía, qué profesaba? ¿Era soltero o casado? ¿Viudo? ¿Rico o pobre? ¿Amaba el mar o allí mirándolo se aburría? ¡Nada sabes de él ni jamás nada sabrás! Pues bien, imagínate ahora que ese hombre se presentara a tu casa, sí, a tu propia casa, ahí al 33 de la calle del Diluvio, y te exigiera una planilla de peticiones porque él fue el efecto maravilloso; él, la sombra sobre el brillo de las olas; él, el centro del total; él, la nota artística; él, el productor de tu premio; él, el permiso para asistir a los sitios de honor del agasajo; sin él... ¡la nada para ti, Rufina mía!

¿Tendría razón el tío en cuestión? Sí y... no. Sí, porque es él el retratado, él y ninguno otro. Pero, pero —no nos engañemos, amiga—, tú, amiga, rechazarías la tal planilla y te asustarías creyendo encontrarte ante un loco. Él fue, sí; pero él no fue pues ni siquiera sospeché que había sido. Y ni tú ni yo tampoco sospechamos cuántas veces hemos sido para otros visión, armonía, color, arabesco, reflejo, acorde y hasta tal vez también repentina solución de un intrincado problema, filosófico o sentimental, que un desdichado no atinaba a aclarar y que nuestra insospechada aparición o nuestro insospechado pasar aclaró. Sí, Rufina, como la manzana aquella de Newton... ¿Tendría derecho alguno esa manzana como individuo aparte entre todas las demás manzanas? No, Rufina, no. Somos todos manzanas, tú eres manzana. Y un día —torvo día para ambos, pues lo fue también para mí, ¡oh, cree!—, un día no fuiste más manzana. El fluido sopló en otro sentido, movió otras banderas, levantó otras polvaredas. Tu integridad personal no se alteró, por cierto. Ni mi amistad ni mi cariño se sintieron dañados. Pero entiende, preciosura: mi colaboradora e inspiradora no era doña Rufina Mardones, chilena, soltera, tal edad, domiciliada en... etc.,

cédula de identidad número tanto, etc. Mi colaboradora e inspiradora era un fluido que tanto tú como yo llamamos Jacinta Matutina, ¿recuerdas?. Jacinta Matutina era aquella que... ¿Entiendes? Fue Jacinta Matutina el nombre que dimos a aquello que... ¿Qué? Rufina: que fue un fluido que yo percibí, que yo pude percibir porque una pantalla lo detuvo y ante mis ojos atónitos lo mostró. Esa pantalla fuiste tú. Pasó el fluido, cesó la pantalla, se cegó el contemplador. Se dobló la hoja. ¡A otra cosa! Tú volviste a ser Rufina Mardones, chilena (aunque sé quisieras ser vienesa), soltera (aunque después de tu carta increpatoria, me temo quisieras ser casada y de Yungay), 37 años (aunque seguramente preferirías 27), domiciliada en Chañaral, en el N° 33 de la calle del Diluvio (aquí nada pongo en el paréntesis pues ignoro si te place donde estás; yo me placería y complacería, según creo, pues melódicamente suenan a mis tímpanos esas suaves tres sílabas de Cha-ña-ral). En fin, dulce amiga, tú vuelves a integrarte en el número de tu cédula de identidad sin que –¡fíjate bien!– jamás hayas salido de él ni puedas salirte de él jamás, azótente o no azótente los millones de fluidos que cruzan y recruzan nuestra atmósfera en busca de pantalla para educación y mérito de todos los talentosos ciudadanos que pueblan el planeta. Y basta, ¡basta! ¡Si hasta una hormiga comprendería el caso! Villano seré y belitre si tú quieres. Bien. Entonces quiere decir que la lógica, la razón y la gran visión están en este momento y en este mundo con los belitres y villanos. Rufina: ¡toma!

Ésta es la ley. Nada más te diré sobre ella. A ti obtener las buenas conclusiones y aplicarlas, a ti palpar las malas condiciones y evitarlas. Ahora, por benevolencia y antes de enviarte mi adiós postrero, diréte dos palabras sobre *la clave*.

Rufina, oye:

Has de saber, árida amiga, que para crear, para dar a luz, para que algo venga a la vida, para que donde había dos haya ahora tres, es menester –como este último entrecomas lo indica– que empiece por haber dos para que luego de dos venga uno y sean tres.

Uno solo no es. Uno es igual a Cero (1=0).

(No repitas esto en Chañaral. La gente de allá, no por ofenderla, no sólo te tildará de embustera sino que además podría considerarte cual trastornada mental. ¡Y qué lejos de eso estamos! Al saber tal hermetismo, justamente te alejas un paso más de cualquier trastorno pues un paso te aproximas a la verdad. No lo repitas en Chañaral. Y tampoco repitas –es la multitud tan maldiciente– que, al percatarme yo de que ambos sabemos algo ignorado por esa y por todas las multitudes, repercute en mi pecho vibrando un lazo que nos une, un lazo que, con poco que se estire, bien podría trocarse en sensación de amor. Pero no, no y no. La palabra “amor” me es vedada. Yo soy, yo voy... No. Yo soy. Eso es: yo soy Tártara Tigre y todo lo restante enmudece. Así es. Es decir que moriré muy en breve. ¿Puedo entonces hablar de amor? Moriré... ¡Ah! Sí y no. Para vosotros y vosotras, claro está, moriré. En realidad viviré, por primera vez ¡viviré! Pero esto ya rige desde otros arcanos que tú ignoras, arcanos que sólo indiqué al hablarte de la bandera y del fluido que la ondula e ilumina. No debo decir más. Sólo debo decir: viviré. Sí, te lo aseguro, os lo aseguro aunque creáis que he muerto y vayáis al camposanto a depositar flores frente a mi memoria. ¿Muerto yo? ¡Ja, ja! Para vosotros que nada comprendéis estaré muerto. Y de vosotros y de vosotras, mentes huecas, sale el insulto para mí de: “villano, belitre...”. ¿Qué os habéis imaginado? ¡Ja, ja! Vosotros seréis los villanos y los malditos belitres. ¿Villano yo? ¿Belitre yo?

¡Ji, ji! Tú y tus gentes tal vez lo serán y no sólo eso sino además follones y pestilentos!).

¡Oh, perdona, Rufina tan estimada! Soy arrebatado y cosquilloso. Perdóname. Volvamos dulcemente al arcano de nosotros dos, al que dice: "Uno es igual a Cero; $1=0$ ".

—¿Uno igual a Cero? —preguntas—. ¿Y los ermitaños?

Ya lo sé, amiga, ya sé que un ermitaño no es un cero, que mucho puede ser. Recuerdo tu justa fe en ellos pues recuerdo al que habitaba allá, aislado de todo contacto humano en medio de las arenas tórridas del norte de Chañaral, alimentándose de los pétalos y estambres (no comía pistilos) que el viento sur llevaba desde los jardines citadinos hasta su estéril colina. Recuerdo que su único mobiliario consistía en un micrófono. Recuerdo los pequeños altoparlantes que bajo sus almohadas ocultaban las doncellas chañaralceñas para oír, a espaldas de sus padres, las palabras del sabio solitario incitándolas al amor no sólo con los donceles de la ciudad sino además con los cangrejos del estero y los langostinos del inmenso mar. Recuerdo. Ya te explicaré este caso y reconoceré que un ermitaño puede ser un fecundo creador. Mas ten paciencia. Vamos, justamente, a la clave de todo lo que fecunda o es fecundado y tus conceptos se ampliarán.

Has de saber, Rufina, que para que algo nazca hacen falta dos. Ya te he dicho: uno es infecundo; tres o más es demasía. Dos es el número. Pero hay nacidos y nacidos. Te diré mejor: hay dos tipos de nacidos: los orgánicos o seres; los inorgánicos u obras. No te asustes; sigue. Orgánicos son los que comen y a su vez dan nacidos como ellos; inorgánicos son los que no dan nuevos nacidos, que son únicamente hijos y no padres, y no comen. Como ejemplo de los primeros te daré: nosotros los humanos, los cocodrilos, los abetos y demás; de los segundos citaremos: las telas al óleo, los sonetos, las sonatas, las locomotoras y demás. ¿Entiendes? No me vengas con que hay entre los primeros seres bisexuados. Éstos, créemelo. ¡Oh, Rufina!, son dos. Que se presenten en uno, nada quiere decir. Es como si tú y yo nos resolviésemos —y Dios quisiese ayudarnos en ello— a vivir presentes en un solo... rollo, diría —no encuentro otra palabra—, unidos siempre, envueltos en una sábana y apretados por ella. El lego diría que allí hay uno siendo que habría dos. Así es en esos bichos o seres bisexuados. Es algo, por lo demás, que no vale la pena ensayar pues resultaría muy monótono aunque, no lo niego, acaso muy agradable. Y de otro lado está Tártara Tigre... En fin, volvamos al tema.

Los nacidos orgánicos tú sabes cómo se reproducen. Yo también. Mas, aunque sabiéndolo, no sé si hayas reparado suficientemente en un punto: el hombre fecunda, la mujer concibe. ¿Que ya lo sabías? No importa. Fíjate bien que te lo voy a decir con otra fórmula: el hombre es positivo y la mujer es negativa. Clávate esto. ¿Conforme? ¿Conforme con que el hombre necesita un instante, plantar, depositar, y la mujer, gestar, elaborar, parir? Bien. Y vamos llegando al grano. Helo aquí, el grano o clave, si prefieres, sí, clave, por si vas a hacer nuevos intentos; la ley preferiría que la llamaras si vas sólo a contentarte con aumentar tus conocimientos.

Rufina: para los nacidos inorgánicos la cosa sucede a la inversa. Ni más ni menos; a la inversa.

¡Aah! Ésta tú no te la esperabas, banderola que ya no flameas... Sigamos.

Has de saber, Rufina, que para los inorgánicos —ya sabes: las pinturas, los sonetos, las sonatas, las locomotoras, etc.; agrega tú, ya que tanto te gustan, los fonógrafos; y agrega las escenas de amor con dichas y desdichas ya que tales eran las que juntos escribimos—,

has de saber que el hombre es aquí el negativo y la mujer la positiva. Pues ella es la que fecunda, ¿cómo?, con ¡fluidos! Esto llámalo si más dulce suena a tus oídos: ella es la que inspira. Y él, él es quien concibe, él es quien elabora haciendo de su cerebro y corazón un vientre, quien da a luz haciendo de su mano que escribe, pinta, compone o modela, una vagina. Si vosotras, hembras innumerables, desapareciérais del planeta, nosotros no crearíamos más. Las obras del arte y de la ciencia terminarían. ¿No? Sí. Piensas en tu ermitaño y, por extensión, en los demás ermitaños que te gustaría escuchar. Por mayor extensión aún piensas en tantos creadores a quienes nunca se les ha conocido una bella al lado fecundándolos. Error, profundo error si por esos pensamientos pones en duda lo que aquí te avanzo.

Óyeme, Rufina:

Esto de los nacidos orgánicos e inorgánicos es, como todo, una comparación, un símil; no una exactitud. En brevísimas palabras voy a narrarte un solo aspecto de la cosa, el aspecto de la diferencia de ambas cosas así como ya narréte un aspecto de similitud. He dicho "brevísimas palabras" porque voy considerando demasiado extensa esta misiva, no en cuanto a la relación entre el número de páginas con el tema que abordo sino entre dicho número con la persona a quien se le destina pues me es imposible echar lejos de mi mente aquello del "villano y belitre". Quien así apoda merece sólo una tarjetuela. En fin, ¡qué hacerle! Soy magnánimo y llenaré breves cuartillas aún.

Imagínate, Rufina, y créeme (pues hablo sin recurrir a mi propia cosecha —ya te lo he dicho— y basándome en altas autoridades en la materia), imagínate y créeme que el agente fecundador de la mujer, el que genera inorgánicos, o sea obras en las ciencias y en las artes, es inmensamente más sutil que el otro agente (tú comprendes a qué me refiero; si no lo comprendes, pues bien, aquí va: que los espermatozoides). Es tanto más sutil que no sería exagerar el decir que es un fecundador abstracto. Al menos lo es —puedo afirmarlo— hasta hoy día. Acaso más tarde con hiperultramicroscopios pueda percibirselos. Entonces la humanidad en éxtasis los contemplará meciéndose en el éter, yendo y viniendo por él, y con gracia y destreza los veremos evitar las burbujas de aire que se verán monumentales cual arcos de triunfo, cual egipcias pirámides. Así seguramente los veremos meneando sus finísimas colitas. ¿Irán a tener colitas? Rufina, no lo sé. Lo que no quita que podamos seguir tratando nuestro asunto.

Es sutil este agente. Es apremiante. Sólo pide fecundar, encontrar el recipiente. Es nacido y es escapado del amor de los seres femeninos. Estos seres —ellas— lo llevan en sí y lo desprenden sin saberlo. Flota. En algunos puntos flota como madero a la deriva sobre el mar. A veces su susurro casi mudo halla eco en una testa masculina que a la deriva también iba aburrída, ordenando moverse y pasear por valles y colinas a un cuerpo aburrído como ella. Otras veces pasan lado a lado y ningún acorde se produce. ¿Por qué? La testa en cuestión no estaba apta todavía o no lo estaba ya para la fecundación. (Como en el mundo de los orgánicos; en éste, no me negarás, ¡qué de cópulas se pierden!). Entonces ambos, agente y solitario caminante, se siguen aburriendo. Lo que al primero le ocurre, además del hastío, lo ignoro. Cuanto al segundo, siente como un llamado, un tintineo, un algo insólito, mas, no propicio a concebir, sigue su paseo encontrando muy curioso lo ocurrido, catalogándolo luego en "cosas que se suceden mas sin importancia", calificando de semilocos a los que a tal fenómeno le prestan atención, y, por fin, por su súbita turbación, dando un tropezón si hay a su paso una piedra y culpando enfadado al caminero que

no la quitó, en vez de culparse a sí mismo o al sutil agente que a su oído le vibró. Así flotan en algunos puntos.

En otros puntos se juntan y son arrastrados en vertiginosas corrientes. Y entonces, mente adecuada que encuentran, la fecundan sin ni siquiera gritar: "¡Agua va!". Entre tantos y tantos hombres que atraviesan, ¿cómo no ha de haber más de uno que esté en estado? Tiene que haberlos, Rufina. Éstos sienten, como el paseante anterior, un llamado, un tintineo pero en vez de seguir su marcha o reposo, se agitan, se sienten solicitados, necesarios, y... acometen. Una misión que cumplir se ha anidado en ellos tal como tú has visto anidarse a la pajarita en su vivienda forestal. Rufina: ¿te explicas ahora a tu ermitaño? Ese hombre, como todos sus semejantes, está embarazado y pare y pare el buen hombre a través de su micrófono y sus altoparlantes incitando a las doncellas a que fecunden y fecunden con amor a todos los donceles, a la naturaleza entera, especialmente a cangrejos y langostinos. ¿Por qué a éstos más que a otros? No lo sé. ¿Cómo voy a saberlo yo?

Hay otros ermitaños, no lo ignoro, que predicán lo contrario. Ninguna almohada doncellina cubre sus altoparlantes.

Hijita, el que toda obra venga del amor no es razón para que todos prediquen el amor. Hay quienes consideran que es una gloria para el hombre trabajar; los hay que consideran que es un estigma. Unos ponen el acento en la fecundación; otros, en el parto. La fecundación es dulce; el parto, doloroso. Por lo demás no es el caso de que tales tópicos se traten aquí. Sigamos.

Lo único que me resta por decirte es que hay otro grupo de hombres, el mayor sin duda –así quiero creerlo– cuyas mentes no son fecundadas como en los casos anteriores sino directamente. Ella lo ama, él también. Entonces ella infla sus bronquios y pulmones con el aire de lo infinito –ese aire que no es el mismo que habitualmente respiramos para oxigenarnos mas que va con él mezclado, divina combinación de aire, éter y amor. Así infla y se infla ella, la vibrante criatura. Y luego expele anhelos de vida, de formación, de levantamiento, de asentimiento y noble seguridad para prosperar y avanzar. Él absorbe todo esto, se siente inefable y pretende potencia a su vez. Al sentir la inspiración cuajada en cada una de sus fibras, jura, arrobado, idear, hacer, crear. Queda mentalmente embarazado y luego pare, dolorosa o alegremente, pero pare.

Él la adora, ella lo desprecia, ella, despiadada, lo aborrece... Es igual. Todo el proceso anterior repítelo aquí. Que un beso al claro de luna o un lágrima en medio del sol, son sólo cosas que vemos nosotros mas que no se registran en este inmenso proceso de la fecundación invisible.

Rufina: Ésta es la ley y la clave.

Rufina: ¿Fue éste nuestro caso? Medítalo. Medítalo recordando aquellas auroras que juntos contemplamos y que, en nuestros éxtasis, apodábamos "auroras cuasi boreales". Bajo su luz nos besábamos. Y de esa luz y de esos besos yo arrancaba un poema que frenético escribía y tú luego emocionada escuchabas. Así tú poseías y yo era poseído. Rufina...

Tú poseías... Tú... Y aquí es donde te turbas y perturbas, donde te bifurcas y no atinas. ¡Santo Dios! ¿Hasta cuándo la misma vulgar historieta? Y osas llamarme un belitre, un villano... ¡Calla! ¡Follona!

Aquí, por haber, por tener, por haber tenido yo que murmurar el nombre de "Rufina", tú has caído en la ilusión de la cédula de identidad, en el error de identificar tu carne y huesos con el don-naturaleza que la mujer posee de ser pantalla, eco del susurro fecundante. Crees que mis poemas son y han sido –¡y aun pretendes "serán"!– para lo social y

nacionalmente denominado "Rufina" y "Mardones", para eso domiciliado en Diluvio 33, para aquello que gusta de las espinacas y hace muecas ante las coles, para quien hoy, en Chañaral, mírase a un espejo y proclama: "¡Héla aquí!"

Error. Mentira.

Te lo he dicho ya cien veces.

Tú sólo fuiste aquello por donde el superaquello pasó. Yo fui quien pudo, gracias a su potencia visual, ver ese superaquello pasar y, gracias a su mente siempre abierta a los fluidos y flujos de lo infinito, ser fecundado en próximos poemas para *ello*, no para el vehículo que sirvió como transporte.

Y ahora reclamas y haces valer derechos... ¡so pantalla!

¿Es que soplan ahora tales fluidos, flujos y reflujos? ¿Es que tu semen sutil y abstracto es fecundante aún? ¿Es que lo tienes siquiera? Y aunque lo tengas, ¿es que hoy día es ese tu semen el destinado y propicio para las decenas de ovarios que bullen dentro de mi cráneo?

¡Ah! Sobre nada de esto habías meditado. ¡Vuelve, te lo pido, a mirar la foto aquella con el hombrecito a contraluz y anda luego a charlar con él! Si es que sabes –¡ja, ja!– quién es.

Rufina Mardones: Si alguna duda cábete aún, si aún crees ser la predestinada a cumplir la misión que reclamas, si aún crees que en ti retumban los gérmenes que en mí han de fructificar, si tantas y tan bellas cosas crees, entonces responde:

¿Por qué, por qué, Dios santo, un buen día te marchaste a Chañaral? Respóndeme, sé lógica y consecuente: ¿por qué?

¡Aaah! Porque un buen día en ti primó tu cédula de identidad, el número que ella lleva, tu nombre y tus dos apellidos: Mardones y Mardones. Por eso. Confundiste. Y por eso coqueteaste. Coqueteaste a deshora y fuera del tiesto. Pues ya no hacía falta hacerlo. Para terminar esta interminable misiva, escúchame una última vez:

Tú creíste que con tu ausencia mi pasión se acrecentaría. Estos juegos, mujer, están bien en un principio. Pero cuando ya se está en plena reproducción, abandonar la arena es interrumpir el..., en fin, la colaboración, es romper la unión mágica, es esterilizar. Te esperé pacientemente. No volviste. Perdiste tus atributos. Y hoy... Oye: Hoy yo espero una carta de Mulchén y un salvoconducto como consecuencia de esa carta. Si lo consigo, no me queda más que decirte para siempre adiós. ¡Qué diablos! No tenías ninguna necesidad de escaparte a más de 480 kilómetros hacia el norte. Pero si no lo consigo, si se me niega el permiso para empezar mi existencia sub-terra, entonces, muy bien, aquí estoy, sí, señorita Mardones, aquí y muy aquí, en Plutarco 1001, en nuestra metrópoli, nada menos. Aquí te espero. Cumple tu cometido. Interésate, como antaño, por la creación vívida de quien te amará. Regresa pletórica de abstracto y artístico esperma. Yo te prometo tener mente receptora. Rufina, yo te prometo más: si de este modo tú cumples, si de este modo aceptas el cargo y rango que la naturaleza os ha dado a vosotras las hembras, yo te prometo, ¡oh, Rufina; oh, Mardones!, cumplir a mi vez con mi rango y cargo, con mi papel de signo positivo y fecundar tu hermoso vientre con el mismo ahínco y la misma proliferación que tú emplees respecto a la fecundación de mi hoy yerma cabeza.

Mas date prisa. Mira que si el permiso ultratumbino no me es acordado, no podré seguir eternamente en espera 480 veces kilométrica pues ardo en ansias –si a flor de planeta he de seguir–, ardo en ímpetus de ser fecundado y también de fecundar.

Tú terminas tus palabras diciéndome: "Nunca tuya". Permíteme ser siempre galante y generoso y terminar las mías con un
Siempre tuyo,

Artemio Yungay

Quedamos largo rato en silencio. Había que decirle algo a este hombre. Pero no encontraba ninguna frase apropiada. Por lo demás no fue necesario hablar. Ese hombre de pronto cogió su sombrero y su bastón y se marchó sin dejarme preocupaciones pues lo vi con rostro sonriente y ademán resuelto. Es decir, no me dejó preocupaciones por él ni por mi silencio después de su lectura; pero sí me hundió en negros conflictos míos. Porque en esto de Yungay y la Mardones había una semejanza muy marcada con lo mío frente a la partida de Guni. Ahora una bandera flameaba a ratos para luego arrugarse sobre la persona de Guni, dentro de su persona. Guni se transformaba en bandera y esta bandera descifraba, empezaba a descifrar el enigma de la mandioca. ¡Ah! Ahora voy entendiendo por qué se marchó. Es decir, seamos verídicos, por qué yo la hice alejarse. Bien está la cosa: resulta, pues, que ella no se ha marchado sino que yo la eché a marcharse... Pero seamos justos además de verídicos. ¿Yo haber hecho tal tropelía? Por la bandera de mi amigo Artemio pasaron, en un momento adecuado, el viento, la luz solar, una casita blanca, grandes pinceladas de nieve, muchos árboles, un cielo azul y, previamente, una ocurrencia, acaso una idea de un propietario rural. Luego todo esto siguió su camino —¿dónde estará ahora?— y llegaron grises, aguas, inmovilidades. ¿Qué tuvo Artemio Yungay de culpa en ello? Que yo columbre, nada. Y si nuestros casos son semejantes, nada yo tampoco. La bandera se apagó y apagada se agachó. Guni se apagó —¡no la apagué yo!— y se fue, se fue. ¡No la fui yo! Todo esto es cuestión de fluidos y en ellos no tengo arte ni parte. Nada debo reprocharme. Prueba de ello es lo siguiente:

Guni:

Heme aquí. Heme donde tú me pidas que me heme o que me halle, si prefieres: La Torcaza, Carlomagno, La Cantera, Loreto, donde sea. Espero, si lo deseas, la mutua fecundación.

Onofre

Mas... ¡Santo Dios! ¿Qué he estado haciendo? He colocado con demasiada exclusividad el acento en esa niña y en su viaje. Toda mi atención ha sido cogida por su Bárbara y su Colomba. A ellas tres se ha reducido mi existencia. ¿Es posible? Empiezo a percibir cierta claridad en medio de tales tinieblas. Demasiada absorción. ¡Claro! Por eso languidecían mis tareas biográficas. Por eso la médula de *Umbral*, abandonada, se descompone. ¡Claro está! Por eso ha sido necesario que a mí, el biógrafo, hayan acudido en tropel, por esas callejuelas cercanas a Loreto, mis personajes más representativos, trayéndome en andas a uno nuevo y desconocido para que me leyera su correspondencia y provocara en mí este proceso de recordación hasta culminarlo aquí escribiendo: "Demasiada absorción". ¡Claro! Por eso languidecían mis tareas biográficas.

Mis personajes acudiendo en tropel...

Un paréntesis pido, ¡ay de mí!:

(Ya no son personajes, son de carne y hueso, ¡si lo sabré yo! Dude quien quiera –¿qué más a mí me da?– si los personajes pueden hacerse carne; alegue otro que lo que ocurre es una proyección a seres callejeros de lo que un día fue imaginado; afirmen, los más metidos a filosofar, que los prototipos humanos siempre están, siempre son, y que lo que acontece es que el escritor, a fuerza de imaginar y meditar y laborar sus meditaciones, logra al fin el don de percibir esos prototipos en medio del tumulto de la vida cotidiana. A mí, ¡qué más me da! Sólo sé que siento ahora que me asedian, que son vivos, que me visitan como si tal cosa y que, si no estoy en casa, me dejan sus respectivas tarjetas).

Total... Bien; ¿cuál es el total? Veamos:

Debo volver a ellos, los personajes. Por mucho que me atormenten con su existencia de carnívoros de aceras y calzadas, debo enclaustrarme aquí en Loreto, o donde sea, y seguir el plan trazado de lo que les sucedió en pasados años aunque a ellos, si lo leen, no les parezca verdad y lo nieguen. Éste es mi deber y no hay más. Ahora bien: un pequeñito (insisto en decirlo así en diminutivo) inconveniente cuelga entre ellos y yo, una frágil (insisto) cortina. Ella es mi preocupación por el asunto que ahora llamo “de la bandera”. Debo, pues, antes que todo, dilucidar este asuntillo (vuelvo a insistir). Su clave la tienen, sí, la tienen...

¡Bárbara y Colomba!

Sólo ellas guardan el secreto. Habían empezado a descorrer todos sus velos ante mí. Allá en La Torcaza, en mi silenciosa catedral con sus luces tricolores: amarillo, rojo, azul. Y yo me escapé... ¡Insensato! Me escapé para alquilar y estrenar un departamentito moderno con fonógrafo... Y para luego tener que ir a escribir a casa de un amigo... No es posible. Pongamos todo en orden y empecemos por el primer punto.

Mañana, sin falta, partiré a La Torcaza a entregarme a vosotras

¡Bárbara! ¡Colomba!

44

(Azul)

Salí de mi departamento a dar una vuelta, la vuelta de marras, de ventilación. Mi estrella guió mis pasos al regresar a Carlomagno para hacer mi equipaje. Pasé por Marcoleta. Pasé frente a la casa de Rosendo. Y aquí las cosas cambiaron. El cambio empezó con una sensación de remordimiento. Se presentó a mi memoria la biografía de mis amigos y verifiqué nuevamente el abandono en que estaba. Tuve un brusco cambio de valores: Bárbara y Colomba retrocedieron y el primer plano fue ocupado por mis personajes. Volví a ver el cortejo con Artemio Yungay en andas y la posibilidad, si continuaba preocupado sólo de mis asuntos, de que me leyeran nuevas cartas y me enredaran en nuevos líos como el del conocimiento de la señorita Mardones sobre la publicación de la misiva a la señorita Zepeda. Además recordé que yo mismo me había dicho muchas veces que aplazar un asunto de importancia porque antes hay que..., para que entonces sí las cosas se hagan como...,

es y ha sido siempre pretexto para evitar el asunto justamente porque es de importancia. Pero la importancia podía también encontrarse en las damas de La Torcaza. ¿Por qué los Lorenzos, Rosendos y Cía. habrían de primar sobre aquellas dos maravillas que se llaman Bárbara y Colomba? La única respuesta posible es porque aquéllos es algo que hay que hacer; y éstas, algo que de pronto ha sucedido. Pero así podría discutirse o se podría divagar —que es más o menos lo mismo— por los siglos de los siglos. A pesar de todo me inclinaba a poner la mayor importancia sobre la biografía pues su realización tenía un dejo de deber mientras las damas torcacinas no carecían de uno de placer. Y una costumbre milenaria —ignoro si cierta o errada— nos ha acostumbrado a pensar que lo importante es lo que toma contornos de deber contrariamente a lo que los toma de placer pues éste es siempre..., es...; en fin, no sé bien qué es; digamos entonces que no es lo que debe ser. Extraña filosofía o moral, extraño pretexto. Si no es tanto, en todo caso a mí me lanzó una duda que tomó sitio en mi mente y desbarató mis propósitos: ¿Loreto con mi cuaderno, mi lápiz y el pavo?; o: ¿La Torcaza con ambas damas? La duda. Vale decir el desasosiego. Y de éste al vacío no media mayor distancia. Apresuré el paso. Tal vez la vista de mi maleta y su arreglo aclararían mis decisiones. Tal vez Carlomagno 106 al fin ofrecería a su huésped un buen servicio ya que hasta ahora sólo se había prestado para tocarle su fonógrafo, servirle de sus botellas y ponerle puerta afuera cuando quería él entrarse en sí mismo. Por lo demás no sería la primera vez en la historia de la humanidad que una maleta en vías de arreglo solucionara el destino de un hombre.

Llegué a Carlomagno al anoecer. Coloqué a un lado de mi mesa todas las prendas necesarias para mi viaje y una novela policial; al otro lado, mi maleta —mi maleta... ¡único objeto que aún me restaba de mi paso por Londres!—, abierta, vacía, interrogante, abismal. Como mi partida sería al día siguiente por el tren de las 2 y 15 de la tarde, tendría toda una larga mañana para acomodar el contenido en el continente y, al colocarlo, decidirme. Ahora, reposar y no cargar el estómago. Un poco de frutas y un plato de corn flakes cual ese digno y recordado capitán del S.S. Camaleón, del malogrado Artemio. ¡Qué de alcances de nombres y de ironías hay en este mundo! Yo, que voy a llevar corn flakes dentro de breves instantes, me nutriré y me fortaleceré con ellos; él, el capitán, que los llevaba como denominación y afirmación de su existir, él, con ellos en su ser total, voló en Marsella y se pulverizó para sólo venir a rebotar, años después, en un clamor de amor...

Comí y me acosté.

Soñé.

(Noto que en mi vida hay a veces una lógica admirable; los hechos se suceden bien encadenados y prestándose innegable ayuda. Acababa yo, sin duda, de penetrar en uno de esos períodos. Prueba de ello es que esa noche soñé).

He aquí mi sueño:

Me hallaba en una feria en Londres (¡oh, mi maleta!). En la feria había un carrusel en que se alternaban los caballitos de palo con unas pequeñas carrozas de palo también y extremadamente pintarrajeadas. Al principio vi en ellas, como en los caballitos además, todos los colores del arcoiris. Mas luego, prestando mayor atención, pude cerciorarme de que sólo había tres colores: amarillo, azul y rojo (¡oh, mi catedral!). Sólo dos de estos vehículos estaban ocupados: un caballito y una carroza. Sobre el primero giraba Bárbara; en la segunda, recostada, pasaba Colomba. El organillo central tocaba la canción de Yungay (¡oh, mi buen amigo Artemio!). Yo estaba a punto de saltar para incorporarme al carrusel de mis damas. Pero vacilaba si irme a la grupa del caballo de Bárbara o al lado de

Colomba. Otra vez la duda me asediaba, ahora reduciéndose e implantándose dentro de uno de los lados de la duda mayor, lado que, visto junto a mis personajes, aparecía como una perfecta nulidad. ¿Bárbara? ¿Colomba? Dudaba yo.

De pronto una mano me cogió del brazo. Era Rosendo Paine. Me hizo seguirlo hasta un cuaderno abierto y en blanco. Nos recostamos en sus páginas. Rosendo cogió el borde de una de sus tapas con su mano derecha; yo cogí el borde de la otra con mi mano izquierda. Y cerramos el cuaderno. ¡Qué bien se estaba allí dentro! Era como un lecho muelle y fragante. De pronto nos ofrecimos mutuamente un cigarrillo de nuestros respectivos e iguales paquetes y nos aceptamos las ofrendas (¡oh, la película *Una noche en la Ópera*, de los hermanos Marx, cuando Harpo y Chico se ofrecen y aceptan mutuamente un salchichón!). Luego empezó a decirme, alzando más y más la voz, que ya que las dudas habían caído sobre mí, dejara mi narcisismo de lado e, investigándolas siempre, me ocupara de las tuyas y no de las mías. Entonces Lorenzo Angol, desde lo alto de la tribuna –porque ahora y por obra de magia nos hallábamos, Rosendo y yo, sentados en sendas butacas frente a una tribuna–, pronunció un discurso aprobando sin reservas las palabras de su amigo. Lo cual aplaudió con frenesí Desiderio Longotoma, quien, luego de haber aplaudido, me envolvió en su amplia capa, la que no era ni más ni menos que una gigantesca hoja de níspero. En seguida me preguntó:

–Amigo autor, ¿debo creer que todo aquello de los conos fue gratuito y sin prolongación alguna en la vida de todos nosotros? ¿Debo creer que ese heroico ratonzuelo murió en vano? ¿Debo creer que mi firma, estampada aquí en esta mi capa-hoja, no tiene valor alguno?

Y mientras así me interrogaba y esperaba mi respuesta, guiñaba sus ojillos con velocidad inaudita.

Se presentó entonces Baldomero Lonquimay. Llevaba un pavo agarrado a su índice derecho (¡oh, el pavo de Loreto –sitio de mi labor– y el índice de Palemón de Costamota!). Baldomero Lonquimay callaba con los ojos cerrados. El pavo habló:

–Yo soy mi amo y mi amo es yo. Yo me nombro Baldomero y me apellido, Lonquimay. Él es el Segundo, el tremendo Segundo, aquel en que todo acontece en todo lugar y todo tiempo. ¿Lo has olvidado también, ¡oh, Borneo!, como olvidas las dudas de Rosendo Paine?

Empezó a caer una lluvia de agua que luego se transformó en lluvia de fuego para terminar en lluvia de salitre (¡oh, nuestra riqueza nacional que languidece!) y culminar en mi repentino despertar.

En efecto, desperté. Vi mi reloj. Marcaba las 2 y 15 de la madrugada. ¡Oh, ironía! La hora, doce horas después, de la partida del tren a Comepumas, es decir, a La Torcaza. ¡Oh, ironía! Pues cualquiera comprenderá que, tras tal sueño, aplacé mi abrazo a las damas torcacinas y me decidí a coger la noble biografía de mis héroes dando comienzo a la empresa con las dudas de Paine.

Mas me encuentro de inmediato frente a un despropósito. Yo me encuentro, al hojear sus notas y las mías, con lo que fue la vida de los personajes, con lo que ya no es, frente a un algo que terminó, se marchó, siguió. Mientras tanto ellos siguen siendo y caminan por todas partes. Al retroceder yo hasta sus momentos –a los que he considerado característicos, salientes– llego, claro está, a ellos. Los recuerdo, los verifico con mis escritos, los peso y analizo y termino escribiéndolos. Así, por ejemplo, con la noche de año nuevo y el ratonzuelo en sus conos; así, antes, con mi tío José Pedro y su globo de cristal o su pájaro verde; así, al comienzo, con Lorenzo acosado por los diablitos de la Torre. Llego a cual-

quier momento del pasado; lo raro sería no llegar a un momento pasado teniendo la documentación y los recuerdos para ir aguas adentro. Sí; pero no llego ni medio hay de llegar a las circunstancias envolventes –que formaban *uno* con esos momentos. No puedo llegar a la fecha. A lo más podré saberla; a lo más podré recordarla. A lo más podré evocarla y hasta proyectar a otros mi evocación. A la fecha misma no puedo llegar ni siquiera tratar de ir. Sería un intento vano.

Y la fecha –considerada así– se me antoja que, si no todo, era lo principal, era, a no dudarlo, inmensamente importante. Por cierto, ¿cómo titubear en tal sentido? Puesto que los hechos por biografíar fueron sólo parte de los innumerables hechos que, todos juntos, originaron la fecha.

Ahora los desprendo y, escalpelo en mano, los presento. ¿Y todo el resto? Yo voy a escribir, por ejemplo, lo que tal día pensó y ejecutó Lorenzo Angol. Bien. ¿Y todo lo que determinó a Lorenzo Angol a pensar y ejecutar esa vez? ¿Y el aire que respiró? ¿El aire que le tocó penetrar en sus pulmones? A ese aire mi lápiz no lo coge, lo ignora. ¿Y la campana que en ese momento sonó? ¿Y su sonido? ¿Que no sonó ninguna en ese instante? Sí, sí. Sonaron muchas. Sólo que no ahí mismo, no en lo que caía bajo la percepción de mi lápiz. Pero en otras tierras lejanas, sí, repicaban. Éste es justamente el despropósito, la sinrazón: que yo vaya a hablar del hecho siendo otras las campanas que en este momento repican en cualquier tierra de la Tierra. Y esto me da una sensación casi insoportable de amputación; peor: de vivisección. No ésta tan cruel porque hay decálitros y decálitros de cloroformo que adormecen a todas las circunstancias envolventes. Bien está, pues, por lo que a las circunstancias se refiere. Mas por lo que se refiere a la veracidad y profundidad de un escritor –digamos, a su dignidad–, ¡triste cosa es tener que cloroformar al bicho entero, entero, salvo la punta minúscula de un tendón, una puntita sensible por donde, arrogantemente, me voy a pasear con permiso y pasaportes de otros seres llamados “personajes”!

Abreviemos: No recreo ni puedo recrear el tiempo de ellos. Es decir que navego por el tiempo hacia atrás –descuidando, haciendo caso omiso justamente del tiempo.

Y son ellos, los personajes, los que han tomado y se llevan consigo el tiempo, su tiempo... que es el que me interesa, el objeto de cuanto escribo.

Se lo llevan y lo tienen ellos. Entonces ¿qué me dejan a mí como biógrafo? Un asomo en un día perceptible, y nada más. De aquí la imposibilidad de narrar. Todo lo que puedo hacer es interpretar. ¡Vuelta a mí mismo! Yo mismo en este tiempo es hoy, ahora, ya. Y es el otro, el que fue, el que debiera interesarnos. Es esto un impase. El despropósito de que hablé.

Los personajes circulan, van y vienen, ríen y hablan por esta ciudad, por cualquier parte. ¡Si he de saberlo yo que, no hace muchos días, los encontré en gran número desfilando por las cercanías de esta casa!

(Porque estoy en Loreto 214. Desde que soñe con el carrusel y demás abandoné mi proyecto torcacino y heme aquí. Ahí está el naranjo. Cosa que se me figura no exenta de desdén: el pavo ha dejado de estar solo; Viterbo ha aumentado la dotación; hay ahora pavos y pavas; ¡cómo conversan los muy aves!)

Mientras tanto y mientras yo devaneo, los Lorenzos, Rosendos y Cía. van y vienen. Con esto vuelve a invadirme un franco contrasentido. Pues a ellos –si la lógica existe– les tocaría escribir, ellos podrían hacerlo porque son ellos, no yo, *los que acarrear consigo mayor cantidad del tiempo aquel en que cada hecho fue.*

Si me dirigiera a ellos...

Se me ocurre en este momento que, si tal hiciera, mi desconcierto se agravaría. Me pasa por la mente Lorenzo Angol. Aquí, sobre mi mesa, tengo anotadas unas palabras tuyas. Dicen así:

Me preguntan a menudo qué diferencia primordial encuentro entre los demás y yo. Inmediatamente la imagen de Ascanio Viluco se presenta a mis ojos como personaje generalizador. Entonces me digo que cada noche ese hombre se acuesta totalmente convencido de que él es Ascanio Viluco y nada ni nadie más que Ascanio Viluco; y cada mañana, al despertar, vuelve a confirmar, sin vacilaciones, su absoluta identidad. En cambio yo, cada noche, dudo. Dudo de si soy o no soy Lorenzo Angol; y cada mañana, al despertar, apenas abro los ojos y antes de que cualquier otro pensamiento me ocupe, me veo obligado a preguntar: “¿Seré Lorenzo Angol?”.

Creo –creo, únicamente; no tengo ninguna certeza sobre el particular; pero el hecho de que sucedieran las cosas como voy a suponerlo (hecho que tiene mayores probabilidades que cualquier otro) es suficiente causa para corroborar el sinsentido que me coge–, creo, digo, que si esas palabras las leyera a Lorenzo rogándole me explicara qué piensa ahora de ellas, cómo se han desenvuelto con los años, creo que me respondería o que las había olvidado; o que, recordándolas, ya no le interesan; o que, avergonzándose, las niega y las desconoce. Sin embargo, esas palabras fueron. Fueron en él y por él cuando el momento fue. Hay ahora, respecto a él, un nuevo despropósito. El hombre que acarrea mayor cantidad de un tiempo dado, no responde al llamar a su puerta. Siento entonces que ellos han inhibido ese tiempo, que dentro lo han sepultado; siento que la clave esotérica la siguen guardando –sépanlo o no, preocúpeles o no el problema–, que allí la llevan con ellos, dentro de ellos, allí por sus venas, entre pliegues de sus cuerpos, pliegues que el microscopio no ve aún o, si los ve, no alcanza a ver su contenido. Es decir: siento que ellos, al caminar, se llevan mis escritos, se van con mis escritos.

Nace entonces en mí, espontáneamente, el deseo de que mueran; a veces, hasta el deseo de matarlos. Se me figura que así habría más verdad en un acto del pasado aunque en nada pudiese variar este acto estuviesen ellos, los personajes, en la tumba o en el bar.

Ya sé. Como en todo esto es el verdadero protagonista el tiempo, quiero que mueran para que, sobre el asunto que he de tratar, no hagan circular más tiempo aún.

–Habla sobre las mías –me dijo Rosendo en mi sueño.

Lorenzo aprobó.

Desiderio Longotoma aplaudió.

No sé qué fue de Desiderio Longotoma después de haber firmado la hoja de níspero. A este hombre no se le puede novelar pues su presencia es presencia únicamente cuando se presenta. En los entreactos... la nada. Vaya alguien a saber dónde se mete y qué piensa. Hay otras personas que se dejan novelar pues se las adivina o transmiten lo que hacen cuando se hallan fuera del alcance de nuestros ojos. Son las que escogen los novelistas. Felizmente para mí son así Angol y Paine. Pero el otro socarrón y guiñador se entromete y... soportarlo.

Cuanto a Baldomero Lonquimay... Mejor es que sigamos.

Sé, en cambio, qué fue de Lorenzo. Se envolvía y revolvió en el tema de *las dudas*. De las dudas permanentes quería hacer su suelo. No tener otro por donde caminar. En el

momento en que Desiderio Longotoma se alejaba, Lorenzo, como síntesis de sus preocupaciones y anhelos, dijo:

—¡Ah, esos hombres que anhelan *llegar* a una parte! Nosotros anhelamos *pasar* por una parte.

Y la humanidad quedó, frente a él, dividida en dos categorías claras: los que llegan; los que pasan.

Desiderio Longotoma, que ya se hallaba a varios pasos de distancia, giró sobre sus talones al oír esa exclamación y, presuroso, deshizo lo andado, estrechó la diestra de su amigo y, golpeándole el hombro con su izquierda, a manera de congratulación le dijo:

—Exacto, exactísimo.

Esta vez se alejó definitivamente; es decir, hasta que a la vuelta de una insospechada esquina se nos vuelva a presentar. Se presente o no, lo que a nosotros debe importarnos es que desde aquel momento la humanidad quedó zanjada en dos.

Esto es muy importante. Si no empezamos por zanjar en dos a los humanos estaríamos todos parados, sin poder avanzar ni un paso. Ya que ahora zanjados están, esperemos que estas líneas sigan fáciles su curso.

Pues bien, aquí yo me retiro y dejo el sitio a Lorenzo.

Pensaba Lorenzo que ellos los que pasan son los hombres de las dudas.

Mas ¿por qué ha de hacerse un símil entre duda y angustia, y si no se llega a tan extremo símil, entre duda y vacilación? ¿Por qué?

Zánjese a su vez el concepto “duda”. Dos acepciones se presentan: la más corriente que, como lo hemos dicho, comprende el sentido de vacilar, vacilación que nos da desasosiego y, un poco más allá, angustia ¡Ah! La angustia es la puerta del suicidio o, por lo menos, de la neurosis. Lorenzo piensa que es tal vez la puerta del delirio persecutorio. De miedo a todo esto, muchos hombres no quieren dudar. Pero de éstos nos ocuparemos si la ocasión lo requiere.

La otra acepción difiere. Es aceptar la multiplicidad; la existencia de muchas, muchísimas cosas; la existencia de muchos caminos; el hecho de que muchos somos en este mundo y de que muchos más podríamos ser. Es tener presente que, si bien yo me hallo ahora en Santiago como Lorenzo se hallaba aquel día en La Cantera, bien podríamos, sin que ni una ley física ni moral se alterase, hallarme yo hoy en cualquier otro sitio y Lorenzo haberse hallado también en cualquier otro. Es aceptar la posibilidad de escoger entre mil cosas que se están moviendo. Es ver siempre por lo menos dos frente al uno que se presenta y, al decidirse por uno de ellos abandonando al otro, es, sobre todo, no olvidar que el abandonado sigue existiendo y en nada ha sido afectado por nuestra selección. Y es —por eso es duda— reconocer que, al haber visto dos y haberse decidido por uno, tiene que haber habido esa selección, o sea, una comparación, un instante vacilante, una rápida medida, una ligerísima inestabilidad, una duda. Pero es también —no lo olvidemos— dar franca carta de ciudadanía a todos los objetos sin excepción, que hubiesen podido elegirse. La duda así, siempre actuante, siempre colaboradora, es, pasa a ser directiva, forma de vida, actitud. Es la duda viva. Es lo contrario a la otra que se detiene en el instante vacilante y, sin poder adelantar, abre una puertecilla lateral hacia el suicidio, vía neurosis, si el que ha dudado se culpa a sí mismo: vía persecutoria, si se le ocurre culpar a los demás.

Pero ambas son dudas; si se quiere, son subcategorías de ellas. Porque, tanto en uno como en otro caso, es la misma actitud y la variante sólo está en el sujeto que ha de vivirlas.

Son primos, primos hermanos, el hombre que a todo toca y todo lo reconoce, con el hombre que, justamente por ver mucho que tocar y reconocer, se asusta y huye.

En el mundo de las dudas Lorenzo vive, quiere vivir más y más, rodeada su cabeza por un torbellino incesante. De aquí destilará la paz.

El otro mundo, sin parentesco con el mundo de las dudas, es el que ha de ocupar Rosendo. El mundo contrario, el mundo de las ideas nítidas. Mejor sería decir: el mundo de las ideas detenidas. El mundo de dos dimensiones, el mundo de figuritas recortadas que se mueven en un plano haciendo mil cabriolas. El mundo lleno de teatros, un teatro en cada esquina, siempre con las figuritas recortadas y planas, siempre las mismas figuritas pero siempre con saltos, brincos, posturas y ademanes diferentes. Siempre moviéndose, subiendo y bajando en un solo plano, el de dos dimensiones. Jamás tres dimensiones pues, si las hay, el espectador podría sentirse tentado para penetrar en el escenario y mezclarse allí con otras vidas. Al sentir la tentación vacilaría: si permanecer en su butaca o lanzarse bastidores adentro. Vacilaría... Ya es la duda; su comienzo. Dos dimensiones está bien; no más dimensiones. Y vamos de teatro en teatro. Riamos, lloremos, emocionémonos, temamos, etc. y etc., desde la butaca. Pero que jamás caiga en la mente esta pregunta: "¿Y si yo fuese también figurita recortada?". Si alguna vez cae, ¡que sirva de experiencia la penosa vía crucis del ratonzuelo! Que se piense que, si así sufrió el pobrecillo con sólo quince conos, ¡cuánto se sufriría con cientos y cientos de teatros! Pues, no olvidemos: hay un teatro en cada esquina.

Bueno; ya todo esto lo sabemos. Creo que estoy metiendo mi cuchara en divagaciones explicativas. Esto no es mi deber. Mi deber es ponerme de acuerdo con el sitio en que me encuentro: Loreto, una mesa frente a mí y, sobre ella, un sinnúmero de papeles cuyo contenido he de verter en este libro titulado *Umbral*.

La calma me rodea. Sería pecaminoso no aprovecharla. ¡Si hasta todos los pavos y pavas han desaparecido! Menos, se entiende, el de reglamento, noble Señor de estos lares. Viterbo ha de estar de fiesta. Me ha dejado un compañero solemne. Vengan los papeles. Hablen. Hablen, que estoy escuchando y además... hablen que, de un momento a otro, Guni podría reaparecer.

Retrocedamos a Lorenzo unos meses más. Aún la noche de magia con Desiderio Longotoma, los quince conos y el ratón, no se ha precisado en su mente pero, por supuesto, ya ronda por allí cerca.

Una mañana, al despertar, había llamado, como de costumbre, a las dudas para que lo asistieran en su vida. Vinieron. Les rindió homenaje estigmatizando a sus contrarias, las ideas detenidas. Luego increpó a sus amos, los hombres que piensan en la inmutabilidad permanente. Y los vio, ahí, pegados como arañas a su techo e impidiendo que por las cosas circulara tiempo.

Fue la noche anterior cuando escribió sobre la duda respecto a si él era Lorenzo Angol y sobre la imposibilidad de que Ascanio Viluco dudara un solo instante de que él era Ascanio Viluco.

Partió a Santiago y visitó a Viluco. Deseaba verificar del natural su anotación. La entrevista fue provechosa. Viluco, en su palacete, se hallaba en uno de sus mejores días, un día de mar tranquilo; el barco navegaba sin balance ni cabeceo. Tres o cuatro visitantes, arrellanados en sendos sillones colocados unos de otros a las distancias requeridas, le contradecían despiadadamente cuanto el anfitrión defendía. Lorenzo no se percató a fondo de los temas tratados ni de los argumentos que volaban por los aires y en los aires

se chocaban explotando tan fuertemente que las copitas del bar en miniatura, colocado en un artístico recodo del hogar de la chimenea, se entrechocaban y lanzaban a su vez por los aires decenas de sonoros pajaritos de cristal. Mas la mar tranquila no se arrugaba; seguía cual espejo meciendo al gran trasatlántico de los conceptos vilucanos. Lorenzo supo, naturalmente, que allí se abordaban asuntos de literatura, canto y pintura amén de tópicos sobre sociología, numismática y zoología; mas no era esto lo que le interesaba. Lorenzo esperaba ansioso la partida de los tres o cuatro contrincantes para luego abordar a Ascanio y pulsar si, tras tantas contradicciones, alguna duda se había filtrado por entre los principios empotrados en cemento en medio de su testa.

Partieron los ya nombrados. Por varios momentos aún se oyeron sus conceptos surgir de las veredas del jardín, enredarse en las flores y golpear en los cristales, temblantes cual si fueran oscuras golondrinas. Luego el rodar de los autos y autobuses apagó a las golondrinas que, sin ofrecer mayor resistencia, murieron. Pues ellas siempre han sido pajaritos tímidos, frágiles y enemigos de las contiendas.

Ahora Ascanio y Lorenzo estaban frente a frente. El primero desapareció un minuto por entre las brasas de su chimenea, luego reapareció golpeado por cálidos reflejos de bermejo y bermellón y trayendo una copa de gin en cada mano. Dejó entonces los reflejos entre sus brasas de origen, se sentó nuevamente y se bebió el contenido, mas no la copa, de su copa.

Lorenzo le recordó que sus visitantes de hace un rato pensaban diferentemente a él y luego le insinuó la posibilidad de que existieran otros puntos de vista para considerar no sólo literatura, canto y pintura sino sociología, numismática y zoología y, además y tal vez, la vida toda. Viluco tuvo esta sorprendente respuesta:

—Por el contrario; no puede haber otros puntos de vista a no ser que se coloque usted en el error. Muy por el contrario: al ser rebatido me confirmo más pues pienso, con clara lógica, que el hecho mismo de que otros opinen diferentemente, prueba que cada hombre es una entidad absoluta, definida y delimitada. Por lo tanto tal soy yo. Y como tal, todo cambio o modificación sería algo totalmente ilógico. Cuanto a las jerarquías de las entidades absolutas y delimitadas, señor Angol, la cosa cae por su propio peso. Ellos (indicó hacia los ventanales que dan sobre el jardín) se apoyan en ellos mismos, es decir, improvisan; yo, yo me apoyo sobre la tradición, es decir, sobre la filtración de los siglos. De un lado, lo ligero; del otro, lo de peso.

Lorenzo se limitó a decirle que él no pensaba así y, después de dos o tres palabras amables, se despidió. Ascanio quedó pensando que, sin disputa, Angol se había hecho comunista.

Se alejó éste a largos pasos y fue dejando atrás jardincillos, palacetes, plazoletas, estatuillas y estilitos venidos desde un pequeñito Egipto hasta un reducido siglo xx, pasando por una Grecia en miniatura y un Renacimiento de microscopio. Luego empezó a engolfarse por entre ladrillos, adobes, tejas y cementos amontonados. Entró en un hotel en una de cuyas habitaciones Rubén de Loa preparaba su equipaje, cosa que no extrañó a Lorenzo pues de Loa, siempre que se encuentra fuera de San Agustín de Tango, está preparando su equipaje.

Se saludaron y apenas hablaron. Lorenzo recordó; Rubén sonrió. Recordó:

De Loa tenía en San Agustín de Tango un taller acuático. Al entrar en él, el visitante se sentía pez si caminaba; alga, si se sentaba; coral, en todo momento. El pintor, para verificar la solidez de sus telas, iba a casa de una vieja vecina y las colocaba frente a un

tucán multicolor que esta vieja había domesticado. Rubén de Loa había pintado ya todos los verdes posibles y proyectaba atacar, de ahora en adelante, los verdes imposibles, dos amarillos y un gris.

Era bastante recordar. Por eso el pintor sonrió. Un hombre así tiene que haber vivido en clara conciencia de su no-limitación y de su permanencia en el eterno Todo en marcha.

Después de estas dos visitas, Lorenzo dio por terminada la tarde del día. El balance de los hombres consultados arrojaba: uno que todas las noches y todas las mañanas sabía a pie juntillas cuál era su nombre y cuál su apellido; y otro que, fuera de ignorar tal cosa, pensaba que su apellido y su nombre se debían mecer por entre un gris y un amarillo, anaranjado, seguramente.

Entonces volvió a su casa. Al día siguiente regresó a La Cantera y, después de almorzar, bajó a la Bóveda. El Sol, que había brillado sin avaricia, se apagó como una golondrina de Viluco. Empezó a llover y a tronar sin palabras a medias. Las ventanitas, allá cerca del techo y a ras del suelo exterior, apenas alumbraban. El huésped de su propia guarida tuvo que encender un candil, uno de esos que son gruesos, amarillentos, como los hay en las iglesias viejas y también amarillentas. Fue muy lindo el momento: un propio huésped en su propia madriguera encendiendo un candil bajo tierra mientras las luces de fuera se apagan más y más y el cielo truena y lanza llamaradas. Agréguese un vago aroma a greda y polvo empapados. Agréguese el silencio reinante que hace desfácarse al ruido del agua que cae. Agréguese tantas cosas que allí han sucedido. Lindo momento, en verdad, y muy propicio para dar comienzo a lo que Lorenzo comenzó lenta, lentamente como si fuese un sacerdote.

Lorenzo se sentó en un sillón. La luz del candil golpeó sobre cuanto alcanzaba tres o más siglos de existencia. La lluvia, monótona y fría, añadió meditaciones hondas durante los siglos recién golpeados. Una lechuza, creyendo que la tempestad era un sinónimo de la noche, graznó. Entonces Lorenzo se decidió a proceder.

Uno a uno cogió sus tres libros de Merejksky, que se hallaban sobre una mesita vecina, y los colocó en la estantería. Habló Juliano el Apóstata, habló luego Leonardo da Vinci, habló al último Pedro el Grande. Al aroma de greda y polvo empapados y ya también de cera amarilla derritiéndose, vino a juntarse primero un aroma de agonía pagana, luego uno de frutos envenenados, por fin otro de muerte roja. Nítidamente se oían ahora las palabras de Pedro, de Leonardo y de Juliano. Lorenzo las escuchó placentero. Por esto mismo agradeció a Merejksky, por haberle enviado tan grata y alta compañía a su soledad de tempestades. Luego, después de cada frase de sus invisibles acompañantes, Lorenzo se dijo:

—Seguramente ninguno de ellos habló así.

Y como ellos hablaban dentro de escenas, agregó:

—Seguramente la escena fue diferente.

Leyó luego, cada ocho páginas, dos líneas de *Nadja*, de André Breton. Tuvo la certeza de que cuanto leyó casi no pudo haber sido sino así. Porque si así casi no hubiese sido, el libro habría sido totalmente otro, no *Nadja* y no escrito por Breton.

Entonces, como la lechuza volviera a graznar y como recordara que en su Bóveda había una entrada ignorada por todos salvo por aquel gato canterino que puso fin a la vida del ratoncillo de los conos, entonces cogió delicadamente una reproducción, tipo tarjeta-postal, de *Las Sabinas*, de David, y la volvió contra el muro. Ahora, en vez del histórico raptó, se vio lo siguiente en tinta negruzca:

(Una raya vertical que dividía al todo en dos; sobre el rincón superior derecho, un rectángulo para que la gente supiese donde colocar la estampilla; luego, al lado y dando a entender que se referían a la división que la raya formó a la izquierda, se vieron las siguientes palabras:)

*The address only
to be written here.*

Supo, pues, Lorenzo, que aquello jamás había ocurrido así.

Entonces fumó. Mientras fumaba sus dedos hojeaban un libro grande: *La Femme 100 têtes*, de Max Ernst. Pasaban por sus ojos estampas y más estampas de muchos, muchos momentos que no pudieron haber sido sino como allí aparecían.

Terminado el cigarrillo y el libro, el solitario de la Bóveda se hojeó a sí mismo con el exclusivo fin de pulsar si, como estaba en esa hora de sosiego, era él o no era.

Para conseguir su objeto recurrió al acto mágico primario entre todos: se desdobló tal como se monda un plátano que, hace un instante, era uno y ahora es dos: la cáscara y el fruto propiamente tal. Puso a la cáscara sentada enfrente, del otro lado de la mesa. Él, considerándose el fruto, quedó donde estaba.

Tuvo una interrupción, un inconveniente. La cosa no era tan simple como lo había creído pues la cáscara, en vez de adquirir los rasgos de la familia Angol, adquiría visiblemente los rasgos característicos de la familia Paine. No hubo más remedio que atacar paleta y pincel en mano. Con rojo del Cairo, amarillo Tintoretto, violeta de Sevilla, verde del Elba y siena Moscovita, pintó, empastó, frotó, retocó y, en la silla del otro lado de la mesa, quedó igual, idéntico.

Lorenzo dijo entonces a su imagen:

—¡Ea! ¡Vive! Que yo te sepa viviendo...

Pero el señor de enfrente hizo una rápida mueca y toda la obra pictórica anterior no sirvió. Al frente estaba Rosendo; ni más ni menos: Rosendo Paine. Entonces la cosa se complicó enormemente pues, en realidad, no era tan simple como parecía. Lorenzo, viendo el fracaso de su pintura, tuvo la peregrina idea de recurrir a la escultura y cogió un cincel y un martillo para modelar al otro. Pero éste lo detuvo y, haciendo una nueva mueca, dividió su rostro en dos, de arriba a bajo, como la línea negruzca del reverso de *El Rapto de las Sabinas*. El costado derecho fue el costado derecho del propio Lorenzo; el izquierdo, el izquierdo de Rosendo. Lorenzo comprendió que sería mejor parlamentar que lanzarse a martillazos con un hombre que, de seguro, estaría dispuesto a defenderse.

Este hombre, huésped de la Bóveda, era bastante extraño con aquel rostro pues los dos amigos, principales héroes de estas páginas, aunque de igual estatura y sólo con 2,5 kilos de diferencia en el peso (que favorecían a Rosendo), son de caras muy diferentes. No creo haberlas descrito, por lo tanto voy a hacerlo aquí en dos plumazos:

Angol es de fisonomía alargada, de tez ligeramente olivácea, ojos castaño oscuro y un poco en almendra, cabellera negra y lisa, peinada hacia atrás. Paine es de fisonomía redonda, de tez clara y algo pecosa, ojos redondos y verdes, cabellera corta, tirada al rojizo y un poquito crespa. El primero es rapado; el segundo lleva unos finos bigotillos. Pero la

mayor diferencia entre ambos estriba en la nariz: Lorenzo la tiene aguileña y larga; Rosendo, más bien hundida y, sobre todo, corta.

Cualquiera podrá imaginar qué rara faz presentaba este personaje sobrevenido en la Bóveda. Sin duda era más prudente parlamentar con él que abordarlo con un cincel y un martillo.

Fue el personaje sobrevenido quien primero habló:

—¡Ea! ¡So gusanillo! ¿Conque yo a vivir? ¿Eh? ¿Y en qué queda la misión del señor Rosendo Paine? (Mostró el costado izquierdo de su rostro). ¿O va usted, so ñaque, a formar una legión, un ejército de vivientes y vividores que vivan para usted? Si algo usted quiere de mí, so viruta, ¡busque por otro lado!

—Conforme —respondió Lorenzo, poniéndose bastante pálido—. Buscaré. (Una pausa). Ya he encontrado.

—¿Y ello es?

—Oiga, caballero. Usted no tiene que vivir ni cosa que se le parezca. Usted, si es tan amable, tiene únicamente que *mirar*.

—¿Y mirar qué?

—Vea. Allí tengo un guaco incaico. Tras él, una hilera de libros de lomo pardo y verde. Apoyado en ellos, vea esa foto antigua: es de mi abuelo materno. Podemos empezar por guaco, libros y foto. Digo “podemos” porque yo también voy a mirar. ¿Conforme?

—Conforme.

—Ahora le pido que mire usted como siempre ha mirado, como mira todo el mundo, como es el mirar. Nada de ideas. No se ponga usted suspicaz. Mire, simplemente mire como los hombres miran. ¿Conforme?

—Conforme.

Y ambos se pusieron a mirar empezando por guaco, libros y foto del anciano.

¡Ah! Es que Angol tenía su ideílla entre cejas... El hombre no estaba de bromas. El hombre estudiaba, investigaba. ¿Cómo? Es lo que vamos a ver:

Cuatro ojos cayeron sobre el guaco peruano. El personaje sobrevenido —llamémosle el Sobrevenido— vio ante él un guaco solo, único, ajeno a libros, ajeno al anciano fotografiado, a la Bóveda, al aire que respiraba, a su pasado, a sus esperanzas del porvenir. Vio, moviendo un poco sus ojos —guaco, libros, foto—, tres aislamientos absolutos. Cada uno tenía su mundo que nada unía al mundo de los otros; tenían su pasado y sus esperanzas también, pasado y esperanzas que, por más que se prolongaran, no se enredarían nunca. El guaco venía del Perú y no hablaba; los libros hablaban sobre el probable nacimiento y la probable muerte de las estrellas, sus probables movimientos y materia; discurrían sobre si todo eso afectaría o no nuestras determinaciones y nuestros suspiros de amor; la foto modulaba cantos de cuna y suaves reprimendas al costado derecho del observador, y era, para el costado izquierdo, el eterno majadero que ha de conservarse en cartón como algunos maniáticos conservan fetos en frascos de alcohol. Al pasar la vista de un objeto a otro, el objeto abandonado desaparecía tragado por eternidades, perdía toda utilidad, todo significado, su trayectoria de existencia dejaba de ser. Y si los ojos de este observador aún lo veían —más fluido, claro está, más en mediatinta pero, al fin, lo veía aún—, ello se debía principalmente, únicamente a una propiedad fisiológica de los ojos, acaso, nada raro, a esa propiedad que nos hace seguir viendo una luz fuerte aunque hayamos quitado la vista de ella o ella se haya apagado.

Lorenzo miró el conjunto formado por los tres objetos. Miró como si aquello fuese una tela con marco y, los tres objetos, tres elementos del cuadro junto con los demás elementos: los espacios existentes entre ellos. Empezó entonces a inquietarse al sentir que algo rondaba, algo que iba de pronto a absorber cada parte para comprometerla en un nuevo significado, tal vez de eternidad. Más que esta eternidad misma le inquietaba el compromiso que veía abalanzarse para él también, como un pacto que habría de firmar con cada objeto que, de ahora en adelante, cayera en el campo de su visión.

Esperó inmóvil.

El Sobrevenido brincaba, jugueteando, de cosa en cosa.

En aquel momento pasó por fuera, a unos cuantos metros de las buhardas de la Bóveda, una vieja llevando una cesta con frutas. No se veía, por cierto, desde el interior. Pero como la vieja gritó sus saludos a alguien y pregonó las frutas de su cesta, Lorenzo la reconoció y la vio, adentro de él, incorporándose a la tela si el marco de ésta se prolongase suficientemente.

Las formas de los objetos se diluyeron hasta la vieja; fueron *uno* con ella. ¡Y esa vieja había sido joven, había hecho proferir alaridos a su madre el día del parto, ahora rumiaba un negocillo de trueque de frutas por pollos, trueque con un vecino campechano que también había provocado lamentos en otra madre, hoy, como la otra, en el cementerio... porque hay cementerios en todas partes y sepultureros que, a su vez, han hecho quejarse a muchas y muchas madres!

Los contornos definidos no existen. Contorno, dintorno... Son palabras, no realidades. El guaco se enredaba con las tumbas; los libros revolvían sus estrellas con el vecino campechano; el abuelo materno, desde su cartón, no sabía ya si era él la vieja o la cesta o la fruta.

Mientras tanto el Sobrevenido se aburría. Cogió un cigarro y, para ahuyentar el hastío, daba una chupada con el lado izquierdo de la boca deleitándose; luego otra con el derecho tosiendo y carraspeando. Luego, columbrando lo que su creador cavilaría, se entretenía en pasar los dedos por entre los objetos tal cual lo hacen los prestidigitadores para cerciorar al público de que entre ellos no hay hilos disimulados ni ocultas amarras, de que no hay nada, ¡nada!

Mas Lorenzo decía:

—Es ilusión mía todo contorno definido. Ilusión que nace del poder de percibir *pedazos* de siempre. Cada pedazo —sea guaco, libro, foto, vieja, aire...— lo delimito yo con una línea. ¡Como si las líneas pudieran existir en la verdad!

El otro fumaba siempre y además, ahora, se paseaba a largos trancos de punta a punta de la Bóveda. Luego, en cuatro pies, se puso a buscar la rendija por donde el gato cante-rino se había introducido para robarse al ratonzuelo, mas no la pudo encontrar.

Lorenzo callaba y miraba con insistencia, como para rodearla de líneas y así no se escapara, una miniatura en acero del acorazado británico *Rodney*.

Un momento después, el propietario y el Sobrevenido de la Bóveda se pusieron a esperar. Yo, Onofre Borneo, misero biógrafo de tanta gente, esperaré también.

Cuando dejé de esperar habían pasado varios días y nos encontrábamos todos en San Agustín de Tango. Corrijo: no aquel Sobrevenido; minutos después de terminar su cigarro desapareció sin que nunca más se supiera de él, pues hasta hoy que escribo —año de 1944— no se ha tenido sobre su persona ni una sola noticia. Lo más probable es que, en aquel lejano día tempestuoso que nos ocupa, el buen hombre, durante sus búsquedas, haya

encontrado al fin la misteriosa puerta del gato, por ella se haya metido y, como no era gato, haya padecido suerte adversa.

El caso es que Lorenzo Angol se encontraba en la mencionada ciudad y yo también. Sintiéndose mi amigo algo indispuerto fue a visitar al doctor Hualañé, por aquellos días a su vez allí. Aguardó en el tedio de la sala de espera. Algunos cuadros colgaban de los muros. Fue hacia uno de ellos: pequeña naturaleza muerta; firmada: Rafael Valdés; fecha: 1918.

Después de haber sido revisado por el facultativo —que, sea dicho de paso, no le encontró absolutamente nada y, por lo tanto, se vio obligado a recetarle varias medicinas (nuestro Doctor cuida muy bien su reputación)—, después, digo, volvió a su casa y escribió al autor sobre su hallazgo.

Estaba éste en su tumba, en el cementerio de Quillota, desde el día siguiente a su fallecimiento, acaecido el 20 de marzo de 1923. Encontró Lorenzo un solo medio para describirle su pequeña y olvidada naturaleza muerta:

Querido Rafael:

Acabo de encontrarme con una tela tuya que yo no conocía. Ella está aquí en San Agustín de Tango, en la calle del Escapulario, entre Sursum Corda y de la Penitencia, piso 6º de una especie de edificio moderno. Es el departamento de un médico cuya sala de espera mira sobre el tejado del Arzobispado y sobre la parte posterior de la torre única de la Asunción. El cielo estaba azul con algunas nubes blancas de formas que te enviaré en sobre aparte. El río Santa Bárbara se veía a trechos y muy verde. Conmigo esperaba una anciana en charla con una muchacha morena de nariz puntuda. Se oía una radio que cantaba: *El copihue rojo*. Había un vago olor a sándalo. Duró tu Naturaleza muerta no menos de media hora, lo mismo que duraron las nubes, el Arzobispado, la torre, el cielo, el río, la anciana, la muchacha, la nariz, el sándalo, el copihue y yo mismo. Pasé al gabinete del doctor lleno de visiones del año 18. Mi examen médico fue excelente. Fuera de las inyecciones de tetrametalmtilo de oxalato de tungsteno, me recetó cápsulas de jalapa y ponerme, por las noches, sobre los riñones, compresas de hidrometempsicosis de antimonio. Nada más. Puedo comer de todo. La fortaleza de mi organismo fue atribuida no sólo a la misma de mis señores padres sino además a las medicinas anteriores y a la vida sana y exenta de trajines que llevo en mi fundo de La Cantera, donde paso la mayor parte del tiempo. No rebato este parecer. Por el contrario, me parece muy acertado pero incompleto. Debió agregarse la existencia real del período entre 1918 y 1926, es decir, entre el nacimiento de tu pintura y mi sorpresivo encuentro de hoy con ella; tu permanencia en tu sepultura; la ciudad de San Agustín de Tango a mis pies; el sol que la quemaba; la bifurcación de los caminos que hemos seguido tú y yo; y la idea que ahora tengo de escribirte la presente.

Afectuosamente te abraza tu amigo

Lorenzo Angol

Esta carta fue echada en el buzón del Cementerio Apostólico. Seguramente ha de haber llegado al pequeño cementerio de Quillota y ha de haber sido recibida por el que fue siempre el talentoso, grande y leal hombre llamado Rafael Valdés.

Al día siguiente, Lorenzo regresó a La Cantera. Bajó a la Bóveda. Llamó en vano al Sobrevenido. Nada. Buscó entonces la puerta del gato. Nada. Visto su fracaso se preguntó en qué términos el Sobrevenido habría escrito a Valdés si se hubiese encontrado con la pequeña tela en iguales circunstancias que él. El Sobrevenido habría mencionado objeto tras objeto, en este caso, una pipa, una taza, una cajita, el todo sobre una mesa de mármol oscuro y frente a una cortina rayada granate, gris y rosa que servía de fondo. A lo más habría hecho mención de la tonalidad general, de la nota en que todo eso se afinó para tocar el pequeño concierto en la tela: nota de castaño viejo con un ligero vaho casi azul. Empujándolo mucho habría llegado hasta la sensación que evocaba: cariño en paz humilde. Pero del marco no habría salido. Su poder de unión no habría alcanzado a los demás objetos circundantes, a las demás personas, al río, al cielo, al olor a sándalo. Su poder de unión habría quedado muy por bajo del tiempo que corría desde 1918, pasando por marzo de 1923 y que estaba ahora elaborando a 1926. Muy por bajo también habría quedado del hecho de haber sentido ciertas molestias renales y que ellas hubiesen coincidido con un señor adquiriendo y luego colgando esa telita de ese amigo... y colgándola ahí. El Sobrevenido habría restado siempre preso del marco.

Su desaparición no le causó mayor estorbo. Ese ser monstruoso había sido un accidente, un simple apoyo para verificar y nada más. Su utilidad había sido para mostrar *cómo*, eso es, cómo convenía mirar, que de la manera cómo se mira el hombre se forma un concepto general de la existencia.

Lorenzo se frotó las manos al saber, a ciencia cierta, cómo debería mirar Rosendo.

Es necesario que Rosendo, esté donde esté, esté siempre en un sitio de objetos y seres fragmentados. Es menester que nunca haga un esfuerzo mayor para pasar del borde, de las líneas, a más allá. Él, Lorenzo, hará que se borren todas las identidades y comiencen a surgir unidades englobándose, como mudas apariciones, como fantasmas. Rosendo, no.

Ya el ratonzuelo le había enseñado, con el envío del Aglomerado, que el mundo del pensamiento es un mundo de contradicciones, sin ley, sin equilibrio. Le había hecho sentir que, entre aspecto y aspecto, entre consideración y consideración, entre filosofía y filosofía, entre principios y principios es... la nada, el olor a estiércol, los bastonazos. ¡Valiente ratonzuelo! ¡Cuánto te agradeció Lorenzo y cuánto te acariciaba en su memoria!

Ahora había que completar la obra estimulándolo a que siguiera con ojos semejantes al Sobrevenido, es decir, con un mirar que separa y nunca sorprende los hilos que unen. Que todo guaco haga pensar en un guaco y nada más y que nunca haga surgir la preocupación de si está o no en buena compañía. Pues puede entonces presentarse la foto de un abuelo. Y cuando un abuelo se mezcla... no hay más que un paso a considerar la nota general. Y de aquí... la sensación. Todo marco puede romperse. Entonces viene el cielo, un médico tras de su mesa, una radio que canta, un olor a sándalo y... y las fechas, con los años que a cuesta llevan, pueden hacerse reversibles, bailar, dispersarse, aglomerarse repentinamente, tan, tan apretadas que no forman más que un punto, un puntito negro, ahí, enfrente, puntito que subyuga y paraliza como el mirar de una serpiente. Rosendo, no. Esto es para él, para Lorenzo. Él es el hombre de la Bóveda, el que hará de la Bóveda un compendio estático y viviente a la vez de todas las calles, plazas y avenidas del planeta, de todas, todas, para que Rosendo tenga sin fin y sin hastío donde pasear y donde sorprender miles, millones de escenas de toda índole, alegres, desgarradoras, inteligentes, necias, de toda índole, muchos millones de escenas que... a gotas irán cayendo a la Bóveda para su divina transmutación.

De pronto Lorenzo palideció. Recordó una fiesta en las casas de Curihue, el fundo de su primo, el capitán Angol. Mejor dicho, recordó un momento de la fiesta: Era ya el crepúsculo. En esas casas hay, hacia el oriente, una terraza limitada por una viejísima balaustrada abierta al centro en unos 7 metros. De cada lado de esta abertura hay una pilastra. Apoyada en la pilastra de la izquierda, miraba el crepúsculo Chinchilla y soñaba. Apoyado en la pilastra de la derecha miraba a Chinchilla, él, Lorenzo, y a su vez soñaba. Rosendo se había sentado contra el muro de la casa, justo enfrente del centro del espacio abierto, sea, equidistante de ella y de él, y a poco más de 10 metros de distancia de la línea ideal que a ambos soñadores uniría. Los tres formaban, pues, un triángulo isósceles cuya base era la línea ideal y cuyo vértice era Rosendo. Este triángulo duró bien un cuarto de hora.

Ya he dicho que Lorenzo miraba a Chinchilla y soñaba, es decir, soñaba en ella. Ella, dije, miraba el crepúsculo, es decir, una hora del día y como las horas no se ven, Chinchilla no miraba nada y por eso mismo soñaba mucho en la nada. Cuanto a Rosendo, miraba tanto a la una como al otro y trataba de penetrar lo que ahora habría entre ambos pues bien sabía que cierto tiempo atrás había habido algo que, sin exagerar, habría podido llamarse amor. Y así, sin ninguna alternativa, pasó el cuarto de hora hasta que un valse, venido del salón, lo destruyó. Nada hubo, pues, para hacer palidecer a un hombre con tal recuerdo. Sin embargo, en la Bóveda, al recordar, Lorenzo palideció. ¿Por qué? Porque, durante ese cuarto de hora, hubo un punto más y ese punto helo aquí:

Ese punto fue un álamo.

Un álamo lejano, un álamo nacido y crecido a más de un kilómetro del triángulo de los personajes, un álamo solo, aislado de todo reino vegetal, álamo único, alto, tieso, oscuro, larga imagen de un intento hacia el cielo.

Pero el verdadero punto de este punto residía en su ubicación respecto a Rosendo. El álamo se hallaba exactamente al final de una recta trazada desde los ojos de Rosendo y cayendo perpendicularmente sobre la base del triángulo, o sea, la línea ideal que uniría a los otros dos. En otras palabras, el álamo se hallaba, pictóricamente, medio a medio de Chinchilla y Lorenzo; científicamente, ahí mismo pero retrocedido a un poco más de un kilómetro.

Ahora viene lo grave:

Hemos dicho que Rosendo miraba uno a uno a los dos enamorados; por lo tanto su vista, al pasar de uno a otro, tenía que pasar por el álamo. Todos estamos contestes de que Rosendo, para este cambio de visión, no describía un semicírculo lanzando su vista por el cielo, ni lo describía pasándola por los ladrillos de la terraza. Pasaba su vista horizontalmente, algo por encima de esa línea ideal que he mencionado, es decir, cortando al álamo lejano por su mitad.

Ahora viene la pregunta de peso:

¿Veía Rosendo el álamo? ¿Se percató Rosendo de su existencia durante aquel cuarto de hora?

Las probabilidades están por la afirmativa. Diré por qué:

Visto el caso psicológicamente, diré que el interés que el observador tenía por el posible amor de los otros, no era tan hondo como para absorberlo al extremo de quitarle toda percepción. Visto el caso físicamente, diré que el día estaba nublado en su totalidad y nebuloso metros más allá del álamo, de modo que tras éste todo se confundía en uno como telón de fondo grisáceo, incoloro, que hacía resaltar la silueta del árbol; agréguese

a esto que todo el panorama, desde la terraza hasta nuestro punto de mira, era formado por planos potreros con escasos arbustos, sin ganado aquel día, sin nada llamativo y desdénido por el nublado general que mencioné. Luego el álamo atraía o debía atraer cualquier mirada desinteresada. Rosendo, pues, indiscutiblemente, veía y tenía conciencia de aquel árbol allá solo al fondo.

Aquí empieza Lorenzo a palidecer.

Porque –y ésta es la pregunta definitiva–, ¿vio Rosendo, consideró Rosendo al álamo pictórica o científicamente?

Si es esto último estamos a salvo: el kilómetro y metros de distancia nos salva; si es lo primero, estamos perdidos o tenemos probabilidades de estarlo en breve. Me explicaré:

Volvamos un instante a la Bóveda, en aquel momento en que nuestro personaje N^o 1 y el Sobrevenido están ahí mirando guaco, libros y foto. Recordemos que nuestro N^o 1 ve en conjunto, crea y pone un marco, rompe luego el marco y prolonga, abarca, une y coge a la humanidad y al mundo entero; recordemos que, quien de este modo ve, se recoge, cae en meditación, labora en silencio y soledad. Recordemos que nuestro Sobrevenido ve aisladamente, que, para subrayar su modo de visión, pasa sus dedos entre objeto y objeto, que percibe una línea en torno de cuanto existe; recordemos que, quien de este modo ve, gusta saltar de cosa a cosa, de persona a persona, gusta poner el acento de la vida en esos saltos y en las diferentes sensaciones que se obtienen al caer en diferentes personas y cosas, y en ellas, en diferentes posturas. Recordemos que éste acumula experiencias; recordemos que aquel las labora.

Lorenzo palideció.

Rosendo, si no esa tarde, pudo o puede o podrá cualquier tarde, noche o mañana, ver un todo, formar el triángulo de él, Chinchilla y el árbol; comprender que el árbol fue, durante todos aquellos largos 15 minutos, parte integrante de los sueños de Chinchilla, de los sueños de Lorenzo, de la presencia suya, Rosendo, en un vértice del triángulo pequeño, matemáticamente opuesto a otro triángulo enorme y semejante cuyo vértice correspondiente echaba fuera, hacia los aires, un álamo, solo, único, tieso, oscuro, plegaría muda dirigida al cielo.

Y comprender así es, además de abarcar en un abrazo de fraternidad a los otros dos componentes de la figura total; además de traer este abrazo el deseo de extenderlo a todos los humanos; es sentir hasta las últimas fibras que la distancia que separa a un vegetal inmóvil del hombre que va y viene es casi inexistente, que, desde un punto de vista singular, yo, tú, todos podemos llegar a ser árboles; y los árboles, humanos que van y vienen, que aman, odian, gozan y sufren.

Y entonces, ¡adiós Bóveda solitaria! Rosendo vendría a ella, quisíerolo o no, irremediablemente porque el otro dedo ya lo habría tocado.

Ambos en la Bóveda... ¡Adiós, para siempre adiós, compromiso, PACTO!

¿Hacer otra Bóveda?

Sea.

Pero entonces, ¿quién traería el combustible?

No. Imposible. Es la ruina, es el fin.

Mas, ¿por qué palidecer? Rosendo no hizo unión de los componentes de ambos triángulos. Prueba de ello es que anda el hombre por Santiago, con cuartel general en su 91 de la calle Marcoleta.

Lorenzo palideció por otro motivo: palideció porque también anda libre –hoy en San Agustín de Tango; mañana, bien puede ser en Santiago– Chinchilla.

Son vanas preguntas las que voy a formular a continuación mas las formulo porque a cualquiera han de venirle a la mente con plena prioridad:

¿Ha recrudecido en Lorenzo el amor por Chinchilla y es ahora acosado por los celos? ¿Vislumbró en Rosendo, cuando en Curihue los miraba, un fulgor de amor hacia ella? ¿Teme que Rosendo, caído en las redes de Chinchilla, olvide todo pacto y parta en una eterna luna de miel?

Ya lo he dicho: vanas preguntas. No está allí el quid del asunto. Veamos:

Lorenzo evocó a Chinchilla. Cerrando los ojos la vio claramente. ¡Linda muchacha! ¡Transparente muchacha! Lorenzo evocó lo que con mayor posibilidad ha de evocar Chinchilla a quien se detenga a contemplarla. Y esta detención puede ocurrirle a cualquiera pues, ya he dicho, es una muchacha linda entre las lindas. Chinchilla, más que evocar deseos, o mejor dicho, junto con evocar deseos, evoca, despierta en todo admirador un ansia de vaguedad, un ansia de sumersión *en infinito*. Si parece que Chinchilla entrara en uno, más que por la vista, por la respiración; lenta, profunda respiración que colma los pulmones, respiración que es seguida por una peligrosísima exhalación. El aire exhalado y mezclado con ella, al precipitarse fuera, puede arrastrar consigo a quien lo respiró, llevárselo, elevarlo, perderlo *en infinito*. No se puede poseer impunemente a Chinchilla; ni siquiera impunemente se la puede contemplar. Quien la contemple deteniéndose –¡qué decir quien la posea!– queda marcado, en su angustia respiratoria, *de infinito*. Y esto, de un momento a otro, podría ocurrirle a Rosendo. Un viaje de Rosendo a San Agustín de Tango; un viaje de Chinchilla a Santiago; una ocasión; una casualidad... Sería *un infinito*.

Lorenzo se serenó.

Lorenzo recobró su color.

Acababa de encontrar la solución para neutralizar a aquella muchacha que, a cualquier instante, podría hacer ver el álamo, solo, abandonado, erecto hacia el cielo que siempre y en todas partes hay formando un triángulo con los hombres.

Había que partir de inmediato a San Agustín de Tango y raptar y secuestrar a Chinchilla.

El guaco estaba siempre allí.

Lorenzo ahora fumaba.

Al día siguiente, a primera hora, el coche con los tres caballos, el tren y San Agustín de Tango.

Un nuevo crepúsculo terminó. Una nueva noche vino. Ardieron cuatro velas colocadas en cuatro agujeros labrados en un trozo de espino.

El guaco estaba siempre allí.

Esto es lo malo: que el guaco estuviera siempre allí pues su presencia hizo caer a Lorenzo en nuevas lucubraciones que duraron hasta tardías horas de la noche haciendo que, al día siguiente, hiciese un viaje soñoliento a su destino. Pero pronto fue recompensado como luego veremos.

El guaco estaba allí.

Lorenzo decía que tenía de él una idea nítida pues sólo veía uno de sus lados. El lado que se enfrentaba con los libros no lo veía. Ese lado era una duda. En él moraba un fantasma.

Pero los lados invisibles los sospechaba, hasta los sabía. Pensaba que por eso circulaba, por la Bóveda y por todas partes, sin dudar. Y los fantasmas dormían.

Sin embargo había otros lados que sólo sospechaba, que a veces vislumbraba apenas. Entonces temía.

Algunos de esos lados eran el tiempo, diría mejor, los momentos del tiempo... puesto que ya era de noche. Todo objeto –sentía Lorenzo– tenía momentos y más momentos. Todos ellos cambiantes por las circunstancias, por el conjunto de ellas. Así es que nunca un objeto era en un instante lo que había sido en el anterior. Así es que los objetos se movían, caminaban.

La naturaleza muerta de Valdés, allá en el consultorio del doctor Hualañé, fue, aquel día, diferente a lo que hoy debería ser porque ahora no había nubes blancas, nadie cantaba *El Copihue Rojo* y los calendarios seguían. Nubes, copihues, calendarios y demás... cosas, todas ellas sin excepción, que fueron en aquel momento lados del objeto llamado naturaleza muerta.

Hoy eran otros.

Hoy no tenían ideas nítidas acerca del guaco.

El guaco se asentaba en el existir.

Para describirlo... ¡qué tarea! Sentía a la Tierra correr y correr. Y el Sol...

Se golpeaba la cabeza ante esta fatalidad humana: tener ese *sentir* y tener que perderlo a cada momento, perderlo reducido a objetos aislados y... con formas.

Sintió entonces que cuanto le rodeaba eran lados, nada más que lados de otros objetos, objetos lejanos, inalcanzables. Y ellos eran, a su vez, lados de cuanto creía que había allí: el guaco, la foto, su mesa, las velas...; la noche callada y esas mismas ideas que ahora giraban y giraban por su mente. Como hace un rato, la Tierra. Y el Sol.

Ese *sentir*. ¡Tener que perderlo!

Pues sólo duraba fracciones de segundo. Después, la fragmentación.

De estas pérdidas nacían las dudas. Porque cambiaba todo en torno y uno se veía obligado a formular una pregunta. Una pregunta, dos, diez, cien preguntas.

Es que ya no sabía con justeza qué era en verdad ese guaco que estaba allí.

En ese momento era uno. Tenía su forma precisa, indestructible. Inmediatamente fuera de ella no había nada, en todo caso nada que perteneciera a él. Prueba de ello es que no sólo el Sobrevenido sino cualquiera podía a su alrededor y a cualquier distancia pasar los dedos. Pero hacía un momento había dejado de ser uno para *formar parte*.

Formó parte de algo. Se plegó.

Todo, fueron sus lados.

Él, fue lado de todo.

Lorenzo lo supo porque lo percibió.

Aquí se le creó un nuevo problema, otra pregunta:

Si había percibido, ¿de dónde venía esta percepción?

Dejó que un rato de calma llegara hasta él. Entreabrió una buhardilla. Dejó que entrara ampliamente el aroma de yerbas, de algunas flores, de una que otra sabandija.

Se durmió.

Al día siguiente llegó a San Agustín de Tango y esa misma noche bailó con ella como había bailado la tarde de Curihue y antes, tal vez quince años atrás, en Santiago.

Se encontraron en casa de un amigo común, Guido Guindos, que daba una fiesta con motivo de ser su cumpleaños, de haber sido ascendido en su oficina, de haber sido dado

de alta por el doctor Hualañé, y de haber obtenido el "sí" ambicionado de la dama de sus desvelos. Los cuatro hechos habían ocurrido por la mañana, entre las 9 y 2 minutos, hora aniversario de su nacimiento, y las 9 y 32 minutos, hora en que la dama en cuestión profirió el "sí" mencionado. A las 9 y 12 el facultativo le había dicho:

—Está usted bien, señor Guindos; levántese y alégrese.

A las 9 y 22 se había presentado su Gerente y le había dicho:

—Don Guido, tengo el agrado de comunicarle que, desde este momento, deja usted de ser Progerente y pasa a ser Subgerente.

A las 9 y 42 nuestro amigo había cogido el teléfono para pedir grandes cantidades de botellas, de pasteles, de pescado seco y aceitunas, una orquesta y veinte kilos de serpentin: y luego, a las 9 y 52, había empezado a invitar, para el anochecer, a todas sus relaciones. Así, pues, cuando Lorenzo llegó, con algún retraso, había ya un barullo grande, había tufo alcohólico y mandíbulas en trabajo.

Chinchilla estaba allí.

Rubia. Grácil. Frágil.

Lorenzo quiso amarla y la amó.

Mas para volver a amar a Chinchilla con la pasión pasada le fue necesario un esfuerzo de desplazamiento: desplazar todo cuanto le rodeaba arrojándolo por una ventana; luego le fue necesario un esfuerzo de emplazamiento: rodear todo con algo apropiado a la dulzura, al romanticismo que Chinchilla inspiraba.

Cuando terminó esta doble tarea, la volvió a contemplar. ¡Qué linda, qué linda estaba!

El sitio que dio a su amada fue una playa, en verano, al claro de luna. Tocaba una orquesta de cíngaros. Chinchilla modulaba la romanza y miraba las olas. Él amaba y lloraba. Lloraba cual nunca ningún hombre abrasado de pasión hubiese en ninguna parte llorado.

Mas para llorar se precisa un motivo. Sin él, el llanto es calificado de histérico. Y el suyo debería ser romántico. Es decir, con un motivo real, tangible, material casi y muy doloroso, envuelto en luz de luna, en romanza triste, en perfume de aguas marinas y en una golondrina. Una sola, veloz y circulante, que pasara por sobre Chinchilla, por sobre su cabellera de oro, frente a sus ojos verdes, tras su cuello de ámbar.

Una playa solitaria no era el sitio indicado para llorar con una mujer. Era el adecuado para llorar *por* una mujer; por la ausente. Pues si existe ese motivo real y sólido, es lógico que ella se encuentre junto al otro, no con uno; y si el motivo se encuentra justamente en la playa, es no sólo lógico sino también decoroso que uno se retire y se marche con sus lágrimas a casa.

Una fiesta, sí, se prestaba mejor. Pero el indispensable lado romántico dificultaba la cosa.

Guido Guindos vivía en el centro del matadero, el viejo Matadero de la Inquisición, ya que había sido de él progerente hasta aquel día a las 9 y 21 minutos, y, desde las 9 y 22, subgerente. Había en toda su casa un vago olor a animal muerto. Las botellas que servían y se vaciaban vertiginosamente eran de aguardiente; los pasteles eran hojarascas duras con turrón; su pescado seco tenía dientecillos de ajo; sus aceitunas, dientecillos de cebolla; la orquesta se componía de dos arpas, un acordeón y cuatro guitarras; las serpentinistas ostentaban los colores nacionales.

A Lorenzo le hacía falta un vetusto castillo medieval sostenido, todo él, por finas, largas, azuladas columnas de piedra tallada. Le hacía falta champagne extra-sec, nada más.

Al arrancarle el gas con pequeña pala de ámbar, como el cuello de Chinchilla, falta le hacía respirarlo en la atmósfera del perfume de los senos de Chinchilla. Un poco, muy poco, apenas la punta de la palita de ámbar, de cocaína. Caviar, nada más. Caviar del esturión del oeste de la desembocadura del Obi hasta la isla de Nueva Zembla. Naranjas. Tabaco rubio. Mirra. Violines. Violoncelos. Y una golondrina veloz y circulante con cabellos de oro, ojos verdes, cuello de ámbar como la palita que echa el gas del champagne a la atmósfera y a los senos de Chinchilla. Entonces un pavo real inmenso, que ocupe el total del fondo de aquel salón sombrío, desplegaría su cola y jamás terminaría de abanicarla con lentitud.

Lorenzo, al fin, podría exclamar:

—¡Así amarte, Chinchilla mía, en la virginidad madura de tus treinta años y llorar!

Sí. Llorar. Pero hoy, en semejante fiesta, él estaría de frac. Y de frac no se llora.

En un momento, al recibir en el rostro la brisa de las lentas batidas de la cola del pavo real, pensó estar con una larga pluma en la cabeza, ceñido el pecho con camisola de terciopelo, una daga, medias ajustadas y guante blanco con una reverencia tras él. Y la esquirra de cocaína le incitó a ello, le aplaudió, escondiendo en la dilatación de sus narices cualquier ridículo que tal indumentaria pudiese traerle.

Entonces habría podido llorar. Habría cantado notas largas y quejumbrosas como las notas de los cíngaros de la playa de la luna. Y una lágrima, dos lágrimas, tres, en cada nota.

Pero, en este caso, Chinchilla estaría con ropas amplias, largas, espesas. Tal vez, con caderas artificiales. Seguramente, con un bonete puntudo en la cabeza, los senos protegidos, los pies ocultos. Y él quería, para llorar, que estuviese como ahora todas ellas estaban, ceñidas en sedas que tiemblan. Así, temblante, Chinchilla avanza. Surge por entre las columnas de piedra, pisa los suelos de pórfido, dilata las aletas de la nariz como la puntita de ámbar, como el champagne extra-sec, como el esturión del Obi, como violines y violoncelos... y ¡naranjas! ¡muchas naranjas!

Mas allí no había naranjas. Sólo había aguardiente y vaho creciente a animales muertos. Lorenzo bebía aguardiente por las naranjas inexistentes.

Lorenzo debería estar de frac para que ella estuviese apretada, plasmada en sedas.

Chinchilla estaba allí.

Lorenzo volvía a la fiesta, se precipitaba en ella. Ya no había playas ni cíngaros ni vastos castillos.

¡Bailar!

Baila Chinchilla. Y Lorenzo, bailando, la respira.

El ambiente olía a cebolla. Olía a aguardiente y ajo. Chinchilla, a *tabac mauve*. Y, junto a ella, como un aura, vagamente, olían las reses en descomposición que yacían por todas partes, por los cuatro costados de la casa de Guido Guindos.

¡Bailar!

La orquesta atruena.

El propio Guido Guindos, envuelto en serpentinas tricolores, lleva el alto cantando.

¡Bailar!

¡Cantar!

Y Lorenzo pensó:

“Acaso Chinchilla no tenga otra existencia que la de una idea mía”.

La apretó suavemente. Ella sonrió. Sus ojos eran líquidos. Lorenzo se dio cuenta de

que no veían. Eran ojos por el hecho de ser, nada más. En esto tenían su justificación y finalidad.

Eran el agua quieta de los pantanos donde nada se refleja, el agua reconcentrada, viviendo en sí misma y dejando vivir a millones de infusorios, de animaluchos corrompidos, de algas diminutas y relajadas cual rameras. Bichos contranatura, protozoos borrachos, florecillas cocainómanas. Y paz sobre el agua. No se permitía la entrada en su fondo ni de una sola estrella.

Así, para dentro, eran sus ojos. Siempre así. Su cerebro, también. Su cerebro también era de agua verde, quieta, pesada.

Lorenzo la estrechaba. Porque no había que dejar que, allí dentro, el cerebro de Chinchilla se formara, se modelara e hiciera circular ideas. No había que dejar que perdiera su calidad de líquido quieto. Que, al ir solidificándose en torno a las ideas, podría, por simpatía, inducir a otros cerebros a enredarse también en el reino de esas ideas. Era la tarea apremiante.

Ya habría ocasión para más ajo, más cebolla y aguardiente, para insistir en no ser más que tufo de juerga y matadero.

Había que dejar al cerebro de Chinchilla tal cual era, en el semilíquido antes de la consistencia, en el semilíquido primero cuando aún todo es gestación y nada se anuncia aún. Que gestación es el mundo de las eternas probabilidades. Enunciarlas es tomar rumbo, es tomar una marcha y abandonar, matar lo demás.

Había que dejar a Chinchilla en la gestación hermética. Claro está que alguna irradiación, de tarde en tarde, podría escaparse por sus ojos y vendría a vivificar, o acaso a perturbar, a los hombres de cerebro ya compacto. Ojalá impedir esto también. No había que dejar. Lorenzo calculaba que su cerebro se haría como el de él y entonces necesitaría ideas dentro, cientos de miles de bichos dentro, como en los pantanos, y los bichos podrían asomarse y salir por la boca, por la pluma, por la raíz de cada pelo. ¡Mala cosa!

Chinchilla era otra cosa.

Chinchilla era su propia sonrisa de agua.

Lorenzo sentía que toda la clave radicaba en poseer esa sonrisa. Mas en vano bebía aguardiente para olvidar su fracaso anterior, cuando Chinchilla tenía quince años. ¡Ah! En aquellos años no sonreía sino reía como una cascada de cascabeles, volteando hacia atrás la cabeza y deshaciendo sus cabellos en un derrumbe de metales en fusión. Pero si él se acercaba dejaba de reír, enmudecía y una honda tristeza le cubría el rostro. Entonces él se alejaba. Pues no era tras ella, no era tras la posesión de ella, tras lo que él se había aproximado. Era tras la posesión de su risa. Y su risa se iba, se iba, sólo Dios sabrá adónde.

Chinchilla quedó virgen.

Ahora sonreía.

Lorenzo temblaba ante un nuevo fracaso.

La abrazaba siempre. Su sonrisa se iba. Corría el peligro de que las aguas de su cerebro se estancaran y endurecieran más y más a medida que empezaran a volver sobre su rostro las tristezas de hace quince años.

Chinchilla seguiría virgen.

Lorenzo bebía aguardiente del fondo de las botellas.

Ya la fiesta terminaba. Ya nuestro gran amigo, Guido Guindos, el gran subgerente, debía abandonar meriendas, tragos, bailes, cantos y serpentinas pues los cristales de su casa se teñían de alba. Y había que ir a matar más reses, durante todo el día, a martillazos,

a machetazos, levantando el prestigio del Matadero de la Inquisición ante los paladares de los habitantes de San Agustín de Tango, seguir matando hasta que sus cristales empezaran a teñirse de azul de Prusia.

Era el momento del rapto.

Ahora o nunca.

Suavemente Lorenzo cogió un mano fría y, caminando con cautela, fue la brújula de dos ojitos acuáticos que nada veían.

Cautela había que tener al pasar por entre decenas de cuerpos ebrios arrumbados contra los muros o idiotizados a lo largo del parque y de las alfombras. Cautela para que Guido Guindos, que ahora trepaba por su escalera en busca de su dormitorio o del amanecer, no se volviera a mirar los restos tendidos de su fiesta y siguiera de espaldas subiendo tras su propio canto que aún sonaba a empellones:

La palomiiita en su niüido...

Guido Guindos no se volvió. Ningún borracho ni borracha despertó. Fuera, sólo bovinos destripados. Las puertas del Matadero de la Inquisición se abrían como por milagro ante la pareja que huía.

Una gota de sol cayó sobre San Agustín de Tango. Tarde. Lorenzo y Chinchilla ya estaban en la plaza de la Casulla y penetraban en la estación de los Ferrocarriles del Estado.

Chinchilla quedó en La Cantera.

Había en la Bóveda una gran ropero de tres cuerpos con tres espejos. Allí dentro Lorenzo encerró a Chinchilla. Allí dentro Chinchilla se paseaba. Luego dormía de pie. Lorenzo le daba caviar del Obi y champagne extra-sec. Le alargaba la palita de ámbar que brillaba de blanco en su extremo. Y todos los días, durante varias horas, permanecía inmóvil, con una larga lanza dirigida al cielo, junto a su frente, vigilando que ni un solo pensamiento saliera a través de ella a girar por la superficie de la Tierra.

Chinchilla –ya lo sabemos– no debería pensar.

Chinchilla debería ignorar toda alquimia.

No debería en este mundo formarse otro mundo de Chinchilla.

Porque este mundo podría sonreír y Rosendo se enredaría en él. Los mundos deberían llenarse de tristezas para que Rosendo, si alguna vez lograba conocer el escondite tras los tres espejos, poseyera únicamente el cuerpo de Chinchilla, no el sonreír de sus ojos.

¡Nunca más sonreír! La sonrisa es el comienzo del mundo que va a pensar.

Ahora se podía poseer a Chinchilla, cualquiera podía poseerla sin temor pues su único mundo quedaría solo, acuoso, estancado, flotando por encima de los cuerpos entrelazados para reintegrarse en ella después del espasmo.

Lorenzo, una noche, un mes después, franqueó los espejos. Chinchilla estaba inmóvil, muda, mas de pronto rio con la lozanía de hace quince años. Luego, lánguidamente, mostró el rincón opuesto a ella dentro de su prisión y junto al muro de la Bóveda. En las maderas del ropero había un agujero. El agujero se prolongaba a través del muro y perforaba la tierra. El agujero seguía hasta abrirse a la luz del pasto, lejos. Lorenzo miraba sin comprender. Entonces del techo del ropero algo cayó, saltó, lanzó un gruñido. Y Lorenzo, atónito, reconoció al gato canterino que, engrifado y con ojos cual dos fuegos que clavó un instante en ambos personajes, desapareció veloz por el agujero hasta los pastos con sol

y sabandijas. ¡Por fin descubriase el misterio del trágico fin del ratonzuelo! Lorenzo se estremeció excitado.

Entonces, y por primera vez, allí dentro, protegido por los tres espejos exteriores, poseyó –¡por fin también!– a Chinchilla entera, a su cuerpo, a su cerebro de agua, a sus ojos que se cegaron definitivamente y a su profunda tristeza que retumbó en todos los ámbitos del ropero para luego escaparse por la estrecha galería y asustar al gato que, al verla escurrirse por el césped, maulló y le lanzó siete zarpazos.

Ahora Lorenzo, sentado ante su mesa de trabajo, respiraba en paz y miraba distraído hacia el guaco, hacia los libros sobre la vida de las estrellas y hacia la foto de su abuelo.

Luego volvía a asumir la vigilancia diaria junto a los espejos con la certeza de que guardaba en su ropero unos ojos ya casi artificiales, una sonrisa sin ya significado alguno, un cerebro que bullía, gestaba, sufría, aullaba por moldear los primeros pensamientos de antes de la aparición de los hombres en esta Tierra.

–¡Ya puedes venir, Rosendo! ¡Ya han terminado los peligros!

Porque Chinchilla era así la estrella revolcándose dolorosa en sí misma y en el pantano quieto con rameras y borrachos. Era la estrella sufriente girando tras una semilla apenas fertilizada de conciencia.

Si descuidaba la guardia temía, pues, que pudiesen escaparse puntas, alfileres, municiones de la frente de Chinchilla. Y estos proyectiles podrían ir a golpear las sienas de Rosendo. Otros rebotarían sobre ella, la mujer encerrada. Entonces Chinchilla se solidificaría en pensamientos duros como ese suelo que él pisaba y no vería nunca más la estrella.

Lorenzo golpeó el suelo con su lanza.

–Escucha, Chinchilla –dijo frente al espejo central con su imagen y su lanza ante sí–, escucha: quiero que siempre seas el estanque sosegado de tus ojos sin visión. Y, tras de tu cráneo, quiero que todo choque, se desintegre, se integre, se tuerza, brome, mas sin salir. Que Rosendo no ha menester del horno de tu mente; que yo, para mi lento trabajo allí en mi mesa, sólo requiero, de cuando en cuando, algunas gotitas tuyas, un alfiler, una munición y nada más.

Y allí quedó Lorenzo largo rato contemplándose, oyendo los pasos sordos de Chinchilla tras los espejos y con su lanza siempre recta y puntuda hacia el cielo.

Pasó un mes.

Lorenzo trabajaba frente a su mesa. De cuando en cuando llegaba hasta el ropero, entreabría una de sus puertas y daba a la prisionera champagne extra-sec, caviar y cocaína. Los domingos le alargaba naranjas, grandes cantidades de naranjas. Después volvía a su mesa. Trabajaba porque el guaco estaba siempre allí. A veces interrumpía su labor para escuchar y sonreír. Escuchaba cómo Chinchilla reía detrás de las puertas cerradas al jugar con su nuevo amigo, el gato canterino, que tres veces al día–una vez por cada espejo– venía a visitarla y a divertirse y regalonear con ella. Luego seguía su trabajo.

Lorenzo trabajaba y miraba a hurtadillas el guaco para preguntarse siempre:

–Si he percibido, ¿de dónde viene esta percepción?

Golpearon a la puerta. Se oyó al gato que huía precipitadamente. Chinchilla fue todo silencio. Lorenzo respondió:

–¡Adelante!

Bajo el dintel de la puerta de la Bóveda, se mostró la figura de Florencio Naltagua.

(Creo que ya es tiempo de que coloque yo, Onofre Borneo, mi cuchara de costumbre. Es sólo para decir una palabra sobre Florencio Naltagua: es él, sin disputa, el tipo más serio

y más sabio de cuantos tengo que hacer figurar aquí y, no lo negaré, de cuantos he conocido en mi vida. Pues bien, mucho me temo que sea el menos lucido de todas mis páginas biográficas pues no encuentro cómo traducirlo, cómo verterlo a la tinta. Pido que se tenga esto presente cada vez que Naltagua tome la palabra. Por muy exactamente que repita yo aquí cuanto él haya dicho, siempre faltará un algo que no sé reproducir. Tal vez este algo radique en su entonación, en sus gestos, en su expresión... No lo sé y, aunque lo supiera, ¿cómo lo pondría en el papel? Pido por lo tanto y además que, al leer a Naltagua, se recuerde que se lee mi pobre traducción de sus palabras, lo que quedó en mi memoria, lo cual es muy poco comparado al volumen enorme que él a todo sabe darle. Me ha de suceder con este hombre lo que dice por ahí Ortega y Gasset:

En una larga novela de Emilia Pardo Bazán se habla cien veces de que uno de los personajes es muy gracioso; pero como no le vemos hacer gracia ninguna ante nosotros, la novela nos irrita.

Temo, pues, la presencia de Naltagua en la Bóveda. Pero, ¡qué puedo hacerle! Tengo que imitar a Lorenzo y, a mi vez, repetir:

—¡Adelante!).

Florencio Naltagua tomó asiento frente a Lorenzo, es decir, frente a la mesa y de espaldas al gran ropero de tres cuerpos. De este modo cubrió, interceptándola, la imagen de su amigo. Chinchilla se durmió de pie en la línea que unía a los dos hombres de la mesa con la imagen de Lorenzo, atrás, nuevamente interceptada por sus formas gráciles y frágiles. Naltagua entonces dijo a media voz y con ritmo monótono:

—Los conocimientos profundos, Lorenzo, las grandes percepciones no se adquieren. Todo eso se ve. Se hace visible en un momento dado. No hablaremos ahora sobre qué origina estos momentos. Que te baste saber que cada mente alcanza el que le corresponde. Si en algo hay justicia, es en esto. La pregunta vuelve a plantearse: “¿Por qué es posible ver?”.

Lorenzo murmuró:

—Porque hay justicia.

(La palabra “justicia”, contrariamente a las demás que, en sus respectivas ondas sonoras se alejaron, quedó flotando en el aire de la Bóveda. Fue tal fenómeno el que yo, Onofre Borneo, aproveché para escurrirme en la sombría habitación y pegarme contra uno de los costados del ropero. Consideré que mi acto —que un mentecato cualquiera habría calificado como digno de un ladrón— era justamente el que correspondía a la idea de justicia).

—Expliquémonos —corrigió Naltagua—. Tú, como todo el mundo, ves con tus ojos. El proceso aquí es diferente al proceso corriente de los ojos. En éste, por ejemplo, ves más porque ha aumentado la luz que hasta entonces había sido insuficiente para iluminar determinados objetos. Esto es meramente visual. En nuestro asunto...

(Las palabras “nuestro asunto” las oí con nitidez. Pensé que se referían, al decir “nuestro”, a todos los presentes en la Bóveda, por lo tanto a Chinchilla y a mí también. Sonreí desdeñosamente. “Nuestro asunto”, el de Chinchilla y mío,

era, tendría que ser otro... Me despegué del lado del ropero y resbalé en silencio hacia el primer espejo).

—En nuestro asunto —explicaba Naltagua— el proceso es más de recordación que de visión. Supongamos: has olvidado los sucesos de un día y de pronto, por un hecho dado, un hecho cualquiera, los recuerdas; sobre ese día que se iba en gris has derramado luz; en ese día, que de él casi nada mostraba, tú ves *más*. Pero —piénsalo bien— para que sea posible este recuerdo, tiene que haber estado ya en tu memoria, mejor dicho, tiene que estar aún en ella. Lo que sucede es que antes la conciencia no lo enfocaba; y ahora sí.

“Pues bien, que creas o no lo que te voy a decir es cuestión tuya y no mía, es cuestión del camino que sigas. Hago hincapié en lo siguiente: ‘Tiene que haber estado y estar aún en tu memoria’. Igual cosa aquí: cualquier aumento de percepción ya se hallaba en ti. Extiendo, amplío mi idea: cualquier cosa que te presente la posibilidad de ser percibida, cualquier conocimiento por lo tanto, ya estaba en ti. Sólo que cosa y conocimiento estaban dormidos. Puedo, entonces, responderte: ‘¿De dónde percibes, de dónde viene la percepción?’ Del conocimiento integral y *anterior* que de tal o cual asunto tenías. Y al decirte ‘tal o cual asunto’, empequeñezco la verdad. Debo decir: conocemos TODO. Ahora bien, todo está olvidado. Por lo tanto, vivir es recordar.”

(Mi mano derecha se arrastró hasta estremecerse al contacto helado del primer espejo. “Vivir, ¿es recordar?”. Yo no tengo recuerdos, no los tenía entonces, en todo caso, sólo tenía ansias de vida. Mis dedos buscaron. Tocaron un pequeño botón de una cerradura. Laboraron, por varios segundos, como una araña. A todo lo existente en la Bóveda vino a agregarse —nuevo mueble o nuevo ser— una larga fisura vertical. Y luego, escapado por ella, un perfume a *tabac mauve* y a pelo de oro si el oro fuese mojado con rocío y esto al rocío y al oro perfumara).

—Piensa —acentuaba Naltagua— en cierta semejanza que existe entre cuanto te digo y ese Segundo de inmovilidad entre dos años del que todos algo hemos hablado u oído hablar, el Segundo de Baldomero Lonquimay: la Tierra en él ya lo sabe todo y el transcurso del año es recordarlo. El recordar de la Tierra es nuestro vivir.

“Te doy una sugestión; haz con ella lo que bien te plazca: el recuerdo es instantáneo. Después se le puede deslizar por el tiempo; esto es otro asunto. Un recuerdo mismo, al brotar, encierra *instantáneamente* todo su contenido de tiempo por largo que éste haya sido. Dicho en otras palabras: el recuerdo está fuera del tiempo. La sugestión: el año de la Tierra es su recordar. El recordar, Lorenzo, no tiene tiempo. El recordar de la Tierra es nuestro vivir. Nuestro vivir no tiene tiempo. Sin embargo, el tiempo lo sentimos y medimos. ¿Por qué? Porque no podemos *aún* hacer mejor.

“Tal vez tú pienses que en las frases mías —tales como ‘el recordar de la Tierra es nuestro vivir’— hay únicamente un contenido literario, una imagen. No lo creo. Creo que hay una verdad. Ampliando: creo que en toda forma literaria, en toda imagen, hay una verdad. Eso sí —fíjate— que no es verdad en todo su transcurso. Pero infaliblemente —como quien diría: ‘caminando, avanzando por ella’—, infaliblemente se llega a un punto en que los dos contenidos de la imagen calzan y dicen verdad. Me atrevería a afirmar: todavía no se ha logrado expresar una falsedad completa. Sólo que..., sólo que hay planos, planos y

más planos. Y del uno al otro se ve todo deformado. Es lo que nunca ha podido entender Ascanio Viluco...”.

(Al oír este nombre apresuré mi tarea para aislarme. La fisura se convirtió en una puerta en la puerta. Por ella, de costado, penetré lentísimamente y cerré ambas puertas: la existente de muy antiguo en el ropero y la recientemente abierta por mí. Un instante quedé vacilante al ver que, cerrar esas dos puertas, era hacer que una de ellas se tragara a la otra. La primera allí quedó, cerrada, cobijándonos. Mas la segunda, ¿adónde, Dios Misericordioso, se había ido? Entonces en la penumbra miré. Vi dos esmeraldas, nada más. Comprendí que eran los ojos de Chinchilla y comprendí más: esos dos ojos me recibían gozosos).

–Nuestro vivir no tiene tiempo –decía siempre allá, fuera de los espejos, Florencio Naltagua; su voz nos llegaba ahora con sordina–. Te recordaré dos líneas de Van der Leeuw que dicen que “en el mundo real, todo cuanto en el terreno llamamos evolución, cambio o desenvolvimiento, está presente como perpetua realidad”.

“Vivir es recordar. Recordar es ir acercándose a esa ‘perpetua realidad’. Y este proceso se nos insinúa con la aparición de *la duda*. La duda es el comienzo de algo mayor. Pero no trates de pensar, de pasar por el pensamiento lo que te digo. Es vano deshacerse los sesos en estos asuntos. Se piensa lo nítido. Lo otro *se espera*. Sólo que hay que saber esperar. Escucha:

“Al no pensar, no quiero hablarte de un estado de pasividad absoluta; no, por cierto. Quiero decir un estado que me plazco en llamar de *receptibilidad*. Entiendo por ello un estado que tiene de pasivo pero que es a la vez laborioso. No hay contradicción en esto. Para darte a entender lo que llamo pasivo te haré una analogía: el hombre que mira un cuadro, no para hacer crítica sino por placer *directo*, únicamente deseoso de que, gracias a su contemplación, otro aspecto del mundo, otro mundo, lo envuelva y lo llene; el hombre que mira un cuadro y calla”.

(Besé a Chinchilla, la besé frenéticamente. Nada le dije ni nada podía decirle. “El hombre que besa a una mujer y calla”. Fue lo último que pensé. Chinchilla, siempre de pie, tembló. Y fuimos a una línea recta, larga: Lorenzo; frente a él, Florencio; tras sus espaldas, el espejo central; tras el reverso de éste, yo; frente, junto a mí, conmigo ¡una!, Chinchilla; más allá de la maderas del fondo del ropero, Florencio, de espaldas a nosotros y a su propio ser; al final, frente al Florencio de espaldas a las espaldas de mi Chinchilla, Lorenzo, escuchando. Una línea que, con Chinchilla, tembló y... un suspiro, uno solo, dos).

–Para darte a entender lo que llamo laborioso –volvió a hablar Naltagua– sigamos con el ejemplo del hombre ante el cuadro. Debe ese hombre insistir en su contemplación, en esa clase de contemplación y aun y sobre todo cuando no esté frente al cuadro. Es menester que no lo considere ni lo recuerde como algo aislado y ajeno –que no lo haga pasar por el umbral de ningún museo– sino como algo vivo de la vida cotidiana. ¡Que no es un documento histórico, que no lo es, te digo, una obra de arte! ¡Es un modo permanente de ver los objetos y los hechos, los que han sido, son y serán! Esta insistencia, esta permanencia, es lo que llamo estado laborioso.

“¿De dónde vienen nuestros conocimientos? Del conocimiento total. Quédate pasivo y laborioso y empezará ese conocimiento a vislumbrarse ante tus ojos”.

(Chinchilla reabrió los ojos. La solté. Y así fue cómo, por primera vez, que yo sepa, en la Historia Literaria, un autor logró poseer a la querida de un personaje suyo).

Naltagua calló.

Lorenzo se puso de pie, cogió su lanza y vino a montar guardia junto al espejo central. Yo me retiré a un rincón del ropero y, al aplastarme contra sus paredes, tapé con mi talón izquierdo el agujero del gato canterino.

Chinchilla moduló apenas una canción, bajo, muy bajo.

Así pasaron varios minutos.

Partió Naltagua.

Instantes después, Lorenzo abandonó la Bóveda.

Yo aproveché la soledad para deslizarme fuera del ropero y abandonar luego las casas de La Cantera.

Chinchilla se durmió.

Una hora más tarde Lorenzo marchaba por sus campos. Ya era noche. Frente a él, casi solo, ardía Júpiter. A medida que avanzaba, el techo erizado de una vieja casa con tejas se elevaba y Júpiter descendía. Hasta que desapareció tragado por las tejas.

Ante este fenómeno —no sabemos si absurdo o bíblico— de un planeta cayendo tras las tejas, Lorenzo y yo sentimos una sacudida feroz pues aún había junto a nosotros demasiado de ojos y senos de Chinchilla. Por eso yo partí de inmediato a Santiago. Cuanto a Lorenzo, tuvo, acto continuo, la necesidad de buscar una estrella. Se detuvo, alzó la vista: allá en lo alto una pequeñita estrella titilaba.

A ella le pidió apoyo al ver que los hechos, mostrando y ocultando sus amarras, se habían encadenado de este modo:

1º) Quince conos se levantan sobre la mesa y con su imbecilidad externa protegen vidas interiores completas y grandes;

2º) Y un ratonzuelo, cuyo destino se encontró con el de Desiderio Longotoma, tiene que sufrir las vicisitudes que acarrea el hecho de que haya talentosos y cretinos en este mundo;

3º) Y un gato ignorado pone a todo trágico fin;

4º) Y ante el entusiasmo casi diabólico de su nocturno compañero, un Aglomerado de mandatos vuela hasta el sueño de Rosendo;

5º) Y como constancia de lo sucedido queda una firma en una hoja de níspero;

6º) Y sin más y así tal cual suena, es el hecho de que Ascanio Viluco está seguro de no ser sino Ascanio Viluco;

7º) Y recibe en la Bóveda una reverencia de Juliano el Apóstata, de Leonardo da Vinci y de Pedro el Grande.

8º) Y entonces un monstruo sobrevenido le presenta una faz espantosa;

9º) Y todos los objetos, con uno incaico a la cabeza, se ponen, mudos, en marcha por el tiempo;

10º) Y vuelve una pequeña tela con su ambiente y con un viejo amigo fallecido;

11º) Y un triángulo temible está a punto de malograrlo todo al alzar en su vértice un álamo solitario;

12º) Y entonces y a pesar de juergas en medio de las reses muertas, hay que raptar a una mujer maravillosa;

13º) Y la mujer, virgen hasta entonces, pierde su virginidad detrás de tres espejos que no la reflejaron;

14º) Y Naltagua, con voz cadenciosa, le asegura que el conocimiento total ya nos acecha por ahí;

15º) Y al ver a Júpiter cayendo tras las tejas, sabe que es necesario el apoyo de una estrella.

¿Qué amarra habría entre esos quince puntos? ¿Qué amarras?

Su cabeza se entorpeció. Entró en la Bóveda. Casi inmediatamente quiso salir. Pero apenas había dado dos pasos, el sueño lo dominó y tuvo que tenderse en el suelo. Lo hizo apoyando la cabeza sobre el punto medio de la base del ropero, formando, por lo tanto, un triángulo rectángulo cuyos lados fueron su cuerpo tendido y el espejo central, y cuya hipotenusa no existió jamás.

Pero existió otro lado oculto, uno tercero paralelo al segundo mencionado:

Fue Chinchilla que dormía en el centro mismo del ropero, erecta, siguiendo las líneas del espejo. El ángulo casi se formó debidamente pues entre la cabellera de Lorenzo y los pies de Chinchilla medió una distancia mínima. Mas en ésta había maderas y había aire, así es que siempre quedó un trecho muerto en la figura que fue ignorada por sus propios creadores.

45

(Azul)

No impunemente se puede secuestrar a una mujer en un ropero.

Durante el primer tiempo todo pasó bien. El gato canterino contribuyó a ello en honorable escala. Pero, a pesar de los cuidados de Lorenzo, de sus conocimientos en la materia y de su aguda técnica, el cerebro de la prisionera se fue solidificando poco a poco, y un buen día hizo comprender a su dueña que, para llevar a buen fin la obra de solidificación y tener entonces pensamientos sin número, un ropero no era campo ni adecuado ni suficiente.

La recluida quiso escapar.

Quiso, primeramente, valerse de mil artimañas para forzar su prisión. Mas, ¡ay!, su cerebro no estaba todavía lo bastante espeso como para guiarla cual es debido, todavía el líquido bullente primaba en él. Y bien sabemos los versados en estos asuntos que un líquido así es receptor y hasta elaborador de sensaciones, nada más, de esas sensaciones que son arquetipos y que sólo después, al ser pasadas y filtradas por las mentes, destilan ideas que podamos utilizar.

¡Oh, cuán lejos estaba aún nuestra heroína de este grado! Agréguese que Lorenzo, por lo menos cuatro veces diarias, montaba guardia con su lanza.

Fueron esas primeras sensaciones arquetipos las que, tal vez compadecidas, vinieron a prestar ayuda.

Chinchilla trabajó toda una noche y, al aparecer la madrugada, había alcanzado honroso triunfo. Chinchilla había dominado las puertas de su claustro.

Chinchilla escogió, de su puerta de en medio, una línea vertical desde el techo hasta el suelo. Los dibujos del lado interno de la madera le prestaron cierto concurso pues sus vetas eran todas longitudinales. Entonces miró esta línea de lo alto a lo bajo, de lo bajo a lo alto, gran parte de la noche; la miró con esos sus ojos que no veían mas que eran de aguas estancadas, cerradas a las estrellas pero cobijantes para todos los seres microscópicos siempre que fuesen o borrachos o prostituidos o inmundos. Así es que, después de tantas horas, las maderas, longitudinalmente, se fueron convirtiendo en aserrín y éste, como si fuese líquido, se fue escurriendo por la galería del gato sin que nadie se percatara de su existencia.

Cuando apenas clareaba el horizonte en el oriente, Chinchilla dejaba de tener maderas ante ella. Ahora alzábase entre su persona y el mundo un largo cristal azogado.

Chinchilla besó el azogue y el azogue desapareció.

En ese momento el Sol se asomó por el horizonte, Lorenzo entró en la Bóveda y el gato canterino penetró en el ropero cuidando de no manchar sus patitas con aserrín; luego se acurrucó tras el tercer espejo.

Lorenzo cogió la lanza y se miró ante el primero. Nada anormal sucedió: ahí estaba su imagen. Dio un paso de costado esperando volver a verse en el del centro. Pero vio a Chinchilla. Entonces comprendió que su destino había cambiado y que ya el secuestro carecía de finalidad. Dio otro paso de costado y quedó de faz al tercer espejo; pudo haber visto aquí otra vez su imagen mas el gato –sin que jamás hubiese sabido la existencia de un correligionario suyo de pelo negro que obsesionó la pluma de Poe–, ese gato grisáceo y campesino –a causa de ecos misteriosos que nadie aún ha descifrado–, ese gato empezó a lanzar tan agudos y potentes maullidos que la vista de Lorenzo, ante lo inesperado del hecho, se nubló y nada vio. Se alejó entonces de la Bóveda dejando a Chinchilla continuar su tarea. El felino también se marchó.

Chinchilla tenía un anillo con un diamante. Pasó el diamante por el cristal dibujando una puerta en él. Luego empujó suavemente y en la Bóveda retumbó el estrépito de un cristal que se hace trizas.

Chinchilla salió.

Sigamos ahora en calma la breve biografía de aquella que fue tan estupenda mujer. Pongamos el acento en su vida exterior. De este modo caerá un rayo sobre su vida interior y con su luz mejor la divisaremos. Es esto lo más que podemos ambicionar: divisar. Si mayor cosa pretendiéramos, bien podríamos ser cogidos por su extraño cerebro y perecer en él como perecen los perros en las tembladeras que los chupan.

Chinchilla subió a las casas de La Cantera. Junto con respirar el aroma de los maitenes, recobró la visión. Se paseó un rato por los corredores y de pronto se encontró con Rosalinda. Ambas simpatizaron desde el primer instante. Pasemos, pues, a Rosalinda.

Era ésta, a la sazón, llavera del fundo en reemplazo de aquella que nos ocupó cuando la inesperada aparición del globo de cristal en las casas y que ya había jubilado. Tenía 61 años, es decir, el doble que Chinchilla más uno. Era muy gruesa y era...

¡Ah! Rosalinda era todo un personaje; Rosalinda era lo que era; no había dos Rosalindas en el mundo. Que me baste decir que Viluco, grave y solemnemente convencido de

que es Viluco y nada más, pasa a ser como un signo de interrogación al enfrentarse con los convencimientos de Rosalinda.

Un ejemplo daré, uno que recuerdo porque en este momento –estoy, se comprenderá, en Loreto escribiendo– huye el pavo de Viterbo y tiemblan las naranjas de su naranjo; y cuando así sucede en este tranquilo rincón es que en el cielo se conglomeran espesos nubarrones. Los nubarrones han despertado mi recuerdo:

Fue en aquel verano del 26 mientras yo pasaba algunos días en La Cantera. Era, insisto en decirlo, pleno verano, ¡Qué calor! Un día amaneció nublado y llovió, tronó y el huracán se llevó muchas hojas y muchas frutas y arreó con todas las palomas y zorzales y codornices de Lorenzo, y hasta arrancó algunas águilas de las peñas de los cerros para llevárselas también, y hasta envolvió a un cóndor que se aventuraba solitario para planearlo contra su voluntad sobre el océano Pacífico y lanzarlo, alejarlo y estrellarlo tal vez en Nueva Zelanda o acaso en Sidney o, bien puede ser, en las costas de Madagascar... ¿Qué podíamos saber nosotros –Baldomero Lonquimay, dos chicas sobrinas de Lorenzo y yo– arrebujados bajo el entablado de nuestra galería?

Yo miraba a Bernardina, una de las sobrinas de Angol. En un comienzo, allí en esa especie de cueva, nos habíamos colocado, doblado el espinazo: 1º) Baldomero Lonquimay; 2º) Serafina, la otra sobrina; 3º) yo; 4º) Bernardina. Mas luego giré sobre mis talones y quedé frente a aquella que el terror a la tempestad me hizo amar.

No puedo proseguir sin decir una gota de palabra sobre estas hermanas. Hay hermanas que sirven para realizarse mutuamente. Uno ama a la una porque la otra hace ver lo que la una tiene y no tiene. Entonces las hermanas columpian a su víctima adoradora y esta víctima, al caer por fin del columpio, cae inevitablemente de rodillas. Así, ante Serafina y Bernardina.

Serafina tenía cabellos anaranjados.

Bernardina tenía cabellos azules.

Serafina vestía de verde Veronés y a la manera de una colegiala en día domingo.

Bernardina vestía de bailarina con faldas azul y rojo y cortas, cortas.

Serafina, ante la tempestad, palidecía.

Bernardina, ante la tempestad, tiritaba.

¡Y vaya por las hermanas!

Baldomero Lonquimay, encorvado, no habló ni se movió ni figuró durante todo el suceso.

Yo... Ya hablaré de mí.

Angol no estaba con nosotros pues, a los primeros truenos, se había echado a la cama.

Ahora hablaré de mí:

Yo miraba a Bernardina, la apretaba también, yo me había ingeniosamente arreglado para que, por las rendijas de ese sótano, cada relámpago fuese luz del cielo en su luz interior; cada trueno, una sinfonía en los instintos que pudiese tener dirigidos hacia el amor.

Entonces Rosalinda, la llavera, echó fuego en la calefacción. Y hacía calor, terrible calor, no sólo bajo el entablado de la galería sino también afuera, por todas partes. ¡Era verano, pleno verano! Rosalinda, por cada trueno, vaciaba un saco de carbón en las calderas. Empezamos a sudar. Enflaquecimos. Los kilos de peso se nos desprendían y rodaban por tierra y eran allí devorados por cucarachas, baratas, arañas, alacranes, cientopiés, vinchucas, gusanos y ejércitos de otras sabandijas que viven y vivirán eternamente bajo las

tablas del piso de las galerías de toda casa que se respete y cobije grandes personas como nosotros cuatro, los allí sepultados.

Pero nada que hacer, nada.

Oíamos, a través de los muros de los cimientos, el rodar del carbón hacia las profundas calderas. Arriba, los truenos, el viento, la lluvia. Por todas partes, ¡calor!

–¡Para, Rosalinda, para! –gritábamos.

Rosalinda asomaba un ojo por la rendija principal, interrumpía un relámpago y respondía:

–¡Nada! Llueve y sopla viento...: ¡carbón!

–Rosalinda, si el agua que cae es caliente y caliente el aire que sopla.

–¡Nada! ¡Fuego!

Y desaparecía el ojo y entraba un relámpago y seguía el carbón y seguía el calor.

En mis brazos, Bernardina expiró.

Este recuerdo trae otro recuerdo consigo:

Era pleno invierno de ese mismo año. Días grises y grises se sucedían indefinidamente. Habíamos olvidado la forma del Sol. Por las noches glaciales aseguraban algunos que era ella cuadrada; otros, oblonga; otros, triangular; muy pocos, lineal; uno, estrellada; cuatro o cinco, redonda. Entre éstos estaba Serafina..., de luto, rigurosamente de luto.

Y un día, en medio del hielo, del terrible hielo que no huyó, que permaneció y que aumentó, todo resplandeció y fue amarillo, tirando cada objeto por los suelos una sombra violácea.

Rosalinda, entonces, apagó la calefacción echando paladas y más paladas de nieve en las hondas calderas.

–¡Para, Rosalinda, para! ¡Si el termómetro sigue en 9 grados bajo 0!

–¡Nada! Brilla la luz solar y el cielo es turquesa... ¡Caiga nieve en las hondas calderas!

El frío fue atroz. Los 44 huéspedes de ese día en La Cantera tiritábamos y hacíamos con los dientes un ruido de máquina trilladora, en medio de una estepa nevada, trillando arroz.

En un momento Serafina se inclinó entumecida sobre Baldomero Lonquimay. Sus cabellos anaranjados cubiertos de hielo se apoyaron sobre las rojas barbas de aquél, barbas ahora trenzadas con blancas estalactitas.

Allí, trenzándose también, Serafina expiró.

Como se ve, Rosalinda, en el plazo de seis meses, se anotó dos cadáveres: uno de frío y otro de calor. Pues bien, señoras y señores, Rosalinda no es una excepción ni en esta ni en ninguna comarca de nuestro planeta. Hay seres así, absolutos, directos como impactos. Yo me atrevería a decir que esta característica de balazo tiene diferentes orígenes y que, en el caso que nos ocupa, provenía de una desconcertante a la vez que repelente insensibilidad respecto a la temperatura. Estos humanos, tipo Rosalinda –no creo que los haya no-humanos–, parecen hechos de una piel de goma, de goma muerta adherida cual un guante, pegada a las vísceras palpitantes. ¡Insensibilidad! ¡Abominable cosa de regresión! Los ojos ven: sol o nubes; los oídos oyen: truenos o pajarillos; y la piel..., la piel, nuestra piel, ella el inmenso sentido que todo lo envuelve y no necesita órgano especializado y diminuto, ella duerme, gomosa, pegajosa, gruesa, estable. ¡Qué horror!

Señoras, Señores:

Os pido que hagáis ahora un esfuerzo mental. Cerrad los ojos y concentrad vuestra mente en el personaje Rosalinda e imaginadlo lo más nítidamente que os sea posible.

¿Listo?

Bien.

Ahora haced otro tanto con la imagen de Chinchilla...

¿Listo?

Bien.

Creedme:

Estas dos mujeres no se repelieron. Simpatizaron. Que ello es inverosímil, que jamás hecho semejante ha sucedido, etc. Lo sé. Pero es la verdad: simpatizaron. Que la simpatía es entonces algo que no se rige por nada apreciable, qué decir sensato... Pensad, al respecto, lo que os plazca. Yo prefiero pensar que siempre hay una causa, que siempre hay un motivo y hasta una lógica.

Chinchilla era toda sensibilidad... De acuerdo.

Chinchilla era toda temblor del éter... De acuerdo.

Chinchilla pudo vivir tras tres espejos... De acuerdo.

No sigamos. ¿Para qué?

Mejor es que busquemos por otro lado la lógica de esta simpatía.

La lógica estaba agazapada en el cerebro de Chinchilla. No olvidemos que, a partir de los últimos días de su permanencia en el ropero, su cerebro empezó a solidificarse y a elaborar ideas, digamos mejor, las primeras ideas. Este fenómeno, que a nosotros nos ocurre en la niñez, a ella le ocurrió a los 30 años. A nosotros no nos sorprende, nos es natural pues todo nuestro organismo está en la misma etapa y hay, entonces, una armonía. A Chinchilla, por la discrepancia entre su cerebro y su organismo, este fenómeno la sorprendió, la encandiló, la fascinó y ella, ante él, quedó en adoración. Veamos claro: quedó en adoración ante sus primeros pensamientos, los protegió, los fortificó, los veneró como dádivas del Altísimo. Y en estas circunstancias no les permitió moverse ni serpentear. Los quiso así, estables, claros, absolutos, directos cual impactos.

La otra, Rosalinda, era directa antes sus sentidos. La vista, principalmente, y el oído, luego, habían monopolizado y esclavizado a los demás.

En esta vida en balazo, ambas coincidían. Diferentes eran las armas que disparaban y los proyectiles que estallaban. Pero eran balazos.

¡Pobre Lorenzo!

Lorenzo, al ver que el espejo central, en su Bóveda, se había pulverizado, pensó que el trato con las gentes y la verificación de que las horas del día y las estaciones del año variaban, harían desarrollarse debidamente el proceso cerebral de esa linda muchacha. Pero ella intimó con la llavera y –balazos van, balazos vienen– su mundo se estancó, se hizo impenetrable y, por fin, se defendió de todo acercamiento y hasta atacó. Hechos, todos éstos, que recibían el apoyo –indirecto, claro está– de la vieja e inocente cómplice.

¡Pobre Lorenzo!

Yo estuve presente aquella noche de la cena de los pescados. Fue una hermosa noche tibia, sin viento mas con brisa, con y sin estrellas, una noche en que muchos amigos y amigas nos reunimos en La Cantera y comimos, las manos en las manos, los ojos en los ojos, los labios en los labios... comimos pescados de todo el mar y todos los ríos.

Lorenzo, en un principio, estaba inquieto.

(Rosalinda sirvió percas).

Luego empezó a insinuar ideas varias hasta que habló con acento marcado.

(Rosalinda sirvió carpas).

Luego aseguró y afirmó.

(Rosalinda sirvió congrio).

Y juró sin cejar, repitiendo y volviendo a repetir.

(Rosalinda sirvió atún).

Por fin terminó como un tenor termina su romanza frente a un público que va a ovacionar.

(Rosalinda sirvió bagres).

Chinchilla entonces impuso silencio con el peso de sus ojos mudos. Ni una nota, ni un rumor salió de sus pupilas.

(Rosalinda sirvió merluzas).

Chinchilla rebatía a Lorenzo.

(Rosalinda sirvió albacoras).

Chinchilla aplastaba a Lorenzo... ¡Quién habría podido imaginarlo!

(Rosalinda sirvió esturiones).

Yo creía desmayarme. Vi que Lorenzo creía fenecer.

(Rosalinda sirvió tiburones).

Y Chinchilla no se detenía. Antes bien clamaba:

—Prima lo espontáneo en nosotros los seres así constituidos. Prima la espontaneidad, ¡oh, Rosalinda!

“Ver... ¡Oh magna velocidad jamás sobrepasada de la luz! Oír... ¡Oh rauda aclaración de las ondas sonoras que hacéis de lo respirable música!

“Ver, oír... Es lo primero, lo inmediato, el contacto puro, el golpe, la explosión, la chispa creadora y divina, el vómito de Dios. Nada de cerebral ni intelectual ni pensamental. Detenido el avance de Satán.

“Por el suelo las nefandas lucubraciones, madres desnaturalizadas de petulancias y vanidades. Rosalinda es la inmensa analogía sin pecado:

“Relámpagos... ¡carbón! Rayos solares... ¡nieve!

“Las cosas como deberían ser; las cosas como en el Altísimo brotaron. Conjunción nunca igualada del humano con la inocente naturaleza.

“¡Ah! ¡Malditas petulancias vencidas por benditas petunias! ¡Malditas vanidades, por benditos venados! ¡Malditos pensamientos de hombres, por divinos pensamientos del jardín! ¡Lucubraciones... vencidas, derrotadas, aniquiladas por culebras y por lúcumas y lúpulos!

“He ahí a Lorenzo el refinado. He ahí a Lorenzo el artificial. He ahí a Lorenzo el fabricado y no nacido..

(Rosalinda sirvió vacas marinas).

—Lorenzo no quiere incorporarse a la naturaleza; quiere aislarse; quiere saber también, saber ¡Su Señoría!

“¡Aislado! ¡Excepcional! ¡Único! ¡Torre de Marfil!

“¡Cáncer!

“Aléjase de quienes se unen, se sumergen, se funden, comulgan. De quienes oyen el viento y descifran el alma. Aléjase de quienes comulgan. Piensa que el libro enseña más que la ostia. Y rechaza la ostia y conserva el libro y... se come una ostra.

Por eso siempre que siente a la inocencia y sabiduría de purezas pasar frente a sus narices... ¡brama!”.

(Rosalinda sirvió bremas).

—¿Por qué no enfadarte contra el instinto tuyo y sí contra la intuición primera y cándida de la paloma, la azucena y el arrebol? ¿Por qué creer que para ti sale el Sol? ¿Por qué no vivir dulcemente mecido entre una col y otra col? ¿Crees acaso que es otro tu rol? Y en vez de oír el órgano catedralicio, oyes a Chevalier y a Mayol. Y cuando enfermas, en vez de esperar salud de las silvestres yerbas de tu Ángel Guardián, vas a la botica y compras aliviol. Y siempre prefieres el alarido de la lechuza al trino del ruiseñol... ¡Oh, Señor!

(Rosalinda sirvió cachalotes).

Hasta este punto pude soportar. Comprendí que la cosa se ponía gravísima. Ya esto era el delirio, la demencia. Felizmente yo llevo siempre un poco de algodón en el bolsillo; clausuré mis oídos. Pero siempre pude observar que Chinchilla seguía haciendo uso de la palabra y que, a medida que hablaba, palidecía más y más. Llegó un momento en que se puso transparente. Luego cerró los ojos y cayó desplomada en su silla. Todos acudimos. Chinchilla había sufrido un grave colapso.

(Rosalinda sirvió esponjas).

Salí del comedor.

Un momento después salía Lorenzo en demanda del teléfono para avisar al doctor Hualañé.

Mientras obtenía la comunicación aproveché para darle mi modesta opinión sobre los recientes sucesos. En pocas palabras le dije que todo aquello de la fiesta de Guido Guindos, el raptó, el secuestro, la lanza, la fuga y hasta esta cena de los pescados eran cosas, a mi parecer, buenas para la vida de Rosendo Paine; que aquí había habido un error de principio al haber querido él, Lorenzo, intervenir directamente en vidas ajenas pues esto le correspondía al otro y a él, interpretar, transmutar, como le gustaba decir. Pero la comunicación telefónica se estableció y dejé a mi anfitrión en charla con nuestro Esculapio.

Dos horas más tarde llegaba éste en su automóvil. Tarde. Un minuto antes, Chinchilla había exhalado el último suspiro.

El doctor Hualañé hizo retirarse a todo el mundo del cuarto mortuario, cerró puertas y ventanas y se lanzó a la caza de ese último suspiro. Dicen que lo encontró en parlamento con un gusanillo maderero, convenciéndolo que le permitiera escapar por el agujerito que éste había taladrado en una viga del techo; que ya en el entretecho le sería fácil encontrar por donde escurrirse a la gran atmósfera que le dio vida. El doctor Hualañé lo enfrascó y lacró y, luego de expresarnos a todos sus sentidas condolencias, se alejó en su auto prometiendo a Lorenzo comunicarle el resultado de su análisis.

En efecto, al día siguiente comunicó que el examen del último suspiro de Chinchilla había mostrado que su muerte se debió a la suma de sus características cerebrales; lo que dicho en otros términos es: la adición de sus distintivos mentales; lo que viene a ser, en pocas palabras: la superposición de sus conceptos craneanos; o sea y en resumen: el aditamento de sus ideas encefálicas.

Parece que en nosotros, los normales, lo que labora nuestra testa en el curso de los días y los años se va entretejiendo y formando, como quien diría armónicos recimos circulares de culebras cuyos innumerables cuerpos se influyen y benefician mutuamente. En cambio, en las personas como Chinchilla que empiezan tarde y de súbito a pensar, el pensamiento queda como una placa inamovible sin ductilidad. Así, la persona podría vivir largos años siempre que no formulara ningún otro pensamiento. Pero esto es más bien raro. Lo que ocurre con más frecuencia es que viene otra placa que se superpone a la primera y la aprieta. Luego otra placa se presenta y otra más, todas ellas comprimiendo a

la primera que a su vez comprime a la sustancia gris misma. El sujeto no logra mezclar ni manipular las dichas placas. Piensa con cada una y según cada una, lo que da como visible resultado algo semejante a machetazos o a balazos. Cuando las placas son siete, todavía hay posibilidades de conservar la vida del paciente pues los médicos se arreglan –gracias a su arte y ciencia– de modo que el afectado use una placa diferente cada día de la semana. Pero cuando pasan de siete..., no hay caso.

Chinchilla ya había elaborado diez.

Murió.

Los restos de Chinchilla fueron conducidos a San Agustín de Tango donde fueron sepultados. Sus funerales dieron ocasión a una sentida manifestación de duelo. Del modo que va a seguir se deslizó el cortejo por las calles de la histórica ciudad:

1º) Los Encapuchados, en número de 80, con el escudo de la Cornucopia o País de los Hombres Dromedarios, y las dos velas simbólicas;

2º) Banda de música no identificada;

3º) Guido Guindos montado en el mejor novillo de su Matadero, novillo que iba a ser beneficiado aquel día y al que perdonó la vida en vista de las tristes circunstancias;

4º) Una compañía de Infantería no identificada;

5º) Un carro con coronas;

6º) Un elefante;

7º) Un automóvil Ford antiguo, abierto, vacío;

8º) Un detective;

9º) Lorenzo Angol, de negro y llorando –A su derecha Baldomero Lonquimay, con chambergo y capa española– A su izquierda, Desiderio Longotoma, con sombrero de copa;

10º) Banda de músicos ambulantes;

11º) Tres antílopes llevando sobre sus cuernos sendas bandejas con todas las fotos de Chinchilla;

12º) Don Juan Enrique Arancibia Ocampo;

13º) Una locomotora;

14º) Los deudos de Chinchilla;

15º) Los admiradores de Chinchilla;

16º) Los detractores de Chinchilla;

17º) Dos carros con cintas, guirnaldas y codornices;

18º) Banda de música del Cuerpo de Bomberos;

19º) El Féretro;

20º) Otro detective;

21º) Quince monjes del Convento de los Jerónimos;

22º) Rubén de Loa;

23º) El barman y cuatro camareros de la Taberna de Los Descalzos;

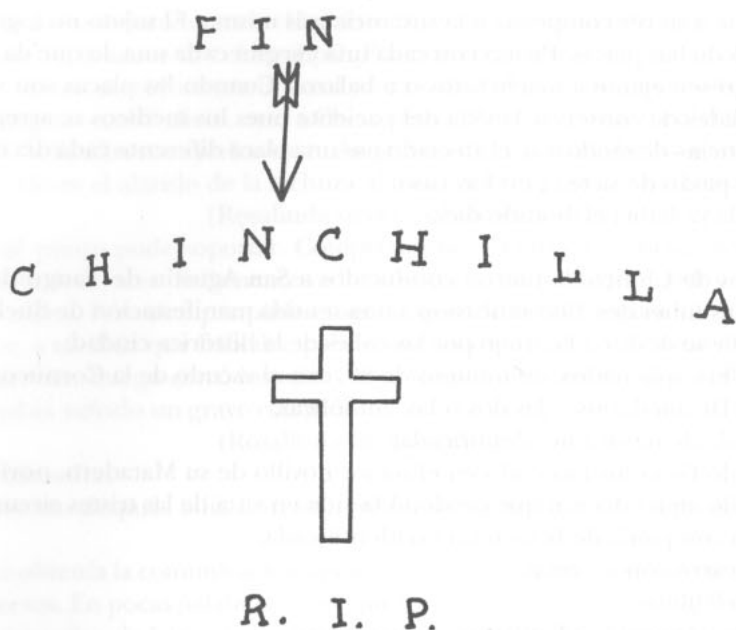
24º) Los niños cantores;

25º) Don Ricardo Cortés Mandiola;

26º) Una avestruz;

27º) Yo;

28º) La plebe, en número de 14 a 15 mil, con 119 estandartes y 8 bandas de música.



Quedó sepultada en el Cementerio Apostólico; Galería Subterránea BZ; nicho N° 88964.

Como se ve, sus funerales fueron solemnes y grandiosos. Todo ocurrió con el ritual de costumbre llevado a su grado máximo. ¡Era la difunta tan querida en su ciudad natal! Mas hubo algo que a todos sorprendió: la presencia, en el cortejo, de dos detectives. Esto jamás se había visto. Además el público aglomerado en las aceras quedó vivamente asombrado por el sitio que estos señores de la policía ocupaban en la larga procesión: el primero, inmediatamente antes de Lorenzo Angol...; el segundo, inmediatamente después del Férero... La cosa, por cierto, se prestaba a mil comentarios. Y con razón. Se verá:

Es que -Señoras y Señores, y por extraño que ello os parezca-. Lorenzo Angol, nuestro héroe, el hombre de intenciones exclusivamente metafísicas y meditativas, fue, si no acusado, por lo menos sospechado de asesinato. Claro está que esto no perduró en la opinión pública y pasó como pasa una simple nubecilla de viaje rápido por un cielo azul. Ambos detectives presentaron sendos informes favorables al sospechoso. El primero aseguró que, de haber culpabilidad, ella se encontraría en la proporción de 1/10.000, cosa que verificó durante todo el trayecto, tanto al oír los pasos regulares y los sollozos ininterrumpidos de su posible cliente como al ver, bajo diferentes luces y en diferentes calles, el automóvil Ford que le precedía. El segundo corroboró a su colega y, haciendo en su informe un minucioso estudio del Férero, se atrevió a asegurar que la culpabilidad, de existir, sería de 1/15.000. Como es sabido, ningún Código castiga cuando se presentan tales proporciones. Luego, ante los Tribunales, se presentó el doctor Hualañé con un larguísimo y científiquísimo informe sobre las causas de la muerte de su paciente, lo que terminó por borrar hasta la más levisima sospecha siniestra. Y la gente olvidó, completamente olvidó.

Pero yo, Onofre Borneo, no he olvidado y estoy seguro de que si mi tan amada Guni

estuviese conmigo, tampoco olvidaría. Es que yo miro el punto bajo otro ángulo visual. Lo miro –no como posibilidad de asesinato; sé, mejor que nadie, que tal cosa no fue–, lo miro, digo, biográficamente, es decir, en función del llamado “pacto” entre Lorenzo Angol y Rosendo Paine. ¿Por qué?

Porque la nefanda sospecha que corrió solapada y que fuerza fue desmentir con los alegatos de dos detectives y un facultativo, nació –no lo dudo– en la mente de Rosendo. Ni más ni menos así: de Rosendo.

No voy a creer, ni lo creeré jamás, que se trate aquí de una calumnia. Rosendo ha hecho únicamente conjeturas sobre los males que inevitablemente acarrea el entrometerse en lo que no es nuestro oficio, nuestra finalidad o nuestro ideal. Ha dicho que un hombre que consagra su vida a la meditación recogida no puede ser un diestro perito en el trato, ni menos en los proceder, con sus semejantes. De aquí ha lanzado –tal vez con demasiada ligereza– algunos comentarios sobre el mal que a la suma de las características mentales de Chinchilla le ha traído su encierro en el ropero y su amistad con el gato. Ha hecho gestos de perplejidad al saber que su amigo estaba haciendo trabajos que manifiestamente salían de su órbita y que de lleno entrarían en la de él, Rosendo, como es el de dedicarse a modelar un cerebro femenino conservándole su rasgo de agua de los pantanos; tanto más cuanto que, en dicho trabajo, medió una posesión física, cosa completamente inadecuada para un solitario en meditación. Luego, al saber que subrepticamente yo, a mi vez, me había introducido en el ropero, calificó la distracción de Lorenzo –que se debió nada más que al interés por las palabras de Naltagua– como un síntoma hacia el libertinaje. Todo esto, acumulándose y pasando de lengua en lengua, llegó lógicamente a la sospecha de que he hablado.

Pero he dicho que ello no es lo que a mí me interesa; ni es ello tampoco de mi incumbencia. Para mí lo importante reside en que éste fue el primer acto de discordancia entre los dos amigos, la primera trizadura del pacto, la primera gotita mala que cayó.

Recuerdo que en aquellos dichosos tiempos en que yo le escribía a Guni, dije:

... que presumo la existencia de un tercer personaje recóndito, oculto en un arcano fuera de toda visión y de toda comprensión humanas: el personaje que sosegada e inexorablemente advierte que el encuentro entre dos de la unidad, en este plano no es cosa hacedera.

Pues bien, éste es el punto que, como biógrafo, debo anotar.

No quiero seguir sin antes repetir que, fuera de la presencia de ambos detectives, todo el cortejo fue impecable; y quiero también decir que tanto los deudos y admiradores de Chinchilla como el público en general supieron valorar debidamente la presencia en los funerales de los señores Arancibia Ocampo y Cortés Mandiola, enviados a ellos especialmente por el Supremo Gobierno de Santiago.

Ahora, sigamos.

Pocos días más tarde Lorenzo volvió al Cementerio Apostólico, bajó a la galería BZ y estuvo largo rato en recogimiento frente al nicho N° 88964.

Cayó una lágrima de sus ojos. Luego cayó una segunda y por fin una tercera.

Un momento después entró en concentración mental. Gracias a un esfuerzo sostenido y a su larga práctica pudo violar –si violar esto puede llamarse– las losas marmóreas y el ataúd e identificarse con el cuerpo yacente.

De pronto escapó. Tomó el primer tren destino a la estación de Tragatencas, es decir, a su fundo de La Cantera.

Estuvo desesperado, estuvo al borde de la locura.

Ahora que escribo aquí en casa de Viterbo Papudo, comparo estas dos situaciones muy parecidas: en 1944, Artemio Yungay frente a la tumba de Tártara Tigre, en Santiago; en 1926, Lorenzo Angol frente a la tumba de Chinchilla, en San Agustín de Tango...

¡Qué diferencia!

Artemio me parece ahora como el prototipo del hombre de acción, del hombre que, en su ansia de vida, si la vida la ve en la tumba, a la tumba se lanza. A tal extremo lo considero así que yo, como hacedor de estas páginas, sólo quisiera, para el buen éxito de ellas, que mi amigo Rosendo Paine tuviese igual ímpetu y ardor por seguir en las empresas de vibración, de máximo sacudimiento.

Lorenzo se encerró en su Bóveda. Una sensación le había acometido frente al nicho N° 88964. Y el pavor de que fue presa se debió a imaginar que esa sensación se convirtiese en obsesión y tuviese, desde entonces en adelante, que vivir bajo su imperio. El desdichado pensó que únicamente la transmutación podría salvarlo. Transmutar lo sentido, lo casi vivido, en obra. Hacerlo destilar mañosamente hacia un personaje, meter al personaje en un libro y, una vez el libro impreso... ¡dar un brinco de costado, dejar libro y personaje cargados de obsesiones y uno quedar libre!

En eso está Lorenzo ahí. ¡Lo veis!

Agachado escribe. Se pasea. Respira hondamente. Vuelve a escribir.

Dejémoslo en paz. Seguramente –si no lo molestamos pidiéndole que nos lea sus escritos– va a hacer con su obsesión de ultratumba, si logra desprenderse de ella, algo muy, muy bueno. Pero no hay que pedirle que nos lo lea. Así es que mi buen lector me perdonará de que nada de cuanto en la “mesa de pintado pino” se elabora, aparezca en estas páginas.

Puedo, en cambio, decir dos palabras sobre la obsesión misma:

Lorenzo se identificó con el huesito último del dedo meñique de la mano izquierda de Chinchilla. Debo explicar lo que en este sentido significa el verbo “identificar”: Es, gracias a la ya mencionada concentración mental, ver ese huesito, tocarlo, tenerlo en mano y, por momentos, *ser uno mismo el hueso con todos sus atributos*. Puede uno dejarlo, digamos, sobre la mesa, desprenderse de él guardándolo en un cajón. El hueso, tarde o temprano, atrae, fascina, doblega. Y uno va a la mesa o abre el cajón. Entonces no hay más remedio que incorporarse en él, vivir la vida de él, paso a paso por toda su historia. Ahora piénsese que ese hueso estuvo siempre con la hoy difunta, caminó con ella, reposó con ella, participó *todo* con ella. Cuando nosotros estábamos con ella –paseando, cambiando frases, bailando, riendo, etc., el huesito también estaba allí, estaba presente, formando parte, colaborando. Nosotros participábamos –con natural intercambio– de cierta parte de la existencia de ella, de Chinchilla; el huesito también y mucho más participaba de su vida y en un aspecto que a nosotros se nos escapaba. Nuestra participación pasa a ser como tocar uno de los resultados del vivir total de la persona; la del huesito es la participación orgánica, intrínseca, viva, cómplice presente y actuante de aquello que nosotros sólo podíamos apreciar por débiles, borrosas semáforas, que en el lenguaje corriente se llaman “conocer a una persona”. Voy más lejos: pueden hasta llamarse “poseer a una persona”. Ahora, ¡cuán lejos y pequeñito eso aparece! Ahora se verifica que fue únicamente un roce. Y es algo terriblemente extraño tener aquí, junto a nosotros, en nuestras manos, un peda-

zo de la persona misma, escondido pedazo que ni siquiera tomábamos en cuenta y que ahora revela –mudo, inmóvil– el secreto hondo y mayor de un vivir.

¡Ah! Nosotros, verdaderos miopes, vemos el pensamiento en el cerebro. Con nuestro estúpido afán de localizar, le asignamos una función determinada a cada órgano, a cada pedazo de nuestro cuerpo porque así se nos presenta, porque así es más cómodo clasificar y conversar en los salones y salas de espera. Y el conjunto, la unidad se nos escapa. Es en vano que el doctor Hualañé escribe artículos protestando de tal cosa. Todos siguen creyendo, confortablemente sentados en sillones, que el cerebro piensa mientras, por otros lados, lejísimos, con sus propias leyes y según sus propios códigos, el estómago digiere y el corazón palpita. Lorenzo ve ahora con mayor justeza y admira la ciencia de su médico, el sabio doctor Hualañé, de 100 años de edad y 75 de práctica. Ahora sabe –con el huesito allí delante, con su contacto liso y tibio– que lo que piensa, lo que ama, lo que sufre, lo que pasa por este mundo... es la fábrica entera. Ahora sabe que para cualquier pensamiento, para cualquier pasión, todos colaboraron, todos enviaron sus faenas al sitio requerido, al que nosotros miopes nos parece ver. Ahora sabe que todos esos pensamientos y pasiones –luego de haberse concentrado, para ser, viniendo de todas partes– se esparcen y diluyen por esas todas partes, y a todas ellas las tiñen, las marcan, les dan una sustancia especial y única que hace –¡qué horror para él allí en la Bóveda!– que jamás en los siglos de los siglos pueda haber dos huesitos iguales. Y ve, el infeliz, –a pesar de afanarse en escribir– que cualquier parte del cuerpo, por ínfima que sea, es la diferenciación máxima, la diferenciación llevada a su extremo límite; que antes son más parecidos un abeto y una nube o un discurso y un gramo de oxicianuro que dos huesitos o dos cabellos o dos pedacitos de venas de dos personas distintas. Ve ahora las identidades personales tan ajenas y lejanas que pierde de vista toda posibilidad de generalizar, de unir, de hacer ley... Y las matemáticas mismas se le quiebran y ante sus ojos se esfuman. ¡Pobre Lorenzo!

El huesito está allí: blanco, liso, suave, tibio.

Escribe Lorenzo cánticos al hueso. Hace personajes que devoran huesos en los cementerios nocturnos; los unos cuando hay luna; los otros cuando no la hay; y uno, un negro de labios gruesísimos y de pelo blanco como el algodón, cuando llueve, cuando llueve a torrentes y hace tanto, tanto frío que todos los huesos de todos los sepulcros se entrechocan con ruido de máquina trilladora, sola, aislada en la estepa nevada, trillando arroz sin objetivo alguno. Entonces el negro cano devora y devora y se harta relamiéndose gozoso.

El guaco también está ahí.

Los libros de lomo pardo y verde.

El retrato del abuelo materno.

El ropero de tres cuerpos. Rosalinda ha hecho poner un nuevo espejo al centro así es que allí no ha pasado nada.

Todo está igual.

Pero el lápiz de Lorenzo obedece menos y menos. Otras cosas se dejan transmutar. Un huesito humano se defiende. Lucha, reacciona un huesito del dedo meñique de una mujer que fue hermosa y deslizante cual ninguna.

Hay ya cuarenta o cincuenta cuartillas escritas. Sí. Pero el huesito de Chinchilla sigue. No vale la pena seguir escribiendo; ni siquiera vale la pena fumar. ¿Qué hacer?

Golpearon a la puerta.

–Adelante

Sobre el umbral se presentó Rosendo Paine.

—Voy en mi coche a Curihue, al fundo de tu primo. Como quedas en mi camino, he pasado a saludarte. ¿Y qué tal? Todo igual aquí: solitario y aburrido. ¿Y...? (Mostró el ropero). ¿Qué hay dentro ahora? (Se rió) Pensar que si en vez de ese ropero hubieses acomodado aquel diván...; todavía tendríamos Chinchilla. ¡Y en buena te has metido!

Lorenzo puso cara de sorpresa y temor mas no se atrevió a formular pregunta alguna.

Rosendo, calculando sus efectos, empezó a pasear lentísimamente mirando cosa por cosa de la Bóveda. Por fin resumió diciendo:

—Aburrido, aburridísimo. (Pausa) Como que aguantas un mes más aquí... ¡te canonizan!

Después de largo curiosear tomó asiento del otro lado de la mesa, frente a Lorenzo, como antes lo hiciera Naltagua.

Silencio. Al fin Lorenzo se atrevió a preguntar:

—¿Qué hay de nuevo?

Rosendo no contestó porque miraba algo sobre la mesa. Ese algo era blanco, suave, lio, tibio. Lo cogió.

—¿Qué es? —interrogó.

El otro levantó los hombros con desdén.

—Me gusta. ¿Me lo regalas?

Igual gesto de Lorenzo.

—Gracias.

Y Rosendo sacó su cortaplumas, abrió un fino punzón y con él taladró el huesito. Luego lo puso en su llavero.

—Será un recuerdo de La Cantera. ¡Idiota! En la que te has metido...

Lorenzo palidecía. Al fin, tartamudeando, pudo preguntar:

—¿Qué quieres decir?

Rosendo sacó el llavero y lo agitó haciendo cascabelear las llaves. El huesito bailó sin ruido. Otra vez guardó el llavero y después de toser y encender un cigarro puro, habló así:

—Que eres un estúpido... En linda te has metido. ¿Para qué secuestrar si encantada habría venido a..., no lo sé, a..., digamos, al diván? ¿Experimentos supers, hipers...? Hombre, yo, por mi parte, feliz, francamente feliz de seguir una estrecha, cada vez más estrecha amistad contigo. Pero si te vas a hacer meter en la cárcel... Oye, cretino, debo decirte cretino: ¿qué más puedo desear yo que un amigo como tú? Pero aquí en tu Cantera, en tu Bóveda, bien, acepto y encantado. Pero amigos en la cárcel, no me interesan. Comprendo que a ti podrían interesarte, interesarte yo en la cárcel para entrevistarme y escribir entonces un poema sociológico o qué sé yo. Pero tú en la cárcel... ¿ir a verte? ¿llevarte cigarrillos? Porque entiendo que los puros todavía te hacen toser. Oye y déjame ante todo decirte una palabra sobre mí, una sola: amo la vida, las sensaciones. Y —¿para qué negártelo?— me halaga; no, me incita a vivir, a lanzarme de lleno, el saber que he de encontrar siempre aquí un rincón de paz donde se me comente líneas más arriba que el comentario vulgar. Pasa así esta Bóveda a serme como un reposo y una elevación, una sensación más, un magnífico reverso. No soy tan frívolo, no somos tan frívolos como se cree. Éste iba a ser el sitio del plácido y elevado comentario. Ahora es la guarida del culpable. Entonces ¿qué? No entiendo más nada. Entonces ¿qué, tú; qué, yo? Y de guarida de culpable pasa nuestra Bóveda a ser guarida desierta porque al culpable me lo han encerrado bajo llave. ¡Linda cosa! A mí me gusta, Lorenzo, créemelo, hombre de Dios, pensar, saber, profundizar. No te creas que eso sólo gusta o es asequible a los que, como tú, tienen —o se dan— el título de

“intelectuales”. A veces lo hacemos mejor nosotros. Sólo que el tiempo falta y mil cosas más. Sólo que ustedes creen que lo grande y fuerte está dentro de ahí, de la cabeza; y nosotros creemos que está fuera, totalmente fuera, y que la cabeza es para cogerlo. ¡Y nada y como sea! Ahora... ¡los Tribunales!

—¿Pero qué ha pasado?

Rosendo explicó.

Ya he dicho que después del fallecimiento de Chinchilla, aquella noche de la cena de los pescados, corrió el rumor de una muerte intencional. Se llegó a decir que su plato de percas contenía veneno. Otros dijeron que el veneno había sido puesto en el plato de tiburones. Y sabemos que muchos opinaron que la muerte había sido causada por su vida en el ropero. He dicho también que tanto el doctor Hualañé como ambos detectives borraron toda sospecha y que la gente había dado vuelta la hoja. Desgraciadamente la cosa volvió a plantearse. Los señores Juan Enrique Arancibia Ocampo y Ricardo Cortés Mandiola resucitaron el caso en Santiago y pidieron audiencia al Presidente de la Corte Suprema.

El primero en mantener las sospechas fue el segundo, es decir, el señor Cortés Mandiola. Se basó en que en un cortejo donde va tras él un avestruz tiene que ser un cortejo insólito; lo que expresó diciendo: “Aquí hay gato encerrado”. Explicó el asunto a su conciudadano, señor Arancibia Ocampo, mientras volvían en el tren a Santiago. Éste, repitiendo muchísimas veces: “¡vaya, vaya, vaya!”; llegó a la conclusión de que algo delictuoso tenía que haber si por las calles de una gran ciudad va un avestruz a pasos cadenciosos tras los pasos, igualmente cadenciosos, de un diputado, tanto más si es un diputado por Loncoche. La audiencia solicitada les fue concedida y después de mucho discutir y revisar, el Presidente de la Corte Suprema habló con el Juez de turno y éste comunicó telegráficamente con su colega de San Agustín de Tango. En vista de lo cual este último hizo exhumar el cadáver de Chinchilla. Esto fue lo que Rosendo explicó a Lorenzo. Terminó diciendo:

—En estos momentos, amigo, es la autopsia. Yo, en tu caso, partiría de inmediato al sitio del suceso.

Quien partió de inmediato fue Rosendo. Siguió en su coche al fundo del capitán Angol. Lorenzo, siempre más tarde, partió al día siguiente.

Al salir de la estación de los FF.CC. del E. se encontró con Guido Guindos. Éste, en breves palabras, reconfortó a su amigo. ¡Nada que temer! La autopsia, hasta en sus más mínimos detalles, había confirmado la opinión del doctor Hualañé; y la revisión de los datos acumulados, testimonios, piezas de convicción, fotografías y demás, había confirmado la opinión de los detectives. Luego, como el señor Cortés Mandiola parecía siempre suspicaz, fray Canuto, del convento de los Jerónimos, le había explicado con finísima dialéctica que el hecho de que un avestruz siga a un diputado por Loncoche o, lo que dicho en otros términos, que un diputado por Loncoche preceda a un avestruz, no es ni ha sido nunca causa ni efecto de que un hombre haya dado muerte a una mujer. Después de lo cual el señor Cortés Mandiola se había convencido y el asunto fue definitivamente sobreseído.

—Lorenzo, luego de agradecer los datos a Guido Guindos, se dirigió a casa del doctor Hualañé, en la calle del Escapulario. El ilustre Esculapio le confirmó lo dicho por el subgerente sólo agregando, al final de su relato, que un pequeñito detalle le había llamado la atención: la autopsia había mostrado que el esqueleto de Chinchilla carecía de un hue-

sito, de uno solo, nada más; pequeño huesito que en los esqueletos normales y que gozan de todas sus facultades, es siempre blanco, suave, liso y tibio.

Lorenzo no hizo objeción alguna y se retiró pero se estremeció al pensar en el llavero de Rosendo.

Como tomó el nocturno para regresar a La Cantera, pasó antes, a eso de las 7, a comer algo a la Taberna de los Descalzos. Allí se encontró con Desiderio Longotoma, quien le dio los últimos detalles del lamentable suceso.

Los restos de Chinchilla –siguiéndose remota costumbre del Cementerio Apostólico para con todos los exhumados– no habían sido reseputados en el mismo nicho, el BZ 88.964, sino en uno nuevo: Galería Subterránea FT, nicho N° 44.185. El primero –se sigue la remota costumbre– había quedado y quedaría siempre vacío. Mas, mientras los médicos legistas hacían la autopsia, Baldomero Lonquimay se había presentado al Ayuntamiento y había pedido hablar con el Vicecorregidor del mismo, quien junto al Contraprior de los Jerónimos, dirigía todo lo concerniente al cementerio que nos ocupa. Baldomero Lonquimay, siempre solemne y elocuente, venía a proponer que con el nicho vacío de la que sido había linda mujer, se iniciara una nueva costumbre que los años, y luego los siglos, se encargarían de convertir en noble tradición.

Esta costumbre consistiría en poner en la boca de cada nicho vacío una reja, de modo de convertirlo en una jaula. Como no es lógico ni moral que una jaula esté inhabitada, dentro se harían vivir diversos animalitos.

El Vicecorregidor se entusiasmó con la idea pues ella acarició sus sentimientos estéticos. Acto continuo se puso en comunicación telefónica con su colega, el Contraprior, quien pidió no más de $\frac{3}{4}$ de hora para estudiar la cuestión. Consultó todos los cánones existentes de cuantos Concilios haya habido y llegó a la conclusión de que ninguno estaba en pugna con lo solicitado por su colega del Ayuntamiento. La proposición de Baldomero Lonquimay fue, pues, aceptada, dactilografiada, sellada y firmada. El Vicecorregidor entonces preguntó a su visitante:

–Para este nicho que iniciará la tradición ¿qué huéspedes cree usted adecuados?

Baldomero Lonquimay respondió sin titubear:

–Conejos.

Y la cosa se hizo.

Éstos fueron los datos que dio Desiderio Longotoma.

Como el nocturno partía a las 10 y 14, el tiempo sobraba. Un taxi y, ¡al Cementerio Apostólico!

Bajaron ambos a la Galería BZ. En efecto: en el que había sido claustro adormecedor de lo que en este mundo vil quedase de Chinchilla, ahora jugueteaban alborozados cuatro o cinco blancos conejillos. Lorenzo los contempló emocionado. Desiderio Longotoma les alargó varios ramos de tierna lechuga y un puñado de rábanos. Luego Lorenzo le suplicó lo dejase solo.

Cualquiera supondrá adonde el hombre fue. Silencio. Allí está. Es el nicho FT-44185. La flor que se posa contra la fría losa funeraria es la más hermosa magnolia que jamás hayan hecho crecer los jardines de San Agustín de Tango.

Las 10 y 14 pm. Parte el nocturno. Dentro de él un viajero pálido medita.

Las 10 y 14 pm. Se agita la Taberna de los Descalzos. Un cliente regordete y de ojos vivarachos pide otro whisky.

Las 10 y 14 pm. Siguen las fiestas de inauguración en una jaula. Cuatro o cinco conejitos comen rábano y lechuga.

Las 10 y 14 pm. Cae la paz eterna sobre un nicho. ¡Chcht! Chinchilla duerme.

Bien. Mi intención era seguir ahora con la vida de esas gentes, mis buenos amigos biografiados. Pero tengo sueño. A mi vez he tenido que ir a San Agustín de Tango, por asuntos que no es del caso mencionar aquí, y el viaje me ha fatigado. Cuando la fatiga me toma hay algo que me dice que ella se debe, más que a traqueos, a que sigo sin resolver cuestiones de mayor interés para mí; Bárbara y Colomba han de estar siempre allá en La Torcaza. Es necesario, es indispensable ir hacia ellas. Bueno es que me dedique a vidas ajenas pero también debo dedicarme a la mía. Sí. Iré a mi departamento a arreglar una vez más mi maleta londinense. Sólo quiero decir, antes de abandonar pavo y naranjo, que, en mi visita a la ciudad vecina, pude verificar con mis propios ojos el acierto que, hace más de 18 años, tuvo Baldomero Lonquimay al proponer a los señores Vicecorregidor del Ayuntamiento y Contraprior de los Jerónimos, el nuevo empleo para los nichos de los exhumados.

El Cementerio Apostólico de aquella localidad va creando en su seno, poco a poco, un pequeño doble viviente de su verdadera e inmensa personalidad de fallecidos. Como allí la gente es nerviosa y apasionada, los hechos delictivos —y que llegan al homicidio— son frecuentes. Además, como allí los abogados son extremadamente hábiles, los casos de exhumación son proporcionalmente más numerosos que en cualquiera otra ciudad del mundo. Así es que el zoológico en miniatura que se está formando junto a nuestros semejante fenecidos, empieza a ser de franco interés para el turista y aun para los deudos de los difuntos.

Mucho aprecié aquel nicho con iguanas como también el nicho de los ornitorrincos. En cambio encontré que en el de las gallinas catalanas, el gallo no estaba a la altura de sus compañeras. Triste, por su escaso movimiento, el de las culebras. De una nota muy alegre —y muy extraña por el sitio mismo— el de los canarios cantores. Curioso el del sapo. Demasiado simbólico el de las mariposas; le quita naturalidad. El del tapir, desproporcionado; demasiado bicho para tan poco nicho. Admirable el de los monitos tífes; yo, como los demás visitantes, pasé buen rato dándoles avellanas. Visité, por cierto, el BZ-88964 con sus conejitos blancos, tataranietos o acaso tatarachosnos de los que iniciaron la cosa; me sentí emocionado. Después de mirar el de los tranquilos caracoles y de dar un poco de maíz en el de los patos, no quise abandonar el camposanto sin concentrarme unos instantes frente al FT-44185. Sentí mucha pena.

Bueno, gente que alguna vez esto lea, me vence el sueño. Y tengo además que arreglar mi maleta.

Muy buenas noches.